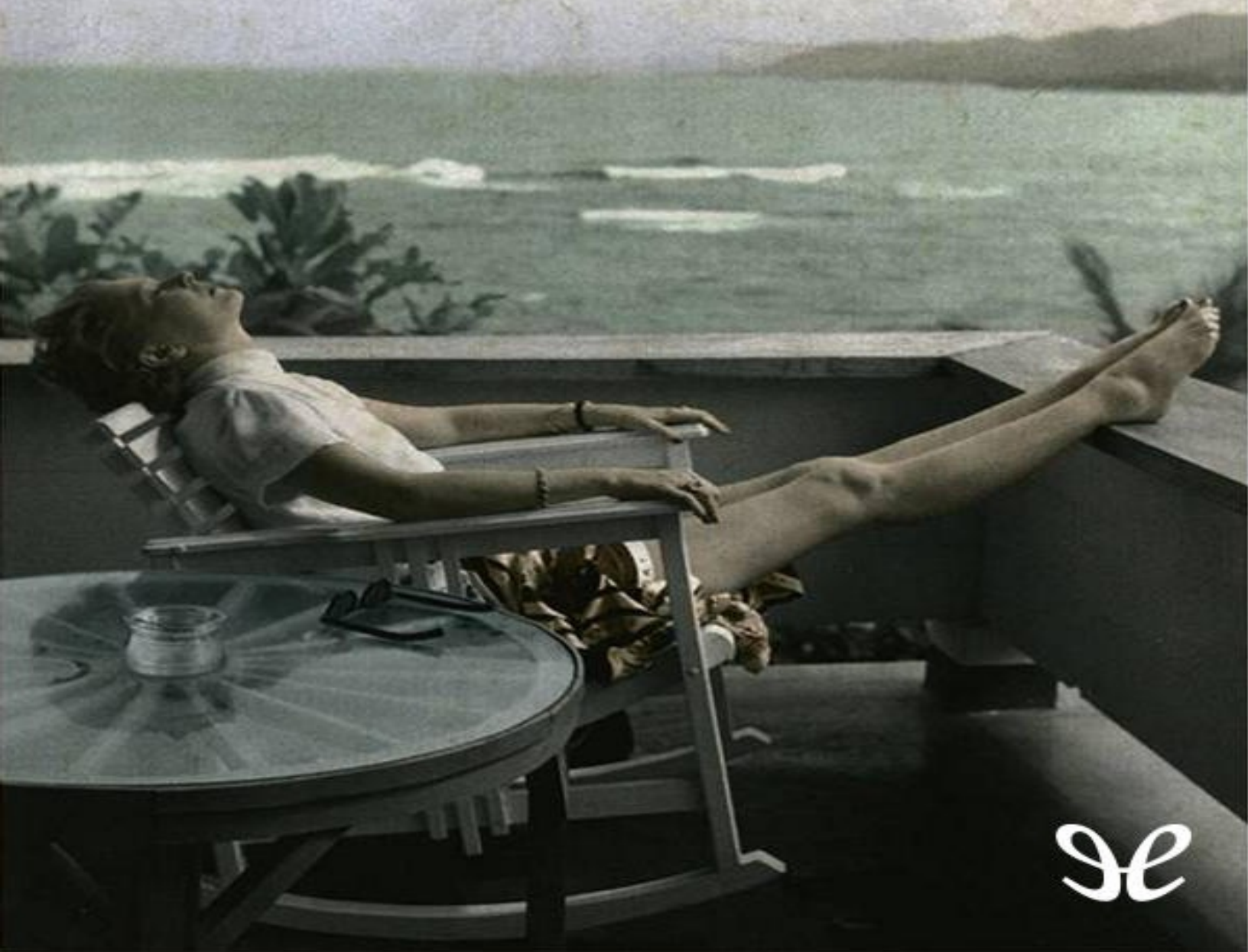


Alice Munro

**El amor
de una mujer
generosa**



se

Desde esos pequeños mundos que se concentran en Ontario, Alice Munro compone uno de las colecciones de cuentos más crudos y luminosos de la literatura contemporánea. Sutiles obras maestras en los que una de las mejores autoras de la literatura universal explora esas vidas cohibidas de mujeres. Mujeres que dudan, que huyen, que abandonan, que se desbocan. Mujeres frías, a veces infieles, otras insensatas. Munro postula para todas ellas, sin embargo, una esperanza, una vía de escape, común en las ocho historias de este maravilloso volumen contra la amenaza de la rutina y el confinamiento de los sueños.



Alice Munro

El amor de una mujer generosa

ePub r1.0

Samarcanda 06.08.14

Título original: *The love of a good woman*

Alice Munro, 1998

Traducción: Javier Alfaya McShane

Retoque de cubierta: Samarcanda

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.1



1. El amor de una mujer generosa

Hace ya dos décadas que existe un museo en Walley dedicado a la conservación de fotografías y mantequeras y arreos de caballo y un viejo sillón de dentista y una rudimentaria mondadora de manzanas y otras curiosidades tales como los pequeños aisladores de porcelana y vidrio que solían utilizarse en los antiguos postes telegráficos.

También se conserva allí una caja roja sobre la que se puede leer: D. M. Willens, optometrista; y junto a la caja una pequeña placa con la siguiente leyenda: «A pesar de que esta caja de instrumentos de optometrista no es muy antigua, guarda un considerable interés local, ya que perteneció al señor D. M. Willens, quien en 1951 pereció ahogado en el río Peregrine. Es de suponer que la caja, que se salvó del fatal accidente, la recuperó el mismo donante anónimo que más tarde la legaría a este museo».

El oftalmoscopio recuerda a un muñeco de nieve. Al menos la parte superior, la parte que está sujeta al mango hueco. Un disco grande, con otro más pequeño encima. Un agujero en el disco grande por el que mirar mientras las distintas lentes se van alternando. El mango pesa porque aún conserva las pilas. Si se quitasen y se insertase una vara con un disco en cada extremo, se podría enchufar a un cable eléctrico; pero tal vez fuera preciso utilizar el instrumento en lugares donde no había corriente eléctrica.

El retinoscopio parece más complicado. Debajo del aro circular que se coloca en la frente hay algo que se asemeja a la cabeza de un elfo, de rostro plano y redondo y con un capirote metálico, inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia una fina varilla sobre la que debería brillar un diminuto haz de luz. El rostro plano es de cristal, una especie de espejo oscuro.

Todo el aparato es negro, pero en realidad está pintado. En ciertas partes, allá donde el optometrista debe haberlo manoseado con mayor frecuencia, la pintura ha desaparecido, dejando a la luz destellos de un metal plateado.

I. JUTLAND

Aquel lugar se llamaba Jutland. Una vez hubo allí un molino y un pequeño asentamiento, pero a finales del siglo pasado todo aquello había desaparecido y, a fin de cuentas, el lugar nunca había llegado a ser gran cosa. Mucha gente creía que se llamaba así en honor de una famosa batalla naval librada durante la Primera Guerra Mundial, pero la verdad es que estaba en ruinas mucho antes de que se celebrara dicha batalla.

Los tres muchachos que llegaron allí un sábado a primera hora de la mañana a principios de la primavera de 1951 creían, al igual que la mayoría de los niños, que su nombre procedía de las viejas tablas de madera que sobresalían de la tierra de la ribera y de las otras estacas, rectas y gruesas, que formaban una empalizada irregular en las aguas cercanas. (En realidad, eran los restos de una presa construida antes de la época del cemento). Las tablas y un montón de piedras usadas para los cimientos, una lila, unos cuantos manzanos enormes deformados por una enfermedad causada por los hongos y el somero lecho del caz del molino que se llenaba de ortigas cada verano eran los únicos signos de una existencia anterior.

Al volver de la carretera del pueblo había un camino, o más bien un sendero, que nunca llegó a cubrirse de grava y que figuraba en los mapas como una línea de puntos, una carretera apenas transitable. Sólo de vez en cuando pasaban por allí los coches de quienes en verano iban a bañarse al río o los de las parejas que por la noche buscaban un lugar para pasar un rato. El único tramo en el que se podía dar la vuelta se encontraba antes de llegar al caz, pero lo invadían tantas ortigas, perifollos y, en los años lluviosos, cicutas salvajes, que a veces los coches tenían que salir dando marcha atrás hasta la carretera principal.

En aquella mañana de primavera se veían claramente las huellas del coche junto al borde del agua, pero los muchachos no se fijaron en ellas porque no pensaban más que en nadar; si es que a aquello se le podía llamar nadar: volverían al pueblo y contarían que se habían bañado en Jutland antes de que la nieve desapareciese.

Hacía más frío allí, río arriba, que en la ribera cercana al pueblo.

Todavía no había una sola hoja en los árboles de la orilla: el único verde visible lo formaban los manchones de puerros en el suelo y las caléndulas de pantano frescas como la espinaca, que se extendían a lo largo de los arroyuelos que desembocaban en el río. Y en la ribera de enfrente, debajo de unos cedros, vieron lo que andaban buscando: un banco de nieve largo, a ras de tierra y tenaz, gris como las piedras.

Aún no había desaparecido.

Así que podrían saltar al agua y sentir el frío apuñalándoles como una daga helada. Dagas de hielo alzándose tras sus ojos y agujijoneando el interior de sus cráneos. Luego sacudirían unas cuantas veces brazos y piernas y por fin saldrían, tiritando y castañeando de dientes.

Meterían sus entumecidos miembros en sus ropas y sentirían cómo sus cuerpos se recuperaban dolorosamente por la sangre palpitante y el alivio de haber convertido sus jactancias en algo verdadero.

Las huellas que no advirtieron atravesaban de lleno el caz del molino, donde nada crecía entonces, únicamente la hierba aplastada de color pajizo del año anterior. Atravesaban el caz y se dirigían al río, sin dar la vuelta. Los muchachos las pisaron. Pero para entonces ya estaban tan cerca del agua como para que les llamara la atención algo más extraordinario que unas simples huellas de automóvil.

Había en el agua una estela de color azul pálido que no era un reflejo del cielo. Se trataba de un coche volcado dentro del estanque, con las ruedas delanteras y el morro enterrados en el fango y el parachoques del maletero a punto de salir a la superficie. En aquellos tiempos, el azul claro era un color poco corriente para un automóvil, y su forma curvilínea tampoco era muy corriente. Lo reconocieron enseguida. El cochecito inglés, el Austin, era el único de su marca en el condado. Su propietario era el señor Willens, el optometrista. Cuando iba al volante parecía un personaje de tebeo, porque era un hombre bajo aunque fornido, de hombros fuertes y cabeza grande. Daba la impresión de ir embutido en su cochecito como en un traje a punto de estallar.

El coche tenía una escotilla en el techo que el señor Willens abría cuando hacía calor. Ahora estaba abierta. Los muchachos no distinguían bien lo que había dentro. El color del coche daba nitidez al agua, pero ésta no era muy transparente y oscurecía cualquier cosa que no resplandeciera. Los muchachos se agacharon, luego se tumbaron boca abajo y asomaron sus cabezas, como si fueran tortugas, para intentar ver algo. Allí dentro había una cosa oscura y peluda, semejante al rabo de un animal grande, que sobresalía por el agujero del techo y se movía pausadamente en el agua.

Enseguida se dieron cuenta de que se trataba de un brazo, cubierto por la manga de una chaqueta de tela gruesa y con pelusa. Les pareció que dentro del coche había el cuerpo de un hombre —tenía que ser el cadáver del señor Willens— en una posición extraña. La fuerza del agua, pues incluso en el estanque del molino era mucha la presión en esa época del año, debía de haberlo levantado del asiento, zarandeándolo de tal forma que uno de sus hombros casi tocaba el techo y uno de sus brazos asomaba por fuera. Su cabeza debía de haber sido impulsada contra la puerta y la ventanilla del asiento del conductor. Una de las ruedas delanteras estaba más atrapada en el fondo del río que la otra, lo que significaba que el coche estaba inclinado tanto de un lado a otro como del morro al maletero. En realidad, la ventanilla debía de estar abierta y la cabeza asomándose para que el cuerpo hubiera terminado en aquella posición. Pero no podían verlo. Tenían la imagen del rostro del señor Willens tal y como lo habían conocido, un rostro grande y cuadrado que a menudo fruncía el ceño con aire teatral aunque nunca amenazador. Sus ralos cabellos rizados eran rojizos o dorados a la altura de la coronilla, y se los peinaba en diagonal por encima de la frente. Sus cejas eran más oscuras que su pelo, gruesas y peludas como orugas pegadas a los ojos. La cara ya de por sí les parecía grotesca, igual que les parecían grotescas

todas las caras de los adultos, de modo que no les asustaba verla ahogada. Pero todo lo que alcanzaban a ver era aquel brazo y una mano pálida. Pudieron ver la mano con gran claridad una vez que se acostumbraron a mirar a través del agua. Flotaba allí, trémula y vacilante, como una pluma, aunque su aspecto era tan sólido como el de la masa de pan y de lo más normal, una vez que te hacías a la idea de que estaba allí. Las uñas de los dedos parecían unas caritas pulcras, con su inteligente mirada de saludo, su sensato renegar de las circunstancias.

—Qué fuerte —dijeron aquellos chicos, cada vez con más energía y con un tono de creciente respeto, incluso de gratitud—. Qué fuerte.

Era su primera salida del año. Habían atravesado el puente sobre el río Peregrine, de doble arco y de una sola calzada, al que en el lugar llamaban la Puerta al Infierno o la Trampa Mortal, aunque lo peligroso de verdad era la curva cerrada de su extremo sur y no el puente en sí.

Había un arcén para los peatones, pero no lo utilizaron. Ni siquiera recordaban haberlo utilizado nunca. Tal vez hacía años, cuando eran pequeños y les llevaban de la mano. Pero para ellos aquel tiempo se había esfumado; se negaban a reconocer que existía, aun cuando les mostraban como prueba una foto o se veían obligados a escuchar anécdotas durante las conversaciones familiares.

Caminaron a lo largo del pretil de hierro que corría por el puente al lado opuesto del arcén. Tenía una anchura de unas ocho pulgadas y se elevaba aproximadamente un pie sobre el suelo del puente.

El río Peregrine corría veloz con su carga de hielo y nieve, ahora derretidos, hacia su desembocadura en el lago Huron. Apenas cabía dentro de sus orillas después de las inundaciones anuales que transformaban las llanuras en un lago, arrancaban los árboles jóvenes y destrozaban cualquier bote o cabaña a su alcance. Con los residuos de los campos que la enfangaban y la pálida luz del sol sobre su superficie, el agua parecía un dulce de leche a punto de hervir. Pero si caías dentro te helaba la sangre y te empujaba al lago, y eso si antes no te habías partido la crisma contra las pilastras.

Los automóviles hicieron sonar sus cláxones como advertencia o reproche a los críos, pero éstos no les hicieron ningún caso. Siguieron adelante en fila india con tal decisión que se dirían sonámbulos. Luego, al llegar al extremo norte del puente, atajaron hacia las llanuras, en busca de los senderos que recordaban del año anterior. Las inundaciones eran tan recientes que no resultaba fácil seguir aquellos senderos.

Tenían que abrirse paso a patadas por entre la maleza aplastada y saltar de un montículo de hierba enlodada a otro. A veces saltaban de cualquier manera y terminaban aterrizando en el lodo o en los charcos residuales de las inundaciones, y una vez que sus pies se mojaban les era indiferente dónde cayeran. Chapoteaban en el lodo, chapoteaban en los charcos, y el agua entraba en sus botas de goma. Un viento cálido separaba las nubes en hilachas de lana vieja, y las gaviotas y los cuervos se disputaban el aire y se zambullían en el río. Los buitres revoloteaban sobre ellos, alerta desde las alturas; los petirrojos ya habían regresado, y los tordos de alas rojas se deslizaban lanzados en parejas, tan brillantes como si estuvieran recién pintados.

—Tenía que haber traído una veintidós.

—Tenía que haber traído una del calibre doce.

Eran demasiado mayores como para coger palos e imitar el ruido de los disparos. Hablaban con una especie de pesar despreocupado, como si siempre hubieran tenido armas al alcance de la mano.

Subieron por la orilla norte hasta llegar a un lugar arenoso sin vegetación, donde se suponía que las tortugas desovaban. Todavía era demasiado pronto para el desove, y en realidad la historia de los huevos de las tortugas se remontaba a muchos años atrás y ninguno de los chicos había visto ninguna. Pero pateaban y pisaban la arena, por si acaso. Luego buscaron el lugar donde el año anterior uno de ellos, junto con otro chico, encontró el hueso de la cadera de una vaca, arrastrada hasta allí por unas inundaciones que habían rebasado el matadero.

Era cosa sabida que todos los años el río arrastraba y depositaba en cualquier lugar múltiples objetos sorprendentes, pesados, extraños o familiares. Rollos de cable, escaleras intactas, una pala torcida, una olla para el maíz. Encontraron la cadera enganchada a la rama de un zumaque, lo cual resultaba apropiado, ya que esas ramas lisas parecían cuernos de vaca o cornamentas de ciervos, algunas con las puntas cónicas herrumbrosas. Dieron tumbos de un lado a otro durante bastante tiempo, Cece Ferns les mostró la rama exacta, pero no encontraron nada.

Habían sido Cece Ferns y Ralph Diller quienes la habían encontrado, y cuando aquella mañana los otros muchachos le preguntaron qué había sido del trofeo, Cece Ferns contestó: «Se la llevó Ralph». Los dos muchachos que le acompañaban —Jimmy Box y Bud Salter— comprendieron por qué lo había hecho. Cece nunca llevaría nada a casa a menos que fuera tan pequeño que pudiera pasar desapercibido a los ojos de su padre.

Hablaron de hallazgos más útiles que se podrían hacer o que ya habían hecho en años anteriores. Los postes de las vallas se aprovecharían para construir una balsa, y los trozos diseminados de madera, para hacer una choza o una barca. Con mucha suerte uno se podía encontrar algunas trampas sueltas para ratas almizcladas. En ese caso se podía ganar algún dinero. Sólo era cuestión de hacerse con unas tablas de estiramiento y robar los cuchillos de despellejar. Hablaron de asaltar un cobertizo vacío que conocían, situado en un callejón sin salida detrás de lo que había sido la caballeriza. Estaba cerrado con candado pero probablemente no sería difícil entrar por la ventana, llevarse las tablas por la noche y luego volver a colocarlas al amanecer. Se podía llevar una linterna para el trabajo. O aún mejor, un farol. Se podía despellejar a las ratas almizcladas, estirar las pieles y luego venderlas por mucho dinero.

Este proyecto se volvió tan real que incluso se comenzaron a preocupar por tener que dejar pieles tan valiosas en el cobertizo durante el día. Uno de ellos debería vigilar mientras los otros salían para inspeccionar las trampas. (Nadie mencionaba el colegio). Así hablaban mientras dejaban el pueblo atrás. Charlaban como si fuesen libres, o casi libres, como si no asistieran al colegio o no vivieran con sus familias, ni sufriesen ninguna de las humillaciones que les infligían por su corta edad. Como si el campo que les rodeaba y los lugares que eran propiedad de otros les proporcionaran lo que necesitaban para cualquiera de sus empresas y aventuras, sin apenas riesgo ni esfuerzo por su parte.

Otro cambio en su conversación, ahora que abandonaban el pueblo, era que casi dejaban de utilizar nombres. De todas formas no solían utilizar sus nombres verdaderos, ni siquiera los apodos familiares como «Bud». Porque en el colegio casi todos tenían un mote, unos relacionados

con el aspecto de cada cual o con su manera de hablar, como por ejemplo Ojos Saltones o Cotorra, y otros como Culo Irritado o Jodedor de Gallinas, que guardaban relación con incidentes fabulados o reales en las vidas de los que llevaban esos apodosos o en las vidas —esos nombres se transmitían a lo largo de décadas— de hermanos, padres o tíos. Éstos eran los nombres que dejaban cuando salían al monte o al llano del río. Si querían llamar la atención de otro chico, se limitaban a decir «oye». Hasta el uso de calificativos escandalosos u obscenos, que se suponía que los mayores desconocían por completo, habría estropeado el sentido que tenía en aquellos momentos ignorar hábitos, familias y datos personales de cada cual.

Pese a todo, en el fondo no se miraban los unos a los otros como amigos. Lo suyo no era asignar el papel de mejor amigo o el de segundo mejor amigo, o establecer una jerarquía de amistades, como hacían las chicas. Se podría sustituir a cualquiera de los tres por cualquiera de entre al menos una docena de otros chicos, y los demás los aceptarían igualmente. Casi todos los miembros de la banda tenían entre nueve y doce años, demasiado mayores como para confinarse en los límites de sus patios o de sus barrios, pero demasiado jóvenes como para tener un trabajo, hasta para trabajos como barrer las aceras delante de las tiendas o hacer en bicicleta el reparto de la compra a domicilio. La mayoría vivía en el lado norte del pueblo, lo que significaba que les sería posible conseguir un trabajo de ese tipo cuando crecieran y que a ninguno lo enviarían nunca a estudiar a Appleby o al Upper Canada College. Y ninguno vivía en una chabola o tenía un pariente en la cárcel. De todas formas, había bastante diferencia entre cómo vivían en sus casas y lo que de ellos se esperaba en la vida. Pero esas diferencias se esfumaban tan pronto como perdían de vista la prisión del condado y el granero y las torres de la iglesia, y se dejaba de oír el repique del reloj de los juzgados.

Al volver caminaban deprisa. A veces iban al trote pero no corrían. Dejaron de saltar, de perder el tiempo y de chapotear en el agua; y los ruidos que hacían de camino al estanque, los pitidos y los aullidos, quedaron también de lado. Reparaban en los imprevistos regalos de la inundación, pero pasaban de largo. En realidad caminaban de regreso como lo habría hecho cualquier adulto, a un paso bastante ligero y siguiendo la ruta más razonable, sintiendo sobre sus hombros la responsabilidad de a qué lugar dirigirse y qué pasos tomar a continuación.

Frente a los muchachos había algo, una imagen ante sus ojos que se interponía entre ellos y el mundo, igual que parecía suceder con todos los mayores. El estanque, el coche, el brazo, la mano. Tenían cierta idea de que cuando llegasen a un determinado lugar comenzarían a gritar. Entrarían en el pueblo chillando y haciendo circular la noticia a su alrededor, y todo el mundo se quedaría helado, tratando de digerirla.

Atravesaron el puente, igual que siempre, caminando sobre el pretil de hierro. Pero esta vez no tenían sensación de riesgo, coraje o despreocupación. Podrían perfectamente haber usado el arcén. En lugar de seguir la curva cerrada de la carretera que llevaba tanto al puerto como a la plaza, subieron directamente la orilla por un sendero que desembocaba cerca de los cobertizos de los ferrocarriles.

El reloj daba su repique de cuarto de hora. Las doce y cuarto.

Era la hora en la que la gente iba a casa a almorzar. Los oficinistas tenían la tarde libre, pero los que trabajaban en comercios, únicamente disponían de una hora, como de costumbre: los

sábados por la noche, las tiendas no cerraban hasta las diez o las once.

La mayor parte de la gente iba a casa para tomar una comida caliente y abundante. Chuletas de cerdo, o salchichas, o ternera hervida, o pastel de carne. Patatas, sin duda, fritas o en puré; crema de tubérculos, de repollo o de cebolla, almacenados durante el invierno. (Unas cuantas amas de casa, ricas o un tanto más irresponsables, serían capaces hasta de abrir una lata de guisantes o de judías blancas). Pan, bollos, frutas en conserva, pastel. Incluso aquellas personas que no tenían una casa a donde ir o, por una razón u otra, no querían ir, se sentarían ante una comida de ese estilo en el Duke of Cumberland o en el Merchants' Hotel, o por menos dinero, detrás de las empañadas ventanas del Shervill's Dairy Bar.

Aquellos que se dirigían hacia casa eran, en su mayoría, hombres.

Las mujeres ya se encontraban allí, siempre estaban allí. Pero algunas de las mujeres de edad madura que trabajaban en comercios u oficinas por razones ajenas a su voluntad (maridos fallecidos o enfermos o que nunca llegaron a tener) eran amigas de las madres de los muchachos y les saludaban desde la acera de enfrente (quien peor lo pasaba era Bud Salter, porque le llamaban Buddy) con tal ufanía y brío que los chicos no podían evitar pensar en lo mucho que ellas sabían de asuntos familiares o de lejanas infancias.

Los hombres no se molestaban en saludar a los muchachos por sus nombres, aunque los conocieran bien. Les llamaban «chicos» o «jovencitos» o, muy de vez en cuando, «señores».

—Buenos días, señores.

—¿Vais hacia casa, chicos?

—¿En qué lío os habéis metido esta mañana, jovencitos?

En esos saludos había un cierto grado de jocosidad, pero existían diferencias. Los hombres que decían «jovencitos» estaban mejor dispuestos, o deseaban dar la impresión de estarlo, que los que les llamaban «chicos». «Chicos» podía ser señal de que luego vendría una reprimenda por delitos ambiguos o específicos. «Jovencitos» indicaba que el que lo usaba también había sido joven alguna vez. «Señores» era una burla manifiesta y un menosprecio que no desembocaba en un reproche sólo porque la persona en cuestión no iba a perder el tiempo en ello.

Al contestar, los muchachos nunca levantaban la vista más allá del bolso de una mujer o de la nuez de la garganta de un hombre. Decían «hola» con claridad porque de lo contrario podría haber problemas, y en respuesta a las preguntas respondían con un «sí, señor», «no, señor» y «no mucho que contar». Hasta en ese día, las voces que les hablaban les provocaban cierta inquietud y confusión, y respondían con su reticencia habitual.

Al llegar a una esquina determinada, tuvieron que separarse. Cece Ferns, siempre el más preocupado por llegar a casa, se marchó el primero.

—Os veré después del almuerzo —dijo.

—Vale. Hay que ir al centro —dijo Bud Salter.

Esto significaba, como se daba por supuesto, «al centro, a la comisaría de policía». Parecía que sin necesidad de consultarse mutuamente, todos habían acatado este nuevo plan de operaciones, una forma más sobria de dar la noticia. Pero nadie dijo claramente que no había que contar nada en casa. No existía razón por la que Bud Salter o Jimmy Box no pudieran hacerlo.

Cece Ferns nunca contaba nada en casa.

Cece Ferns era hijo único. Sus padres eran más mayores que los otros padres de los muchachos, o tal vez resultaba que parecían mayores por la asendereada vida que llevaban. Al alejarse de los otros chicos, Cece comenzó a marchar al trote, como solía hacer al llegar a la manzana de su casa. No es que tuviese ganas de llegar o que pensara que las cosas irían mejor si llegaba pronto. Puede que de esta manera le pasase más rápido el tiempo, porque la última manzana le llenaba de aprensión.

Su madre estaba en la cocina. Buena cosa. Se había levantado, aunque todavía llevaba puesta la bata. Su padre no estaba en casa, y eso también era bueno. Su padre trabajaba en el granero y libraba los sábados por la tarde, y si no había llegado a casa a esa hora era probable que se hubiese ido al Cumberland. Eso significaba que no tendría que vérselas con él hasta bien entrado el día.

El padre de Cece también se llamaba Cece Ferns. Era un nombre conocido y generalmente querido y popular en Walley, e incluso cuando treinta o cuarenta años después alguien mencionaba ese nombre al contar una anécdota, todo el mundo daba por supuesto que se trataba del padre, y no del hijo, de quien se hablaba. Si una persona recién llegada al pueblo comentaba «a mí no me parece que Cece hiciera eso», le decían que no se referían a ese Cece.

—Él no, hablamos de su viejo.

Contaban lo de aquella vez que Cece Ferns fue al hospital —o lo ingresaron— con neumonía, o una cosa así de grave, y las enfermeras lo envolvieron en toallas o sábanas mojadas para bajarle la fiebre. Al absorber el sudor de la fiebre las toallas y las sábanas se volvieron de color pardusco. Era de la nicotina que tenía metida en el cuerpo. Las enfermeras nunca habían visto nada igual. Cece estaba encantado. Decía que fumaba y bebía alcohol desde que tenía diez años.

Y lo de aquella vez que fue a la iglesia. Era difícil imaginar por qué, pero fue a la iglesia baptista, y su mujer era baptista, así que a lo mejor fue para darle una alegría, aunque eso era aún más difícil de imaginar. Estaban dando la comunión el domingo que él entró y en la Iglesia baptista el pan es pan pero el vino es mosto.

—¿Qué es esto? —vociferó Cece Ferns—. Si ésta es la sangre del Cordero debía padecer una maldita anemia de mucho cuidado.

En la cocina de los Ferns estaban en marcha los preparativos para la comida del mediodía. Sobre la mesa había una barra de pan cortada y una lata abierta de remolacha troceada en dados. Habían frito unas cuantas salchichas antes que los huevos, aunque se tendría que haber hecho después, y aún estaban relativamente templadas en el fogón. En aquel momento la madre de Cece empezaba a freír los huevos. Estaba inclinada sobre el fogón con la espumadera en una mano y apretándose el estómago con la otra, aguantando el dolor.

Cece le quitó la espumadera de la mano y bajó el calor eléctrico, que estaba demasiado fuerte. Mantuvo la sartén alejada del quemador mientras éste se enfriaba, para que las claras de los huevos no se endureciesen o se quemaran por los bordes. No había llegado a tiempo para vaciar la sartén de la grasa usada y echar otra más fresca. Su madre nunca limpiaba la grasa refrita, la utilizaba de una comida a otra, y cuando hacía falta, añadía un poco más.

Cuando el calor alcanzó la temperatura de su agrado, bajó la sartén y la movió de tal forma que los bordes como de encaje de los huevos formaron círculos ordenados. Encontró una cuchara limpia y echó unas cuantas gotas de grasa caliente encima de las yemas para que cuajasen. Tanto a él como a su madre les gustaban los huevos fritos de esa manera, pero ella no solía cogerles el punto. A su padre le gustaban volteados y planos como las tortitas, fritos hasta que estuvieran tan duros como el cuero y ennegrecidos con pimienta. Cece también sabía hacerlos como los quería su padre.

Ninguno de los chicos conocía su experiencia en los menesteres de la cocina, al igual que ninguno conocía el escondite que se había montado fuera de la casa, en un rincón ciego situado más allá de la ventana del comedor, detrás del arbusto japonés.

Su madre se sentó en la silla junto a la ventana mientras él terminaba los huevos. No perdía de vista la calle. Aún cabía la posibilidad de que su padre volviera a casa para comer algo. Puede que aún no estuviese borracho. Aunque su comportamiento no siempre dependía del grado de su borrachera. Si hubiese aparecido en la cocina, quizá le hubiera pedido a Cece que le preparara unos huevos. Después posiblemente le habría preguntado por qué no llevaba puesto el delantal y le habría dicho que sería una esposa ideal para cualquier hombre. Así es como se hubiera comportado de estar de buen humor. De no estar de buen humor, habría empezado por mirar fijamente a Cece de una forma particular —es decir, con una expresión exagerada, absurda, intimidante— y le habría dicho que se anduviese con cuidado.

—Listillo, ¿eh? Bueno, sólo te digo que más te vale andar con ojo.

Luego, si Cece le miraba cara a cara, o si no le devolvía la mirada, o si dejaba caer la espumadera o la soltaba con estrépito, o incluso si se movía con cuidado para no dejar caer nada y para no hacer ruido, su padre era capaz de enseñar los dientes y gruñir como un perro. Hubiera resultado ridículo —y lo era— de no ser porque iba en serio. Un minuto más tarde la comida y el plato podían estar por el suelo, la mesa y las sillas volteadas, y el padre persiguiendo al hijo por la habitación, gritando que esta vez le cogería y le aplastaría su sucia cara contra el quemador, ¿y qué pasaba, no le gustaba la idea? Se diría que se había vuelto loco. Pero si en ese momento alguien llamaba a la puerta —digamos, si un amigo suyo llegaba para recogerle— su rostro recuperaba la expresión de siempre, abría la puerta y decía el nombre del amigo con voz fuerte y tono de chanza.

—Estoy contigo enseguida. Ya voy. Te diría que entraras, pero la mujer ha vuelto a tirar los platos. —No pretendía que le creyesen. Lo decía para que pareciese que lo que pasaba en su casa era pura broma.

La madre de Cece le preguntó si el tiempo había mejorado y dónde había estado aquella mañana.

—Bueno —contestó—, por ahí, por el llano.

Ella comentó que creía oler el viento en él.

—¿Sabes qué voy a hacer después de comer? —dijo—. Voy a tomar la bolsa de agua caliente, me volveré a meter en cama y a lo mejor recupero fuerzas y vuelvo a tener ganas de hacer algo.

Casi siempre repetía lo mismo, pero siempre lo anunciaba como si fuese una idea que se le acababa de ocurrir, una decisión llena de esperanza.

Bud Salter tenía dos hermanas mayores que nunca hacían nada útil a menos que su madre las obligara. Y su dedicación a arreglarse el pelo, pintarse las uñas, limpiar los zapatos, maquillarse o incluso vestirse no se acababa en sus dormitorios o en el cuarto de baño. Dejaban los peines y los rulos, los polvos faciales, las lacas de uñas y los betunes por toda la casa. Además, colgaban en los respaldos de las sillas sus vestidos y blusas recién planchadas y extendían sus jerseys para que se secasen sobre toallas colocadas en cualquier rincón libre del suelo. (Luego te chillaban si te acercabas a esas cosas). Se colocaban ante los espejos —el espejo del perchero del pasillo, el espejo del aparador del comedor y el que estaba sobre un anaquel junto a la puerta de la cocina— siempre cargadas de imperdibles, horquillas, peniques, botones y trozos de lápices.

A veces, una de las dos se quedaba hasta veinte minutos delante de uno de los espejos y se miraba desde varios ángulos, inspeccionando los dientes, tirando de sus cabellos hacia atrás y sacudiéndoselos después hacia delante. Luego se alejaba, aparentemente satisfecha o al menos con su misión cumplida, pero nunca iba más allá de la siguiente habitación, donde había otro espejo y empezaba una vez más como si le hubiesen puesto una cabeza nueva.

En aquel momento su hermana mayor, la que tenía fama de atractiva, se quitaba las horquillas del pelo delante del espejo de la cocina.

Su cabeza estaba cubierta de rizos lustrosos y acaracolados. Su otra hermana hacía un puré de patatas, por orden de su madre. Su hermanito de cinco años estaba sentado en su lugar en la mesa, golpeándola con el tenedor y el cuchillo y gritando: «Quiero que me sirvan, quiero que me sirvan». Lo había aprendido de su padre, que lo hacía en broma.

Bud pasó junto a la silla de su hermano y dijo en voz baja: «Mira cómo le echa grumos al puré». Había convencido a su hermanito de que los grumos se añadían al puré como las pasas al arroz con leche: eran cosas que se guardaban en el armario de la cocina.

Su hermano dejó de chillar y empezó a quejarse.

—No voy a comer si ella le pone grumos. Mamá, no pienso comérmelo si le mete grumos.

—Vamos, no seas tonto —dijo la madre de Bud. Estaba friendo rebanadas de manzana y aros de cebolla con las chuletas de cerdo—. Deja de lloriquear como un bebé.

—Es Bud quien tiene la culpa —dijo la hermana mayor—. Fue Bud quien le contó que se los ponía. Bud se lo dice siempre y el pequeño qué va a saber.

—A Bud habría que romperle la cara —dijo Doris, la hermana que hacía el puré. No siempre hablaba por hablar, una vez le arañó a Bud una mejilla y le dejó una cicatriz.

Bud se acercó al aparador donde se enfriaba un pastel de ruibarbo.

Cogió un tenedor y con cuidado empezó a levantar disimuladamente la costra de hojaldre, que dejó escapar un vapor delicioso y un delicado olor a canela. Intentó hurgar en la parte superior del hojaldre para saborear el relleno. Su hermano vio lo que hacía, pero le tenía demasiado miedo como para abrir la boca. Era un niño consentido y siempre le defendían sus hermanas: Bud era la única persona en toda la casa que le infundía respeto.

—Quiero que me sirvan —repitió, esta vez con voz baja y reflexiva.

Doris se acercó al aparador y cogió un plato hondo para el puré.

Bud hizo un movimiento imprudente y se hundió una parte del hojaldre que cubría el pastel.

—Así que ahora te dedicas a estropear el pastel —dijo Doris—. Mami, está echando a perder

tu pastel.

—Cierra la maldita boca —dijo Bud.

—Deja el pastel —le ordenó su madre con una severidad estudiada y casi serena—. Dejad de maldecir. Dejad de chivaros. Y a ver si maduráis un poquito.

Jimmy Box se sentó a comer ante una mesa llena de gente. Él, su padre y su madre y sus hermanas de cuatro y seis años vivían en la casa de su abuela con ella, con su tía abuela Mary y con su tío, que era soltero. Su padre tenía un taller de reparación de bicicletas en un cobertizo detrás de la casa y su madre trabajaba en los almacenes Honeker.

El padre de Jimmy era cojo porque había sufrido un ataque de polio a los veintidós años. Caminaba inclinándose sobre la cadera y se ayudaba con un bastón. No se notaba mucho cuando trabajaba en la tienda porque ese tipo de trabajo conllevaba inclinarse con frecuencia.

Cuando caminaba por la calle, tenía un aspecto bastante peculiar, pero nadie se mofaba de él o le imitaba. En otro tiempo había sido un notable jugador de hockey y de béisbol en el pueblo y todavía conservaba parte de la gracia y del valor de antaño, lo que otorgaba otra dimensión a su situación actual, como si sólo se tratara de un estado temporal (aunque fuera el definitivo). Él contribuía a que le consideraran así porque hacía bromas tontas y empleaba un tono optimista, negando el dolor que reflejaban sus ojos y que le tenía en vela muchas noches. A diferencia del padre de Cece Ferns, él no cambiaba su forma de ser al entrar en casa.

Sin embargo, no era su casa. Su mujer se había casado con él después de que se quedara cojo, aunque ya estaban comprometidos desde antes, y parecía natural que se mudaran a casa de la madre de su esposa para que ella cuidara de los niños que iban llegando mientras su mujer trabajaba. Por su parte, a la madre de la esposa le parecía natural también encargarse de otra familia, al igual que le parecía natural que su propia hermana, Mary, se fuera a vivir con la familia cuando sus ojos empezaron a fallar y que su propio hijo, Fred, un hombre extraordinariamente tímido, continuara viviendo en casa hasta que no encontrara un lugar que le gustara más. Era una de esas familias que soporta cualquier carga con menos quejas incluso que las que generaría un mero cambio de tiempo.

De hecho, al igual que con la timidez de Fred, a nadie en aquella casa se le ocurriría mencionar como un peso o un problema la discapacidad del padre de Jimmy o la mala vista de Mary.

Se trataba de mantenerse inalterable ante los problemas y las adversidades del mismo modo que ante situaciones más favorables.

Según la creencia tradicional de la familia, la abuela de Jimmy era una excelente cocinera y posiblemente lo había sido alguna vez, pero en los últimos años las cosas habían cambiado. Se practicaba la economía familiar mucho más allá de lo necesario. La madre de Jimmy y su tío tenían buenos sueldos, su tía Mary recibía una pensión y el taller de las bicicletas era un negocio bastante bueno, pero donde había que emplear tres huevos se empleaba uno y al pastel de carne se le añadía una taza de más de copos de avena. Trataban de compensarlo poniendo más salsa inglesa de la cuenta o demasiada nuez moscada en el flan. Pero nadie se quejaba. Todos se deshacían en elogios. En esa casa había menos quejas que lingotes de oro. Al tropezar decían

«disculpa», hasta las niñas decían «disculpa». Todo era por favor y gracias en la mesa, como si siempre hubiera invitados a comer. Así se iban arreglando a pesar de vivir amontonados en la casa, de que las perchas estuvieran llenas de ropa, de que hubiera abrigos colgados en la barandilla, catres colocados permanentemente en el comedor para Jimmy y su tío, y de que una pila de ropa cubriera el aparador a la espera de la plancha o remiendos. Nadie hacía ruido por las escaleras, ni cerraba las puertas con estrépito, ni subía el volumen de la radio, ni decía cosas desagradables.

¿Fue ésa la razón por la cual Jimmy no abrió la boca aquel sábado a la hora del almuerzo? Los tres mantuvieron la boca cerrada. En el caso de Cece, era fácil de entender. Su padre no habría permitido que su hijo se adjudicara un descubrimiento tan importante. Lo normal es que le hubiera llamado mentiroso. Y la madre de Cece, que todo lo juzgaba según el efecto que pudiera ejercer sobre el padre, habría comprendido —acertadamente— que el simple hecho de que Cece acudiera a la comisaría causaría problemas en casa, así que le habría pedido que se callase. Pero los otros dos muchachos vivían en unas casas muy normales y podrían haberlo comentado. En la casa de Jimmy habría producido consternación y cierta desaprobación, pero al final habrían reconocido que la culpa no era del chico.

Las hermanas de Bud le habrían preguntado si se había vuelto loco.

Eran capaces de tergiversar tanto las cosas que habrían insinuado que era típico de él y de su grosera naturaleza encontrar un cadáver. Su padre, sin embargo, era un hombre sensato y paciente, acostumbrado a escuchar muchas historias extrañas en su trabajo, porque era jefe de mercancías en la estación de ferrocarril. Habría hecho callar a las hermanas de Bud y, tras una conversación seria con su hijo para cerciorarse de que decía la verdad y no exageraba, habría llamado a la comisaría.

Lo que ocurría es que sus casas parecían demasiado llenas de gente. Bastante tenían con lo que tenían. Sucedió en casa de Cece tanto como en las otras dos, porque, incluso cuando no estaba su padre, persistía la amenaza y el recuerdo de su enloquecida presencia.

—¿Lo contaste?

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

Bajaron andando hasta el centro sin pensar en la ruta que tomaban. Entraron en la calle Shipka y se encontraron pasando por delante del bungalow de estuco del señor y la señora Willens. Antes de darse cuenta ya lo tenían ante sus narices. Tenía una pequeña ventana en saliente a cada lado de la puerta principal y un escalón superior lo bastante ancho como para que cupieran dos sillas, que en las noches de verano ocupaban el señor Willens y su mujer, pero que ahora estaban vacías. Había un anexo con el techo plano en un lado de la casa, con otra puerta que se abría a la calle y un camino que conducía hasta allí.

Un rótulo en la puerta decía: D. M. Willens, optometrista. Ninguno de los muchachos había visitado la consulta, pero Mary, la tía de Jimmy, la frecuentaba en busca de colirio, y su abuela compraba allí sus gafas, igual que la madre de Bud Salter.

El estuco era de color rosa barroso, y las puertas y los marcos de las ventanas estaban

pintados de color marrón. Aún no habían quitado las contraventanas, al igual que en casi todo el pueblo. La casa no tenía nada de especial, pero el jardín delantero era famoso por sus flores. La señora Willens era una renombrada jardinera que no cultivaba las flores en largas filas junto a la huerta, como hacían la abuela de Jimmy y la madre de Bud. Las ordenaba en arriates redondos, en forma de media luna y por todas partes y en círculos bajo los árboles. En pocas semanas los narcisos cubrirían el césped, pero en aquel momento lo único que florecía era el arbusto de forsitia en una esquina de la casa. Crecía casi tan alto como los aleros y rociaba de amarillo el aire como una fuente que lanza agua.

La forsitia se agitó aunque no soplabla viento y apareció una figura encorvada y parda. Era la señora Willens con su desgastada ropa de jardinera, una vieja obesa con pantalones muy anchos, chaqueta andrajosa y un gorro puntiagudo que podría ser de su marido, caído sobre la frente hasta casi esconder sus ojos. Llevaba un par de podaderas en la mano.

Aminoraron el paso, la opción era hacerlo o echar a correr. Tal vez creyeron que no se fijaría en ellos, que podían convertirse en postes.

Pero ya les había visto; había salido a toda prisa por esa razón.

—Veo que miráis como embobados mi forsitia —dijo la señora Willens—. ¿Queréis que os dé un poco para que lo llevéis a casa?

Lo que miraban como embobados no era la forsitia, sino la escena entera: la casa, que tenía su aspecto de siempre, el rótulo junto a la puerta de la consulta, las cortinas que dejaban pasar la luz. Nada sepulcral ni ominoso, nada que indicase que el señor Willens no estaba allí y que su coche no estaba en el garaje detrás de su consulta, sino en el estanque de Jutland. Y allí estaba la señora Willens trabajando en su jardín, donde todos la imaginaban —el pueblo entero lo decía— tan pronto como desapareciese la nieve. Y allí, hablándoles con su voz familiar, áspera por el tabaco, abrupta, desafiante pero no antipática, una voz que se podía identificar a media manzana o como si llegara de la parte trasera de cualquiera de las tiendas.

—Esperad —dijo—, esperad, ahora cojo unas cuantas.

Empezó a partir con fuerza y habilidad las ramas de amarillo brillante y, después de escoger las que quiso, se acercó a ellos tras una pantalla de flores.

—Aquí tenéis —dijo—. Llevádselas a vuestras madres. La forsitia siempre se agradece, es lo primero que brota en primavera —les repartió las ramas—. Como la Galia. La Galia está dividida en tres partes. Deberíais saberlo si estudiáis latín.

—Aún no estamos en la escuela secundaria —contestó Jimmy, cuya vida doméstica le había preparado mejor que a los otros para hablar con las mujeres.

—¿Aún no? —dijo—. Pues tenéis muchas cosas bonitas por delante. Decid a vuestras madres que las pongan en agua templada. Bueno seguro que ya lo saben. Os he dado ramas que están a medio brotar para que duren más.

Dieron las gracias, primero Jimmy y luego los otros, que siguieron su ejemplo. Se dirigieron al centro con los brazos cargados. No tenían intención de volver para llevarse las flores a casa y confiaban en que ella no tendría una idea muy clara de dónde vivían. Cuando estuvieron a una distancia de media manzana echaron un rápido vistazo para ver si ella les miraba.

No los miraba. Además, la casa grande de la acera los ocultaba.

La forsitia les dio algo en qué pensar. El bochorno de llevarla, el problema de deshacerse de ella. De no haberla tenido en sus manos, hubieran tenido que pensar en el señor y la señora Willens. ¿Cómo podía estar ella trabajando en el jardín y él ahogado en su coche? ¿Sabría ella dónde estaba su marido o no? Daba la impresión de que no lo sabía. ¿Sabría al menos que no estaba en casa? Actuaba como si nada hubiese ocurrido, nada de nada, o eso parecía cuando habló con ellos. Lo que ellos sabían, lo que habían visto, se diría que había sido apartado, anulado, porque ella no sabía nada.

Dos chicas montadas en sus bicicletas dieron la vuelta a la esquina.

Una era Doris, la hermana de Bud. Enseguida comenzaron a desternillarse de risa.

—Vaya, con que flores —gritaron—. ¿Dónde es la boda? Mira qué damas de honor tan guapas.

Bud le contestó con lo más feo que le vino a la mente.

—Te sangra el culo.

Por supuesto que no era cierto, pero en una ocasión había ocurrido de verdad, una vez que ella volvió del colegio con la falda manchada de sangre. Todo el mundo la había visto y nadie lo había olvidado.

Estaba seguro de que al llegar a casa ella se chivaría, pero no fue así. La vergüenza que le entraba al recordar aquel incidente era tal, que ni siquiera por complicarle la vida a su hermano fue capaz de mencionar lo ocurrido.

Se dieron cuenta de que tenían que deshacerse de las flores de inmediato, así que se limitaron a tirar las ramas bajo un coche aparcado. Al entrar en la plaza se sacudieron los pétalos que les habían caído sobre la ropa.

Entonces los sábados eran todavía importantes porque venía gente de las zonas rurales a la ciudad. Algunos coches ya estaban estacionados en la plaza y en las calles laterales. Los adolescentes y los niños más pequeños que venían del pueblo y del campo iban al cine a la función de la tarde.

Al llegar a la primera manzana era preciso pasar por delante de los almacenes Honeker. Y allí, bien visible, en uno de los escaparates, estaba la madre de Jimmy. Ya de vuelta al trabajo, colocaba un sombrero en la cabeza de un maniquí, enderezando el velo y ajustando las hombreras del vestido. Era una mujer bajita y tenía que ponerse de puntillas para alcanzar bien. Se había quitado los zapatos para pisar la alfombra del escaparate. A la vista quedaron las suelas rosadas y regordetas de sus talones, velados por sus medias, y, al estirarse, la parte posterior de la rodilla por una abertura en su falda. Por encima había un trasero grande pero bien formado y la marca de las bragas o de la faja. Jimmy se imaginaba sus resoplidos; sentía también el olor de las medias que ella se quitaba a veces nada más llegar a casa para que no se formaran carreras. Las medias y la ropa interior, incluso la ropa interior femenina limpia, despedían un tenue olor íntimo, atrayente y repulsivo a la vez.

Deseó dos cosas. Que los otros no se fijaran en ella (sí se fijaron, pero la idea de una madre que se vestía elegantemente cada día y que salía al mundo público de la ciudad les resultaba tan extraña que no se les ocurría ningún comentario, tan sólo dejarla de lado) y por favor que ella no se diera la vuelta y le descubriera. Si lo veía sería capaz de dar golpecitos en el escaparate y decirle hola moviendo los labios. En el trabajo perdía su silenciosa discreción, su estudiada

dulzura hogareña. Su servilismo se transformaba y pasaba de lo humilde a lo coqueto. A él le encantaba ese otro aspecto de ella, esa vivacidad tan suya, igual que le encantaban los almacenes Honeker, con sus amplios mostradores de vidrio y madera barnizada, sus grandes espejos en lo alto de la escalera, en los que él se veía al subir hasta la sección de ropa femenina de la segunda planta.

«Aquí está mi diablillo», decía su madre, y a veces le pasaba diez centavos con cierto disimulo. No se podía quedar más de un minuto.

Por si el señor o la señora Honeker vigilaban.

Diablillo.

Una palabra que antes era tan agradable de oír como el tintineo de las monedas de diez y cinco centavos y que ahora sonaba a falsa.

Pasaron sin que ocurriese nada.

En la manzana siguiente tenían que pasar por delante del Duke of Cumberland, pero a Cece no le preocupaba. Si su padre no se había ido a cenar significaba que pasaría horas allí. Aunque la palabra «Cumberland» pesaba siempre sobre su mente. Desde los tiempos en que ni sabía su significado le producía una sensación de desolada tristeza. Como un peso que cayera en picado hasta las profundidades de las aguas turbias.

Entre el Cumberland y el ayuntamiento había un callejón sin pavimentar y detrás del ayuntamiento se encontraba la comisaría. Entraron en el callejón y pronto les empezó a llegar un gran ruido, que desafiaba al ruido de la calle. No procedía del Cumberland: de allí el ruido salía como amortiguado, la cervecería sólo tenía ventanas pequeñas y altas como las de los servicios públicos. Procedía de la comisaría. La puerta de la comisaría se encontraba abierta porque la temperatura era agradable y hasta el callejón llegaba el olor del tabaco de pipa y de los puros. No eran únicamente policías los que se sentaban allí dentro, sobre todo los sábados por la tarde, con la estufa encendida durante el invierno, el ventilador en verano y la puerta abierta para que entrara el agradable aire en un día como aquél, en el que no hacía ni frío ni calor. Allí estaría el coronel Box; a decir verdad, ya le oían resollar en la secuela interminable de su risa asmática. Era pariente de Jimmy, pero había cierto distanciamiento con la familia porque él veía mal el matrimonio del padre del chico. Hablaba con Jimmy, cuando le reconocía, en un tono entre irónico y sorprendido.

—Si alguna vez te ofrece veinticinco centavos o algo por el estilo, di que no los necesitas —le decía a Jimmy su madre. Pero el coronel Box nunca se los ofrecía.

También estaría dentro el señor Pollock, que se había jubilado de su trabajo en la farmacia, y Fergus Solley, que tenía aspecto de tonto aunque no lo fuera porque le hizo daño el gas durante la Primera Guerra Mundial. Durante todo el día estos y otros hombres jugaban a las cartas, fumaban, contaban historias y bebían café a cuenta del pueblo (según decía el padre de Bud). Si alguien iba a allí a presentar una denuncia o a dar una información, tenía que hacerlo a la vista de aquella gente, que muy probablemente se enteraría de todo.

Había que cargar con ese muerto.

Estuvieron a punto de pararse ante la puerta abierta. Nadie se fijó en ellos. El coronel Box dijo «aún no estoy muerto», repitiendo la última frase de una anécdota. Pasaron de largo

lentamente y con las cabezas gachas, pisando la gravilla. Al dar la vuelta a la esquina del edificio apretaron el paso. Al lado de los servicios públicos para hombres, sobre la pared, se veía la mancha reciente de un vómito grumoso y un par de botellas vacías. Tuvieron que sortear los cubos de basura y las altas y vigilantes ventanas de la oficina del secretario del ayuntamiento y luego dejaron atrás la gravilla para entrar de nuevo en la plaza.

—Tengo dinero —dijo Cece.

Este regreso al mundo real les proporcionó un cierto alivio. Cece hizo tintinear las monedas en su bolsillo. Era el dinero que su madre le había dado después de fregar los platos, cuando entró en el dormitorio para decirle que salía a la calle. «Coge para ti cincuenta centavos de encima del tocador», le dijo. Ella a veces tenía dinero, aunque Cece nunca había visto a su padre dárselo. Y cuando decía «coge para ti» o le daba unas cuantas monedas, Cece comprendía que se avergonzaba de su modo de vivir, sentía vergüenza por él y delante de él y era entonces cuando la odiaba (aunque le alegrara lo del dinero). Sobre todo si le decía que era un buen chico y que no se creyera que no le agradecía lo que hacía.

Tomaron la calle que bajaba al puerto. Al lado de la gasolinera de Paquette había un puesto donde la señora Paquette vendía perritos calientes, helados, dulces y cigarrillos. Se negó a venderles cigarrillos a pesar de que Jimmy le dijo que eran para su tío Fred. Pero no se enfadó porque lo intentaran. Era una mujer gorda y guapa, una francocanadiense. Compraron tiras de regaliz negro y rojo. Pensaban comprar helados más tarde, cuando les bajase la cena. Se encaminaron hacia la valla en la que había dos viejos asientos de automóvil abandonados bajo un árbol que en verano los protegía con su sombra. Se repartieron las tiras de regaliz. El capitán Tervitt estaba sentado en el otro asiento.

El capitán Tervitt había sido durante muchos años un capitán de verdad en los barcos del lago. Ahora trabajaba de vigilante. Paraba los coches delante de la escuela para que los niños cruzaran la calle y no les permitía bajar con sus trineos por la calle lateral durante el invierno. Tocaba el silbato a la vez que levantaba su enorme mano, que parecía la mano de un payaso con aquel guante blanco. Era un hombre que todavía caminaba muy erguido y era alto y fuerte a pesar de que era viejo y su pelo era blanco. Los coches le obedecían y los niños también.

De noche hacía la ronda por las tiendas para comprobar que estuvieran cerradas y que no hubiera nadie robando. Durante el día solía dormir al aire libre. Al llegar el mal tiempo dormía en la biblioteca, y cuando hacía bueno, se sentaba afuera, en cualquier sitio. No pasaba mucho tiempo en la comisaría, probablemente porque su sordera le impedía seguir una conversación sin ponerse su audífono, que como muchos otros sordos no aguantaba. Debía de estar acostumbrado a la soledad. Su mirada se perdía más allá de la proa de los barcos del lago.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás para que el sol le diera en la cara. Cuando se le acercaron para hablarle (y tomaron esa decisión sin más consulta previa que una mirada resignada y dubitativa) tuvieron que despertarle de su sueño. Su rostro tardó un minuto en registrar el dónde, el cuándo y el quién le hablaba. Luego sacó de su bolsillo un viejo reloj grande y pasado de moda, como si supusiera que los niños siempre querían saber la hora. Pero continuaron hablando con él muy agitados y algo avergonzados. «El señor Willens está en el estanque de Jutland», decían, «vimos el coche» y «ahogado».

Tuvo que levantar una mano y hacerles señas para que se callaran mientras con la otra buscaba su audífono en el bolsillo de sus pantalones. Asintió con la cabeza con expresión grave y tranquilizadora, como si dijera paciencia, paciencia, mientras se colocaba el aparato en el oído. Entonces, con las dos manos levantadas —calma, calma—, probó su aparato. Por último, hizo otro gesto con la cabeza, esta vez más enérgico, y con voz severa —pero al mismo tiempo como si bromeara con su severidad— dijo: «Adelante».

Cece, que era el más tranquilo de los tres, así como Jimmy era el más educado, y Bud, el más bocazas, fue quien le dio la vuelta a la situación.

—Tiene la bragueta abierta —dijo.

Entonces salieron corriendo con gran revuelo.

Su euforia no desapareció enseguida. Pero no la podían compartir ni hablar de ella: tuvieron que separarse.

Cece volvió a casa para trabajar en su escondite. El suelo de cartón, que se había helado durante el invierno, estaba ahora empapado y había que poner uno nuevo. Jimmy subió a la buhardilla del garaje, donde hacía poco había descubierto una caja llena de las viejas revistas de Doc Savage que pertenecieran a su tío Fred. Bud volvió a casa, donde no encontró a nadie salvo a su madre, que enceraba el suelo del comedor.

Se puso a leer tebeos durante cerca de una hora y luego se lo contó todo.

Creía que su madre no tenía ninguna experiencia ni autoridad fuera de casa y que no sería capaz de tomar una decisión hasta que hubiera llamado al padre. Para sorpresa suya, llamó inmediatamente a la policía.

Luego telefoneó a su padre. Y alguien fue a recoger a Cece y a Jimmy.

Un coche de la policía entró en Jutland desde la carretera del pueblo y se confirmó la historia de los muchachos. Un policía y un sacerdote anglicano fueron a ver a la señora Willens.

—No quería importunarles —dijo, al parecer, la señora Willens—. Iba a esperar hasta el atardecer antes de acudir a ustedes.

Les contó que el señor Willens se había marchado al campo el día anterior por la tarde para llevarle un colirio a un anciano ciego. A veces se retrasaba, dijo. Visitaba pacientes o el coche se quedaba atascado.

El policía le preguntó si estaba deprimido o algo por el estilo.

—Desde luego que no —respondió el sacerdote—. Era el animador del coro.

—Esa palabra no figuraba en su vocabulario —dijo la señora Willens.

Se comentó lo suyo el que los muchachos se hubieran sentado a la mesa y cenado sin decir una palabra. Y que después hubieran comprado unas tiras de regaliz. A los tres se les puso un nuevo apodo: Hombre Muerto. Jimmy y Bud lo conservaron hasta que hubieron abandonado el pueblo, y Cece —que se casó joven y se puso a trabajar en el granero— lo vio pasar a sus dos hijos. Para entonces ya nadie pensaba en cuál era su origen.

Y el insulto al capitán Tervitt permaneció en secreto.

Creyeron que se encontrarían con algún reproche, con una mirada desdeñosa de agravio o de condena la próxima vez que tuvieran que pasar bajo su brazo levantado al cruzar la calle para ir a la escuela.

Pero él levantaba la mano enguantada, su mano blanca, noble y de payaso, con la habitual compostura benevolente. Les daba permiso.

Adelante.

II. FALLO DEL CORAZÓN

«Glomerulonefritis», escribió Enid en su cuaderno. Era el primer caso que había visto. Lo cierto es que los riñones de la señora Quinn empezaban a fallar y no se podía hacer nada.

Sus riñones se secaban y se convertían en unos bultos granulares duros e inútiles. Su orina era escasa y de un color grisáceo, y el hedor que emanaba tanto su aliento como la transpiración de su piel dejaba un regusto acre y ominoso. Había otro olor, más débil, como a fruta podrida, que a Enid le parecía relacionado con unas manchas de un pálido azul lavanda y marrón que brotaban en su cuerpo. Sus piernas se movían espasmódicamente, con dolores repentinos, y en la piel sufría a menudo violentos picores, por lo que Enid tenía que frotársela con hielo.

Envolvía el hielo en toallas y presionaba sobre los centros del tormento.

—¿Y cómo se coge esa enfermedad? —preguntó la cuñada de la señora Quinn. Se llamaba señora Green. Olive Green. (Decía que nunca se le había ocurrido cómo sonaría su nombre hasta que se casó y de pronto empezó a provocar risas en todo el mundo). Vivía en una granja a unos cuantos kilómetros, cerca de la autopista, y cada pocos días venía a llevarse para lavar las sábanas, las toallas y los camisones.

También hacía la colada de las niñas, luego traía de vuelta todo, bien planchado y doblado. Planchaba incluso las cintas de los camisones. Enid le estaba muy agradecida. Había tenido trabajos en los que debía hacer la colada o, peor aún, cargar a su madre con esa tarea, y ella acababa pagando de su propio bolsillo para que se lo hicieran en el pueblo. Sin querer ofender, pero consciente de hacia dónde se encaminaba esa pregunta, respondió:

—Es difícil saberlo.

—Porque se oyen tantas cosas —dijo la señora Green—. He oído que a veces hay mujeres que toman las píldoras. Las compran cuando les llega el periodo con retraso, y si se las toman tal y como manda el médico y con un buen fin, les va bien, pero si toman demasiadas y con un mal fin, se destrozan los riñones ¿Es eso verdad?

—Nunca me he encontrado con un caso semejante —dijo Enid.

La señora Green era una mujer alta y fuerte. Al igual que su hermano Rupert, que era el marido de la señora Quinn, tenía una nariz respingona y redonda, una de esas caras arrugadas y afables que la madre de Enid llamaba «de patata irlandesa». Pero tras la amistosa expresión de Rupert había recelo y retraimiento, y tras la de la señora Green, avidez. Enid no sabía a qué se debía. En la conversación más sencilla, la señora Green planteaba muchas exigencias. El motivo tal vez fuera simple, la avidez de noticias. Noticias acerca de algo trascendental. Un acontecimiento.

Y la verdad es que sí iba a ocurrir un acontecimiento de capital importancia, al menos en esa familia. La señora Quinn se iba a morir a los veintisiete años (esa fue la edad que ella declaró; Enid hubiera añadido unos cuantos años más, pero una vez que una enfermedad llega tan lejos resulta difícil calcular con precisión). Cuando sus riñones dejaran de funcionar por completo, fallaría su corazón y moriría. «Trabjará usted hasta entrado el verano, pero muy probablemente tendrá vacaciones antes de que termine el calor», le había dicho el médico a Enid.

—Rupert la conoció cuando estaba en el norte —dijo la señora Green—. Se marchó solo para trabajar en el monte. Ella trabajaba en un hotel. No sé qué hacía. Camarera o algo por el estilo. Aunque no se crió allí, dice que la criaron en un orfanato en Montreal. De eso no tiene la culpa. Se supone que debería hablar francés, pero, si es así, se lo tiene muy bien escondido.

—Una vida interesante —dijo Enid.

—Y tanto.

—Una vida interesante —repitió Enid. A veces no lo podía evitar, intentaba hacer bromas cuando era casi imposible que funcionasen.

Levantó las cejas, alentadora, y la señora Green consiguió sonreír.

Pero ¿se sentía dolida? Así era como Rupert solía sonreír en la escuela secundaria para prevenir una posible burla.

—Él nunca había tenido novia antes —dijo la señora Green.

Enid había estado en la misma clase que Rupert, aunque no se lo dijo, un tanto avergonzada porque era uno de los muchachos —en realidad el principal— al que ella y sus amigas habían atormentado y del que se habían mofado. Era el «pringao», como solían decir ellas. Se habían metido con Rupert, persiguiéndole por la calle y diciendo: «Hola, Rupert. Hola, Rupert», atormentándolo, mirando cómo se ruborizaba hasta el cuello. «Rupert tiene la escarlatina», decían. «Rupert, deberías estar en cuarentena». Y luego fingían que una de ellas —Enid, Joan McAuliffe, Marian Denny— estaba loca por él: «Quiere hablarte, Rupert. ¿Por qué nunca le pides que salga contigo? Al menos podrías llamarla por teléfono. Se muere por hablarte».

En realidad no esperaban que respondiera a sus insinuaciones. Pero hubiera sido estupendo que lo hiciera. Le habrían rechazado secamente y después habrían contado la historia en la escuela. ¿Por qué? ¿Por qué le trataban de ese modo? ¿Para humillarle? Pues simple y llanamente porque se dejaba.

Era imposible que lo hubiese olvidado, pero trataba a Enid como si fuera alguien a quien acababa de conocer, la enfermera de su mujer, que había entrado en su casa procedente de cualquier parte. Y Enid le siguió el juego.

La buena organización de los quehaceres de la casa, poco frecuente, le ahorraba un trabajo adicional. Rupert dormía en casa de la señora Green, donde también comía. Las dos niñas podrían haberse quedado allí también, pero eso hubiera significado trasladarlas a otra escuela y quedaba menos de un mes para las vacaciones de verano.

Rupert llegaba a su casa por las noches y hablaba con sus niñas.

—¿Os portáis bien? —preguntaba.

—Enseñad a papá lo que habéis hecho con vuestro juego de cubos —decía Enid—. Enseñad a papá lo que habéis pintado en vuestros cuadernos.

Era Enid la que les había dado los cubos, los lápices de colores y los cuadernos. Había llamado a su madre para pedirle que hurgara en los viejos baúles para ver lo que encontraba. Su madre lo había hecho y había encontrado también un antiguo libro de muñecas recortables que le habían regalado a Enid: las princesas Elizabeth y Margaret Rose y sus muchos trajes. Enid no fue capaz de conseguir que las niñas dieran las gracias hasta que puso todas esas cosas en un estante alto y declaró que de allí no se moverían hasta que ellas pronunciaran la palabra «gracias». Lois y Sylvie tenían siete y seis años, respectivamente, y eran tan salvajes como gatas de granja.

Rupert no preguntó de dónde procedían los juguetes. Les pedía a sus hijas que se portaran bien y preguntaba a Enid si necesitaba algo del pueblo. Una vez, ella le dijo que había tenido que cambiar la bombilla de la entrada al sótano y que comprara algunas de repuesto.

—Podía haberlo hecho yo —dijo él.

—Cambiar bombillas no es mucho sacrificio —dijo Enid—. Ni tampoco manejar los fusibles o clavar clavos. Mi madre y yo nos hemos arreglado sin un hombre en casa desde hace mucho tiempo —su intención era bromear un poco, ser amable, pero no funcionó.

Por último, Rupert preguntaba por su mujer, y Enid le decía que su tensión había bajado un poco, o que había comido y no había devuelto toda la tortilla que había tomado para cenar, o que los cubitos de hielo parecían haber calmado los picores de piel y que dormía mejor.

Y Rupert decía que si dormía, mejor sería no entrar.

—Tonterías —decía Enid.

A ella le vendría mejor ver a su marido que echarse una pequeña siesta. Por eso subía a las crías a la cama para concederle a un hombre y a su esposa unos momentos de intimidad. Pero Rupert nunca se quedaba más de unos minutos. Y cuando Enid bajaba de nuevo y entraba en la sala de estar —ahora transformada en la habitación de la enferma— para preparar a la paciente para la noche, la señora Quinn quedaba recostada sobre las almohadas, en apariencia agitada pero no insatisfecha.

—No se queda mucho tiempo aquí, ¿verdad? —decía la señora Quinn—. Me hace reír. Ja, ja, ja, ¿cómo estás? Ja, ja, ja, ya nos vamos.

¿Por qué no la echamos fuera y la mandamos a la mierda? ¿Por qué no la tiramos como si fuera un gato muerto? Eso es lo que él piensa. ¿No es cierto?

—Lo dudo —decía Enid mientras traía la palangana, las toallas, el alcohol para frotar y los polvos de talco.

—Lo dudo —repetía la señora Quinn con cierta ferocidad, pero sometiéndose con resignación a que le quitasen el camisón, le recogieran los cabellos que le caían sobre la cara y le metieran una toalla bajo las caderas. Enid estaba acostumbrada a que la gente armara un escándalo al desnudarla, hasta los muy viejos o enfermos. A veces tenía que engatusarles o importunarles hasta que entraban en razón. «No crea que el suyo es el primer trasero que veo», les decía. «Los traseros y lo de arriba, después de ver unos cuantos, son pura rutina. Sabe usted, todos estamos hechos de una de las dos formas». Pero la señora Quinn no era pudorosa, abría las piernas y se levantaba un poco para facilitar la tarea. Era una mujer de huesos de pájaro, de contorno extraño, con el vientre y los miembros hinchados y los pechos encogidos como bolsitas, con pezones como pasas.

—Igual que un cerdo hinchado —dijo una vez la señora Quinn—, salvo mis tetas, pero nunca me sirvieron de mucho. Nunca tuve unas grandes ubres como tú. ¿No te doy asco? ¿No te alegrarás cuando me muera?

—Si fuera eso lo que sintiese por usted, no estaría aquí —respondió Enid.

—Adiós y que te pudras —dijo la señora Quinn—. Eso es lo que vais a decir todos. Adiós y que te pudras. Ya no le valgo para nada, ¿no es así? No le sirvo a ningún hombre. Sale de aquí todas las noches y va en busca de una mujer, ¿a que sí?

—Por lo que yo sé, se va a casa de su hermana.

—Por lo que tú sabes. Pero tú no sabes casi nada.

Enid creía saber lo que eso significaba, ese resentimiento y ese veneno, aquella energía acumulada para despotricar. La señora Quinn buscaba nerviosamente un enemigo. Las personas enfermas sienten rencor hacia quien está sano, y a veces ocurre entre los maridos y sus esposas e incluso entre madres e hijos. En el caso de la señora Quinn ocurría tanto con el marido como con las hijas. Un sábado por la mañana, Enid había llamado a Lois y Sylvie, que jugaban bajo el porche, para que vinieran a ver a su madre, que se había puesto guapa. Mary Quinn acababa de recibir su lavado matinal y vestía un camisón limpio y sus rubios, ralos y ordenados cabellos estaban recogidos con una cinta azul. (Enid llevaba varias cintas consigo cuando iba a cuidar a una mujer enferma, y también un frasco de colonia y una pastilla de jabón perfumado). Era verdad que estaba guapa, o al menos se notaba que una vez había sido guapa, con una frente ancha y pómulos altos (casi traspasaban la piel, como los pomos de cerámica para las puertas), unos grandes ojos verdes, finos dientes de niña y una barbilla pequeña y obstinada.

Las niñas entraron en la habitación, si no con entusiasmo, sí al menos muy obedientes.

—No las quiero encima de la cama, están sucísimas —dijo la señora Quinn.

—Sólo quieren verla —dijo Enid.

—Pues ya me han visto —dijo la Señora Quinn—. Ahora pueden marcharse.

Ese comportamiento no parecía sorprender ni decepcionar a las niñas. Miraron a Enid y cuando ella les dijo «bien, dejad que vuestra madre descanse» salieron corriendo y cerraron con estrépito la puerta de la cocina.

—¿Por qué no les dices que tengan más cuidado? —dijo la señora Quinn—. Cada vez que lo hacen es como si me dieran con un ladrillo en el pecho.

Se diría que sus dos hijas eran un par de huérfanas revoltosas que le hubieran enviado como visita indefinida. Pero así es como eran algunas personas antes de acomodarse a morir y a veces incluso hasta el momento final. Personas de un carácter en apariencia más dulce que el de la señora Quinn eran capaces de decir que sabían de sobra cuánto les habían odiado siempre sus hermanos, maridos, mujeres e hijos, cuánta decepción habían causado a otros, y otros a ellos, y lo feliz que sería todo el mundo cuando se fueran para siempre. Podían llegar a expresarse así al final de una vida útil y pacífica y rodeados de sus seres queridos, sin dar la más mínima explicación de estos arrebatos. Y lo normal era que los arrebatos desaparecieran, pero con frecuencia durante las últimas semanas o incluso durante los últimos días de vida evocaban también viejas querellas y desaires, o lloriqueaban recordando un castigo injusto sufrido setenta años atrás. En cierta ocasión una mujer le había pedido a Enid que le acercara una fuente de

cerámica con motivos chinos, que estaba en el armario, y Enid creyó que querría consolarse mirando aquel hermoso plato por última vez. Pero resultó que quiso usar sus últimas y sorprendentes fuerzas para hacerlo añicos contra el pilar de la cama.

—Así, mi hermana no lo tendrá nunca —dijo.

Y con frecuencia los había que sostenían que las visitas sólo venían para regodearse y que el médico era responsable de sus sufrimientos. Llegaban a aborrecer a la propia Enid por su fuerza, porque no necesitaba dormir, por sus manos pacientes y por la manera como fluían por ella tan equilibradamente los jugos de su vitalidad. Enid estaba acostumbrada y era capaz de entender su problema, el problema de morir y también el problema de haber vivido, que a veces llegaba a eclipsar el primero.

Pero con la señora Quinn estaba desconcertada.

No sólo se trataba de que no podía consolarla. Es que no quería hacerlo. No era capaz de dominar su aversión a esa mujer joven, condenada y desgraciada. Había cogido antipatía a ese cuerpo que tenía que lavar, empolverar, apaciguar con hielo y frotar con alcohol. Ahora comprendía lo que la gente quería decir cuando afirmaba que aborrecía las enfermedades y los cuerpos enfermos; comprendía a las mujeres que le decían no sé cómo lo haces, yo nunca podría ser una enfermera, es lo único que nunca podría hacer. Tenía aversión a ese cuerpo en particular y a todos los signos particulares de su enfermedad. Su olor y su decoloración, los pezones de aspecto maligno y los patéticos dientes de hurón.

Lo veía todo como signo de una corrupción voluntaria. Ella era tan mala como la señora Green, que husmeaba en busca de una impureza endémica, a pesar de ser una enfermera y saber que no debía pensar de esa forma y a pesar de que su trabajo conllevaba ser —y ella, además, ciertamente lo era por naturaleza— compasiva. No sabía por qué le ocurría.

La señora Quinn le recordaba un poco a las muchachas que había conocido en la escuela secundaria: chicas vestidas con ropa barata, de aspecto enfermizo, con futuros sombríos, pero que demostraban una descarada autocomplacencia. Dejaban los estudios al cabo de un año o dos, se quedaban embarazadas, la mayoría se casaba. Enid había cuidado a algunas de ellas en años posteriores, al dar a luz en sus casas, y había descubierto que la seguridad que antes tenían en sí mismas se había agotado y que su veta de insolencia se había transformado en mansedumbre e incluso en piedad. Sentía lástima por ellas, hasta cuando recordaba lo decididas que se habían mostrado para conseguir lo que tenían.

La señora Quinn era un caso más complicado. La señora Quinn podría continuar desmoronándose y no habría en ella más que resentida malicia, no habría más que podredumbre en su interior.

Peor incluso que Enid sintiera esa repugnancia, era el que la señora Quinn lo supiera. Por mucha paciencia, dulzura y jovialidad que Enid acopiase, la señora Quinn aún lo sabría. Y la señora Quinn hacía de ese conocimiento su triunfo.

Adiós y que te pudras.

Cuando Enid tenía veinte años y estaba a punto de terminar sus estudios de enfermera, su padre se moría en el hospital de Walley. Fue entonces cuando él le dijo: «No estoy seguro de si me gusta mucho esa carrera que has elegido. No quiero que trabajes en un lugar como éste».

Enid se inclinó sobre él y le preguntó dónde creía que estaba.

—No es más que un hospital —dijo ella.

—Ya lo sé —dijo su padre, con la voz tan tranquila y razonable como siempre (era agente de seguros y de una inmobiliaria)—. Sé de lo que hablo. Prométeme que no lo harás.

—¿Prometerte qué? —preguntó Enid.

—Que no te dedicarás a esta clase de trabajo —dijo su padre. No pudo sacarle más explicaciones. Él apretaba la boca como si las preguntas de su hija le disgustaran. Sólo repetía una y otra vez: «Prométemelo».

—¿Qué le pasa? —preguntó Enid a su madre.

—Bueno, anda, prométeselo. ¿Qué más da? —respondió.

Esa contestación escandalizó a Enid, pero no dijo nada. Se ajustaba a la manera en que su madre juzgaba muchas cosas.

—No voy a prometer lo que no entiendo —dijo—. De todas formas probablemente no prometa nada. Pero si sabes de lo que habla, debes decírmelo.

—Es una idea que se le ha metido en la cabeza —dijo su madre—. Cree que el trabajo de enfermera convierte a las mujeres en personas vulgares.

—Personas vulgares —dijo Enid.

Su madre le explicó que lo que no le gustaba a su padre del trabajo era que las enfermeras se familiarizaran con los cuerpos de los hombres. Su padre pensaba —lo había decidido— que esa familiaridad cambiaría a una muchacha y además cambiaría la manera en que un hombre juzgaría a una chica. Por un lado, le haría perder sus mejores oportunidades, y por otro, le abriría el camino para tomar un mal camino. Algunos hombres perderían interés por ella, y otros mostrarían un interés equívoco.

—Supongo que tiene que ver con que quiere que te cases —dijo su madre.

—Y a mí qué —dijo Enid.

Pero terminó por hacer la promesa. Y su madre dijo: «Bueno, espero que eso te haga feliz». No que «le haga feliz» sino que «te haga feliz a ti». Su madre parecía haberse dado cuenta, antes que Enid, de lo tentadora que sería esa promesa. La promesa en el lecho de muerte, la abnegación, el sacrificio total. Y cuanto más absurda, mejor. Eso es en lo que había cedido. Y tampoco por amor a su padre (insinuaba su madre), sino por lo emotivo que resultaba. Por pura noble perversidad.

—Si te hubiese pedido que renunciases a algo que no te importara, probablemente le habrías dicho que ni hablar —dijo su madre—. Por ejemplo, si te hubiera pedido que dejaras de llevar carmín, lo seguirías llevando.

Enid le escuchó con cara de paciencia.

—¿Rezaste por eso? —preguntó su madre bruscamente.

Enid dijo que sí.

Abandonó sus estudios en la escuela de enfermería; se quedó en casa y se mantuvo ocupada. Había dinero suficiente para que no tuviera que trabajar. En realidad la madre de Enid no quería que su hija estudiara para enfermera, porque decía que era propio de chicas pobres, una salida para muchachas cuyos padres no podían mantenerlas o enviarlas a la universidad. Enid no le

recordaba esa incoherencia.

Pintaba una valla, ataba los rosales para prepararlos para el invierno.

Aprendió a cocinar y a jugar al *bridge*, reemplazaba a su padre en la partida semanal que su madre jugaba con sus vecinos, el señor y la señora Willens. Pronto se hizo, según las palabras del señor Willens, una jugadora escandalosamente buena y él comenzó a aparecer por la casa con una caja de bombones o una rosa para ella, tratando de compensar así sus insuficiencias como jugador.

Enid iba a patinar en las tardes de invierno. Jugaba al bádminton.

Nunca le habían faltado amigos y ahora tampoco. La mayoría de las personas que habían estudiado con ella el último curso de la escuela secundaria, estaban terminando la universidad, o bien trabajaban fuera, como maestros, enfermeras y contables. Pero había entablado amistad con otros que dejaron sus estudios antes de terminar la secundaria para trabajar en bancos, tiendas u oficinas, para hacerse fontaneros o sombrereros. Las chicas de ese grupo caían como moscas, como decían unas de otras, en la vida matrimonial. Enid se convirtió en organizadora de fiestas para las novias y ayudaba en la organización de los tés de ajuares. En un par de años llegarían los bautizos en los que se suponía que sería la madrina favorita. Niños con los que no tenía ningún grado de parentesco crecerían llamándole tía. Ya era una especie de hija honorífica para las mujeres de la edad de su madre y algunas mayores, la única joven que tenía tiempo para estar en el Club del Libro y en la Sociedad de Horticultura. Así es que, rápida y fácilmente, todavía en su juventud, asumió un papel esencial, pero a la vez se aisló.

Aunque sin duda ése siempre había sido su papel. En la escuela secundaria era la delegada de la clase o la representante de actividades sociales. Era muy querida y vivaz, se vestía bien y era guapa, pero siempre quedaba un poco marginada. Tenía amigos pero nunca un novio. No es que ella lo hubiese elegido así, pero tampoco se preocupaba por ello. Estaba absorta en su ambición: primero quiso ser —durante una etapa que recordaba con vergüenza— misionera, y más tarde enfermera. Nunca había pensado en la profesión de enfermera como un trabajo que la pudiera mantener ocupada hasta casarse, sino que su esperanza era ser generosa y hacer el bien, y no necesariamente de la manera sumisa y tradicional propia de una esposa.

En nochevieja Enid acudió al baile organizado en el ayuntamiento. El hombre que la invitó a bailar con mayor frecuencia, que la acompañó a casa y le dio un apretón de manos deseándole buenas noches, era el director de la central lechera, un hombre de cuarenta y tantos años que no se había casado, un bailarín excelente, una especie de tío benévolo de las muchachas que tenían dificultad para encontrar pareja. Ninguna mujer le tomaba en serio.

—Tal vez deberías hacer algún cursillo de secretaria —dijo su madre—. ¿O por qué no te matriculas en la universidad?

Donde los hombres le harían más caso: seguro que su madre estaba pensando en eso.

—Soy demasiado mayor —dijo Enid.

Su madre se rió. «Eso demuestra lo joven que eres», dijo. Parecía aliviada al descubrir que su hija tenía un toque de insensatez propio de su edad, pensar que los veintiún años se encontraban muy lejos de los dieciocho.

—No pienso salir con los chicos que acaban de terminar la secundaria —dijo Enid—. Lo digo en serio. ¿Y por qué quieres deshacerte de mí? Estoy muy bien aquí.

Ese malhumor y brusquedad también parecían agradar y tranquilizar a su madre. Pero al cabo de un rato ésta suspiró y dijo: «Te sorprendería lo rápido que pasan los años».

Aquel agosto hubo muchos casos de sarampión y también unos cuantos de polio. El médico que había atendido al padre de Enid y que había observado en el hospital lo competente que era la chica, le preguntó si estaría dispuesta a ayudarlo durante cierto tiempo cuidando a la gente en sus casas. Le respondió que se lo pensaría.

—¿Quieres decir que rezarías? —dijo la madre de Enid. El rostro de ésta asumió una expresión obstinada, hermética, que en el caso de otra muchacha sería señal de un conflicto con el novio.

—Esa promesa —le dijo a su madre al día siguiente— se refería a trabajar en un hospital, ¿no?

Su madre dijo que sí, que así lo había entendido ella.

—Y a terminar la carrera y a convertirme en enfermera diplomada, ¿no?

Sí, sí.

De modo que si había personas que necesitaban atención en sus casas, que no podían pagar para ir a un hospital o que no querían ir, y si Enid iba a sus casas a cuidarles, no como enfermera profesional sino para atenderles, eso no sería romper su promesa, ¿no era cierto? Y dado que la mayoría de los que necesitarían su ayuda serían niños o mujeres que daban a luz o ancianos moribundos, no existiría mucho peligro de convertirse en un ser vulgar, ¿no era cierto?

—Si los únicos hombres que vas a ver son los que nunca volverán a salir de sus camas, tienes razón —dijo su madre.

Pero no pudo evitar comentar que eso significaba que Enid había decidido renunciar a la posibilidad de un empleo decente en un hospital, para dedicarse a un trabajo agotador y deprimente en casas sórdidas y primitivas, ganando una miseria. Enid tendría que bombear agua de pozos contaminados, romper el hielo que se forma en las palanganas en invierno, luchar contra las moscas en verano y usar retretes fuera de las casas. Tendría que utilizar tablas para restregar la ropa y lámparas de carbón en lugar de usar lavadoras y electricidad. Significaría cuidar a la gente enferma en malas condiciones, a la vez que hacer frente a las responsabilidades de la casa y atender a niños pobres y raquíticos.

—Pero si ésa es tu meta en la vida —dijo—, veo que cuanto más horrible lo describo, más decidida estás. Lo único que pasa es que ahora soy yo la que te pido que me hagas un par de promesas. Prométeme que no beberás agua sin hervirla antes. Y que no te casarás con un granjero.

—Vaya chifladuras que se te ocurren —dijo Enid.

Eso había ocurrido hacía dieciséis años. Cuando empezó esa época, la gente era cada vez más pobre. Aumentaba el número de los que no podían pagarse un hospital, y algunas de las casas en las que trabajaba Enid estaban casi tan deterioradas como las había descrito su madre. Las sábanas y los pañales se tenían que lavar a mano en casas en las que la lavadora se había estropeado y no había forma de repararla, donde habían cortado la luz o donde, todo hay que decirlo, jamás habían tenido electricidad. Enid no trabajaba gratis, porque eso hubiera supuesto una competencia desleal hacia otras mujeres que realizaban la misma tarea y que no tenían las mismas posibilidades que ella. Pero devolvía la mayor parte del dinero en forma de zapatos,

abrigos de invierno, visitas al dentista y juguetes de Navidad para los críos.

Su madre iba por ahí haciendo campaña entre sus amigas buscando cunas viejas, mantas, sillas de bebé y sábanas usadas que ella misma se encargaba de cortar y coser para hacer pañales. Todos le decían lo orgullosa que debía sentirse de Enid, y ella respondía que sí, que sin duda alguna.

—Pero a veces es un trabajo de mil demonios —decía— eso de ser la madre de una santa.

Y luego llegó la guerra y la gran carencia de médicos y enfermeras, y Enid fue más querida que nunca, e igualmente ocurrió tras la guerra por la enorme cantidad de nacimientos que hubo de asistir. Sólo que ahora, con la ampliación de los hospitales y con el crecimiento de muchas granjas, parecía que sus responsabilidades habían disminuido, limitándose al cuidado de quienes tenían dolencias raras y sin esperanza o de quienes tenían un carácter tan insoportable que los expulsaban de los hospitales.

Aquel verano llovía a cántaros cada dos por tres y luego el sol pegaba con fuerza haciendo brillar las hojas y el césped empapados. Las primeras horas de la mañana eran neblinosas —el lugar se encontraba cerca del río—, y cuando la niebla se despejaba, tampoco se podía ver la lejanía en ninguna dirección, debido al desbordamiento y lo denso del verano. Los pesados árboles, los arbustos entrelazados con viñas salvajes, las plantas trepadoras, los cultivos de maíz, centeno, trigo y heno, todo se había adelantado a su estación, como afirmaba la gente.

El heno estaba listo para la siega en junio y Rupert debía darse prisa para meterlo en el granero antes de que la lluvia lo estropease.

Por las noches, cada vez llegaba más tarde a casa, pues trabajaba hasta que se extinguía la luz. Una noche, al llegar, la casa estaba oscura, no había más que una vela encendida, que se consumía sobre la mesa de la cocina.

Enid se apresuró a soltar el gancho de la puerta mosquitera.

—¿Se fue la luz? —preguntó Rupert.

Enid respondió con un «shhh». Le susurró que lo hacía para que las crías durmiesen abajo por el excesivo calor de las habitaciones de arriba. Había juntado las sillas y montado las camas sobre ellas con almohadas y edredones. Y, claro está, había tenido que apagar las luces para que pudiesen dormir. Encontró una vela en uno de los cajones, y eso era todo lo que necesitaba para poder escribir algo en su cuaderno.

—Siempre recordarán haber dormido aquí —dijo ella—. Uno siempre recuerda las veces que durmió en un sitio diferente siendo niño.

Él descargó una caja que contenía un ventilador para el techo del cuarto de la enferma. Había ido a Walley para comprarlo. También había comprado un periódico que le pasó a Enid.

—Te vendrá bien saber lo que pasa en el mundo —dijo él.

Ella extendió el periódico junto a su cuaderno, sobre la mesa. Había una foto de un par de perros que jugaban en una fuente.

—Dice que llega una ola de calor —dijo ella—. ¿No es estupendo?

Rupert extrajo con cuidado el ventilador de la caja.

—Eso es genial —continuó Enid—. Ya ha refrescado ahí dentro, pero mañana le vendrá de maravilla.

—Vendré temprano a ponerlo —dijo él. Luego preguntó cómo se había encontrado su esposa ese día.

Enid respondió que los dolores en las piernas habían remitido y que las nuevas píldoras que le había recetado el médico parecían proporcionarle cierto alivio.

—Lo único es que como se va a dormir muy temprano —dijo— te será difícil visitarla.

—Es mejor que descanse —dijo Rupert.

A Enid esta conversación entre susurros le recordaba aquellas conversaciones en el instituto, cuando ambos estaban en el último curso y ya habían abandonado las bromas inocentes, los crueles flirteos o lo que quiera que fuesen. Durante ese último año Rupert estaba sentado detrás de ella y solían hablarse brevemente, siempre por un propósito inmediato. ¿Tienes una goma para borrar la tinta? ¿Cómo se escribe «incriminar»? ¿Dónde está el mar Tirreno? Normalmente era Enid, que giraba sobre su asiento y sentía, aunque no veía, lo cerca que se encontraba Rupert, quien comenzaba aquellas conversaciones. Era cierto que quería pedir prestada una goma de borrar o necesitaba información, pero también quería ser sociable. Y quería reparar el daño, pues se sentía avergonzada de la manera en que ella y sus amigas lo habían tratado. Con disculparse no arreglaría nada: él volvería a avergonzarse una vez más.

Él sólo se sentía bien cuando se sentaba detrás de ella porque sabía que así Enid no podría mirarle a la cara. Si se encontraban en la calle, desviaba su mirada hasta el último momento y entonces murmuraba un saludo casi inaudible mientras ella gritaba «hola, Rupert», y escuchaba ecos del antiguo tono martirizante que la chica pretendía abandonar.

Pero cuando él le tocaba el hombro tratando de atraer su atención, cuando se inclinaba adelante hasta casi tocar o quizá tocando de verdad —no estaba segura— su espesa y oscura cabellera, siempre revuelta incluso con el pelo recogido, entonces se sentía perdonada. En cierto modo se sentía honrada, restablecidos entre ellos la seriedad y el respeto.

¿Dónde, dónde se encuentra el mar Tirreno exactamente?

Se preguntaba si él, ahora, lo recordaría.

Enid separó las dos secciones del periódico. Margaret Truman estaba de visita en Inglaterra y había hecho una reverencia ante la familia real. Los médicos del rey trataban de curar su enfermedad de Buerger con vitamina E. Le pasó la sección de noticias a Rupert.

—Voy a echarle un vistazo al crucigrama —dijo ella—. Me gusta hacer el crucigrama, así consigo relajarme.

Rupert se sentó y comenzó a leer el periódico y ella le preguntó si le apetecía una taza de té. Por supuesto respondió que no se molestase y ella siguió adelante y lo hizo de todas formas, porque dio por supuesto que esa respuesta podía muy bien equivaler a una afirmación en el habla rural.

—Es sobre Sudamérica —dijo ella, mientras observaba el crucigrama—. Un lugar latinoamericano. La primera línea en horizontal es un militar... de cocina. ¿Un militar de cocina? Militar. Muchas letras. Ah, ah, creo que esta noche estoy de suerte. ¡El cabo de Hornos! Ya ves lo tontorronas que son estas cosas —dijo. Se levantó y sirvió el té.

Si se acordaba, ¿le guardaba rencor? Tal vez la despreocupada amabilidad que había demostrado en su último año escolar, a él le había resultado tan antipática y arrogante como las

burlas de antaño.

Cuando le vio por primera vez en la casa, pensó que no había cambiado mucho. Antes era un chico alto, de complexión fuerte y cara redonda, y ahora era un hombre alto, fornido y de cara redonda. Siempre había llevado el pelo tan corto que ya no importaba demasiado que tuviera menos y que hubiera pasado de un color castaño claro a un gris castaño. En lugar de sus antiguos rubores había ahora en su rostro la permanente huella del sol. Y fuera lo que fuera lo que le preocupaba y que se leía en su cara, podía ser perfectamente la misma preocupación de siempre, el problema de ocupar un lugar en el mundo y tener un nombre por el que te conocen, ser alguien al que la gente cree conocer.

Recordaba a los jóvenes Rupert y Enid sentados en la clase del último curso. Por entonces quedaban pocos estudiantes, en cinco años los malos estudiantes, los despreocupados y los indiferentes habían sido apartados del camino, dejando paso a chicos maduros, serios y dóciles que aprenderían trigonometría y latín. ¿Para qué clase de vida creían estar preparándose? ¿Qué clase de personas creían que acabarían siendo?

Aún podía ver la cubierta de color verde oscuro y de tapa fina de un libro titulado Historia del Renacimiento y la Reforma. Era un libro de segunda o décima mano: nadie compraba un libro de texto nuevo.

Dentro figuraban los nombres de los anteriores dueños del libro, algunos de los cuales eran por entonces amas de casa de mediana edad o comerciantes del pueblo. No te los podías imaginar aprendiendo cosas de este tipo o subrayando «Edicto de Nantes» con tinta roja y escribiendo «N. B.» en el margen.

Edicto de Nantes. La gran inutilidad, la naturaleza exótica de las cosas que había en esos libros y en esas cabezas de estudiante, en su propia cabeza y en la de Rupert, hizo que Enid se enterneciese y se asombrase. No es que ellos hubiesen pretendido convertirse en algo que no llegaron a ser. Nada de eso. Rupert nunca habría imaginado otra cosa que trabajar en la granja como granjero. Era una buena granja y él era hijo único. Y ella misma había terminado haciendo exactamente lo que había querido. No se podía decir que hubieran elegido una vida equivocada, que hubieran elegido contra su voluntad o que no hubieran sabido elegir. Únicamente no habían comprendido cómo pasaría el tiempo y cómo les convertiría no en algo más, sino en un poco menos de lo que eran entonces.

—Pan del Amazonas —dijo Enid—. ¿Pan del Amazonas?

—¿Mandioca? —dijo Rupert.

Enid contó. «Cuatro letras», dijo. «Cuatro».

—¿Yuca? —dijo él.

—¿Yuca? ¿Con i griega? Yuca.

La señora Quinn se volvía cada vez más caprichosa con la comida.

A veces decía que quería tostadas o plátanos regados con leche. Un día pidió galletas de manteca de cacahuete. Enid las preparaba —de todas formas, las podían comer las niñas—, y cuando estaban a punto, la señora Quinn no podía soportar verlas ni olerlas. Incluso la gelatina tenía un olor que no soportaba.

Algunos días odiaba el más mínimo ruido: ni siquiera ponía el ventilador en marcha. En otras

ocasiones quería poner la radio, quería la emisora que respondía a las peticiones de los oyentes en sus cumpleaños y aniversarios y en la que llamaban a la gente para hacerles preguntas.

Si acertabas, te tocaba un viaje a las cataratas del Niágara, un depósito lleno de gasolina, un lote de comestibles o entradas para una película.

—Todo está amañado —decía la señora Quinn—. Hacen como que llaman a uno que en realidad está en la habitación de al lado y que ya se sabe la respuesta. Una vez conocí a uno que había trabajado en la radio, eso es así.

En aquellos días tenía el pulso rápido. Hablaba velozmente y con una voz suave y sin aliento.

—¿Qué tipo de coche tiene tu madre? —preguntó en una ocasión.

—Es un coche de color granate —dijo Enid.

—¿Qué marca? —preguntó la señora Quinn.

Enid respondió que no lo sabía. Lo cierto es que antes lo sabía, pero ya no se acordaba.

—¿Era nuevo cuando lo compró?

—Sí —respondió Enid—. Sí, pero eso fue hace tres o cuatro años.

—¿Vives en esa casa grande de piedra que está al lado de la de los Willens?

Enid dijo que sí.

—¿Cuántas habitaciones tiene? ¿Dieciséis?

—Demasiadas.

—¿Fuiste al funeral del doctor Willens cuando se ahogó?

Enid dijo que no. «No soy muy aficionada a los funerales».

—Se suponía que yo debía ir —dijo la señora Quinn—. Por entonces todavía no estaba tan enferma, iba a ir con los Hervey en coche, me dijeron que podrían llevarme con ellos y luego resultó que su madre y su hija querían ir y que no había espacio suficiente en los asientos traseros. Luego Clive y Olive fueron en la camioneta y podríamos haber ido todos apretujados en el asiento delantero, pero no se les pasó por la cabeza pedirme que subiese. ¿Crees que se tiró al agua?

Enid pensó en el señor Willens entregándole una rosa. Su jocosa galantería, que le parecía tan empalagosa como un empacho de miel.

—No lo sé. No lo creo.

—¿Se llevaban bien él y la señora Willens?

—Por lo que yo sé, se llevaban de maravilla.

—¿No me digas? —dijo la señora Quinn tratando de imitar el tono de voz reservado de Enid—. De ma-ra-viii-lla.

Enid dormía en el sofá que había en la habitación de la señora Quinn.

El tremendo prurito de la señora Quinn prácticamente había desaparecido, y también su constante necesidad de orinar, y ahora dormía la noche entera de un tirón, aunque a rachas su respiración era áspera y colérica. Lo que despertaba a Enid y la mantenía en vela era un problema suyo. Tenía sueños desagradables como jamás los había tenido. Hasta entonces siempre había creído que los sueños desagradables eran aquellos en los que se encontraba en una casa que no conocía, en la que orden de las habitaciones se alteraba constantemente y en la que siempre había más trabajo del que podía soportar, tareas que tenía que repetir una y otra vez e incontables distracciones. Y luego, claro, estaban aquellos otros que tomaba por sueños románticos, en los

que un hombre la rodeaba con su brazo o incluso la abrazaba. Podía ser un extraño o un conocido, y en ocasiones un hombre del que resultaba cómico pensar semejantes cosas. Esos sueños la hacían reflexionar o la entristecían, pero a su vez la aliviaban, ya que se daba cuenta de que también ella podía experimentar sentimientos de ese tipo. Sueños que resultaban embarazosos, pero que no eran nada, nada de nada comparados con los sueños que tenía ahora. En los sueños que tenía ahora, copulaba o intentaba copular (a veces no podía debido a intrusos o a cambios imprevistos) con gente totalmente desconocida o impensable. Con bebés gordos que se retorcían, con pacientes vendados o con su propia madre. Se volcaba en la lujuria, vacía y gimoteante, y emprendía su tarea con brutalidad y con una actitud de diabólico pragmatismo. «Sí, esto valdrá», se decía a sí misma. «Esto valdrá si no hay nada mejor». Y esta frialdad de corazón, este acto de depravación natural, aumentaba su lujuria. Se despertaba sin sentimientos de culpabilidad, sudorosa, agotada y tumbada como un animal muerto, hasta que su propio ser, su vergüenza e incredulidad la llenaban de nuevo. El sudor de su piel se tornaba frío.

Allí estaba tumbada y temblorosa en el calor de la noche, disgustada y humillada. No se atrevía a dormir. Se acostumbraba a la oscuridad y a los largos rectángulos de los visillos, en los que se reflejaba una pálida luz, y a la respiración de la enferma, pesada y rezongona y que después parecía desaparecer.

Si ella fuese católica, pensaba, ¿serían cosas de ese tipo las que saldrían a la luz en una confesión? No creía que fueran cosas de las que se pudiera hablar siquiera en las propias oraciones. Ya no solía rezar demasiado, salvo en las ceremonias, y mencionar ante Dios las experiencias que acababa de tener no tenía ningún sentido, era irrespetuoso. Sería como insultarle. A ella ya se encargaba de insultarla su propia conciencia. Su religión era racionalista y esperanzada, y en ella no había lugar para ningún tipo de dramón sensiblero, por ejemplo que el diablo la poseyera en sueños. Era ella la que tenía pensamientos obscenos y no había por qué dramatizarlo y darle importancia. Por supuesto que no. No era nada, sólo basura que fabricaba la mente.

En la pequeña pradera entre la casa y la ribera del río había vacas.

Las oía mascar y rozarse las unas con las otras, alimentándose en la noche. Pensaba en sus formas suaves y grandes, en el almizcle y la chicoria, en la hierba llena de florecillas, y se decía a sí misma vaya vida agradable que tienen las vacas.

Terminan, dicho sea de paso, en el matadero. El final es terrible.

Para todos es igual. El mal se apodera de nosotros mientras dormimos; nos aguardan el dolor y la descomposición. Los horrores animales son peores de lo que podemos imaginar de antemano. La comodidad de la cama y el aliento de las vacas, el dibujo de las estrellas en la noche, todo eso puede cambiar en un instante. Y allí estaba ella, allí estaba Enid, desperdiciando su vida con el trabajo y fingiendo que no era así. Tratando de aliviar a la gente. Tratando de ser generosa. Un ángel compasivo, como su madre decía, cada vez con menos ironía. Los pacientes y los médicos también lo habían definido así.

Y durante ese tiempo, ¿cuántos pensarían que era tonta? Tal vez los que cuidaba la despreciaran en secreto. Pensando que en su lugar ellos no harían lo mismo. Nunca serían tan tontos. No.

Miserables infractores, le venía a la cabeza. Miserables infractores.

Restituye a los que son penitentes.

De modo que se levantaba y se ponía a trabajar. Por lo que sabía, ésa era la mejor forma de hacer penitencia. Durante la noche trabajaba en silencio pero sin pausa, lavaba los vasos empañados y los platos pegajosos que había en los armarios de cocina y ponía orden allá donde antes no lo había. Ningún orden. Las tazas de té estaban entre el ketchup, la mostaza y el papel higiénico, encima de un cubo de miel.

No había papel parafinado, ni tan siquiera un periódico sobre los estantes. El azúcar moreno que había en una bolsa estaba más duro que una piedra. Era comprensible que las cosas hubiesen ido de mal en peor en los últimos meses, pero daba la impresión de un descuido absoluto y de una falta de organización de toda la vida. Los visillos se habían vuelto de color gris por el humo, y los cristales de las ventanas estaban grasientos. Los restos de un poco de mermelada que había en un bote tenían moho, y en un jarrón donde antes había flores el agua estancada desprendía un olor pestilente. Pero todavía era una buena casa que se podría restaurar a base de fregar y pintar.

Aunque, ¿qué se podía hacer con aquella pintura marrón tan fea con la que hacía poco y de cualquier manera habían pintado el suelo del salón?

Más tarde, cuando tenía un momento, limpiaba de malas hierbas el parterre de la madre de Rupert, arrancaba las bardanas y sacudía el césped que sofocaba las esforzadas plantas perennes.

Enseñaba a las niñas a utilizar correctamente sus cucharas y a bendecir la mesa.

Gracias por este mundo tan dulce.

Gracias por los alimentos que vamos a recibir...

Les enseñaba a cepillarse los dientes y a decir sus oraciones después.

«Que Dios bendiga a mamá y a papá y a Enid y a la tía Olive y al tío Clive y a la princesa Elizabeth y a Margaret Rose», y después cada una añadía el nombre de la otra. Ya hacía tiempo que venían repitiéndolo, cuando Sylvie preguntó:

—¿Qué significa?

—¿Qué significa qué? —dijo Enid.

—¿Qué significa «que Dios te bendiga»?

Enid hacía batidos de huevo y leche, sin añadirles sabor a vainilla, y se los daba a cucharadas a la señora Quinn. Le daba un poco de esa nutritiva bebida en pequeñas dosis y de esa forma la señora Quinn conseguía mantenerlo en el estómago. Si esto no surtía efecto, entonces le daba cucharadas de ginger ale tibio y sin burbujas.

A la señora Quinn la luz solar o cualquier tipo de luz le resultaban ya tan incómodas como el ruido. Enid tenía que colgar gruesos edredones en las ventanas incluso con las persianas bajadas. Con el ventilador apagado, tal y como exigía la señora Quinn, hacía mucho calor en la habitación y el sudor goteaba de la frente de Enid al inclinarse sobre la cama para atender a la paciente. La señora Quinn siempre tiritaba; nunca entraba en calor.

—Esta enfermedad se hace eterna —dijo el médico—. Deben de ser tus batidos lo que le dan fuerzas para seguir viva.

—Batidos de huevo —dijo Enid, como si eso importase.

La señora Quinn solía sentirse demasiado débil o demasiado cansada para hablar. A veces se

aletargaba, su respiración se debilitaba y el pulso se volvía tan esquivo que cualquiera que no tuviese la experiencia de Enid la habría dado por muerta. Pero en otras ocasiones se encontraba mucho mejor, quería la radio encendida y luego la quería apagada. Todavía sabía perfectamente quién era ella y quién era Enid, y a veces parecía observarla con una mirada especulativa o inquisitiva.

El buen color hacía tiempo que había desaparecido de su rostro y hasta de sus labios, pero sus ojos tenían un aspecto más verdoso que en el pasado, un color lechoso, como de un verde nublado. Enid trataba de responder a su mirada.

—¿Quiere que traiga un sacerdote para que venga a hablar con usted?

Se diría que la señora Quinn quería escupirle.

—¿Es que acaso parezco una maldita irlandesa?

—¿Un pastor? —preguntó Enid. Sabía que preguntarlo era lo que debía hacer, pero el ánimo con que formuló la pregunta no era bienintencionado, era frío y sutilmente malicioso.

No, no era eso lo que quería la señora Quinn. Gruñó, insatisfecha.

Todavía conservaba cierta energía y Enid tenía la impresión de que la acumulaba con algún propósito.

—¿Quiere hablar con sus hijas? —dijo, obligándose a hablar en un tono compasivo y estimulante—. ¿Es eso lo que quiere?

No.

—¿Su marido? Estará aquí dentro de un rato.

Enid no estaba segura. Algunas noches Rupert llegaba muy tarde, después de que la señora Quinn hubiera tomado sus pastillas y se hubiese dormido. Luego se sentaba con Enid. Siempre le traía el periódico. En una ocasión Rupert le preguntó por lo que escribía en sus cuadernos —cayó en la cuenta de que tenía dos— y ella se lo contó. Uno era para el médico y en él apuntaba la presión sanguínea, el pulso y la temperatura y hacía una relación de lo que comía, vomitaba, defecaba, de los medicamentos que tomaba y un resumen general del estado del paciente. En el otro cuaderno, que era para sí misma, lo que escribía era muy parecido, aunque quizá no tan preciso, pero añadía detalles sobre el tiempo atmosférico y sobre lo que ocurría a su alrededor. Y sobre las cosas que quería recordar.

—Por ejemplo, el otro día escribí algo —dijo ella—. Una cosa que dijo Lois. Lois y Sylvie entraron cuando la señora Green se encontraba aquí y ella hablaba de cómo crecían los arbustos de bayas a lo largo de la callejuela y cómo lo cubrían prácticamente todo. Lois dijo: «Es como en La Bella durmiente». Como yo les leí el cuento, por eso lo anoté en el cuaderno.

—Tendré que podar esos arbustos —dijo Rupert.

Enid tuvo la impresión de que él estaba encantado de lo que había dicho Lois y de que ella lo hubiera apuntado, pero era incapaz de expresarlo.

Una noche Rupert le dijo que estaría fuera durante un par de días, en una subasta de ganado. Le preguntó al médico si podía ir y éste respondió afirmativamente.

Aquella noche llegó antes de que a ella le suministrasen las últimas píldoras y Enid supuso que él quería ver a su mujer despierta antes de su breve viaje. Le pidió que fuese directamente a la habitación de la señora Quinn, él lo hizo así y cerró la puerta tras de sí. Enid cogió el periódico y

pensó en subir a leerlo, pero probablemente las niñas aún no estarían dormidas y buscarían algún pretexto para llamarla. Podía salir al porche, pero a esas alturas del día habría mosquitos, especialmente después de una lluvia como la de aquella tarde.

Le asustaba poder oír algo sin querer, alguna intimidad o quizá la posibilidad de una pelea, y luego tener que mirar a Rupert cuando saliera de la habitación. Algo se cocía en la cabeza de la señora Quinn, de eso estaba segura. Y antes de decidir adónde ir, oyó algo de pasada. No se trataba de reproches o (si eso fuera posible) de expresiones de cariño, ni siquiera de oír la llorar, que era lo que hasta cierto punto esperaba, sino que oyó una risotada. Oyó a la señora Quinn reír débilmente, y en aquellas risas se encontraba el tono burlón y la satisfacción de la que Enid había sido testigo anteriormente, pero había también algo que nunca había escuchado antes, algo deliberadamente vil. Ella no se movió, aunque debería haberlo hecho, y todavía se encontraba en la mesa, todavía observaba la puerta de la habitación cuando el marido salió unos instantes más tarde. Él no apartó la vista de los ojos de ella, ni ella de los de él. No podía. Aunque no podía afirmar con seguridad si él la había visto. Simplemente la miró y se marchó. Tenía el aspecto de quien se hubiera agarrado a un cable eléctrico y pidiera disculpas —¿a quién?— porque su cuerpo se hubiese dado a esa absurda catástrofe.

Al día siguiente la señora Quinn pareció recobrar sus fuerzas, de aquella manera tan poco natural y engañosa que Enid ya había visto en una o dos ocasiones en otros pacientes. La señora Quinn quería incorporarse apoyándose sobre las almohadas. Quería el ventilador encendido.

—Qué gran idea —dijo Enid.

—Podría contarte algo que no te creerías —dijo la señora Quinn.

—La gente me cuenta muchas cosas —dijo Enid.

—Claro. Mentiras —dijo la señora Quinn—. Apuesto a que son todo mentiras. ¿Sabes que el señor Willens estuvo aquí, en esta habitación?

III. ERROR

La señora Quinn estaba sentada en la mecedora sometiéndose a un examen ocular y el señor Willens se encontraba frente a ella con la cosa frente a sus ojos, y ninguno de los dos oyó entrar a Rupert porque se suponía que estaba cortando madera cerca del río. Pero había vuelto sigilosamente. Atravesó la cocina sin hacer ningún ruido —debió de ver fuera el coche del señor Willens— y luego abrió la puerta de la habitación con cuidado, hasta que vio al señor Willens de rodillas, sujetando aquello a la altura de sus ojos y con la otra mano sobre las rodillas de ella, para mantener el equilibrio. Estaba agarrado a la pierna de ella para mantener el equilibrio, la falda levantada y la pierna al descubierto, pero eso es todo lo que ocurrió, ella no podía hacer nada, tenía que procurar estar quieta.

De modo que Rupert entró en la habitación sin que nadie le oyese y entonces dio un salto y aterrizó sobre el señor Willens como un rayo y éste no se pudo levantar ni darse la vuelta. Rupert le cogió la cabeza y la golpeó contra el suelo una y otra vez, le golpeó hasta la muerte y ella saltó con tal rapidez que la silla volcó y la caja donde el doctor Willens dejaba sus cosas para los ojos se volcó de manera que todo saltó por los aires. Rupert siguió zurrándole y ella no estaba segura, tal vez golpeó también la pata de la estufa. Entonces pensó después me toca a mí. Pero no había manera de esquivarles para huir de la habitación. Y además vio que, después de todo, Rupert no iba a por ella. Se había quedado sin aliento. Levantó la silla y se sentó. Entonces ella se fue hasta el doctor y le dio la vuelta, con todo lo grande que era, para ponerle derecho. Sus ojos no estaban abiertos del todo, tampoco cerrados, y le salía baba por la boca. Pero sobre la cara no había ni heridas abiertas ni señales de magulladuras; tal vez todavía era demasiado pronto para que apareciesen las heridas. Lo que salía de su boca ni siquiera parecía sangre. Tenía un color rosáceo y, para saber a qué se parecía, era como la espuma que sale a la superficie cuando se hierven fresas para hacer mermelada.

Un color rosa brillante. Tenía toda la cara embadurnada, ya que Rupert le había tenido boca abajo. Emitió un sonido cuando ella le dio la vuelta.

Glug-glug. Eso era todo. Glug-glug y quedó tendido como una piedra.

Rupert saltó de la silla de modo que ésta siguió meciéndose y empezó a recogerlo todo y a poner las cosas en la caja del señor Willens, cada una en el lugar que le correspondía. Cada cosa en su justo lugar.

Perdiendo el tiempo de esa manera. Se trataba de una caja especial, forrada de felpa roja y con un lugar especial para cada una de las cosas que utilizaba, y había que colocarlas

correctamente o de lo contrario la tapa no cerraba. Rupert logró cerrarla, luego se limitó a sentarse otra vez en la silla y comenzó a golpearse las rodillas.

Sobre la mesa había uno de esos manteles que no valen para nada, un recuerdo de cuando la madre y el padre de Rupert fueron hacia el norte a ver a las quintillizas Dionne. Ella lo quitó de la mesa y con él envolvió la cabeza del señor Willens para que absorbiera la sustancia rosa y para no tener que seguir mirándole. Rupert seguía golpeándose las manos grandes y lisas. Ella dijo a Rupert tenemos que enterrarlo en algún sitio.

Rupert se limitó a mirarla como diciendo ¿por qué?

Ella dijo que podían enterrarle abajo, en el sótano, que tenía el suelo de tierra.

—Muy bien —dijo Rupert—. ¿Y dónde vamos a enterrar su coche?

Ella dijo que lo podían poner en la cuadra y cubrirlo con heno.

Él respondió que mucha gente husmeaba en el granero.

Entonces a ella se le ocurrió meterlo en el río. Se lo imaginó sentado en su coche bajo el agua. Se le vino a la cabeza como si fuera una fotografía. Al principio Rupert no respondió, de modo que ella se metió en la cocina, cogió un poco de agua y limpió al señor Willens para que no babease. De su boca ya no salía ninguna porquería. Cogió sus llaves, que tenía en el bolsillo. Sintió a través de la tela de sus pantalones la grasa de su muslo aún caliente.

Le dijo a Rupert, vamos, muévete.

Él cogió las llaves.

Levantaron al señor Willens, ella por los pies y Rupert por la cabeza. Pesaba una tonelada. Como si fuera de plomo. Pero mientras cargaban con él, uno de sus zapatos parecía como si la golpease entre las piernas y ella pensó, ahí estás, todavía dando guerra, viejo diablillo cachondo. Hasta su viejo pie muerto seguía dando la lata. No es que ella le dejase propasarse nunca, pero él siempre estaba dispuesto a ponerle las manos encima si las circunstancias se lo permitían. Como cuando cogía la parte de arriba de su pierna bajo la falda con la cosa puesta sobre el ojo y ella no podía pararle y Rupert andaba husmeando y se llevaba una idea equivocada.

Bajo el umbral de la puerta, a través de la cocina, cruzando el porche y bajando las escaleras. No había moros en la costa. Pero era un día ventoso y lo primero fue que el viento hizo volar la tela con la que habían cubierto la cara del señor Willens.

Su patio no podía verse desde la carretera, estaban de suerte. Únicamente la cima del tejado y la ventana de arriba. No se vislumbraba el coche del señor Willens. Rupert había pensado en lo demás.

Llevarlo a Jutland, donde el agua era profunda y había un camino que podía dar la impresión de que el doctor Willens acababa de llegar desde la carretera y se había despistado. Como si hubiera salido de la carretera de Jutland, quizá de noche, y hubiera acabado en el agua antes de darse cuenta de dónde estaba. Como si hubiese cometido un error.

Y lo había hecho. No cabía duda de que el señor Willens había cometido un error.

El problema era que había que salir por el sendero e ir por la carretera hasta el desvío que llevaba a Jutland. Pero allí abajo no vivía nadie y tras el desvío de Jutland se llegaba a una zona donde no había salida, ojalá que no se cruzasen con nadie en esa media milla. Luego Rupert metería al señor Willens en el asiento del conductor y empujaría el coche por la orilla hasta que

cayese al agua. Lo empujaría hacia el estanque. Hacerlo le supondría un gran trabajo, pero Rupert era un tipo fuerte. Si no lo fuera, no se habrían metido en ese lío.

Le costó un poco arrancar el coche porque nunca había conducido ninguno de ese tipo, pero lo consiguió, dio la vuelta y condujo por el sendero con el señor Willens botando y rebotando contra él. Se había puesto el sombrero del señor Willens, el sombrero que estaba en el asiento del coche.

¿Por qué se lo había quitado antes de entrar en la casa? No sólo para demostrar su educación, sino también para poder agarrarla y besarla mejor. Si eso podía llamarse un beso, arrimarse a ella con la caja todavía en una mano y cogerla con la otra y chuparla con su boca vieja y babeante. Mamaba y mascaba los labios y la lengua de ella y se le arrimaba mientras la esquina de la caja se clavaba en sus nalgas. Ella estaba tan sorprendida por la fuerza con que él la había cogido que no sabía cómo librarse. Empujándola, chupándola, babeando, presionando y haciéndolo todo a la vez. Era un puerco viejo verde.

Ella cogió el mantel de las quintillizas que el viento había arrastrado hasta la valla. Miró cuidadosamente para ver si quedaban rastros de sangre en los escalones, en el porche o en la cocina, pero toda la sangre que vio estaba en el cuarto de estar. También se habían manchado sus zapatos. Restregó el suelo y restregó sus zapatos, que se tuvo que quitar, y hasta que no hubo acabado de hacer todo esto no cayó en la cuenta de que tenía una mancha justo en la parte frontal de su blusa.

¿Cómo había llegado hasta allí? Y mientras la miraba, oyó un ruido que la dejó petrificada. Oyó un coche, se trataba de un vehículo que desconocía y que bajaba por el sendero.

Miró a través de los visillos y sus sospechas se confirmaron. Se trataba de un coche nuevo de color verde oscuro. Y allí estaba ella, descalza, con su ropa manchada y para colmo con el suelo recién fregado.

Se alejó hasta donde no pudieran verla, pero no se le ocurrió dónde podía esconderse. El coche se paró y se abrió una de las puertas aunque no habían apagado el motor. Oyó cómo cerraban la puerta, cómo el coche daba la vuelta y el ruido del motor alejándose por el sendero. Y oyó a Lois y a Sylvie en el porche.

Se trataba del coche del novio de la profesora. Él recogía a la maestra todos los viernes por la tarde y hoy era viernes. Así es que la profesora le dijo, ¿por qué no llevamos a éstas a casa?, son las más pequeñas, tienen que recorrer un buen trecho y parece que va a llover.

Y también llovió. Había comenzado a llover a la vuelta de Rupert, que venía caminando hacia casa a lo largo de la orilla. Ella dijo, buena cosa, cubrirá de barro tus huellas allí donde lo empujaste. Él respondió que se había quitado los zapatos y que había trabajado en calcetines.

Debe de ser que el cerebro te funciona otra vez, dijo ella.

En lugar de tratar de aclarar el mantel o la blusa que llevaba puestos, decidió quemar ambas prendas en el horno. Olían a mil demonios y el mal olor la ponía enferma. Así fue como se puso mala. Así y con la pintura. Tras limpiar el suelo, todavía podía ver el lugar donde pensaba que quedaba una mancha, de modo que cogió la pintura marrón que sobró de cuando Rupert tuvo que pintar las escaleras y pintó todo el suelo. Así empezaron sus vómitos, al inclinarse sobre la pintura y respirarla. Y los dolores de espalda, también comenzaron por aquello.

Tras pintar el suelo, prácticamente dejó de entrar en el salón. Pero un día pensó que lo mejor

sería poner otro mantel en la mesa. Haría que las cosas tuviesen un aspecto normal. Si no lo hacía, entonces podía dar por seguro que su cuñada vendría cotilleando y preguntaría dónde estaba ese mantel que trajeron mamá y papá cuando fueron a ver a las quintillizas. Con un mantel diferente, siempre podría decir, bueno, la verdad es que me apetecía un cambio. Pero que no hubiera un mantel resultaría extraño.

De modo que escogió uno que la madre de Rupert había bordado con figuras de cestas de flores, y al pisar el salón, notó que todavía podía sentir aquel olor, y allí sobre la mesa estaba la caja de color rojo oscuro que contenía las cosas del señor Willens con su nombre grabado y que había permanecido allí todo aquel tiempo. Ella ni siquiera se acordaba de haberlo puesto allí ni tampoco recordaba que lo hubiese hecho Rupert. Se había olvidado del asunto.

Se llevó la caja, la escondió en un sitio y luego en otro. Nunca había contado dónde la escondió ni tenía la menor intención de hacerlo.

La habría hecho pedazos, pero ¿cómo romper lo que había dentro?

Los chismes para examinar, ah, señora, ¿quiere que examine sus ojos?, siéntese aquí, relájese, cierre un ojo y mantenga el otro bien abierto.

Ahora bien abierto. Siempre era el mismo juego, se suponía que ella no debía sospechar lo que estaba ocurriendo, y mientras observaba su ojo con la cosa, quería que ella tuviese puestas las bragas, el viejo pervertido que resoplaba, y sus dedos que se iban lubricando, y él seguía resoplando. Ella se suponía que no debía decir nada hasta que él parase y pusiese su cosa otra vez en la caja, tras lo cual ella debía decir: «Señor Willens, dígame, ¿cuánto le debo por lo de hoy?».

Y ésa era la señal para que él la tumbara y la montara como hacen los sementales con las yeguas. Y aquello era un mete y saca sobre el duro suelo mientras él la empujaba con tal fuerza que casi la partía en dos. Que se vaya al cuerno.

Habrase visto.

Luego salió la noticia en los periódicos. El señor Willens ahogado.

Se decía que tenía la cabeza magullada por los golpes que se había dado contra el volante. Se decía que estaba vivo cuando cayó al agua.

Qué risa.

IV. MENTIRAS

Enid permaneció despierta toda la noche, ni siquiera trató de dormir.

No se pudo acostar en la habitación de la señora Quinn. Durante horas permaneció sentada en la cocina. Moverse le suponía un gran esfuerzo, incluso para hacerse una taza de té o para ir al baño. Mover su cuerpo significaba remover las cosas, cuando lo que debía hacer era ordenar su mente y acostumbrarse a las ideas que le rondaban. Ni se desvistió ni se soltó los cabellos, y cepillarse los dientes le resultó trabajoso y poco familiar. La luz de la luna entraba por la ventana de la cocina —estaba sentada a oscuras— y estuvo contemplando cómo la luz se desplazaba sobre el linóleo en medio de la noche hasta desaparecer. Le sorprendió su desaparición y luego le sorprendió el despertar de los pájaros al llegar el nuevo día. En un principio la noche le pareció muy larga y luego demasiado breve, ya que no había tomado decisión alguna.

Con la primera luz del día se levantó envarada, abrió la puerta y se sentó en el porche. Incluso ese movimiento confundía sus pensamientos. Tuvo que reorganizarlos de nuevo y situarlos a dos niveles. Lo que había ocurrido —o lo que le habían dicho que había ocurrido— por un lado, y qué hacer por el otro. Qué hacer, eso era lo que no estaba claro.

Se habían llevado a las vacas del pequeño prado situado entre la casa y la ribera del río. Si lo deseaba, podía abrir la verja y caminar en esa dirección. Sin embargo, sabía que debía volver para ver a la señora Quinn. Pero se encontró a sí misma abriendo el cerrojo de la verja.

Las vacas no habían acabado con toda la hierba. Empapada como estaba, le rozaba las medias. Aun así, el sendero estaba despejado bajo los árboles de la ribera del río, aquellos enormes sauces de los que colgaban uvas silvestres que parecían los peludos brazos de un mono. Se levantó la bruma de manera tal que a duras penas se veía el río. Había que fijar la mirada, concentrarse, y al fin se vislumbraba un poquito de agua, tan calma como si estuviera en un jarro. En algún sitio habría corriente, pero no pudo encontrarla.

Luego vio algo que se movía, pero que no era el agua. Una barca que se balanceaba. Amarrada a una rama se encontraba una vieja barca de remos que se alzaba suavemente, se alzaba y caía con delicadeza.

Ahora que la había encontrado, siguió observándola, como si le dijese algo. Y se lo dijo. Dijo algo delicado y definitivo.

Ya sabes. Ya sabes.

Cuando las niñas se despertaron, la encontraron rebosante de buen humor, recién lavada,

vestida y con el pelo suelto. Acababa de preparar una gelatina mezclada con frutas que estaría lista para comer al mediodía. Y mezclaba una masa para hacer galletas que podría cocinar antes de que el excesivo calor impidiese utilizar el horno.

—¿Es ésa la barca de vuestro padre? —preguntó Enid—. La de allá abajo, en el río.

Lois respondió que sí. «Pero no nos dejan jugar con ella. Si tú bajases con nosotras, entonces sí que podríamos». Se dieron cuenta enseguida de las ventajas que podrían disfrutar ese día, de la oportunidad de pasarlo bien, como si estuvieran de vacaciones, de esa curiosa mezcla de languidez y entusiasmo de Enid.

—Ya veremos —dijo Enid. Quería que fuera un día especial para ellas, aparte de que iba a ser el día de la muerte de la madre de las niñas, de eso tenía la certeza absoluta. Quería que guardasen en su memoria algo que arrojase una luz redentora sobre lo que pudiera ocurrir más adelante. Sobre ella misma, en definitiva, y sobre la manera en que ella pudiera influir posteriormente en sus vidas.

Esa mañana apenas pudo encontrar el pulso a la señora Quinn, que parecía no poder levantar la cabeza ni abrir los ojos. Un gran cambio con respecto al día anterior, que a Enid no le sorprendió.

Pensó que lo último sería ese gran acelerón de energía, esa perversa palabrería.

Acercó una cucharada de agua hacia los labios de la señora Quinn y ésta absorbió un poquito. Emitió una especie de maullido, el último indicio, con toda seguridad, de su agonía. Enid no llamó al médico porque de todas formas tenía que pasar a lo largo del día, probablemente a primera hora de la tarde.

Agitó agua enjabonada en un bote de cristal y dobló un trozo de alambre y luego otro para hacer pompas de jabón. Les mostró a las niñas cómo se hacían esas pompas, soplando con fuerza y con cuidado hasta que una fina burbuja de jabón resplandeciente comenzaba a temblar sobre el alambre para finalmente liberarse. Persiguieron las burbujas por el jardín y las hicieron flotar en el aire hasta que la brisa las atrapó y las condujo a colgarse entre los árboles o sobre los aleros del porche. Debían de ser los gritos de admiración lo que las mantenía vivas, los gritos de júbilo que se alzaban desde el jardín. Enid las dejó hacer todo el ruido que quisieron, y cuando se consumió la mezcla de espuma, preparó más.

El médico telefoneó mientras daba de comer a las niñas: gelatina de frutas y un plato de galletas regadas con azúcar de color y vasos de leche en los que había añadido sirope de chocolate. El médico le dijo que se había retrasado porque un chiquillo se había caído de un árbol y que probablemente no podría llegar hasta poco antes de la hora de cenar.

Enid dijo con delicadeza: «Creo que se nos va».

—Bueno, procura que esté tan cómoda como sea posible —dijo el médico—. Sabes hacerlo tan bien como yo.

Enid no telefoneó a la señora Green. Sabía que Rupert no volvería aún de la subasta y pensaba que la señora Quinn, si es que en algún momento volvía en sí, no querría ver ni oír a su cuñada en la habitación. Tampoco parecía probable que quisiera ver a las niñas. Y ellas no guardarían un buen recuerdo de haber visto a su tía en un momento como aquél.

Enid ya no se molestó en averiguar el nivel de presión sanguínea o la temperatura de la señora

Quinn, únicamente lavó su cara y sus brazos y le ofreció agua, cosas de las que la enferma ni se enteraba. Encendió el ventilador, cuyo ruido nunca le había gustado a la señora Quinn.

El olor que desprendía su cuerpo parecía cambiar, perdía aquel intenso olor a amoníaco. Se había transformado en un vulgar olor a muerte.

Salió y se sentó en las escaleras. Se quitó los zapatos y las medias y estiró las piernas bajo el sol. Las niñas comenzaron precavidamente a acosarla, preguntándole si las llevaría al río, si podrían sentarse en la barca o si las dejaría remar si encontraban los remos. Sabía que no podía abandonar su puesto pero les preguntó si les gustaría tener una piscina, dos piscinas, y sacó los dos cubos de la colada, los colocó sobre la hierba y los llenó con agua de la bomba de la cisterna. Se quedaron en ropa interior y se zambulleron en el agua, convirtiéndose en la princesa Elizabeth y la princesa Margarita Rose.

—¿Qué os parece? —preguntó Enid mientras permanecía sentada sobre la hierba con la cabeza reclinada y los ojos cerrados—. Si una persona hace algo muy malo, ¿pensáis que debe ser castigada?

—Sí —dijo Lois de inmediato—, se merece una tunda.

—¿Quién ha sido? —dijo Sylvie.

—Pensaba en cualquiera —contestó Enid—. ¿Y qué pasaría si se tratase de algo muy malo pero que nadie lo supiese? ¿Deberían contar lo que hicieron y luego ser castigados?

—Yo sabría que son culpables —dijo Sylvie.

—No lo sabrías —dijo Lois—. ¿Cómo lo ibas a saber?

—Los habría visto.

—Claro que no.

—¿Sabéis por qué creo que deberían ser castigados? —dijo Enid—. Es por lo mal que se van a sentir por dentro. Aunque nadie les hubiese visto actuar o nadie lo supiese jamás. Si haces algo muy malo y no te castigan, te sientes peor, mucho peor que si te castigan.

—Lois robó un peine verde —dijo Sylvie.

—No es verdad —dijo Lois.

—Quiero que lo recordéis —dijo Enid.

—Estaba tirado al lado de la carretera —dijo Lois.

Enid entraba en el cuarto de la convaleciente aproximadamente cada media hora para limpiar con un paño húmedo la cara y las manos de la señora Quinn. No le dirigía la palabra y nunca tocaba su mano si no era con el paño. Nunca se había ausentado tanto del lado de una persona agonizante. Cuando abrió la puerta alrededor de las cinco y media, supo que en esa habitación ya no quedaba nadie con vida. La sábana estaba apartada y la cabeza de la señora Quinn colgaba sobre un lado de la cama, algo que Enid no anotó ni mencionó a nadie. Devolvió el cuerpo a su postura original, lo lavó e hizo la cama antes de que llegase el médico. Las niñas jugaban en el jardín.

«5 de julio. Lluvia a primera hora de la mañana. L y S juegan bajo el porche. El ventilador se apaga y se enciende; emite quejidos. Media taza de ponche de huevo. Una cucharada cada vez. P. S. sube, pulso rápido, no hay quejas por el dolor. La lluvia no refrescó demasiado. RQ por la noche. Terminada la recolección del heno.

»6 de julio. Día caluroso, muy cerrado. Pongo ventilador pero no quiere. Toalla humedecida con frecuencia. RQ por la noche. Empieza a cortar trigo mañana. Todo adelantado una o dos semanas debido al calor, lluvia.

»7 de julio. Calor constante. No toma ponche de huevo. Ginger ale con la cuchara. Muy débil. Lluvia muy fuerte anoche, viento. RQ no pudo cortar. El grano aplastado en algunos lugares.

»8 de julio. Rechaza ponche de huevo. Ginger ale. Vómitos de madrugada. Más espabilada. RQ va a la subasta de ganado, se marcha dos días. El doctor da visto bueno.

»9 de julio. Paciente en estado de agitación. Horribles palabras.

»10 de julio. La paciente señora de Rupert (Jeanette) Quinn murió hoy aproximadamente a las 5 de la tarde. Fallo del corazón debido a la uremia (glomerulonefritis).»

Enid no tenía la costumbre de ir a los funerales de sus pacientes. Le parecía que lo mejor era salir de la casa tan pronto como buenamente pudiera. Su presencia no era más que un recuerdo del periodo anterior a la muerte, que probablemente habría sido penoso, lleno de calamidades físicas y que se minimizaría mediante ceremonias, hospitalidad, flores y pasteles.

Con frecuencia solía aparecer algún familiar femenino dispuesto a hacerse cargo de las tareas domésticas y Enid pasaba repentinamente a la situación de invitada mal acogida.

De hecho, la señora Green llegó a casa de los Quinn antes que el director de la funeraria. Rupert todavía no había aparecido. El médico se encontraba en la cocina tomando una taza de té y hablándole a Enid de otra paciente de la que podría encargarse porque allí todo había terminado. Enid se mostró evasiva, comentó que pensaba tomarse unas vacaciones. Las niñas estaban arriba. Enid les contó que su madre se había ido al cielo, lo que terminó de poner la guinda a ese día extraño y lleno de acontecimientos que habían vivido.

La señora Green se mostró tímida hasta que se marchó el médico. Permaneció de pie junto a la ventana hasta que el coche dio la vuelta y se alejó. Entonces dijo: «Quizá no debiera decirlo en este momento, pero lo haré. Me alegro de que haya ocurrido ahora y no más tarde, con el verano ya terminado y el comienzo del colegio. Ahora tendré tiempo para acostumbrarlas a vivir con nosotros y para que se hagan a la idea del nuevo colegio al que van a ir. Rupert también tendrá que acostumbrarse».

Fue en ese momento cuando Enid cayó en la cuenta por primera vez de que la señora Green pretendía llevarse a las niñas a vivir con ella, no sólo para quedarse una temporada. La señora Green ansiaba llevarse a las niñas y tal vez lo pensaba desde hacía tiempo. Era muy probable que ya hubiera preparado los dormitorios de las niñas y comprado telas para hacerles ropas nuevas. Su casa era amplia y no tenía hijos.

—Usted también debe de estar deseando marcharse a casa —le dijo a Enid. En tanto quedase otra mujer en el hogar, podría parecer que había dos rivales y de esta forma sería más difícil que su hermano comprendiese la necesidad de llevarse a las niñas—. Rupert puede acercarla a casa cuando venga.

Enid respondió que no era necesario, su madre pasaría a recogerla.

—Ah, me olvidé de su madre —dijo la señora Green—. Su madre, con su coche tan pequeño y tan bonito.

La señora Green se animó y comenzó a abrir las puertas de los armarios para comprobar el

estado de los vasos y las tazas de té. ¿Estarían limpias para el funeral?

—Veo que alguien ha estado muy atareada —dijo, ahora bastante aliviada con respecto a Enid y dispuesta a elogiarla.

El señor Green esperaba fuera en la camioneta con su perro, General. La señora Green llamó a Lois y a Sylvie, que se encontraban en el piso de arriba, y bajaron corriendo con unas bolsas marrones de papel llenas de ropa. Atravesaron la cocina corriendo y dieron un portazo sin fijarse siquiera en Enid.

—Eso tiene que cambiar —dijo la señora Green refiriéndose al portazo. Enid oyó a las niñas saludar encantadas a General y a General ladrar con entusiasmo en señal de respuesta.

Enid volvió dos días más tarde, conduciendo ella misma el coche de su madre. Llegó con retraso, por la tarde, cuando el funeral ya había terminado. Fuera no quedaban otros coches, lo que significaba que las mujeres que habían ayudado en la cocina se habían marchado a sus casas llevándose las sillas y las tazas adicionales y la cafetera grande que pertenecía a su iglesia. Sobre la hierba quedaban las huellas de los coches y algunas flores aplastadas.

Ahora debía llamar a la puerta. Debía esperar a que le dieran permiso para entrar.

Oyó los pesados y firmes pasos de Rupert. Le saludó mientras él permanecía de pie frente a ella, al otro lado de la puerta mosquitera, pero no le miró a la cara. Estaba en mangas de camisa aunque llevaba puestos los pantalones de un traje. Abrió el gancho de la puerta.

—No sabía si habría alguien —dijo Enid—. Pensé que tal vez aún estabas en el granero.

—Todos han arrimado el hombro en la tarea —dijo Rupert. Enid podía sentir el olor a *whisky* que despedía, pero no parecía borracho—. Pensé que sería una de las mujeres que venía a recoger algo que hubiera olvidado.

—No me he olvidado de nada. Venía a preguntar cómo se encuentran las niñas —dijo Enid.

—Están bien. Están en casa de Olive.

No estaba claro si la iba a dejar pasar. Era el desconcierto lo que le paralizaba, no la hostilidad. Enid no se sentía a gusto con una conversación tan embarazosa. Para no tener que mirarle, miró hacia el cielo.

—Se nota que las tardes se acortan —dijo—. Aunque no haya pasado ni un mes desde el día más largo.

—Es cierto —dijo Rupert. Ahora sí abrió la puerta y se hizo a un lado para que ella entrase. Sobre la mesa había una taza sin el platillo.

Enid se sentó al otro extremo de la mesa. Llevaba un vestido de crepé de seda color verde oscuro y unos zapatos de ante a juego. Cuando se puso todo aquello encima pensó que podría ser la última vez que se vistiese y que aquéllas serían las últimas ropas que se pondría nunca. Se arregló el pelo con un trenzado francés y se empolvó la cara. Sus cuidados, su vanidad, parecían superfluos pero para ella eran necesarios.

Llevaba despierta tres noches seguidas, no había dormido un solo minuto, y había sido incapaz de comer e incluso de engañar a su madre.

—¿Es que esta vez ha sido muy duro? —le había preguntado su madre. Detestaba las conversaciones referentes a enfermedades o moribundos, y que su madre hubiese llegado al punto de preguntarle semejante cosa significaba que su angustia saltaba a la vista—. ¿Te encariñaste con

las niñas? Pobres criaturas.

Enid respondió que únicamente se trataba de volver a la normalidad tras una dolencia tan larga y que una dolencia sin ninguna esperanza genera una gran tensión. Durante el día no salía de casa de su madre, pero por la noche salía a pasear, cuando tenía la certeza de que no se encontraría con nadie y no tendría que pararse a hablar. Una noche se encontró delante de los muros de la prisión del condado. Sabía que detrás de esos muros estaba el patio de la prisión y que en el pasado se había ahorcado a gente en ese preciso lugar. Pero llevaban muchísimos años sin hacerlo. Posiblemente ahora se haría en una prisión central mucho más amplia, cuando hubiera que hacerlo. Y hacía mucho tiempo que nadie de la comunidad había cometido un delito tan grave.

Sentada frente a Rupert al otro extremo de la mesa, de cara a la puerta de la habitación de la señora Quinn, casi se olvidó del pretexto que la había llevado hasta allí, perdiendo el hilo de cómo debían ir las cosas. Sintió el bolso en su regazo, el peso de la cámara en el interior, y eso le hizo recordar.

—Hay una cosa que me gustaría pedirte —dijo ella—. Creo que debería hacerlo ahora, porque ésta podría ser mi última oportunidad.

—¿Y bien? —dijo Rupert.

—Sé que tienes una barca de remos. Me gustaría que me llevases hasta la mitad del río. Así podría hacer una foto. Me gustaría fotografiar la ribera del río. Esa zona es preciosa, con esos sauces a lo largo de la ribera.

—Muy bien —dijo Rupert, con esa incapacidad para la sorpresa que muestra la gente del campo ante la frivolidad, e incluso ante la mala educación, de sus visitantes.

Una visitante, eso es lo que era ella ahora.

Su plan era esperar hasta que llegasen a mitad del río y luego decirle que no sabía nadar. Primero le preguntaría si él sabía cuál era la profundidad del río en ese punto, y Rupert con toda seguridad diría que con lo que había llovido habría una profundidad de siete, ocho o incluso diez pies. Y luego le comentaría que ella no sabía nadar. Y no se trataba de una mentira. Se había criado en Walley, en el lago, había jugado en la playa cada verano de su infancia, era una niña fuerte y buena en los juegos, pero tenía miedo al agua y ni la persuasión, ni la vergüenza, ni la enseñanza funcionaron: no había aprendido a nadar.

Él sólo tendría que empujarla con uno de los remos y derribarla para que cayese al agua y, de esta forma, se hundiese. Luego dejaría la barca en el agua y nadaría hacia la orilla, se cambiaría las ropas y diría que venía del granero o de dar un paseo y que se había encontrado allí con el coche, ¿y dónde se había metido ella? Y si encontraban la cámara fotográfica sería más verosímil. Ella había salido en la barca para hacer unas fotos y luego inesperadamente se había caído al río.

Una vez que él hubiese comprendido lo ventajoso de su situación, ella se lo contaría. Preguntaría: ¿es cierto?

Si no era verdad, la odiaría por preguntárselo. Si era cierto —¿y es que acaso no había creído ella siempre que aquello era cierto?— la odiaría de una manera más peligrosa. Aunque le dijera de inmediato, con toda sinceridad, que nunca diría nada.

Hablaría todo el tiempo en voz baja, recordando cómo el agua se lleva las voces en una noche de verano.

No lo voy a contar, pero tú sí. No puedes seguir viviendo guardándote un secreto como ése.

No puedes vivir en este mundo con ese peso a tus espaldas. No serás capaz de seguir con tu vida.

Si ella llegaba a decir eso y él no negaba lo que le decía ni la empujaba al río, Enid sabría que había ganado la apuesta. Le supondría muchas más palabras, una persuasión absolutamente firme pero serena, conseguir conducirle hacia el punto donde él tendría que empezar a remar de vuelta a la orilla.

O, perdido, él diría ¿qué puedo hacer?, y ella iría paso a paso, diciendo en primer lugar rema de vuelta a la orilla.

El primer paso de un viaje largo y terrible. Ella le indicaría cada movimiento a seguir y permanecería con él todo el tiempo que pudiese. Ahora amarra la barca. Camina hacia la orilla. Camina por la pradera. Abre la verja. Ella caminaría detrás o enfrente, lo que a él le pareciese mejor. Cruzaría el patio, subiría hasta el porche y entraría en la cocina.

Se despedirán, entrarán en sus respectivos coches y luego adónde vaya él será asunto suyo. Y ella no llamará a la policía al día siguiente.

Esperará, la llamarán de comisaría e irá a visitarlo a prisión. Todos los días o con la frecuencia que le permitan, se sentará y hablará con él en la cárcel y también le escribirá cartas. Si lo mandan a otra prisión, irá hasta allí; aunque sólo le permitan verlo una vez al mes, estará siempre cerca. Y en el juicio, sí, estará cada día allí, se sentará donde él pueda verla.

Piensa que no le condenarán a muerte por un asesinato de ese tipo, en cierto modo accidental, sin duda un crimen pasional, pero la sombra siempre estará ahí para devolverle el sentido común cuando ella sienta que esas imágenes de devoción, de un vínculo que es como el amor pero que va más allá del amor, se convierten en indecentes.

Ahora todo ha comenzado. Al pedirle que la lleve al río, el pretexto de hacer la foto. Ambos están de pie y ella está situada frente a la puerta del cuarto de la enferma —ahora de nuevo el salón—, que está cerrada.

Ella dice una tontería.

—¿Se han quitado los edredones de las ventanas?

Él, por un momento, no parece entender a lo que ella se refiere.

Luego dice: «Los edredones. Sí. Creo que fue Olive quien los quitó. Fue allí donde se celebró el funeral».

—Eso estaba pensando. El sol puede quitarles el color.

Él abre la puerta y ella da la vuelta a la mesa y permanecen de pie mirando a la habitación. Él dice: «Puedes entrar si quieres. No pasa nada. Entra».

La cama, por supuesto, ya no está. Los muebles están arrimados a la pared. El centro de la habitación, donde debieron poner las sillas para el funeral, está vacío. Del mismo modo que lo está el espacio que queda entre las ventanas que dan al norte, debió de ser ahí donde colocaron el ataúd. La mesa donde Enid tenía la costumbre de colocar la palangana, poner el mantel de algodón, las cucharas, los medicamentos, la han arrimado a una esquina y sobre ella descansa un ramillete de delfinio. Por las altas ventanas todavía entra mucha luz.

«Mentiras» es la palabra que oye Enid de entre todas las que dijo la señora Quinn en esa

habitación. Mentiras. Apuesto a que son todo mentiras.

¿Puede una persona inventar algo tan diabólico y con tal lujo de detalles?

La respuesta es sí. La mente enferma de una persona, la mente de una persona moribunda puede generar todo tipo de basura y organizarla de la manera más convincente. La propia mente de Enid, cuando dormía en esta habitación, estaba plagada de las más repugnantes invenciones, llenas de mugre. Mentiras de esa naturaleza pueden aguardar en los recovecos de la mente, igual que los murciélagos que cuelgan de las esquinas, aprovechándose de cualquier atisbo de oscuridad. No se puede decir que esas cosas no puedan inventarse... Sólo hay que fijarse en lo elaborados que son los sueños, estrato sobre estrato, de manera que la parte que recuerdas y expresas con palabras no es más que la punta del iceberg.

Cuando Enid contaba cuatro o cinco años de edad le dijo a su madre que había ido a la oficina de su padre y que le había visto sentado tras su mesa de despacho con una mujer sobre las rodillas. Todo lo que podía recordar de esa mujer, ahora y entonces, era que llevaba un sombrero con un velo y con muchas flores (un sombrero bastante pasado de moda ya en esa época), y que su blusa estaba desabrochada mostrando un pecho, la punta del cual desaparecía dentro de la boca del padre de Enid. Ella se lo había contado a su madre con la perfecta seguridad de quien lo ha visto. Dijo: «Papá tenía en su boca una de sus delanteras».

No conocía la palabra pechos aunque sabía que venían de dos en dos.

Su madre dijo: «Vamos a ver, Enid. ¿De qué hablas? ¿Se puede saber qué quieres decir con delantera?». «Pues una cosa que es como un cornete de helado», dijo Enid.

Y así lo había visto. Y aún podía seguir viéndolo, el cornete de barquillo coloreado con su bola de helado de vainilla aplastada contra el pecho de la mujer y el lado opuesto metido en la boca de su padre.

Su madre hizo entonces algo inesperado, se desabrochó el vestido y sacó un objeto sin brillo, como de piel suave, que dejó caer sobre su mano. «¿Como esto?», preguntó.

Enid dijo que no. «Era el cornete de un helado». «Entonces es que lo has soñado», dijo su madre. «Los sueños a veces son de lo más absurdos. No se lo cuentes a papá. Es una tontería».

Al principio Enid no creyó a su madre, pero más o menos un año más tarde se dio cuenta de que una explicación como aquella debía ser cierta porque los cornetes de helados no eran como los pechos de una mujer y desde luego eran más pequeños. Cuando se hizo mayor se dio cuenta de que debía de haber visto el sombrero en una foto.

Mentiras.

Enid no se lo había preguntado aún, no había hablado. Aún no había nada que la impulsara a preguntar. Todavía era antes. Todavía el señor Willens había conducido hasta el estanque de Jutland deliberada o accidentalmente. La gente aún lo creía así y por lo que concernía a Rupert, Enid también lo creía. Y mientras fuese así, esa habitación, esa casa y su vida mantenían una posibilidad distinta, una posibilidad totalmente diferente de aquella con la que había vivido (o que había idealizado, como quiera que se quisiese ver) durante los últimos días. Esa posibilidad diferente se le acercaba cada vez más y lo único que debía hacer era cerrar la boca y dejar que todo siguiera su cauce. Con su silencio, con su colaboración silenciosa, cuánto beneficio se obtendría.

Para los demás y también para ella misma.

Eso era algo que sabía la mayoría de la gente. Una cosa sencilla que le había costado mucho comprender. Era de esa forma como se conseguía que el mundo fuera habitable.

Comenzó a sollozar. No con pena, sino con un arrebato de alivio que no se había ni imaginado. Por fin observó la cara de Rupert y vio que sus ojos estaban enrojecidos y que la piel que los rodeaba estaba seca y rugosa, como si él también hubiese llorado.

—No fue una mujer con suerte —dijo Rupert.

Enid se excusó y fue a por su pañuelo que estaba sobre la mesa, en su bolso. Se avergonzó por haberse arreglado para un destino tan melodramático.

—No sé cómo no me he dado cuenta —dijo—. No puedo ir andando hasta el río con estos zapatos.

Rupert cerró la puerta del salón.

—Si quieres que vayamos, todavía podemos hacerlo —dijo él—. Debe de haber un par de botas de goma que te sirvan en alguna parte.

No las de ella, pensó Enid. No. Las tuyas serían demasiado pequeñas.

Rupert abrió un cubo que había en la leñera, al lado de la puerta de la cocina. Enid nunca había mirado en ese cubo. Siempre había pensado que contenía leña para la lumbre, que no se necesitaba en verano.

Rupert sacó unas cuantas botas de goma sueltas, e incluso botas para la nieve. Trató de buscar la pareja.

—Me parece que éstas valdrán —dijo—. Puede que fueran de mi madre. O puede que fueran las mías antes de usar una talla tan grande.

Sacó lo que parecía una pieza de una tienda de campaña y luego, tirando de una correa rota, una vieja cartera de colegial.

—Había olvidado todo lo que había aquí dentro —dijo él, mientras ponía todo en su sitio otra vez y echaba encima las botas inservibles.

Dejó caer la tapa al tiempo que lanzaba un suspiro muy personal, quejumbroso y resignado.

Una casa como aquélla, donde había vivido una familia durante tanto tiempo y abandonada en los últimos años, estaría llena de cubos, cajones, estantes, maletas, baúles y espacios repletos que le tocaría organizar a Enid, rescatando y etiquetando unas cosas, restaurando otras para poder utilizarlas, y tirando otras al vertedero. Si se le presentaba esa oportunidad no eludiría la responsabilidad. Convertiría aquella casa en un lugar sin secretos e impondría el orden.

Rupert dejó las botas en el suelo frente a Enid mientras ella se inclinaba para desabrocharse los zapatos. Enid percibió, bajo el olor del *whisky*, el amargo aliento de una noche sin sueño y un largo y duro día; sintió el olor de una piel profundamente empapada de sudor, de un hombre de trabajo duro, que ningún lavado —o al menos el lavado al que él se sometía— terminaría de limpiar. No había un solo olor corporal, ni siquiera el olor a semen, que no le resultara familiar, pero había algo nuevo e invasor en el olor de un cuerpo que no se encontraba ni bajo su influencia ni bajo su cuidado.

Eso estaba bien.

—A ver si puedes caminar —dijo él.

Podía caminar. Caminó adelante, hacia la verja. Rupert se inclinó sobre sus hombros para abrirle la verja. Ella esperó mientras echaba el cerrojo y luego se hizo a un lado para que se adelantase, pues Rupert había cogido un hacha pequeña del cobertizo para despejar el camino.

—Se supone que las vacas se comen los pastos —dijo Rupert—. Pero hay cosas que no comen las vacas.

—Sólo había estado aquí una vez. Temprano por la mañana —dijo Enid.

Lo desesperado de su estado de ánimo le parecía infantil.

Rupert caminaba cortando las grandes y carnosas ortigas. El sol lanzaba una luz plana y polvorienta sobre la masa de los árboles de delante. El aire estaba limpio en algunos lugares y luego, repentinamente, se te echaba encima una nube de bichos diminutos. Los bichos no eran mayores que motas de polvo, estaban siempre en movimiento y se juntaban para formar columnas o nubes. ¿Cómo se las arreglaban para hacerlo? ¿Y cómo elegían un lugar y no otro para hacerlo? Tendría que ver con la alimentación. Pero nunca parecían estar lo bastante quietos como para alimentarse.

Cuando ella y Rupert pasaron por debajo del techo formado por las hojas estivales, ya oscurecía, casi era de noche. Había que tener cuidado para no tropezar con las raíces que sobresalían a lo largo del sendero o darse golpes en la cabeza con las enredaderas, de sorprendente dureza. Y entonces el destello de las aguas a través de unas ramas negras. El brillo de las aguas de la orilla opuesta del río, los árboles todavía adornados por la luz. A este lado —ahora bajaban por la orilla en medio de los sauces— el agua tenía el color del té pero estaba clara.

Y la barca esperaba balanceándose entre las sombras, exactamente igual.

—Los remos están escondidos —dijo Rupert. Se dirigió hacia los sauces para localizarlos. Durante un instante ella lo perdió de vista. Se acercó a la orilla, donde sus botas se hundieron un poco en el barro y quedaron atrapadas. Si se lo proponía, todavía podía oír los movimientos que hacía Rupert entre los arbustos. Pero si se concentraba en el movimiento de la barca, un movimiento leve y secreto, sentía como si todo lo que la rodeaba se hubiese aquietado.

2. Jakarta

I

Kath y Sonje tienen un lugar propio en la playa, detrás de unos grandes troncos. Lo escogieron no sólo como refugio ante un viento en ocasiones brusco —el bebé de Kath está con ellas— sino también para protegerse de la mirada de un grupo de mujeres que acuden diariamente a la playa. A estas mujeres las llamas las Mónicas.

Las Mónicas tienen dos, tres o cuatro niños cada una. A todas ellas les dirige la verdadera Mónica, quien recorrió caminando la playa y se presentó cuando vio por primera vez a Kath, a Sonje y al bebé. Les invitó a unirse a la pandilla.

La siguieron, cargando con el carrito del bebé. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Pero desde entonces se esconden detrás de los troncos.

El campamento de las Mónicas está formado por sombrillas, toallas, bolsas de pañales, cestas de excursionista, balsas, ballenas hinchables, juguetes, cremas, ropa extra, sombreros para el sol, termos para el café, tazas, platos de papel y termos que contienen polos caseros hechos con jugo de frutas.

La verdad es que las Mónicas están embarazadas o parece que lo estén porque han perdido su figura. Caminan lentamente hasta la orilla y gritan los nombres de sus hijos, que se montan o se caen de los troncos o de las ballenas hinchables.

—¿Dónde está tu sombrero? ¿Dónde está tu pelota? Ya llevas tiempo más que suficiente con eso, ahora le toca a Sandy.

Incluso al hablar entre ellas tienen que subir el tono de voz por encima de los gritos y chillidos de los críos.

—En Woodward's puedes comprar carne picada del cuarto trasero tan barata como una hamburguesa.

—Probé la pomada de zinc pero no sirvió.

—Le ha salido un absceso en la ingle.

—No se puede usar levadura, se debe usar bicarbonato de sosa.

Estas mujeres no son mucho mayores que Kath y Sonje. Pero han llegado a un punto en la vida que ambas temen. Han convertido la playa en un estrado. Sus responsabilidades, su despliegue de progenie, su carga maternal y su autoridad pueden aniquilar el brillo del agua, la perfecta cala con las ramas rojas de los árboles, los cedros que crecen torcidos sobre las altas rocas. Kath en particular siente su amenaza en mayor medida porque ella misma es madre. Cuando le da el pecho a su bebé suele leer al mismo tiempo, a veces fuma un cigarrillo, para así no hundirse en el fango

de la mera función animal. Y le da el pecho para poder encoger su útero y aplanar su estómago, no sólo para proveer al bebé —a Noelle— de los preciosos anticuerpos maternos.

Kath y Sonje tienen sus propios termos de café y sus toallas extra con las que han improvisado un refugio para Noelle. Tienen sus cigarrillos y sus libros. Sonje tiene un libro de Howard Fast. Su marido le ha dicho que si lo que quiere es leer novelas, ése es el autor al que ha de leer. Kath lee relatos de Katherine Mansfield y de D. H. Lawrence. Sonje ha adquirido la costumbre de dejar de leer lo que tiene en sus manos y tomar el libro de Kath, el que sea que ella no lea en ese momento. Se limita a leer un cuento y luego vuelve a Howard Fast.

Cuando tienen hambre, una de las dos recorre el largo trecho de escalones de madera.

Arriba, en las rocas, bajo los pinos y los cedros, multitud de casas rodean la cala. Son todas antiguas casitas de campo veraniegas de los tiempos anteriores a la construcción del puente de Lions Gate, cuando la gente de Vancouver cruzaba las aguas para pasar las vacaciones. Algunas casas de campo, como las de Kath y Sonje, todavía guardan un aspecto primitivo y son de alquiler barato. Otras, como las de la verdadera Mónica, están muy mejoradas. Pero nadie pretende quedarse aquí; la gente planea mudarse a una casa con todas las de la ley. Excepto Sonje y su marido, cuyos planes tienen un aura mucho más misteriosa que los del resto de la gente.

Hay un camino en forma de media luna y sin pavimentar que lleva a las casas y que queda unido a ambos extremos con el paseo marítimo. El semicírculo cerrado está lleno de árboles altos y el sotobosque cubierto de helechos, zarzas de flores rojas y varios senderos que se entrecruzan y por los que se puede atajar para ir a la tienda del paseo marítimo. En la tienda Kath y Sonje compran patatas fritas para almorzar. Es Kath quien emprende este camino habitualmente, ya que le resulta agradable caminar bajo los árboles y eso es algo que ya no puede hacer con el carrito del bebé.

Al principio, cuando vino a vivir aquí —antes de que Noelle naciera—, Kath solía atajar por entre los árboles casi a diario, sin pensar nunca en su libertad. Un día se encontró con Sonje. Ambas habían trabajado en la biblioteca pública de Vancouver hasta poco antes, aunque no en el mismo departamento, y jamás se habían dirigido la palabra. Kath había abandonado su empleo en el sexto mes de embarazo, según lo exigido, no fuese que su aspecto molestara a los lectores y Sonje lo abandonó por culpa de un escándalo.

O, al menos, por culpa de una historia que había llegado a los periódicos. Su marido, Cottar, un periodista que trabajaba para una revista de la que Kath nunca había oído hablar, había viajado a la China roja. En los periódicos se referían a él como un escritor de izquierdas. La foto de Sonje aparecía junto a la de su marido en un artículo en el que se mencionaba que ella trabajaba en la biblioteca. Mostraban inquietud ante la posibilidad de que Sonje promocionara libros comunistas e influyera en los muchachos que iban a la biblioteca para que hiciesen comunistas. No decían que lo hiciera, únicamente que existía ese peligro. Tampoco iba contra la ley que un canadiense visitara China. Pero ocurría que ambos, Cottar y Sonje, eran estadounidenses, lo cual hacía que su comportamiento resultara más alarmante y, quizá deliberado.

—Conozco a esa chica —le había dicho Kath a su marido, Kent, al ver la foto de Sonje—. Por lo menos la conozco de vista. Parece bastante tímida. Esto la avergonzará.

—No, qué va. A esta gente le encanta que la persigan, viven para eso.

Al parecer, el responsable de la biblioteca había declarado que Sonje no tenía nada que ver con la elección de los libros, o con nada que pudiera influir en la gente joven. Casi todo el tiempo lo dedicaba a mecanografiar listas.

—Tiene gracia —le dijo Sonje a Kath una vez que se reconocieron y pasaron casi media hora hablando en el sendero. Lo gracioso era que no sabía mecanografiar.

No la echaron, pero de todas formas dejó el trabajo. Pensó que era lo mejor, ya que ella y Cottar habían previsto cambios para el futuro. Kath pensó que tal vez uno de esos cambios fuera un bebé. Tenía la impresión de que la vida, una vez se acababan los estudios, consistía en una sucesión de nuevos exámenes que había que aprobar. El primer examen era casarse. Si una no lo había superado al cumplir los veinticinco años, ese examen habría sido, se mirara por donde se mirase, un fracaso. (Kath siempre firmaba como «la señora de Kent Mayberry» con una sensación de alivio y moderada euforia). Luego venía lo de tener el primer bebé. Esperar un año antes de quedar embarazada era una buena idea. Esperar dos años era un poco más prudente de lo necesario. Y si pasaban tres años la gente comenzaba a extrañarse. Luego, antes o después, llegaba el segundo bebé. Después de eso, la progresión se volvía borrosa y era difícil estar segura de si una había llegado a dondequiera que fuera que estaba yendo.

Sonje no era de ese tipo de amigas que cuenta que quiere tener un bebé, el tiempo que lleva intentándolo y las técnicas que utiliza. Nunca hablaba así de sexo, sobre sus periodos o sobre el comportamiento de su cuerpo, aunque pronto comenzó a contarle a Kath cosas que la mayoría de la gente consideraría mucho más escandalosas. Sonje hacía gala de una discreción elegante. Había querido ser bailarina pero creció demasiado, y no cesó de lamentarlo hasta que conoció a Cottar, quien le dijo: «Ah, otra niña burguesa que quiere convertirse en un cisne moribundo». Tenía una cara diáfana y de expresión tranquila, su piel era rosácea —nunca llevaba maquillaje, Cottar estaba contra el maquillaje— y recogía su gruesa cabellera rubia en un espeso moño. Kath pensaba que tenía un aspecto maravilloso, angelical e inteligente.

Mientras comen patatas fritas en la playa, Kath y Sonje hablan de los personales de los cuentos que han leído. ¿Cómo es que ninguna mujer ama a Stanley Burnell? ¿Qué le ocurre a Stanley? Es sólo un crío, con ese amor avasallador, con su gula al comer, con su autocomplacencia. En cambio, Johathan Trout... Sí, la mujer de Stanley, Linda, debería haberse casado con Jonathan Trout; Jonathan, que se deslizaba por el agua mientras Stanley chapoteaba y resoplaba. «Saludos, mi celestial flor de melocotón», dice Jonathan con su aterciopelada voz de bajo. Está lleno de ironía, es sutil y se muestra hastiado. «La brevedad de la vida, la brevedad de la vida», dice. Y el insolente mundo de Stanley se derrumba, desacreditado.

Algo le molesta a Kath. No lo puede mencionar ni puede pensarlo, pero ¿es Kent un poco como Stanley?

Un día discuten, Kath y Sonje tienen una discusión inesperada e inquietante sobre un cuento de D. H. Lawrence. El cuento se llama «El zorro».

Al final de ese cuento los amantes (un soldado y una mujer llamada March) se sientan en los acantilados y contemplan el Atlántico, que les llevará a su futuro hogar en Canadá. Se van a marchar de Inglaterra para empezar una nueva vida. Ambos están comprometidos, pero no son totalmente felices. Aún no.

El soldado sabe que no serán completamente felices hasta que la mujer le entregue su vida, y ella aún no lo ha hecho. March lucha con él para mantener las distancias, se esfuerza por no entregar su alma, su mente de mujer, y eso los hace a los dos sobriamente desdichados. Debe cejar en ese empeño; debe dejar de pensar y de desear, y permitir que su conciencia se rinda, para que quede sumergida en la de él. Como los juncos bajo la superficie del agua. Contémplos: observa cómo los juncos oscilan en el agua, vivos pero sin romper jamás la superficie. Y así es como su naturaleza femenina debe vivir en el interior de la naturaleza masculina de él. Sólo entonces ella será feliz y él se sentirá fuerte y pletórico de alegría. Conseguirán vivir el verdadero matrimonio.

Kath dice que eso le parece una tontería. Comienza a exponer su opinión:

—Él está hablando de sexo, ¿me equivoco?

—No sólo de sexo —dice Sonje—. Habla de su vida.

—Sí, pero sexo al fin y al cabo. El sexo lleva a quedar embarazada. Al menos esto es lo normal. De modo que March tiene un bebé. Probablemente más de uno. Y tiene que cuidarlos. ¿Cómo puedes hacerlo si tu mente oscila bajo la superficie del mar?

—No se puede tomar al pie de la letra —dice Sonje con aire de superioridad.

—Tú puedes tener tus propios pensamientos y tomar decisiones o no tomarlas —dice Kath—. Por ejemplo, el bebé va a coger una cuchilla. ¿Qué haces, dices simplemente, ah, voy a dar una vuelta por ahí hasta que llegue mi marido a casa y decida qué actitud hay que tomar, para decidir si eso es o no una buena idea?

—Estás exagerando —dice Sonje.

Sus voces suben de tono. Kath es enérgica y desdeñosa, Sonje, sería y terca.

—Lawrence no quiso tener hijos —dice Kath—. Estaba celoso de los que tenía Frieda de un matrimonio anterior.

Sonje mira hacia abajo, entre sus rodillas, mientras deja que la arena corra entre sus dedos.

—Creo que sería precioso —dice—. Creo que sería precioso que una mujer hiciera una cosa así.

Kath sabe que algo marcha mal. Algo no funciona en sus propios argumentos. ¿Por qué está tan sobresaltada y enfadada? ¿Y por qué cambió de tema para hablar sobre bebés, sobre los niños?

¿Es porque tiene un bebé y Sonje no? ¿Habló de Lawrence y Frieda porque sospecha que en parte les ocurre lo mismo a Cottar y Sonje?

No hay problema en utilizar a los hijos como argumento, o a la mujer que tiene que cuidar a los niños. No hay nada reprochable en ello. Pero cuando Kath lo hace, es que esconde algo. No puede soportar esa parte sobre los juncos y el agua, se siente hinchada e inflamada por una protesta incoherente. Es en sí misma en quien piensa y no en los hijos. Es ella, ella misma, la mujer a la que Lawrence critica. Y no puede decirlo con franqueza porque Sonje sospecharía —incluso la propia Kath sospecharía— que su vida se está empobreciendo.

La misma Sonje que ha dicho, durante otra alarmante conversación, «mi felicidad depende de Cottar».

Mi felicidad depende de Cottar.

Aquella afirmación estremeció a Kath. Nunca habría dicho eso de Kent. Nunca había deseado vivir en semejante situación.

Pero no quería que Sonje pensara que era una mujer que no había conocido el amor. Alguien que no había considerado, y a quien no se le había ofrecido, la postración del amor.

II

Kent recordaba el nombre del pueblo de Oregón al que se habían mudado Cottar y Sonje, o mejor dicho al que se había mudado Sonje a finales del verano. Ella se marchó allí para cuidar a la madre de Cottar mientras él se iba, en otro viajecito periodístico, al Lejano Oriente. A la vuelta de Cottar a Estados Unidos tras su viaje a China habían tenido algún problema, real o imaginario, de modo que en esta ocasión Sonje y él habían planeado encontrarse en Canadá, y quizá también llevarse a su madre allí.

No había muchas posibilidades de que Sonje siguiera viviendo en aquel pueblo a estas alturas. Únicamente había una ligera posibilidad de que pudiese estar allí la madre. Kent dijo que no merecía la pena detenerse, pero Deborah añadió ¿por qué no?, ¿acaso no sería interesante averiguarlo? Y unas cuantas preguntas en correos dieron resultado.

Kent y Deborah salieron del pueblo atravesando las dunas; conducía Deborah, como lo había hecho durante casi todo aquel largo viaje de placer. Habían visitado a la hija de Kent, Noelle, que vivía en Toronto, y a dos hijos habidos con su segunda esposa, Pat; uno de ellos estaba en Montreal y el otro en Maryland. Habían visitado a unos viejos amigos de Kent y Pat que ahora vivían en una urbanización privada de Arizona y también a los padres de Deborah —que tenían más o menos la misma edad que Kent— en Santa Bárbara. Ahora subían por la costa oeste, en dirección a su casa de Vancouver, pero tomándose lo con calma para que Kent no se fatigara.

La hierba cubría las dunas. Parecían vulgares colinas salvo allí donde se alzaban unos cuantos montículos desnudos y arenosos que le daban al paisaje un aspecto más festivo. Parecía una construcción hecha por un niño, pero a escala gigante.

El camino terminaba en la casa que les habían indicado. No había error posible. Allí estaba el letrero: ESCUELA DE DANZA DEL PACÍFICO, y el nombre de Sonje y bajo él un letrero de EN VENTA. Una anciana con unas podaderas recortaba los arbustos del jardín. De modo que la madre de Cottar aún vivía. Pero entonces Kent recordó que la madre de Cottar era ciega. Ésa era la razón por la que siempre debía haber alguien con ella tras la muerte del padre de Cottar.

¿Qué hacía podando los arbustos si era ciega?

Había cometido el habitual error de no tener en cuenta la cantidad de años —décadas ya— que habían pasado. Y lo anciana que sería la madre si viviese. Lo mayor que debía ser Sonje, lo mayor que debía de ser él mismo. Porque aquella anciana era Sonje, y al principio ella tampoco reconoció a Kent. Se inclinó para clavar las podaderas en el suelo, se limpió las manos frotándolas contra sus vaqueros. Kent sintió la rigidez de sus movimientos en sus propias

articulaciones. Tenía la caballera blanca y ala, y la ligera brisa oceánica que se abría paso entre las dunas la removía. Parte de su sólida estructura carnosa había desaparecido de sus huesos. Siempre había tenido poco pecho, pero antes no era tan delgada de cintura; ancha de espaldas, ancha de cara, una muchacha de aspecto nórdico. Aunque su nombre no provenía de antepasados nórdicos; Kent recordaba que la habían llamado Sonje porque a su madre le encantaban las películas de Sonja Henie. Fue la propia Sonje quien cambió la forma de deletrear el nombre y ridiculizó la frivolidad de su madre. En aquella época todos despreciaban a sus padres, no importaba la razón.

Kent no podía ver su cara con claridad bajo la fuerte luz del sol, pero vislumbró un par de lunares blancos de brillo plateado donde probablemente le habían extirpado unos cánceres de piel.

—Bueno, Kent —dijo Sonje—. Qué ridiculez. Pensaba que eras alguien que venía a comprar mi casa. ¿Y ésta es Noelle?

De modo que ella también se había equivocado.

Era cierto que Deborah tenía un año menos que Noelle. Pero no era una mujer objeto. Kent la había conocido después de su primera operación. Ella era fisioterapeuta, nunca se había casado, y él era viudo. Una mujer serena, firme, que desconfiaba de las modas y de la ironía, que llevaba su pelo en una trenza que le caía por la espalda. Le había iniciado en el yoga al igual que en los ejercicios prescritos y también le hacía tomar vitaminas y ginseng. Tenía tacto y era poco curiosa hasta casi rozar la indiferencia. Quizás una mujer de su generación daba por seguro que todo el mundo tenía un pasado en el que había conocido a mucha gente y que era imposible descifrar.

Sonje les invitó a pasar a la casa. Deborah dijo que les dejaría para que pudiesen sentarse a charlas, quería encontrar una tienda de productos dietéticos (Sonje le dio una dirección) y pasear por la playa.

De lo primero que se percató Kent fue de que en aquella casa hacía frío. Frío en un resplandeciente día de verano. Pero las casas del noroeste del Pacífico pocas veces son tan cálidas como parecen; cuando uno se aleja del sol, siente enseguida la humedad del aire. Durante una larga temporada las nieblas y el frío del lluvioso invierno debían de haber entrado en aquella casa sin apenas obstáculo alguno. Era un bungalow grande de madera, destartado aunque no austero, con su galería y sus buhardillas. Había muchas casas como aquélla al oeste de Vancouver, donde todavía vivía Kent. Pero en su mayor parte se habían vendido para ser derribadas.

Los dos grandes salones, comunicados entre sí, estaban vacíos; tan sólo había allí un piano vertical. En el centro de la habitación, el uso había dejado una marca gris en el suelo, oscurecido de cera en los rincones. Había una barandilla a lo largo de una pared, y en el lado opuesto, un espejo polvoriento en el que Kent vio desfilas el reflejo de dos figuras delgadas y de pelo blanco. Sonje dijo que quería vender el lugar —bueno, ya se habría dado cuenta por el letrero—, y como aquella parte se había montado como estudio de danza, pensaba dejarla así.

—Todavía se podría hacer algo con esto —dijo.

Añadió que habían inaugurado la escuela hacia 1960, poco después de que les dijeran que Cottar había muerto. La madre de Cottar, Delia, tocaba el piano. Lo tocó casi hasta los noventa años terminó perdiendo la chaveta. («Discúlpame», dijo Sonje, «pero una termina por descuidarse

y decir las cosas así de bruscas»). Sonje tuvo que meterla en una residencia donde iba todos los días a darle de comer, aunque Delia ya no la reconocía. Y contrató a gente nueva para tocar el piano, pero las cosas no funcionaron. Además llegaba al punto en que no podía mostrar nada a los alumnos, sino únicamente darles indicaciones. De modo que se dio cuenta de que ya era hora de dejarlo.

Antes era una mujer majestuosa, no muy comunicativa, en realidad poco sociable, o al menos eso creía él. Y ahora corría de aquí para allá y hablaba por los codos como suelen hacerlo las personas que están demasiado solas.

—Empezó muy bien, las chiquillas estaban muy entusiasmadas con las clases y luego todo esto pasó de moda, ya sabes, era demasiado formal, pero nunca del todo, y luego en los años ochenta la gente empezó a mudarse por aquí, familias jóvenes, y parecía que tenían un montón de dinero, ¿cómo hacían para conseguir tanto dinero? Y con eso podíamos haber vuelto a tener éxito, pero yo ya no podía seguir llevándolo.

Dijo que tal vez las ganas se habían esfumado o la necesidad había desaparecido al morir su suegra.

—Fuimos grandes amigas —dijo ella—. Siempre.

La cocina era otro cuarto grande que no conseguían llenar los armarios y electrodomésticos.

El suelo era de baldosas grises y negras, o quizá negras y blancas y el blanco se había vuelto gris por el agua sucia de fregar. Cruzaron un pasillo con estanterías, estanterías que llegaban hasta el techo, en las que se amontonaban libros y había revistas destrozadas y probablemente incluso periódicos. Se notaba un olor a viejo papel quebradizo. Allí el suelo estaba cubierto por una estera de sisal que seguía hasta un porche lateral, donde por fin Kent pudo sentarse. Las sillas y la mesita eran de rota de la buena y tendrían cierto valor si no fuese porque se caían a pedazos. Las persianas de bambú, que tampoco se encontraban en el mejor estado, estaban subidas o bajadas a medias, y afuera unos cuantos arbustos muy crecidos presionaban contra las ventanas. Kent no sabía mucho de plantas, pero se dio cuenta de que esos arbustos eran de los que crecen donde el suelo es arenoso. Sus hojas eran duras y brillantes; las de color verde parecían como si estuvieran bañadas en aceite.

Al pasar por la cocina, Sonje había puesto a calentar la tetera. Esta vez se hundió en una de las sillas como si ella misma también se sintiese contenta de descansar. Levantó sus manos, de grandes y sucios nudillos.

—Me limpiaré en un minuto —dijo—. No te he preguntado si querías té. Podría hacer café. O si quieres podríamos saltárnoslo y hacernos un *gin tonic*. ¿Por qué no? Me parece una buena idea.

Sonaba el teléfono. Un sonido inquietante, alto, pasado de moda. Sonaba como si viniese de fuera del pasillo, pero Sonje corrió de vuelta a la cocina.

Habló durante un rato, interrumpiéndose al silbar la tetera. Kent le oyó decir «ahora tengo una visita» y deseó que su presencia no ahuyentara a un posible comprador. El tono nervioso de Sonje le hizo pensar que no se trataba de una llamada sin importancia y que tal vez tuviera que ver con dinero. Hizo un esfuerzo por no oír nada más.

Los libros y los papeles amontonados en el pasillo le recordaban a la casa frente a la playa en la que vivieron Sonje y Cottar. En realidad, lo que le hizo recordar era aquella sensación de

incomodidad, de descuido. Una chimenea de piedra situada en un extremo calentaba aquel salón y, aunque había un fuego —la única vez que él estuvo allí—, rebosaba viejas cenizas, trocitos calcinados y de cáscara de naranja y de basura que eran expulsados hacia fuera. Y había libros y panfletos por todos lados. En lugar de sofá había un catre: había que sentarse con los pies en el suelo y sin respaldo o, de lo contrario, moverse hacia atrás y recostarse contra la pared con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Así era como se sentaban Kath y Sonje. Casi siempre permanecían al margen de la conversación. Kent se sentó en una silla de la cual había retirado un libro de pesada cubierta titulado *La guerra civil en Francia*. ¿Es así como le llaman ahora a la Revolución Francesa?, pensó. Luego vio el nombre del autor, Karl Marx. Y ya antes de hacerlo sintió la hostilidad, el enjuiciamiento, en la habitación. Igual que ocurría en un cuarto lleno de folletos del Evangelio y de cuadros de Jesús montado en un burro, Jesús en el mar de Galilea, a uno le invadía una sensación de enjuiciamiento. Y no sólo a causa de los libros y los periódicos, también provenía del revoltijo de la chimenea y de la alfombra, con sus motivos gastados y sus cortinas de tela de saco. La camisa y la corbata de Kent estaban fuera de lugar. Lo había sospechado por la forma en que Kath las había mirado, pero una vez que se las había puesto, las iba a llevar de todas formas. Ella vestía una de sus camisas viejas por encima de unos vaqueros abrochados con imperdibles. A Kent le había parecido un conjunto algo desaliñado para salir a cenar, pero llegó a la conclusión de que a lo mejor era lo único que en aquel momento podía ponerse.

Aquella cena había tenido lugar muy poco antes de que naciese Noelle.

Cottar cocinó. Era curry y estaba muy rico. Bebieron cerveza. Cottar andaba ya por los treinta, era mayor que Sonje, Kath y Kent. Alto, estrecho de hombros, de frente ancha y calva y patillas ralas. Hablaba apresuradamente, con discreción y en voz baja.

También había una pareja mayor, una mujer de pechos caídos y pelo gris recogido en la nuca y un hombre bajo que vestía con desaliño pero con cierto toque de pulcritud en sus formas, con la voz precisa y tensa y la costumbre de contornear cuadrados en el aire con las manos. Y había también un hombre joven, pelirrojo, con los ojos hinchados y acuosos y la piel pecosa. Era un estudiante que trabajaba a jornada parcial y que se ganaba la vida conduciendo un camión con el que distribuía periódicos a los repartidores. Evidentemente acababa de empezar este trabajo y el hombre mayor, que le conocía, comenzó a burlarse de lo vergonzoso que resultaba distribuir un periódico como aquél.

Aunque lo dijese medio en broma, Kent no se lo admitió. Pensó que ya había llegado el momento de intervenir. Dijo que no veía nada malo en aquel periódico.

Estaban esperando una reacción de ese tipo. El hombre mayor acababa de sacarle a Kent que era farmacéutico de profesión y trabajaba para una cadena de farmacias. Y el joven había dicho «¿te dedicas a la parte comercial?», haciendo la pregunta de tal forma que, al contrario que Kent, los otros lo entendiesen como una broma.

Kent dijo que así era.

Se sirvió el curry, se lo comieron y bebieron más cerveza, el fuego se reavivó, el cielo primaveral se oscureció, las luces de Point Grey aparecieron al otro lado de la ensenada de Burrand y Kent asumió el papel de defensor del capitalismo, la guerra de Corea, las armas

nucleares, John Foster Dulles, la ejecución de los Rosenberg... cualquier cosa que los otros le lanzasen. Se burló de la idea de que las compañías americanas hicieran propaganda entre las madres africanas para que comprasen el preparado para lactantes en lugar de amamantar a sus bebés y de que la Real Policía Montada del Canadá se comportara brutalmente con los indios y, por encima de todo, de que pensarán que el teléfono de Cottar podía estar pinchado. Citó la revista Time y afirmó que ésas eran sus fuentes.

El joven golpeaba sus rodillas, agitaba la cabeza de un lado a otro y se reía de forma poco convincente.

—No puedo creer a este tipo. ¿Podéis creerlo? No me lo puedo creer.

Cottar continuó con su argumentación e intentó controlar su exasperación porque se consideraba un hombre razonable. El hombre mayor se salía por la tangente sentando cátedra y la mujer de los pechos caídos agregaba pequeños comentarios con un tono de cortesía venenosa.

—¿A que viene tanta prisa por defender a la autoridad por dondequiera que meta su hermosa cabeza?

Kent no lo sabía. No sabía lo que le impulsaba a hacerlo. Ni siquiera se tomaba en serio a aquella gente como el enemigo. Pululaban por los márgenes de la vida real, sermoneando y creyéndose importantes, como fanáticos de cualquier calaña. No tenían solidez alguna, en comparación con la gente con la que trabajaba Kent. En su trabajo, los errores contaban, la responsabilidad era constante, no había tiempo que perder con divagaciones acerca de por qué las cadenas farmacéuticas eran perversas o soltando tonterías sobre los laboratorios farmacéuticos. Ése era el mundo real y cada día se encontraban en él con el peso de su futuro y el de Kath sobre los hombros. Lo aceptaba, incluso se sentía orgulloso de ello, no se iba a disculpar en una habitación llena de quejicas.

—La vida mejora a pesar de lo que ustedes dicen —les había dicho—. Lo único que deben hacer es mirar a su alrededor.

No se arrepentía de lo que había sido de joven. Pensó que tal vez se había mostrado demasiado desenvuelto, pero no se había equivocado. Lo que le intrigaba era la sensación de cólera que se respiraba en aquella habitación, la energía hostil acumulada, el resultado de aquella sinrazón.

Sonje había colgado. Le llamó desde la cocina.

—Creo que no hay duda, voy a olvidarme del té y pasar directamente al *gin tonic*.

Cuando trajo las copas, Kent preguntó cuánto tiempo llevaba muerto Cottar y ella le respondió que más de treinta años. Él contuvo el aliento y agitó la cabeza. ¿Tanto tiempo?

—Murió rápidamente por culpa de un bicho tropical. Sucedió en Yakarta. Le enterraron antes de que me enterase de que estaba enfermo. Antes Yakarta se llamaba Batavia, ¿lo sabías?

—Algo sabía —dijo Kent.

—Recuerdo tu casa —dijo ella—. El cuarto de estar en realidad era un porche, como el nuestro, recorría toda la fachada. Los estores eran del material de los toldos, de franjas verdes y marrones. A Kath le gustaba que la luz los traspasase, decía que era una luz laberíntica, de jungla. Tú la llamabas la choza majestuosa. Siempre que la mencionabas. La Choza Majestuosa.

—Estaba levantada sobre postes hundidos en el cemento —dijo Kent—. Se pudrían. No se derrumbaron de milagro.

—Tú y Kath solíais salir a buscar casa —dijo Sonje—. Cuando tenías el día libre ibais caminando con el carrito de Noelle de parcela en parcela. Mirabais todas las casas nuevas. Ya sabes cómo eran por entonces esas parcelas. No había aceras porque se suponía que la gente no iba andando y habían echado abajo los árboles, y las casas se apiñaban mirándose unas a otras desde el ventanal de los salones.

—¿Qué otra cosa podía permitirse uno por entonces, tan jóvenes? —dijo Kent.

—Lo sé, lo sé. Pero tú preguntabas «¿cuál te gusta?»; y Kath nunca respondía. Así que al final te sacaba de quicio y le preguntabas, en fin, qué tipo de casa le gustaba a ella, entonces, y ella respondía: «La Choza Majestuosa».

Kent no podía recordarlo. Pero supuso que así era. De cualquier forma, se trataba de lo que Kath le había contado a Sonje.

III

Cottar y Sonje iban a dar una fiesta de despedida antes de que Cottar se marchase a las Filipinas, a Indonesia o dondequiera que fuese, y Sonje se marchara a Oregón para quedarse con la madre de él. Invitaron a todo el mundo que vivía junto a la playa; dado que la fiesta se iba a celebrar al aire libre, ésa era la única solución sensata. E invitaron a gente con la que Sonje y Cottar había vivido en una comuna antes de mudarse a la playa, al igual que a periodistas a los que conocía Cottar y a la gente con la que Sonje había trabajado en la biblioteca.

«Prácticamente todo el mundo», dijo Kath, y Kent añadió alegremente: «¿Más rojillos?». Ella dijo que no lo sabía, que se trataba de casi todo el mundo.

La verdadera Mónica había contratado a su canguro de siempre y los niños irían a su casa, todos los padres se repartirían los costes. Kath trajo a Noelle en su cochecito cuando empezaba a oscurecer. Le dijo a la canguro que se acercaría antes de la media noche, cuando Noelle probablemente se despertase para que le diesen de comer. Pudo haber dejado allí el biberón suplementario que había preparado en casa, pero no lo hizo. Tenía dudas respecto a la fiesta y pensó que tal vez le viniera bien una pequeña escapada.

Ella y Sonje nunca hablaron sobre la cena en casa de ésta, cuando Kent se peleó con todo el mundo. Aquella noche Sonje conoció a Kent por primera vez y más tarde sólo comentó que era un hombre bastante atractivo. Kath pensó que el atractivo podía considerarse un trivial premio de consolación.

Aquella noche Kath se sentó con la espalda apoyada en la pared y un cojín sobre el estómago. Había cogido la costumbre de sujetar el cojín a la altura de donde el bebé daba patadas. El cojín estaba desteñido y polvoriento como toda la casa de Sonje (ella y Cottar la habían alquilado amueblada). El diseño de hojas y flores azules había adquirido un color plateado. Kath miraba fijamente aquel diseño mientras a Kent le liaban sin que ni siquiera se diera cuenta. El joven le hablaba con el furor teatral de un hijo que habla con su padre y Cottar conversaba con la trillada paciencia de un profesor a su alumno. El hombre mayor encontraba una amarga diversión en aquello y la mujer rebotaba repugnancia moral, como si considerase a Kent personalmente responsable de lo de Hiroshima, de las muchachas asiáticas que morían quemadas dentro de las fábricas y de las asquerosas mentiras y la hipocresía pregonadas a los cuatro vientos. Y Kath pensaba que Kent lo andaba buscando. Empezó a temerlo cuando le vio con camisa y corbata, y decidió ponerse los vaqueros en lugar de su bonita falda de maternidad. Y una vez allí tuvo que aguantar el chaparrón, girando el cojín en una dirección y en otra para captar el destello plateado.

Todos los que estaban en aquella habitación creían saberlo todo. Cuando se tomaban un respiro, era únicamente para embriagarse en una perpetua corriente de virtud pura, de pura certeza.

Excepto, quizá, Sonje. Sonje no decía nada. Pero se escudaba en Cottar, él era su certeza. Ella se levantó para ofrecer más curry e interrumpió uno de aquellos breves momentos de violento silencio:

—Parece que nadie quiere un poco de coco.

—Ah, Sonje, ¿vas a hacer de anfitriona diplomática? —dijo la mujer mayor—. ¿Cómo uno de esos personajes de Virginia Woolf?

Al parecer también se subestimaba a Virginia Woolf. Había muchas cosas que Kath no entendía. Pero al menos ella sabía que así estaban las cosas; no estaba dispuesta a decir que era un disparate.

De cualquier forma, allí estaba, deseando romper aguas, cualquier cosa para que la dejaran en paz. Si se levantaba de un salto y empapaba el suelo delante de ellos, tendrían que detenerse.

A Kent, después, no pareció importarle la forma en que se había desarrollado la velada. Para empezar, pensaba que había vencido. «Son todos unos rojillos, tienen que hablar así», dijo él. «Es lo único que saben hacer».

Kath estaba ansiosa por dejar de hablar de política, por lo que cambió de tercio, comentándole que la pareja mayor había vivido con Sonje y con Cottar en la comuna. Había otra pareja que se había mudado. Y se había producido sin sobresaltos un intercambio de parejas. El hombre mayor tenía una amante y ella también participaba en los intercambios.

—¿Quieres decir que había jovencitos que se iban a la cama con una mujer tan mayor? Debe de tener unos cincuenta años —dijo Kent.

—Cottar tiene treinta y ocho años —dijo Kath.

—Aún así —dijo Kent—, es repugnante.

Pero Kath encontraba la idea de esas cópulas acordadas y obligatorias tan excitantes como repulsivas. Darse el lote obedientemente y sin sentido de culpabilidad con cualquiera que se te pusiera por delante era como la prostitución en los templos. La lujuria convertida en deber. Pensarlo provocaba en ella una emoción profundamente obscena.

A Sonje no le había emocionado. No había experimentado una liberación sexual con ello. Cottar le preguntó si había sido así cuando volvió a tocarle con él y ella tuvo que responder que no.

Quedó decepcionado y ella, por amor a él, también se sintió decepcionada. Cottar le explicó que era demasiado excluyente, que estaba demasiado atada a la idea de propiedad sexual, y ella supo que él tenía razón.

—Sé que piensa que si le quisiera de verdad, me entregaría con mayor entusiasmo al intercambio —le dijo Sonje a Kath—. Pero sí le quiero, con locura.

Por muchos pensamientos tentadores que le rondaran, Kath creía que ella sólo podría, por siempre jamás, acostarse con Kent. Era como si el sexo lo hubieran inventado entre los dos. Intentarlo con otra persona supondría un cortocircuito, su vida volaría en mil pedazos. Y, pese a ello, no podía decir que amaba a Kent con locura.

Mientras caminaba a lo largo de la playa desde el trecho que iba de la casa de Mónica a la de Sonje, vio a los que esperaban para la fiesta. Estaban de pie por los alrededores, formaban pequeños grupos o se sentaban en troncos a observar los últimos coletazos de la puesta del sol. Bebían cerveza. Cottar y otro hombre lavaban el cubo de basura en el que iban a hacer el ponche. La señorita Campo, la encargada de la biblioteca, estaba sentada, sola, sobre un tronco. Kath la saludó efusivamente pero sin llegar a acercarse. Llegados a ese punto, si uno se acercaba a alguien estaba perdido. Sería como aislarse del resto. Lo suyo era juntarse con un grupo de tres o cuatro personas, pese a que la conversación —que de lejos parecía muy animada— resultara desesperante. Pero difícilmente ya podía hacerlo después de saludar con un gesto a la señorita Campo. Tenía que aparentar dirigirse a algún sitio. De modo que se puso en marcha, pasó por delante de Kent, que hablaba con el marido de Mónica sobre el tiempo que llevaba cortar uno de aquellos troncos de la playa, subió a casa de Sonje y se metió en la cocina.

Sonje removía una gran olla con chili y la mujer mayor de la comuna colocaba rebanadas de pan de centeno, de salami y de queso sobre una fuente. Vestía, igual que para la cena del curry, una falda holgada y un suéter de aspecto triste pero muy ajustado, y los pechos ceñidos le caían casi hasta la cintura. Debe de tener algo que ver con el marxismo, pensó Kath; a Cottar le gustaba que Sonje no llevara sujetador, ni medias, ni pintalabios. También debía de guardar cierta relación con la inexistencia de celos, con la liberación de cualquier traba sexual, con el generoso e incorruptible apetito no saciado de una mujer de cincuenta años.

También se encontraba allí una chica de la biblioteca, que cortaba pimientos verdes y tomates. Y una mujer que Kath no conocía estaba sentada en la banqueta de la cocina fumando un cigarrillo.

—Queremos echarte una bronca —le dijo la chica de la biblioteca a Kath—. Todas las del trabajo. Nos hemos enterado de que tienes el bebé más guapo del mundo y no nos lo has traído para mostrárnoslo. ¿Dónde está?

—Espero que durmiendo —dijo Kath.

El nombre de la chica era Lorraine, pero Sonje y Kath, rememorando los tiempos en la biblioteca, la habían rebautizado como Debbie Reynolds. Rebosaba energía. «Ajajá», dijo.

La mujer de los pechos caídos las miró a las dos con reflexivo desprecio.

Kath abrió una botella de cerveza y se la pasó a Sonje, que dijo: «Ah, gracias, estaba tan pendiente del chili que ni se me ha ocurrido beber algo». Estaba preocupada porque no cocinaba tan bien como Cottar.

—Menos mal que no era para ti —le dijo la chica de la biblioteca a Kath—. No es lo más recomendable si le das el pecho.

—Yo me atiborraba de cerveza cuando amamantaba —dijo la mujer sentada en la banqueta—. Creo que lo recomendaban. De todas formas, prácticamente lo meas todo.

Los ojos de esta mujer estaban perfilados con lápiz negro hasta el lagrimal, y los párpados, maquillados de un color azul púrpura que llegaba hasta sus brillantes y negras cejas. El resto de su cara era muy pálida, o estaba maquillada para aparentarlo, y sus labios, de un color rosado tan pálido que casi parecían blancos. Kath había visto caras como ésta anteriormente, pero sólo en las revistas.

—Ésta es Amy —dijo Sonje—. Amy, ésta es Kath. Siento no haberos presentado.

—Sonje, te disculpas por todo —dijo la mujer mayor.

Amy cogió un trozo de queso que acababan de cortar y se lo comió.

Amy era el nombre de la amante. La amante del marido de la mujer mayor. Repentinamente, Kath quiso conocerla, ser su amiga, del mismo modo que en su momento deseó ser amiga de Sonje.

El atardecer se tornó en noche y el puñado de gente que había en la playa tenía un aspecto más parejo; mostraban mayor disposición a juntarse. Abajo, en la orilla, las mujeres se habían quitado los zapatos, y también las medidas quien las llevase, y mojaban los dedos de los pies en el agua. La mayoría había dejado de beber cerveza y bebía ponche, y el ponche comenzó a cambiar su talante. Al principio se trataba básicamente de ron y zumo de piña, pero a estas alturas habían añadido otros tipos de zumo de fruta y soda y vodka y vino.

A los que se habían quitado los zapatos se les animaba para que se quitasen más ropa. Algunos corrían hacia el agua con casi toda su ropa puesta, luego se desnudaban y tiraban sus prendas a los que las recogían en la orilla. Otros se desnudaban allá donde estuvieran y animaban a los demás diciéndoles que estaba demasiado oscuro como para que se viera algo. Pero la verdad es que se podían ver muchos cuerpos desnudos que chapoteaban, corrían y se zambullían en el agua oscura. Mónica había traído un montón de toallas de su casa y les gritaba a todos que se secaran al salir, no fueran a morir de frío.

La luna se alzó entre los árboles negros que estaban en lo alto de las rocas y parecía tan gigantesca, tan solemne y emocionante, que se oyeron murmullos de asombro. ¿Qué es eso? E incluso cuando la luna escaló hasta más arriba de la montaña y se encogió hasta alcanzar un tamaño normal, aún la gente la señalaba de vez en cuando y decía: «luna llena» o «¿la vista al atardecer?».

—La verdad es que pensé que era un globo grande.

—No podía imaginar lo que era. Nunca pensé que la luna pudiese alcanzar ese tamaño.

Nunca.

Kath estaba abajo, junto al agua, hablando con el hombre cuya mujer y cuya amante había visto con anterioridad en la cocina de Sonje. Ahora su esposa nadaba, un tanto apartada de los que chillaban y chapoteaban. El hombre dijo que antes había sido pastor.

—«En cierta ocasión el mar de la fe se encontró en su plenitud» —dijo con cierto tono jocoso—. «Y a la orilla del mar yacía como los pliegues de una brillante faja»: entonces estaba casado con una mujer totalmente diferente.

Suspiró y Kath pensó que andaba en busca del siguiente verso.

—«Pero ahora sólo oigo» —dijo ella— «su largo y melancólico clamor de retirada por los vastos filos sombríos y los desnudos guijarros del mundo» —entonces se detuvo, pues era demasiado seguir con aquello de «Oh, amor, déjanos ser puros».

Su esposa nadó hacia ellos y se puso en pie en un lugar en el que el agua únicamente le llegaba hasta las rodillas. Mientras caminaba hacia la orilla, sus pechos se balanceaban hacia los lados y despedían gotas de agua a su alrededor.

Su marido abrió los brazos. Gritó «Europa», con una voz de cálida bienvenida.

—Eso quiere decir que tú eres Zeus —dijo Kath con descaro. En ese momento deseó que un hombre como aquél la besara. Un hombre al que apenas conocía y que no significaba nada para ella. Y él la besó, movió su fría lengua dentro de la boca de ella.

—Imagínate, un continente cuyo nombre procede de una vaca —dijo él. Su mujer permaneció de pie, cerca, frente a ellos, respirando agradecida tras el esfuerzo de nadar. Estaba tan cerca que Kath tuvo miedo de que la rozara con sus grandes y oscuros pezones o con su negra mata de vello púbico.

Alguien había encendido un fuego y los que estaban en el agua ya habían salido, envueltos en mantas o toallas, o agachados detrás de los troncos, esforzándose por ponerse la ropa.

Y sonaba la música. La gente que vivía al lado de Mónica tenía un muelle y una dársena. Habían bajado un tocadiscos y la gente comenzaba a bailar. Bailaban en la dársena y, con más dificultad, en la arena. Hubo quien incluso dio un par de pasos de baile sobre un tronco antes de tropezar y caer o saltar. Las mujeres que habían vuelto a vestirse o que no habían llegado a desvestirse, las mujeres que se sentían demasiado inquietas como para quedarse en un sitio — como Kath— caminaban a lo largo de la orilla del agua (nadie nadaba ya, nadar formaba parte del pasado y ya estaba olvidado) y la música les hacía moverse de un modo diferente. Se balanceaban conscientemente, bromeando y luego con mayor insolencia, como bellas mujeres en una película.

La señorita Campo seguía sentada en el mismo sitio, sonriendo.

La chica a la que Sonje y Kath llamaban Debbie Reynolds estaba sentada en la arena con su espalda apoyada en un tronco y lloraba. Sonrió a Kath y dijo: «No pienses que estoy triste».

Su marido era un jugador universitario de fútbol americano que ahora dirigía un gimnasio. Cuando entraba en la biblioteca a recoger a su mujer tenía el aspecto de un jugador de fútbol con todas las de la ley, con ese aire de estar ligeramente disgustado con el resto del mundo. Pero ahora estaba arrodillado junto a ella y jugaba con su pelo.

—Está bien —dijo—. Es lo que siempre le ocurre. ¿Verdad, cariño?

—Así es —respondió ella.

Kath se encontró con Sonje que daba vuelta al círculo de fuego y repartía nubes de azúcar. Algunos se las arreglaban para pincharlas con un palo y las tostaban en la hoguera; otros las tiraban y las perdían en la arena.

—Debbie Reynolds está llorando —dijo Kath—. Pero no pasa nada. Está contenta.

Comenzaron a reír y se abrazaron, aplastando la bolsa de nubes de azúcar que había entre ellas.

—Te voy a echar de menos —dijo Sonje—. Sí que voy a echar de menos nuestra amistad.

—Sí. Sí —dijo Kath. Cada una de ellas cogió una nube de azúcar fría y se la comió entre risas; se observaron mutuamente, llenas de sensaciones dulces y amargas.

—Haced esto en mi memoria —dijo Kath—. Eres mi amiga más sincera y auténtica.

—Y tú la mía —dijo Sonje—. La más sincera y auténtica. Cottar dice que esta noche quiere dormir con Amy.

—No le dejes —dijo Kath—. No le dejes si te vas a sentir fatal.

—No se trata de dejarle o no —dijo Sonje con valentía y gritó—: ¿Quién quiere un poco más de chili? Cottar, sirve el chili por allí. ¿Chili? ¿Chili?

Cottar bajó las escaleras y trajo el caldero de chili, que posó en la arena.

—Ojo con el caldero —dijo con voz paternal—, está caliente. Está caliente.

Se agachó para servir a la gente, que se cubría únicamente con una toalla entreabierta. Amy estaba junto a él, repartiendo los cuencos.

Kath ahuecó sus manos frente a Cottar.

—Por favor, Excelencia —dijo ella—. No soy digna de un cuenco.

Cottar se levantó apartando el cucharón y colocó sus manos sobre la cabeza de ella.

—Te bendigo, muchacha, los últimos serán los primeros —y besó su inclinado cuello.

—Ahh —dijo Amy como si fuese ella la que recibía o daba el beso.

Kath levantó la cabeza y miró más allá de Cottar.

—Me encantaría llevar ese tipo de pintalabios —dijo.

—Ven conmigo —respondió Amy. Colocó los cuencos y cogió a Kath suavemente por la cintura y la condujo hacia las escaleras.

—Aquí arriba —dijo ella—. Te vamos a dejar de miedo.

En el pequeño cuarto de baño detrás del dormitorio de Cottar y Sonje, Amy había desplegado sus pequeños botes, tubos y lápices. No tenía otro lugar donde colocarlos más que sobre la tapa del inodoro. Kath se tuvo que sentar sobre el borde de la bañera con el rostro que casi rozaba el estómago de Amy. Ésta alisó un líquido sobre las mejillas de ella y frotó una crema sobre sus párpados. Luego aplicó unos polvos con el cepillo. Cepilló, lustró las cejas de Kath y puso tres capas de máscara sobre sus pestañas. Contorneó, pintó sus labios, los secó y los pintó una vez más. Sostuvo con sus manos la cabeza de Kath, girándola hacia la luz.

Alguien golpeó la puerta y luego la sacudió.

—Un momento —gritó Amy—. Qué pasa contigo, ¿es que no puedes mear detrás de un tronco? No dejó que Kath se mirase en el espejo hasta que el trabajo hubiera concluido.

—Y no sonrías —dijo ella—, estropea el efecto.

Kath torció los labios y observó su reflejo con hosquedad. Parecían pétalos rollizos, pétalos de lirio. Amy la apartó. «No quiero decir eso», comentó. «Es mejor que no te mires para nada, no trates de componer ninguna expresión en particular, tendrás buen aspecto».

—Contén tu vejiga, ya salimos —gritó a la persona que ahora aporreaba la puerta, quizá la misma que antes, metió todo el material en la bolsa y la encajó bajo la bañera—. Vamos, preciosa.

Amy y Kath bailaban en el muelle, reían y se desafiaban. Algunos hombres trataban de interponerse entre ambas, pero ellas consiguieron continuar así durante un rato. Luego se rindieron, las separaron, pusieron caras de desconcierto y sacudieron sus brazos como si fuesen pájaros incapaces de volar, al encontrarse apartadas la una de la otra, arrastradas dentro de la órbita de sus compañeros de baile.

Kath bailó con un hombre al que no recordaba haber visto en toda la noche. Parecía tener más o menos la edad de Cottar. Era alto, con una cintura gruesa y blanda, una mata de pelo rizado sin brillo y una mirada echada a perder y magullada alrededor de los ojos.

—Podría caerme —dijo Kath—. Estoy mareada. Podría caerme por la borda.

—Te agarraré —dijo él.

—Estoy mareada pero no borracha —dijo ella.

Él sonrió y ella pensó que eso es lo que siempre dice la gente que está borracha.

—De verdad —dijo ella, y era cierto porque ni siquiera se había terminado una botella de cerveza o había tocado el ponche—. A no ser que se me haya metido por la piel. Ósmosis.

Él no respondió pero tiró de ella para acercarla y luego la soltó sosteniendo su mirada.

Las relaciones sexuales que mantenía Kath con Kent eran anhelantes y agotadoras, pero a la vez reticentes. No se habían seducido mutuamente, sino que más o menos habían tropezado con la intimidad, o lo que pensaban que era la intimidad, y no habían pasado de ahí. Cuando el destino de una persona es tener un único compañero sentimental en la vida no hay por qué convertirlo en nada especial, ya lo es en sí mismo. Kath y Kent se contemplaban desnudos, pero en aquella época no se miraban a los ojos más que por casualidad.

Esto es lo que Kath hizo durante todo aquel rato con su desconocido compañero.

Avanzaban, se retiraban, giraban y se apartaban ofreciéndose mutuamente un espectáculo, mirándose a los ojos. Sus ojos decían que ese espectáculo no era nada, nada comparado con el revolcón que podrían darse en cuanto quisieran.

Sin embargo, todo aquello era una broma. Tan pronto como se tocaban lo dejaban otra vez. Se juntaban, abrían sus bocas y jugueteaban con sus lenguas alrededor de los labios para luego retroceder de inmediato con fingida languidez.

Kath llevaba un jersey de lana pesada de manga corta, útil para dar el pecho ya que tenía un cuello de pico escotado y se abotonaba en la parte frontal.

Cuando volvieron a acercarse, su compañero levantó el brazo como si fuera a protegerse y le pasó el reverso de la mano, su muñeca y antebrazo desnudos por sus duros pechos bajo la lana electrizante. Eso les hizo tambalearse, casi dejaron de bailar. Pero continuaron; Kath se sentía débil y tambaleante.

Oyó que la llamaban.

Señora Mayberry, señora Mayberry.

Se trataba de la canguro llamándola desde las escaleras de la casa de Mónica.

—Su bebé, su bebé está despierto. ¿Puede venir a darle de comer?

Kath se quedó parada. Caminó con paso tembloroso entre la gente que bailaba. Lejos de la luz, saltó y tropezó en la arena. Sabía que su compañero la seguía, le oyó saltar tras ella. Estaba dispuesta a ofrecerle su boca o su garganta. Pero él la cogió por la cadera, le dio la vuelta, se puso de rodillas y besó su entrepierna por encima de sus pantalones de algodón. Luego se levantó con mucha ligereza para ser un hombre tan alto y ambos se distanciaron el uno del otro al mismo tiempo. Kath corrió apresuradamente hacia la luz y subió los escalones de la casa de Mónica. Jadeando y apoyándose en la barandilla, como una anciana.

La canguro estaba en la cocina.

—Ah, su marido —le dijo—. Su marido acaba de entrar con el biberón. No sabía cómo había quedado usted con su marido, podía haberme ahorrado los gritos.

Kath entró en el salón de Mónica. La única luz provenía de la entrada y de la cocina pero se veía que se trataba de un auténtico salón, no de un porche reformado como el suyo o el de Sonje. Había una moderna mesa danesa para el café, muebles tapizados y unas cortinas descorridas.

Kent estaba sentado en un sillón dando de comer del biberón suplementario a Noelle.

—Qué tal —dijo en voz baja a pesar de que Noelle chupaba con demasiada energía como para estar adormilada.

—Hola —dijo Kath, y se sentó en el sofá.

—Pensé que sería una buena idea —dijo él—. En caso de que hubieras bebido.

—No he bebido —contestó Kath. Se tocó los pechos para ver si estaban llenos, pero el roce con la lana le provocó tal descarga de deseo que no pudo seguir presionando.

—Bueno ahora puedes, si quieres —dijo Kent.

Ella se sentó al borde del sofá inclinándose hacia delante; quería preguntarle ¿viniste por la parte delantera o por la trasera?, es decir, ¿por el camino o por la playa? Si había venido por la playa era casi seguro que habría visto el baile. Pero había mucha gente bailando en el muelle, por lo que quizá no hubiera distinguido a nadie en particular.

Sin embargo, la canguro había conseguido localizarla. Y Kent habría oído a la canguro llamándola, repitiendo su nombre. Entonces habría mirado para ver hacia dónde dirigía su llamada la chica.

Claro está, siempre y cuando hubiera venido por la playa. Si había escogido el camino y entrado en la casa por el pasillo y no por la cocina, no habría visto a la gente que bailaba.

—¿La oíste llamarme? —dijo Kath—. ¿Por eso entraste en casa y cogiste el biberón?

—Ya lo había pensado —dijo Kent—. Pensé que ya era hora —levantó el biberón para ver cuánto se había tomado Noelle—. Está hambrienta.

—Sí.

—Así que ahora es tu oportunidad. Si quieres agarrarte una buena cogorza —dijo Kent.

—¿Es así como estás tú? ¿Borracho como una cuba?

—Yo ya he bebido más que de sobra —dijo él. Si quieres, adelante. Pásalo en grande.

A ella le pareció que su petulancia sonaba triste y falsa. Debía de haberla visto bailar, de lo contrario habría dicho: «¿Qué te has hecho en la cara?».

—Prefiero esperarte —dijo Kath.

Kent frunció el ceño hacia el bebé e inclinó el biberón.

—Casi está vacío —dijo—. Vale, como quieras.

—Tengo que ir al baño —dijo Kath. Y en el baño, como era de esperar en la casa de Mónica, había un buen montón de pañuelos de papel. Dejó correr el agua caliente y comenzó a empapar y frotar, empapar y frotar, y de cuando en cuando echaba un montón de pañuelos de papel negros y púrpura al inodoro.

IV

A la mitad de la segunda copa, cuando Kent hablaba de los verdaderamente increíbles y escandalosos precios de las viviendas de estos días en West Vancouver, Sonje dijo: «¿Sabes?, tengo una teoría».

—Esos lugares donde vivíamos —continuó él—, los vendimos hace ya tiempo por cuatro perras en comparación a lo que se podría pedir hoy en día. Ahora no sé lo que nos podrían dar por ellos.

Únicamente por el solar. Para derribarlos.

¿Y cual era la teoría? ¿Respecto al precio de la propiedad?

No. Se trataba de Cottar. Ella no creía que estuviese muerto.

—Bueno, al principio lo creí —dijo—. Nunca se me ocurrió dudarlo. Y luego, de pronto, me desperté y vi que no tenía necesariamente por qué ser cierto. No tenía por qué ser cierto para nada.

Piensa en las circunstancias, dijo. Un médico le había escrito. Desde Yakarta. Mejor dicho, la persona que le escribió dijo que era médico. Dijo que había muerto Cottar y dijo que había muerto de..., utilizó el término médico que ahora ella había olvidado. De todas formas, se trataba de una enfermedad infecciosa. ¿Pero cómo podía saber ella que esa persona verdaderamente era un médico? O incluso, dando por supuesto que se tratara de un médico, ¿cómo sabía que decía la verdad? No era difícil que Cottar conociera a un médico. Que hubieran entablado amistad. Cottar tenía toda clase de amigos.

—O incluso haberle pagado —continuó—. También cabía esa posibilidad.

—¿Por qué iba a hacer eso? —dijo Kent.

—No sería el primer médico que hiciera una cosa de ese tipo. A lo mejor necesitaba el dinero para sostener su clínica para gente pobre. ¿Cómo vamos a saberlo? A lo mejor únicamente lo quería para sí. Los médicos no son santos.

—No —dijo Kent—. Me refería a Cottar. ¿Por qué iba a hacer eso Cottar? ¿Tenía dinero?

—No. Él no tenía nada, pero... no lo sé. De todas formas se trata únicamente de una teoría. El dinero. Y yo estaba aquí, ¿sabes? Yo estaba aquí para cuidar de su madre. Se preocupaba mucho por su madre. Él sabía que yo nunca la abandonaría. De modo que por ese lado todo iría bien. Y la verdad es que todo fue bien.

»Yo le tenía mucho cariño a Delia. Nunca la consideré una carga. La verdad es que me iba más cuidar de ella que casarme con Cottar. Y, ¿sabes una cosa?, es algo extraño. Delia pensaba lo

mismo que yo. Respecto a Cottar. Tenía las mismas sospechas. Y nunca me las mencionó. Yo nunca mencioné las mías. Las dos pensábamos que si lo expresábamos con palabras se nos partiría el corazón. Y luego un atardecer, no mucho antes de morir, estaba yo leyéndole un relato de suspense que tenía lugar en Hong Kong y ella dijo: “Quizás ahí es donde está Cottar, en Hong Kong”».

»Ella me dijo que esperaba no haberme disgustado. Luego le conté lo que yo había pensado y se rió. Las dos nos echamos a reír. Lo normal sería que una madre anciana se sumiera en el dolor al contar cómo su hijo único se había marchado y la había abandonado, pero no era así. Quizá la gente mayor no sea de esa manera. La gente muy mayor. No sienten tanto el dolor. Deben de pensar que no merece la pena.

»Él sabía que yo cuidaría de ella aunque probablemente no supiera cuánto duraría esta situación. Ojalá pudiera enseñarte la carta del médico, pero la tiré. Hice mal en tirarla, pero por entonces, me sentía angustiada. No sabía cómo iba a ser mi vida a partir de entonces. En esos momentos no se me pasó por la cabeza investigar y averiguar cuáles eran sus credenciales, pedir su certificado de defunción o cualquier cosa de ese tipo. Lo pensé más tarde y por entonces ya no tenía la dirección. No escribí a los de la Embajada americana porque eran los últimos con los que Cottar hubiera tenido algo que ver. Y él no era ciudadano canadiense. Tal vez incluso utilizaba otro nombre. Una identidad falsa bajo la que podía camuflarse. Papeles falsos. A veces insinuaba cosas de ese tipo. Para mí, ahí residía parte de su encanto».

—Alguna de esas insinuaciones eran una forma de construirse una imagen —dijo Kent—. ¿No te parece?

—Claro que sí —respondió Sonje.

—¿No había un seguro de por medio?

—No seas ingenuo.

—Si hubiese habido un seguro habrían descubierto la verdad.

—Sí, pero no lo había —dijo Sonje—. De modo que eso es lo que pretendo hacer.

Dijo que eso nunca se lo había mencionado a su suegra. Que una vez se quedase sola, iría en su busca. Iba a encontrar a Cottar o encontrar la verdad.

—Supongo que crees que esto no es más que pura fantasía —dijo ella.

Está chiflada, pensó Kent, desagradablemente sorprendido. En cada visita que había hecho durante ese viaje siempre le había llegado el momento de una profunda decepción. En el instante en que se deba cuenta de que la persona con la que hablaba, la persona a la que se había empeñado en seguir, no iba a darle lo que quiera que fuese que había ido a buscar. El viejo amigo que había visitado en Arizona estaba obsesionado con los peligros de la vida a pesar de su lujosa vivienda en una urbanización protegida. La esposa de su viejo amigo, que tenía más de setenta años, quería mostrarle fotos suyas y de alguna otra mujer mayor, vestidas como las chicas del salón de baile de Klondike para una musical en el que habían trabajado. Y sus propios hijos, ya adultos, estaban atrapados en sus propias vidas. Para él eso entraba dentro de lo normal y no suponía ninguna sorpresa. La sorpresa era que estas vidas, las vidas que habían llevado sus hijos y su hija, ahora parecían haberse cerrado, lo que de alguna manera era predecible. Ni siquiera los cambios que experimentaban y que él podía prever, o que le contaban que iban a llegar —Noelle

estaba a punto de dejar a su segundo marido—, le parecían demasiado interesantes. No se lo había admitido a Deborah —a duras penas se lo había admitido a sí mismo—, pero así era. Y ahora Sonje. Sonje, por quien nunca había sentido una especial estima, de quien, de alguna manera, había recelado, pero a la que respetaba como parte de un misterio. Sonje se había convertido en una vieja charlatana a la que le faltaba un tornillo.

Y él había venido por una razón concreta que ni siquiera habían empezado a abordar por culpa de aquella perorata contra Cottar.

—Bueno, para ser sincero —dijo—, no me parece una idea muy sensata, para ser sincero.

—Es una maravillosa locura —dijo Sonje con alegría.

—De todas formas, está la posibilidad de que esté muerto.

—Cierto.

—Y puede que se haya ido a cualquier sitio y viva en cualquier lugar. Es decir, si tu teoría es correcta.

—Cierto.

—De modo que la única esperanza reside en que realmente hubiese muerto entonces y que tu teoría fuera equivocada; así podrías averiguar lo ocurrido, pero no habría adelantado nada.

—Creo que sí habría adelantado algo.

—En ese caso podrías intentarlo desde aquí, sería igual de útil, escribiendo algunas cartas.

Sonje dijo que no estaba de acuerdo. Dijo que aquel tipo de cosas no podían hacerse a través de los canales oficiales. «Tienes que darte a conocer en las calles».

En las calles de Yakarta, ahí era donde se suponía que debía empezar. La gente no se suele esconder en lugares como Yakarta. La gente vive en las calles y saben cosas sobre todo el mundo. Los tenderos saben cosas, siempre hay alguien que conoce a otro alguien y vuelta a empezar. Ella haría preguntas y se correría la voz de que estaba allí. Un hombre como Cottar no habría pasado inadvertido. Incluso pasados los años quedaría algo en la memoria. Información de un tipo o de otro. Alguna sería cara, no todas verídicas. Pero qué se le iba a hacer.

Kent pensó en preguntarle cómo se iba a arreglar con el dinero. ¿Habría heredado de sus padres? Le parecía recordar que habían cortado toda comunicación desde su boda. Tal vez pensaba que podría llevarse un buen pellizco por esa propiedad. Algo difícil, pero quizá tenía razón.

Aun así, podía ser que quemara todo el dinero en un par de meses. Desde luego que se correría la voz de que estaba allí.

—Esas ciudades han cambiado mucho —fue todo lo que Kent dijo.

—No es que yo vaya a olvidar los canales normales —dijo ella—. Desde luego si pudiese iría detrás de todo el mundo. La embajada, los documentos sobre defunciones, el registro médico, si es que existe algo por el estilo. Ya he escrito cartas. Pero lo que hacen es tomarte el pelo. Tienes que ir en persona a enfrentarte con ellos. Tienes que estar allí. Estar allí. Dar la lata y hacerte oír para descubrir sus puntos débiles y estar preparada para pasar algún sobre por debajo de la mesa, si es necesario. No rehago ilusiones de que vaya a resultar fácil.

»Por ejemplo, me imagino que el calor será devastador. Yakarta no está situada en el mejor lugar del mundo. Por todos los lados hay pantanos y tierras calientes. No soy tonta. Me pondré mis

inyecciones y tomaré precauciones. Llevaré mis vitaminas y, ya que Yakarta fue fundada por los holandeses, no faltará la ginebra. Las Indias Orientales holandesas. No se trata de una ciudad muy vieja, ¿sabes? Creo que se construyó alrededor de 1600. Un momento. Tengo toda clase de... te lo mostraré... tengo...».

Posó su vaso que llevaba un rato vacío, se levantó rápidamente y, tras dar un par de pasos, un pie se le quedó atrapado en el sisal rasgado y se tambaleó hacia delante, pero se mantuvo firme agarrándose al bastidor de la puerta y no se cayó.

—Tengo que deshacerme de estas viejas esteras —dijo, y se apresuró hacia el asa.

Kent escuchó el forcejeo con unos cajones atrancados, luego el sonido de un montón de papeles que caían, y durante todo ese tiempo ella siguió hablándole, a ese ritmo semifrenético y tranquilizador de la gente desesperada, para que no les dejen de prestar atención. No entendió lo que decía, o no hizo esfuerzo alguno por entenderlo. Aprovechó la oportunidad para tomarse una pastilla, algo en lo que llevaba pensando desde hacía media hora. Era una pastilla pequeña que no necesitaba acompañar de un trago —su vaso también estaba vacío— y probablemente habría podido metérsela en la boca sin que Sonje reparara en lo que hacía. Pero cierta timidez o superstición le impidió intentarlo. No le importaba la constante consciencia de Deborah de su situación, y sus hijos por supuesto tenían que saberlo, pero parecía como si hubiera una especie de veto que le impedía revelárselo a sus coetáneos.

La pastilla llegó justo a tiempo. Un amago de desfallecimiento, un calor de mil demonios y la amenaza de desintegrarse reptaban hacia arriba reventando en gotas de sudor en sus sienas. Durante unos minutos sintió esa presencia abriéndose paso, pero mediante una controlada y serena respiración y una reorganización superficial de sus miembros, pudo dominarlo. Durante ese tiempo, Sonje reapareció en escena con un montón de papeles: mapas y hojas impresas que debía de haber fotocopiado de libros de la biblioteca. Algunos de ellos resbalaron de sus manos al sentarse. Se dispersaron alrededor del sisal.

—Vamos a ver, lo que llaman la vieja Batavía —dijo— tiene un trazado muy geométrico. Muy holandés. Existe un suburbio llamado Weltevreden. Significa «bien satisfecho». ¿No resultaría gracioso si me enterara de que vive ahí? Está la vieja iglesia portuguesa. Construida a finales de 1600. Es un país musulmán, claro está. Tienen la mezquita más grande de todo el sudeste asiático. El capital Cook se detuvo allí para reparar sus barcos, elogió mucho sus astilleros. Pero dijo que las zanjas que había fuera, en las ciénagas, eran infectas. Probablemente lo sean todavía. Cottar no parecía muy fuerte pero se cuidaba más de lo que aparentaba. No se dedicaría a merodear por las ciénagas de la malaria o a comprar bebidas a un vendedor callejero. Bueno, desde luego, si está ahí supongo que se habrá adaptado totalmente. No sé qué esperar. A lo mejor me lo encuentro convertido en todo un nativo, o vestido como un pincel y perfectamente atendido por su pequeña mujer morena. Comiendo fruta junto a la piscina. O mendigando para los pobres.

A decir verdad, Kent recordaba algo. La noche de la fiesta en la playa, Cottar, sin llevar puesto nada más que una toalla a todas luces insuficiente, se había dirigido a él y le había preguntado qué sabía, como farmacéutico, sobre enfermedades tropicales.

Pero eso no parecía nada extraño, cualquiera que fuera a donde él iba habría preguntado lo mismo.

—Piensas en la India —le comentó a Sonje.

Ahora ya se encontraba repuesto; la pastilla le había devuelto cierta fiabilidad a su funcionamiento interno, había detenido lo que Kent había sentido como la desmembración de la médula.

—¿Sabes una razón por la que sé que no está muerto? —dijo Sonje—. No sueño con él. Sueño con los muertos. Siempre sueño con mi suegra.

—Yo no sueño —dijo Kent.

—Todo el mundo sueña —dijo Sonje—. Lo que pasa es que tú no lo recuerdas.

Él negó con la cabeza.

Kath no estaba muerta. Vivía en Ontario. En el distrito de Haliburton, no muy lejos de Toronto.

—¿Sabe tu madre que estoy aquí? —le había preguntado a Noelle. Y ella respondió: «Sí, creo que sí. Seguro que sí».

Pero nadie llamó a la puerta. Cuando Deborah le preguntó si quería dar un pequeño rodeo, él respondió: «No, no nos desviemos de la ruta. No merecería la pena».

Kath vivía sola junto a un pequeño lago. El hombre con el que había vivido durante largo tiempo y con quien había construido la casa había muerto. Pero tenía amigas, dijo Noelle, estaba bien.

Cuando Sonje mencionó el nombre de Kath durante la conversación, él tuvo la peligrosa y cálida intuición de que las dos mujeres todavía permanecían en contacto. Existía, por lo tanto, el riesgo de oír lo que no quería saber, pero también la estúpida esperanza de que Sonje pudiera informar a Kath sobre su saludable aspecto (y lo tenía, pensó, con su peso relativamente estable y con el color moreno que había adquirido en su viaje por el sudoeste) y sobre lo feliz que era su matrimonio. Noelle quizá le hubiera dicho algo parecido, pero de alguna manera la palabra de Sonje contaba más que la de su hija. Esperaba que Sonje volviera a hablar de Kath una vez más.

Pero Sonje no siguió en esa dirección. En lugar de ello, todo giraba en torno a Cottar, estupideces y Yakarta.

Ahora los trastornos se producían fuera; no en su persona, sino al otro lado de las ventanas, donde el viento, que durante todo aquel tiempo había estado agitando los arbustos, comenzaba ahora a arremeter y los sacudía con fiereza. Y no eran de esos arbustos cuyas ramas ondean fácilmente ante un viento como aquél. Sus ramas eran sólidas y sus hojas pesaban tanto que había que sacudir cada arbusto desde la raíz. La luz solar hacía destellar el verde aceitoso. El sol todavía brillaba, el viento no había traído nubes; no llovería.

—¿Otra copa? —preguntó Sonje—. ¿Con menos ginebra?

No. No podía después de tomar la pastilla.

Todo se precipitaba. Excepto cuanto todo era desesperadamente lento. En el coche, Kent esperaba y esperaba únicamente a que Deborah llegase al siguiente pueblo. ¿Y luego qué? Nada. Pero de vez en cuando llegaba un momento en que todo lo que nos rodeaba parecía querer decir algo. Los arbustos sacudidos, la luz decolorada. En un segundo, en un momento, cuando era imposible concentrarse. En el preciso momento en que uno necesitaba recapitular, sólo alcanzaba una visión precipitada, bobalicona, como desde un ti vivo. Y así uno se acababa llevando la impresión equivocada, seguro que era la impresión equivocada. Que uno que está muerto puede

estar vivo en Yakarta.

Y en cambio, saber de una persona que sí está viva, poder acercarse a su puerta y simplemente llamar, y dejar escapar la oportunidad...

¿Qué es lo que no merecía la pena? ¿Verla como una extraña con la que le resulta increíble haber estado casado o comprobar que ella no sería nunca una extraña a pesar de haberse quitado de en medio inexplicablemente?

—Huyeron —dijo Kent—. Ambos.

Sonje dejó que los papeles en su regazo se deslizaran hacia el suelo hasta reunirse con los demás.

—Cottar y Kath —dijo él.

—Esto ocurre casi todos los días —dijo ella—. Casi todos los días por esta época del año llega este viento bien entrada la tarde.

Las manchas del tamaño de monedas que tenía en la cara recogían la luz mientras hablaba, como señales desde un espejo.

—Ya hace rato que se fue tu esposa —dijo—. Es absurdo, pero para mí la gente joven no tiene ninguna importancia. Podrían desaparecer de la faz de la tierra y no me importaría lo más mínimo.

—Todo lo contrario —dijo Kent—. Es de nosotros de quien estás hablando. De nosotros.

La pastilla hace que sus pensamientos se estiren y se sosieguen y se iluminen como estelas de humo. En su cabeza persigue una idea que consiste en quedarse allí, en escuchar a Sonje hablar de Yakarta mientras el viento arrastra la arena de las dunas.

Una idea que consiste en no tener que seguir adelante, en no marcharse a casa.

3. La isla de Cortés

La pequeña novia. Yo tenía veinte años, media metro setenta y pesaba algo más de sesenta kilos, pero algunas personas —la esposa del jefe de Chess, la secretaria de mayor edad de su oficina y la señora Gorrie, la de arriba— me llamaban la pequeña novia. Algunas veces, nuestra pequeña novia. Chess y yo bromeábamos con ello, pero en público él respondía con una mira de cariño y afecto. Yo, por mi parte, con un mohín sonriente: tímida y conformista. Vivíamos en un sótano en Vancouver. La casa no pertenecía a los Gorrie, como yo había pensado en un principio, sino a Ray, el hijo de la señora Gorrie. De vez en cuando venía a arreglar cosas. Entraba por la puerta del sótano, igual que Chess y yo. Era un hombre delgado, estrecho de hombros, quizá de treinta y tantos años, y que siempre llevaba consigo una caja de herramientas y la gorra de trabajo. Andaba encorvado, lo que tal vez estaba relacionado con la necesidad de agacharse cuando se dedicaba a sus chapuzas de fontanería, electricidad y carpintería. Su rostro amarillento y tosía muchísimo. Cada tosido suponía una afirmación independiente y discreta que definía su presencia en el sótano como una intrusión necesaria. No se disculpaba por estar allí, pero tampoco se movía por aquel lugar como si le perteneciese. Sólo hablaba con él cuando llamaba a la puerta para decirme que iba a cortar el agua o la luz durante un rato. El alquiler se lo pagábamos en efectivo a la señora Gorrie todos los meses. No sé si ella le pasaba todo el dinero o se quedaba un poco para cubrir sus gastos.

Porque de no ser así, todo lo que tenían ella y el señor Gorrie —fue ella quien me lo dijo— era la pensión del señor Gorrie. No la de ella. Todavía no soy lo bastante mayor, dijo.

La señora Gorrie, siempre gritaba por las escaleras para ver cómo estaba Ray y preguntar si le apetecía una taza de té siempre respondía que estaba bien y que no tenía tiempo. Decía que su hijo trabaja demasiado, como ella. Siempre intentaba colarle algún postre casero, como galletas, pan de jengibre o confituras, al igual que hacía conmigo. Ray respondía que acababa de comer o que en casa tenía de todo. Yo también me resistía, pero al séptimo u octavo intento, cedía. Me avergonzaba mucho seguir diciendo que no después de tanta insistencia y de sus caras largas. Admiraba la forma en que Ray se empeñaba en decir que no. Ni siquiera decía «no, madre». Sencillamente, no. Luego la señora Gorrie solía buscar algún tema de conversación.

—¿Qué me cuentas? ¿Tienes alguna novedad emocionante?

Nada especial. No lo sé. Ray nunca se mostraba brusco o irritable pero tampoco le permitía ninguna confianza. Su salud era buena. Su resfriado iba mejorando. A la señora Cornish y a Irene también les iba bien siempre. La señora Cornish era una mujer en cuya casa vivía él, en algún sitio

de la parte este de Vancouver. Ray siempre tenía alguna chapuza que hacer en casa de la señora Cornish, al igual que en la nuestra, por esa razón tenía que marcharse tan pronto como acababa el trabajo. También ayudaba a cuidar a la hija de la señora Cornish, Irene, que estaba en una silla de ruedas. Tenía parálisis cerebral. «La pobrecilla», decía la señora Gorrie después de que Ray le dijese que Irene estaba bien. Ella nunca le reprochaba en su cara el tiempo que pasaba con la niña enferma, sus salidas al parque Stanley o las excursiones vespertinas para ir a comprar helado. (Lo sabía de sobra porque a veces hablaba por teléfono con la señora Cornish). Pero a mí me decía: «No puedo evitar pensar en la pinta que debe de tener la chica con el helado corriéndole por la cara. No lo puedo evitar. La gente debe quedarse boquiabierta mirándoles».

Ella comentaba que cuando sacaba al señor Gorrie en su silla de ruedas la gente les observaba (el señor Gorrie había sufrido un ataque de apoplejía), pero era diferente porque fuera de casa no se movía ni emitía sonido alguno y ella procuraba que tuviera un aspecto presentable, mientras que Irene no hacía más que dar bandazos y balbucir *gaguelag-gaguelag-gaguelag*. La pobre no podía remediarlo.

La señora Cornish debería tener algún tipo de plan, decía la señora Gorrie. ¿Quién iba a cuidar de esa niña lisiada cuando ella ya no estuviera?

—Debería existir una ley que impidiese casarse a una persona sana con otra en ese estado, pero por ahora no la hay.

Cuando la señora Gorrie me invitaba a tomar un café, yo nunca quería subir. Estaba ocupada con mi propia vida en el sótano. A veces, cuando llamaba a mi puerta, hacía como que no estaba. Pero para eso tenía que apagar las luces y cerrar la puerta en cuanto la oía abrir la suya en lo alto de las escaleras y luego permanecer inmóvil mientras ella daba golpecitos a la puerta con sus uñas y gorjeaba mi nombre. También tenía que mantener un silencio absoluto y no tirar de la cadena del retrete en una hora. Si le decía que tenía muchas cosas que hacer, que no tenía tiempo, ella se reía y preguntaba:

—¿Qué cosas?

—Escribir cartas.

—Siempre escribiendo cartas —decía ella—. Pues sí que echas de menos tu casa.

Sus cejas eran de color rosa, una variante del rojo rosáceo de su pelo. No me parecía que el pelo pudiera ser natural, pero ¿cómo podía teñirse las cejas? Su rostro era delgado, con coloretos, vivaz, y sus dientes, largos y brillantes. Su avidez de simpatía, de tener compañía, no tenía límite.

La primera mañana en que Chess me llevó a ese apartamento, tras esperarme en la estación de tren, llamó a nuestra puerta con un plato de galletas y su voraz sonrisa. Yo todavía llevaba puesto mi gorro de viaje y a Chess le interrumpió justo cuando comenzaba a sacarme la combinación. Las galletas estaban secas y duras, glaseadas de rosa brillante en honor de mi matrimonio. Chess le habló con brusquedad. Sólo tenía media hora antes de volver al trabajo y para cuando pudo deshacerse de ella ya no quedaba tiempo para que continuase con lo que había empezado. Así es que se comió las galletas, una tras otra, quejándose de que sabían a serrín.

—Tu maridito es muy serio —me decía la señora Gorrie—. Me hace gracia cuando me lanza esa mirada tan seria al entrar y al salir. Me gustaría decirle que se lo tome con calma, no tiene por

qué cargar con el mundo a sus espaldas.

A veces tenía que seguirla hasta arriba, dejando a un lado mi libro o el párrafo que estaba escribiendo. Nos sentábamos en su mesa de comedor, que tenía un mantel de encaje y un espejo octogonal en el que se reflejaba un cisne de cerámica. Bebíamos el café en tazas de porcelana y comíamos en platitos a juego (más y más de aquellas galletas, de los pegajosos pasteles de pasas o de los bollitos tan pesados) y utilizábamos unas pequeñas servilletas bordadas para quitarnos las migas de los labios. Yo me sentaba frente a un aparador en el que la señora Gorrie exponía una gama entera de vasos de calidad, de juegos para la leche y el azúcar y para la sal y la pimienta, demasiado pequeños o ingeniosos para el uso diario, así como unos diminutos jarrones, una tetera que imitaba una casita con tejado de paja y unos candelabros en forma de lirios. Una vez al mes la señora Gorrie le daba un repaso al aparador y lo lavaba todo. Eso me dijo. Hablaba y hablaba sobre mi futuro, sobre la casa y el futuro que pensaba que yo tendría, y cuanto más hablaba ella, más sentía yo un peso de plomo sobre mis miembros y más ganas me entraban de bostezar allí, a media mañana, y de poder arrastrarme y esconderme y dormir. Pero de puertas afuera mostraba mi admiración por todo aquello. Por lo que contenía el aparador, por la vida rutinaria de la señora Gorrie como ama de casa, por los conjuntos que se ponía cada mañana, siempre a juego. Faldas y jerséis en tonos malva o coral, pañuelos de seda artificial que armonizaban con la ropa.

—Siempre vístete antes que nada, como si fueses a irte a trabajar, y arréglate el pelo y maquíllate —me decía; más de una vez me había pillado en camión—, y después siempre puedes ponerte un delantal por encima si tienes que hacer la colada o cocinar. Te sube la moral. Y siempre ten algo cocinado por si te viene una visita. —Por lo que yo sé, jamás tuvo más invitados que yo; y a duras penas podría decirse que la visitara por iniciativa propia. Y nunca sirvas el café en tazas de desayuno. Aunque nunca se mostraba demasiado explícita. Era «yo siempre...» o «a mí me gusta...» o «creo que resulta más agradable...».

—Incluso cuando vivía en tierras salvajes me gustaba... —y entonces mi urgencia de bostezar o gritar disminuyó por un instante. ¿En qué tierras salvajes había vivido? ¿Y cuándo?

—Lejos, arriba en la costa —dijo—. En mi tiempo yo también fui novia. Vivía allá muchos años. En Union Bay. Pero aquel lugar no era demasiado salvaje. La isla de Cortés. Pregunté dónde estaba eso y ella respondió: «Ah, por ahí arriba».

—Eso sí que debió ser interesante —dije yo.

—Bueno, interesante —dijo ella—... si se puede decir que los osos son interesantes. O que los pumas son interesantes. La verdad es que yo personalmente prefiero un poquito de civilización. El comedor estaba separado del cuarto de estar por unas puertas corredizas de roble. Siempre quedaban a medio abrir, de modo que la señora Gorrie, sentada al extremo de la mesa, pudiera tener a la vista al señor Gorrie, sentado en su sillón frente a la ventana del cuarto de estar. Se refería a él como «mi marido en la silla de ruedas», pero lo cierto es que únicamente estaba en la silla de ruedas cuando ella lo llevaba a dar un paseo. No tenían aparato de televisión, la televisión era aún casi una novedad en aquellos tiempos. El señor Gorrie estaba allí sentado y observaba la calle y el parque de Kitsilano, al otro lado de la calle, y la ensenada de Burrard, aún más allá. Podía ir al baño él solo con un bastón en una mano y agarrándose al respaldo de las sillas o apoyándose en la pared con la otra. Una vez dentro se las arreglaba solo, aunque le

llevaba mucho tiempo. Y la señora Gorrie decía que a veces tenía que fregar un poco. Lo único que yo podía ver de vez en cuando del señor Gorrie era la pernera de un pantalón estirada sobre el sillón de color verde brillante. Una o dos veces, estando yo allí, tuvo que hacer el camino, medio arrastrándose y a trompicones, hasta llegar al baño. Era un hombre grande: cabeza grande, hombros anchos, huesos robustos. Yo no le miraba a la cara. La gente que había quedado paralítica por un derrame cerebral o una enfermedad me parecía de mal agüero, me recordaba algo feo. Lo que yo evitaba no era el panorama que ofrecía la inutilidad de sus miembros u otras señales físicas de su horrible suerte, sino el de sus ojos humanos.

Creo que él tampoco me miraba aunque la señora Gorrie le gritaba que había venido una visita del piso de abajo. Emitía un gruñido, que quizá fuera lo más que podía hacer a modo de saludo, o de rechazo.

En nuestro apartamento había dos habitaciones y media. Lo alquilamos amueblado y, como era de suponer en estos casos, eso significaba que estaba medio amueblado con enseres que en otras circunstancias se habrían tirado. Recuerdo el suelo del cuarto de estar, cubierto con cuadrados y rectángulos sobrantes de linóleo: todos los diferentes colores y formas unidos unos con otros y bordados como un absurdo edredón de franjas metálicas. Y había un horno de gas de la cocina que se alimentaba de monedas de veinticinco centavos. Nuestra cama estaba metida en un recodo de la cocina y cabía allí tan justa que había que encaramarse a ella desde el pie. Chess había leído que ésta era la forma en que las chicas de un harén tenían que entrar en la cama del sultán, venerando primero sus pies y luego arrastrándose hacia arriba, rindiendo homenaje a las otras partes de su cuerpo. A veces jugábamos a ese juego. Siempre dejábamos una cortina cerrada al pie de la cama para separar el recodo de la cocina. En realidad se trataba de una vieja colcha, una tela escurridiza con flecos que por uno de los lados era de color beige amarillento, con un estampado de rosas rojas y hojas verdes, y por el otro tenía franjas diagonales rojas y verdes estampadas, como en una aparición fantasmal, con flores y follaje sobre el beige. Aquella cortina la recuerdo con mayor intensidad que cualquier otra cosa del apartamento. Y no es de extrañar. En pleno frenesí sexual y durante el posterior respiro tenía aquella tela frente a mis ojos, y así llegó a convertirse en un recordatorio de lo que me gustaba del matrimonio: la recompensa por el imprevisto insulto de ser una pequeña novia y por la peculiar amenaza de un aparador lleno de vajilla de porcelana. Ambos, Chess y yo, proveníamos de hogares en los que el sexo prematrimonial se consideraba algo vergonzoso e imperdonable y en los que el sexo matrimonial no se mencionaba nunca y se olvidaba pronto. Estábamos justo al final de la época en que así se veían las cosas, aunque no éramos conscientes de ello. Una vez, la madre de Chess encontró condones en la maleta de su hijo y se fue llorando al padre. (Chess dijo que los repartían en el campamento donde había recibido su instrucción militar universitaria, lo cual era cierto, y que se había olvidado totalmente de ellos, lo cual era mentira). De modo que tener un lugar propio y una cama propia donde hacer lo que quisiéramos nos parecía maravilloso. Si estábamos juntos era —y nunca se nos ocurrió que la gente mayor, nuestros padres, nuestras tías y tíos, estuvieran juntos por la misma razón— por pura lujuria.

Nos parecía que el único afán de los mayores era de casas, de propiedad, de máquinas

cortadoras de césped y congeladores y muros de contención; y, por supuesto, en lo referente a las mujeres, de bebés. Todas esas cosas, pensábamos, las elegiríamos o no elegiríamos en el futuro. Nunca creímos que nada de eso nos llegaría inexorablemente, como la edad o el tiempo. Y ahora que me paro a pensarlo con sinceridad, no nos llegó. Nada llegó sin nuestra elección. Ni siquiera el embarazo. Corrimos el riesgo, aunque únicamente para ver si de verdad éramos adultos, para ver si realmente podía ocurrir. Otra cosa que hacía tras la cortina era leer. Leía libros que cogía de la biblioteca de Kitsilano, que se encontraba a unas manzanas de casa. Y cuando estaba allí tendida boca arriba en aquel estado de asombro que me podía producir un libro, un vértigo generado por las riquezas de lo que digería, lo que veía era aquellas franjas. Y no sólo los personajes y la trama, sino también el clima creado por el libro impregnaba las flores artificiales y fluía a lo largo del arroyo del vino tinto o del verde lóbrego. Leía libros pesados cuyos títulos ya me eran familiares y que tenían un cierto halo místico —incluso llegué a tratar de leer *Los novios*—, y entre aquellos platos fuertes leía también las novelas de Aldous Huxley y de Henry Green, y *Al faro*, *El fin de Chéri* o *Ha muerto un corazón*. Devoraba uno tras otro sin establecer un criterio de preferencias, rindiéndome ante ellos de la misma forma que lo había hecho con los libros leídos en la infancia. Todavía me encontraba en una etapa de convulso apetito, mi voracidad era casi angustiosa. Pero se había añadido una nueva complicación respecto a las lecturas de infancia, y es que yo tenía que ser escritora además de lectora. Compré un cuadernillo escolar e intenté escribir; y sí que escribí: páginas que comenzaban con autoridad y que luego se marchitaban, de modo que acababa arrancándolas y las retorcí en severo castigo y las tiraba al cubo de la basura. Lo hice una y otra vez hasta que sólo me quedó la cubierta del cuadernillo. Luego compré otro y comencé el proceso una vez más. Siempre el mismo ciclo: emoción y desesperanza, emoción y desesperanza. Era como tener un embarazo secreto y un aborto no provocado cada semana. Aunque tampoco secreto del todo. Chess sabía que yo leía mucho y que intentaba escribir. Él no se oponía. Pensaba que era razonable, que yo posiblemente podría aprender. Se requería mucha práctica pero podía adquirirse un cierto dominio, como en el *bridge* o en el tenis. No le agradecí esa generosa confianza. Simplemente se añadió a la farsa de mis desastres.

Chess trabajaba para una cadena de alimentación al por mayor. Había pensado en ser profesor de historia, pero su padre le había persuadido de que con la enseñanza no habría forma de mantener a una esposa y abrirse camino en la vida. Su padre le había ayudado a conseguir el trabajo, pero también le había dicho que una vez hubiese entrado, no debía esperar ningún trato de favor. No lo hizo. Durante aquel primer invierno de nuestro matrimonio, se marchaba de casa antes de amanecer y no volvía hasta después de anochecer. Trabajaba duro sin preguntarse si el trabajo que realizaba encajaba con sus intereses de antes o si perseguía algún objetivo en el que hubiera creído alguna vez. El único objetivo era conducirnos a los dos a esa vida de máquinas cortadoras de césped y congeladores que pensábamos que no nos interesaba. Si me hubiera parado a pensarlo, su sumisión me habría maravillado. Su desenfadada, se podría decir galante, sumisión. Pero al fin y al cabo, pensaba yo, esto es lo propio de los hombres.

Salía a buscar trabajo. Si no llovía demasiado, caminaba hasta la tienda, compraba un periódico y leía los anuncios mientras bebía una taza de café. Luego me ponía en marcha, aunque

lloviznara, para dirigirme a los lugares en los que solicitaban una camarera, una dependienta o una trabajadora para una fábrica; cualquier trabajo que no requiriese específicamente mecanografía o experiencia. Cuando llovía mucho, cogía un autobús. Chess decía que no debía ir a pie para ahorrar dinero, que debía coger siempre el autobús. Mientras yo ahorraba dinero, decía él, otra chica podía conseguir el trabajo.

En realidad, eso es lo que yo esperaba. Nunca lamentaba oírlo. A veces llegaba al destino y permanecía de pie en la acera, fijándome en las tiendas de ropa femenina, con sus espejos y su enmoquetado de color claro, u observaba a las muchachas que bajaban las escaleras a la hora del almuerzo desde una oficina que necesitaba una oficinista que hiciera labores de archivo. Yo ni siquiera entraba; sabía que mi pelo, mis uñas y mis zapatos planos y viejos jugarían en mi contra. Y me sentía igualmente intimidada por las fábricas: escuchaba el ruido de las máquinas que funcionaban en los edificios donde se embotellaban refrescos o donde se fabricaban los adornos de navidad y veía las bombillas desnudas que colgaban de los altísimos techos. Mis uñas y los tacones bajos allí no tendrían importancia alguna, pero mi torpeza y mi estupidez mecánica provocarían tacos y la gente me gritaría (escuchaba también los gritos dando órdenes por encima del ruido de las máquinas). Me humillarían y me echarían. Ni siquiera me creía capaz de aprender a hacer funcionar una caja registradora. Una vez, el encargado de un restaurante parecía interesado de verdad en contratarme y me preguntó: «¿Cree que podría aprender a usarla?». Respondí que no. Me miró como si nunca antes hubiera oído a nadie reconocer una cosa así. Pero dije la verdad. No pensaba que pudiera aprender las cosas con prisas o en público. Me quedaría paralizada. Las únicas cosas que podría aprender con facilidad eran cosas como lo enrevesado de la Guerra de los Treinta Años. La verdad es, claro está, que no tenía por qué hacerlo. Al nivel básico en el que vivíamos, Chess podía mantenerme. Yo no tenía que exponerme al mundo exterior porque él ya lo había hecho. Los hombres tenían que hacerlo. Pensaba que tal vez pudiera arreglármelas en la biblioteca, de modo que fui a preguntar aunque no habían puesto un anuncio. Una mujer escribió mi nombre en una lista. Se mostró amable pero no alentadora. Después fui a las librerías, eligiendo bien aquéllas que me parecía que no tenían caja registradora. Cuanto más vacía y desordenada, mejor. Los dueños fumaban o dormitaban en sus mesas, las librerías de segunda mano olían a gato.

—En invierno no tenemos suficiente trabajo —decían.

Una mujer me dijo que podía intentarlo en primavera.

—Aunque por esa época solemos estar muy ocupados.

El invierno en Vancouver era distinto de cualquier otro invierno que yo hubiera conocido. No había nieve, ni siquiera nada parecido a un viento frío. Al mediodía, en el centro, olía a algo así como a azúcar quemado, creo que tenía que ver con los cables eléctricos de los tranvías. Caminaba por la calle Hastings, en la que nunca había mujeres, únicamente borrachos, vagabundos, mendigos ancianos y chinos que arrastraban los pies. Nadie me decía cosas desagradables. Caminaba ante almacenes, descampados invadidos por la maleza en los que no había ni un alma a la vista. O cruzaba Kitsilano, con sus altas casas de madera donde la gente vivía apretujada y con estrecheces, como nosotros, hasta llegar al ordenado distrito de Dunbar,

con sus bungalós de estuco y sus árboles desmochados. Caminaba por Kerrisdale, donde aparecían los árboles de más clase, abedules que se elevaban sobre el césped. Vigas de estilo Tudor, simetría georgiana, fantasías a lo Blancanieves con imitaciones de techos de paja. O quizás auténticos techos de paja, ¿quién podía saberlo? En todos esos lugares donde vivía la gente se encendían las luces hacia las cuatro de la tarde y luego se encendían las farolas, se encendían las luces de los trolebuses y a menudo también las nubes se desbarataban al oeste, sobre el mar, y daban paso a los rayos rojos de la puesta de sol, y en el parque, que yo rodeaba para ir a casa, las hojas de los arbustos de invierno brillaban en el aire húmedo del atardecer rosado. La gente que había ido de compras volvía a casa, la gente que trabajaba pensaba en marcharse a casa, la gente que había estado todo el día en casa salía a dar un pequeño paseo para que el hogar pareciera más atractivo a su vuelta. Me topaba con mujeres con carritos para el bebé y con críos llorosos y no se me ocurría que muy pronto me encontraría en su lugar. Tropezaba con ancianos con sus perros y con otros viejos que se movían lentamente o en sillas de ruedas que empujaban sus parejas o sus acompañantes. Un día me encontré a la señora Gorrie que empujaba al señor Gorrie. Llevaba puesta una capa y una boina de suave lana púrpura (a estas alturas ya sabía que ella se hacía la mayor parte de su ropa) y mucho colorete. El señor Gorrie llevaba una gorra de visera y una gruesa bufanda que le envolvía el cuello. La voz con la que ella me saludó era chillona y decidida, la de él, ni siquiera existía. El hombre no parecía disfrutar del paseo. Pero a la gente que va en silla de ruedas raramente se le nota más que resignación. Algunos parecen ofendidos y descaradamente desagradables.

—Vamos a ver, cuando te vimos en el parque el otro día —me preguntó la señora Gorrie—, ¿no vendrías de buscar trabajo, verdad?

—No, —dije mintiendo. Mi instinto me decía que le mintiera siempre.

—Ah, menos mal. Porque quería decirte, ya sabes, que si vas a buscar un trabajo deberías arreglarte un poquito. Bueno, eso ya lo sabes.

Lo sé, dije.

—No puedo entender la manera como algunas mujeres salen de casa hoy en día. Yo nunca saldría con mis zapatos sin tacón y sin estar maquillada, aunque sólo fuera a la tienda de ultramarinos. Y más aún si fuese a buscar un trabajo. Sabía que yo mentía Sabía que me quedaba inmóvil al otro lado de la puerta del sótano sin responder a su llamada. No me habría extrañado que husmeara en nuestra basura, que descubriese y leyese las hojas estrujadas y desordenadas donde se encontraban repartidos mis prolijos desastres. ¿Por qué no tiraba la toalla? No podía. Yo era toda una pieza de caza para ella; quizá mis peculiaridades, mi ineptitud, estaban a la altura de la actitud dañina de la señora Gorrie, y lo que no se podía corregir había que tolerarlo. Un día en que me encontraba en la parte central del sótano haciendo nuestra colada, ella bajó las escaleras. Todos los martes me permitía usar su lavadora de rodillos y su fregadero para hacer la colada.

—¿Se ha presentado ya alguna oportunidad de trabajo? —preguntó, y sin pensarlo respondí que en la biblioteca me habían dicho que podría haber algo para mí en el futuro. Pensé que podría simular que iba allí a trabajar; podría ir y sentarme todos los días en una de las mesas largas, leer o incluso intentar escribir, como ya había hecho antes en ciertas ocasiones. Por supuesto se descubriría el pastel si a la señora Gorrie alguna vez se le ocurría entrar en la biblioteca, pero no

sería capaz de empujar al señor Gorrie tan lejos, cuesta arriba. O si en alguna ocasión le mencionaba a Chess lo de mi trabajo, pero no creía que fuera a hacerlo. Decía que a veces tenía miedo de saludarle, siempre parecía tan malhumorado.

—Bueno, tal vez mientras tanto —dijo ella—... se me ha ocurrido que quizá mientras tanto te gustaría tener un trabajito sentándole por las tardes con el señor Gorrie. Añadió que le habían ofrecido un trabajo para echar una mano tres o cuatro tardes a la semana en la tienda de regalos del hospital Saint Paul.

—No es un trabajo pagado, te habría mandado a ti a preguntar por él —dijo—. Es un trabajo voluntario. Pero el médico dice que me vendría bien salir de casa. «Vas a acabar físicamente agotada», me dijo. No es que necesite el dinero, Ray se porta muy bien con nosotros, he pensado que sólo es un poco de trabajo voluntario... Miró dentro del fregadero y vio las camisas de Chess en la misma agua clara que mi camisón de flores y nuestras sábanas de un azul pálido.

—Vaya por Dios —dijo—. ¿No habrás puesto lo blanco y lo de color todo junto, verdad?

—Sólo la ropa de color de tonos suaves —dijo—. No destiñe.

La ropa de color de tonos suaves no deja de ser ropa de color —dijo ella—. Crees que así las camisas salen blancas, pero no quedan tan blancas como debieran.

Dije que lo recordaría la próxima vez.

—Es una cuestión de cómo trata una a su hombre —dijo, con su risita escandalizada.

—A Chess no le importa —dije yo, sin saber que eso sería cada vez menos cierto a medida que pasaran los años, inconsciente de que esos trabajos que entonces parecían incidentales, tan poquita cosa, se desplazarían desde la periferia de mi vida hacia un lugar central y de primera fila.

Cogí el trabajo de cuidar al señor Gorrie por las tardes. Sobre una mesita junto a su sillón de color verde se extendía una toalla de manos —por si caían unas gotas— sobre la que descansaban sus frascos de pastillas, sus jarabes y un pequeño reloj para que supiera la hora. En la mesa del otro lado se amontonaba material de lectura: el periódico de la mañana, el periódico de la noche anterior, ejemplares de *Life*, de *Look* y de *Maclean's*, que por entonces eran revistas grandes y blandas. En el estante inferior de aquella mesa había un montón de álbumes de recortes del tipo que usan los niños en el colegio, de un grueso papel oscuro y el filo áspero. Había trozos de papel de prensa y fotografías que sobresalían. Eran álbumes de recortes que el señor Gorrie había ido guardando con el paso de los años, hasta que tuvo el ataque y ya no pudo seguir recortando. En el cuarto había una estantería, pero todo lo que contenía era más revistas y más álbumes de recortes y medio estante con libros de texto de secundaria que probablemente pertenecieran a Ray.

—Siempre le leo el periódico —me dijo la señora Gorrie—. Aún puede leer, pero no es capaz de sostenerlo con las manos y sus ojos se cansan.

De modo que le leía al señor Gorrie mientras la señora Gorrie, bajo un paraguas de flores, se marchaba alegremente hacia la parada del autobús. Le leía la página de deportes, las noticias locales, las internacionales y todo sobre asesinatos, robos y el mal tiempo. Le leía las cartas al director, las cartas a un doctor que daba consejos médicos, las cartas a Ann Landers y sus respuestas. Parecía que las noticias deportivas y Ann Landers eran lo que más interés despertaba

en él. En ocasiones pronunciaba mal el nombre de un jugador o confundía la terminología a propósito, de tal forma que lo que yo leía carecía de sentido y entonces él me indicaba con insatisfechos gruñidos que lo intentase otra vez. Cuando le leía la página de deportes siempre se mostraba nervioso, concentrado y con el ceño fruncido. Pero cuando le leía a Ann Landers, su cara se relajaba y hacía ruidos que me parecían de agradecimiento, como un murmullo y un profundo resoplido.

Hacía estos ruidos especialmente cuando las cartas tocaban un asunto trivial o específicamente femenino (una mujer escribió que su cuñada pretendía hacerle creer que había cocinado una tarta a pesar de que al servirla todavía conservaba la blonda de la pastelería) o cuando mencionaban — con la gran cautela de aquellos tiempos— un asunto sexual.

Durante la lectura del editorial o la pesadez sobre lo que habían dicho los rusos y los estadounidenses en las Naciones Unidas, se le caían los párpados —o, mejor dicho, se le caía el párpado de su ojo bueno casi del todo, y el que estaba sobre el ojo malo se le caía ligeramente— y los movimientos del pecho se volvían más ostensibles, de manera que yo me detenía durante un instante para ver si se había quedado dormido. Y entonces hacía otro tipo de ruido, brusco y de reprobación. A medida que me fui acostumbrando a él, y él a mí, este ruido comenzó a parecer menos una reprobación y más una confirmación. Y esa confirmación no sólo lo era de que no estaba dormido, sino también de que en ese momento no se estaba muriendo.

La posibilidad de que pudiera morirse frente a mí era, en un principio, una idea terrible que no se me iba de la cabeza. ¿Por qué no podía morirse, cuando al fin y al cabo ya parecía medio fiambre? Con su ojo malo como una piedra bajo el agua turbia y un lado de la boca medio abierta, mostrando sus horribles dientes (la mayoría de ancianos usaban dentadura postiza entonces), con los empastes de color negro que amenazaban a través del húmedo esmalte. Su mera existencia en el mundo me parecía un error que podía ser borrado del mapa en cualquier momento. Pero, todo hay que decirlo, me acostumbré a él. Era un hombre enorme —de cabeza majestuosa y ancho pecho de trabajador, con una mano derecha en la que no tenía ninguna fuerza y que postraba sobre su muslo cubierto por un pantalón largo— que ocupaba toda mi visión mientras yo leía. Era como una reliquia, un viejo guerrero de los tiempos de los bárbaros. Erik Hacha Sangrienta. El rey Canuto. *Mi fuerza se consume rápidamente, dijo el rey del mar a sus hombres. Nunca volveré a surcar los mares de nuevo como un conquistador.*

Así es como era. Como una mole medio hundida que hacía peligrar los muebles y que golpeaba las paredes al abrirse paso para ir al baño. Su olor no era rancio pero tampoco era el de un jabón infantil o el de unos perfumados polvos de talco; era un olor a ropa gruesa con restos de tabaco (aunque ya no fumaba) y de piel sin respirar que me hacía pensar en algo denso y curtido, con sus excreciones señoriales y su calor animal. Tenía un olor a orina suave pero persistente que, de hecho, me habría repugnado en una mujer pero que en su caso no sólo parecía excusable sino, en cierto modo, la expresión de un antiguo privilegio. Cuando entraba en el baño después de que él hubiera estado allí, era como entrar en la guarida de una bestia infecta pero todavía poderosa. Chess me decía que perdía el tiempo haciendo de canguro para el señor Gorrie. Ahora el tiempo se despejaba y los días se hacían más largos. Las tiendas cambiaban sus escaparates, despertaban

de su letargo invernal. La gente se encontraba más dispuesta a ofrecer un trabajo. De modo que debía salir a buscar un trabajo en serio. La señora Gorrie sólo me pagaba cuarenta centavos la hora.

—Pero se lo prometí —dije.

Un día él me contó que la había visto bajar de un autobús. La vio desde la ventana de su oficina. Y para nada se trataba de un lugar cercano al hospital Saint Paul.

—A lo mejor estaba en medio de un descanso —dije.

—Nunca la había visto antes fuera de la casa a plena luz del día. Por Dios —dijo Chess.

Le sugerí al señor Gorrie sacarle a dar un paseo en su silla de ruedas ahora que mejoraba el tiempo. Pero rechazó la idea emitiendo unos ruidos que me convencieron de que le resultaba desagradable que le empujasen la silla en público, o quizá que lo hiciera una persona como yo, que obviamente había sido contratada para realizar el trabajo. Yo había interrumpido la lectura del periódico para sugerírselo y al intentar continuar hizo un gesto y otro ruido, diciéndome que estaba harto de oírme. Dejé el periódico. Hizo señas con su mano sana señalando el montón de álbumes de recortes que estaban en el estante inferior de la mesa junto a él. Hizo más ruidos. Sólo puedo describir estos ruidos como gruñidos, bufidos, carraspeos, ladridos, refunfuños. Pero a estas alturas casi me sonaban a palabras. Y es que sonaban como las palabras. No sólo las escuchaba como afirmaciones y demandas perentorias («no quiero», «ayúdame», «déjame ver qué hora es», «necesito beber algo»), sino también como proclamas más complejas: «Por todos los santos, ¿por qué no cerrará la boca ese perro?» o «mucho ruido y pocas nueces» (esto último, después de haber leído yo algún discurso o un editorial del periódico). Lo que oí ahora fue: «A ver si hay algo mejor Aquí que lo que viene en el periódico». Saqué el montón de álbumes de recortes del estante y lo coloqué en el suelo junto a sus pies. Sobre las cubiertas, en grandes letras de cera negra, había escritas fechas de años recientes. Le di un repaso al año 1952 y vi un recorte de un reportaje del funeral de Jorge VI. Arriba, en letras de cera: «Alberto Federico Jorge. Nacido en 1885. Fallecido en 1952». La foto de las tres reinas con el velo de luto.

En la página siguiente había una historia sobre la autopista de Alaska.

—Es un archivo interesante —dije—. ¿Quiere que empecemos otro álbum? Podría usted elegir las cosas que desea recortar y pegar, y yo lo haría.

El ruido que emitió significaba «demasiadas complicaciones» o «¿para qué vamos a molestarnos ahora?», o incluso «qué idea más absurda». Dejó a un lado al rey Jorge VI, deseaba ver las fechas del resto de los álbumes. No eran los que él quería. Hizo un gesto señalando la librería. Saqué otro montón de álbumes de recortes. Comprendí que él buscaba el libro de un año concreto y sujeté en alto cada libro para que viera la cubierta. De vez en cuando, yo abría las páginas a pesar de su rechazo. Ví un artículo sobre los pumas de la isla de Vancouver, otro sobre la muerte de un trapeceista y otro sobre un chaval que había sobrevivido a pesar de quedar atrapado bajo una avalancha. Volvimos a darle un repaso a los años de la guerra, de vuelta a los años treinta, al año en que yo nací y a casi una década todavía anterior, hasta que por fin quedé satisfecho. Y dio la orden.

Mira éste. 1923. Comencé a repararlo desde el principio.

—En enero una nevada entierra aldeas en...

No es eso. Date prisa. Sigue pasando.

Comencé a pasar las hojas.

Ve más lento. Tranquila. Ve más lento.

Pasé las páginas una por una sin pararme para leer nada hasta que llegamos a la que él quería.

Ahí. Lee eso.

No había foto ni titular. Las letras de cera decía: «Vancouver Sun, 17 de abril, 1923».

—La isla de Cortés —leí—. ¿Es esto?

Léelo. Vamos.

La isla de Cortés. En la mañana del domingo o en algún momento de la madrugada del sábado, la casa de Anson James Wild, en el extremo sur de la isla, quedó totalmente destruida por un incendio. La vivienda se encontraba lejos de cualquier otra morada o lugar habitado y, como resultado de ello, nadie que viviese en la isla pudo apreciar las llamas. Existen informaciones de que un barco de pesca que se dirigía al estrecho de Desolation observó el incendio el domingo por la mañana temprano, pero los tripulantes de la embarcación creyeron que se trataba de una persona que quemaba maleza. Al pensar que la quema de maleza no suponía ningún peligro, debido a la humedad que presenta el bosque en esta época del año, continuaron su trayecto. El señor Wild era el propietario de Wildfruit Orchards y había vivido en la isla durante cerca de quince años. Era un hombre solitario, cuyo historial se remonta a su época de militar, aunque cordial con los conocidos. El señor Wild contrajo matrimonio hace unos años y tenía un hijo. Se piensa que nació en las provincias del Atlántico. La casa quedó reducida a escombros a causa del fuego y del posterior derrumbamiento de las vigas. El cuerpo del señor Wild se encontró entre los restos calcinados del incendio, carbonizado hasta el punto de quedar prácticamente irreconocible. Entre las ruinas se encontró una lata ennegrecida que se supone contenía queroseno. La esposa del señor Wild se encontraba fuera de casa en esos momentos, dado que el miércoles anterior había aceptado una invitación para viajar en un barco que iba a recoger una carga de manzanas que serían transportadas desde el huerto de su marido hasta Comox. Su intención era volver a casa en el mismo día, pero tuvo que permanecer fuera durante tres días y cuatro noches debido a problemas con el motor del barco. El domingo por la mañana regresó junto al amigo que la había invitado a realizar la travesía y fueron ambos quienes descubrieron la tragedia. El hecho de que el joven hijo de los Wild no estuviese en la casa cuando ésta ardió, provocó en principio un enorme temor. Su búsqueda comenzó tan pronto como fue posible y el domingo al atardecer el niño fue localizado en el bosque a menos de una milla de su casa. Estaba empapado y tenía frío, ya que había permanecido en la maleza durante varias horas, pero no había sufrido daños. Al parecer, el niño se llevó un poco de comida al marcharse de casa, dado que tenía consigo varios trozos de pan cuando le encontraron. Se llevará a cabo una investigación en Courtenay respecto a la causa del incendio que destruyó la casa de la familia Wild y que provocó el fallecimiento del señor Wild.

—¿Conocía usted a esta gente? —pregunté.

Pasa la página

4 de agosto de 1923. Las pesquisas efectuadas en Courtenay, en la isla de Vancouver, en torno

al incendio que causó la muerte de Anson James Wild en la isla de Cortés en abril de este año, han dado como resultado que la sospecha de incendio provocado, que recaía sobre el hombre fallecido o sobre persona o personas desconocidas, no ha podido ser verificada. La presencia de una lata vacía de queroseno en el lugar del incendio no se ha considerado como prueba suficiente. El señor Wild adquiría y hacía uso del queroseno con frecuencia, según el señor Percy Kemper, tendero de Manson's Landing, isla de Cortés. El hijo de siete años del hombre fallecido no pudo proporcionar dato alguno acerca del incendio. Fue localizado por una expedición de búsqueda no muy lejos de su casa, vagando por el bosque, varias horas más tarde. En respuesta al interrogatorio, afirmó que su padre le había dado un poco de pan y unas manzanas y le había pedido que caminase hacia Manson's Landing, pero se había perdido. Sin embargo, en las semanas subsiguientes confesó no recordar que esto ocurriera y afirmó que no sabía cómo había podido perderse, dado que había recorrido muchas veces con anterioridad aquel sendero. El doctor Anthony Helwell, de Victoria, quien examinó al niño, opina que pudo haber escapado en el momento de detectar el incendio, con tiempo quizá de coger un poco de comida y llevársela consigo, algo que ahora no recuerda. A su vez, afirma que la primera versión del niño podría ser cierta y que el recuerdo pudo ser suprimido más tarde. Explicó que sería inútil interrogar nuevamente al niño, ya que es probable que éste sea incapaz de distinguir entre la realidad y lo imaginario en este asunto.

La señora Wild no estaba en casa en el momento de producirse el incendio, ya que se había marchado a la isla de Vancouver en un barco que pertenecía a James Thompson Gorrie, de Union Bay.

Se considera que la muerte del señor Wild fue un desgraciado accidente, siendo la causa del incendio de origen desconocido.

Ahora cierra el álbum.

Guárdalo. Guárdalos todos.

No. No. Así no. Guárdalos en orden. Año por año. Eso está mejor.

Justo como estaban.

¿Ya viene? Mira por la ventana.

Bien. Pero vendrá pronto.

Y bien, ¿qué piensas de todo esto?

No me importa. No me importa lo que pienses.

¿Habías pensado alguna vez que la vida de la gente podía ser así y terminar de esa forma?

Bueno, pues puede ocurrir.

No le hablé a Chess de esto, aunque solía comentarle cualquier cosa que pensaba que pudiera interesarle o que atrajera su atención respecto a mi actividad diaria. Chess había dado con una forma de evitar cualquier mención a los Gorrie. Había una palabra con la que los definía: «Grotesco».

Todos los pequeños árboles deslucidos del parque comenzaron a florecer. Sus flores eran de un color rosa brillante, como las palomitas de maíz coloreadas artificialmente. Y comencé a trabajar en un empleo de verdad. Llamaron de la biblioteca de Kitsilano y me pidieron que fuera

durante unas cuantas horas el sábado por la tarde. Me encontré al otro lado del mostrador, sellando la fecha de devolución de los libros. Algunas personas me resultaban familiares, compañeros que pedían prestados los libros. Y ahora les sonreía, en nombre de la biblioteca. «Nos vemos en dos semanas», les decía. Algunos se reían y contestaban: «No, creo que mucho antes». Eran adictos, como yo. Era un trabajo que me resultaba fácil. Nada de caja registradora: cuando me pagaban las multas por retrasos, sacaba el cambio de un cajón. Y ya sabía de antes en qué estantería estaban la mayoría de los libros. En lo que se refiere a las fichas que tenía que rellenar, me sabía el alfabeto. Me ofrecieron más horas. Pronto se convirtió en un trabajo temporal de jornada completa. Una de las chicas que trabajaba allí como fija había sufrido un aborto accidental. Estuvo de baja durante dos meses y al final de ese periodo quedó embarazada de nuevo y su médico le aconsejó no volver al trabajo. De modo que entré en la plantilla de empleados fijos y conservé el trabajo hasta que me encontré a mitad de mi primer embarazo. Trabajaba con mujeres que conocía de vista desde hacía mucho tiempo: Mavis, Shirley, la señora Carlson y la señora Yost. Todas recordaban cómo solía entrar y dar vueltas —como decían ellas— por la biblioteca durante horas. Ojalá no se hubieran fijado tanto en mí. Ojalá no hubiera ido allí con tanta frecuencia.

Era una sensación muy agradable hacerme con mi trabajo y estar frente a la gente detrás del mostrador, ser capaz, mostrarme activa y amable con los que se acercaban; que me vieran como una persona que sabía cómo funcionaba todo, una persona con una función definida en el mundo. La renuncia a esconderme, a vagar, a soñar y a ser la chica de la biblioteca.

Claro que ahora tenía menos tiempo para leer y, en ocasiones, en el trabajo, tras el mostrador, sostenía un libro en la mano —lo sostenía como un objeto, no como una vasija que había de vaciar de inmediato— y sentía un amago de miedo semejante al que se siente cuando, en un sueño, te encuentras en el edificio que no es, o te has olvidado de la hora del examen, y entiendes que ése es el aviso de algún sombrío cataclismo o de algún error que sufrirás de por vida. Pero este miedo desaparecía en un minuto. Las mujeres con las que trabajaba rememoraban los tiempos en que me veían escribir en la biblioteca. Les decía que lo que escribía eran cartas.

—¿Escribes tus cartas en un cuaderno de apuntes?

—Claro —decía yo—. Es más barato.

Perdí interés en el último cuaderno, que descansaba escondido en un cajón entre mis calcetines y mi ropa interior en desorden. Allí abandonado, verlo me llenaba de dudas y de humillación. Quería deshacerme de él pero no lo hacía. La señora Gorrie no me felicitó por haber conseguido aquel trabajo.

—No me contaste que todavía buscabas —dijo.

Le dije que hacía ya una larga temporada que mi nombre estaba apuntado en una lista en la biblioteca y que así se lo había hecho saber.

—Eso fue antes de empezar a trabajar para mí —dijo—. Y ahora, ¿qué va a pasar con el señor Gorrie?

—Lo siento —dije.

—Sentirlo no le ayudará demasiado, ¿no te parece? Levantó las cejas y me habló con ese tono de voz rimbombante que le había oído utilizar por teléfono con el carnicero o con el tendero

cuando se equivocaban con su pedido.

—¿Y ahora qué hago? —dijo—. Me has dado plantón, ¿sabes? Espero que cumplas las promesas con el resto de la gente un poco mejor que conmigo. Esto, por supuesto, era ridículo. Yo no le había prometido nada acerca del tiempo que me quedaría. A pesar de ello, sentía una inquietud culpable, si no propiamente culpabilidad. No le había prometido nada, pero qué podía decir de aquellas veces en que no respondía cuando ella llamaba a la puerta, cuando intentaba entrar y salir sigilosamente de la casa sin ser advertida, agachando la cabeza al pasar frente a la ventana de su cocina. ¿Y qué hay de la forma en que había mantenido una tenue, pero a la vez dulce, pretensión de amistad en respuesta a su ofrecimiento, seguramente sincero?

—Casi es mejor, la verdad —dijo—. No querría que nadie que no fuera de confianza cuidase al señor Gorrie. No estaba del todo satisfecha con tu manera de cuidarlo, la verdad, así te lo digo. Pronto encontró otra canguro, una pequeña mujer araña que se recogía el pelo negro con una redcilla. Nunca la oía hablar. Pero sí oía a la señora Gorrie hablar con ella. Dejaba abierta la puerta en lo alto de las escaleras para que yo pudiese oírla.

—Nunca lavaba la taza de té del señor Gorrie. La mitad de las veces ni siquiera se lo hacía. No sé para que valía. Únicamente para sentarse y leer el periódico.

A partir de entonces, cuando yo me marchaba de casa, la ventana de la cocina quedaba abierta de par en par y su voz resonaba por encima de mi cabeza, aunque en apariencia hablara con el señor Gorrie.

—Por ahí va. Sigue su camino. Ni siquiera se molestará en hacernos algún gesto con la mano. Le dimos un trabajo cuando no la quería nadie, pero ni se molestará. No, por supuesto que no. No les saludaba. Tenía que pasar por la ventana frente a la que se sentaba el señor Gorrie, pero sabía que si ahora le hacía algún gesto con la mano, incluso si le miraba, se sentiría humillado. O enfurecido. Cualquier cosa que yo hiciese podría parecer una provocación.

Antes de encontrarme a media manzana de la casa ya me había olvidado de ellos. Las mañanas eran luminosas y yo caminaba aliviada y decidida. En aquellos momentos, mi pasado más inmediato podía parecer vagamente deshonesto. Horas detrás de la cortina del recodo, horas en la mesa de la cocina rellenando página tras página con el sabor del fracaso, horas en un cuarto demasiado caldeado junto a un anciano. La peluda alfombra, la tapicería de felpa, el olor de su ropa, de su cuerpo y de la pasta de engrudo seca de los álbumes de recortes, los montones de periódicos entre los que tenía que abrirme camino. La macabra historia que él había guardado y me había hecho leer. (Nunca llegué a comprender que entraba dentro de la categoría de tragedias humanas que yo admiraba, cuando las leía en los libros). Evocarlo era como recordar un periodo de enfermedad durante la infancia, cuando me sentía cómodamente atrapada en unas acogedoras sábanas de franela con su olor a aceite de alcanfor, atrapada por mi propia lasitud y por los mensajes febriles e indescifrables de las ramas de los árboles que contemplaba por la ventana de mi dormitorio en el piso de arriba. Aquellos momentos no es que los lamentara, sino que me desembarazaba de ellos con naturalidad. Y parecían pertenecer a una parte de mí misma —¿una parte enfermiza?— de la que ahora me estaba desembarazando. Se podía pensar que era el matrimonio lo que había provocado aquella transformación pero, durante un tiempo, no había sido así. Como mi viejo ser —testaruda, poco femenina e irracionalmente reservada— había hibernado

y cavilado; ahora había sentado la cabeza y me sabía afortunada por haberme transformado en una verdadera esposa y empleada. Atractiva y competente cuando me esforzaba en ello. Yo no era extraña. Podía pasar.

La señora Gorrie me trajo a la puerta una funda de almohada. Mostrando sus dientes tras una sonrisa mustia y hostil, me preguntó si era mía. Sin dudarlo respondí que no. Las dos únicas fundas que tenía cubrían las dos almohadas de nuestra cama.

—Bueno, pues desde luego mía no es —dijo en tono de martirio.

—¿Cómo lo sabe?

Lenta, venenosamente, su sonrisa fue tomando confianza.

—No es el tipo de tejido que pondría en la cama del señor Gorrie. O en la mía.

—¿Por qué no?

—Porque-no-es-lo-suficientemente-bueno.

De modo que tuve que ir y quitar las fundas de las almohadas y llevárselas a ella y resultó que no hacían pareja aunque a mí me lo había parecido. Una era de tela «buena» —la suya— y la que ella tenía en la mano, era mía.

—No me hubiera creído que no habías notado la diferencia —dijo— si no fuera porque eres como eres.

Chess había oído hablar de otro apartamento —uno de verdad, no una «suite»— con un baño completo y dos dormitorios. Un amigo suyo del trabajo lo dejaba porque él y su mujer habían comprado una casa. Estaba en un edificio en la esquina de la Primera Avenida con la calle Macdonald. Yo podría seguir yendo a pie al trabajo y él podría coger el autobús de siempre. Teniendo dos sueldos, nos lo podíamos permitir. El amigo y su esposa dejaban atrás unos cuantos muebles, que venderían a bajo precio. No irían bien en su casa, pero a nosotros nos parecían espléndidos por su aire de respetabilidad. Nos paseamos por las luminosas habitaciones de la tercera planta, admirando las paredes pintadas de color crema, el parqué de roble, los espaciosos armarios de la cocina y el suelo de baldosas del baño. Incluso tenía un pequeño balcón con vistas a las hojas del parque Macdonald. Nos enamoramos el uno del otro de un nuevo modo, nos enamoramos de nuestra nueva posición social, de nuestro emerger en la vida adulta desde el sótano, que sólo había sido una estación de paso temporal. En nuestras conversaciones, en los años venideros, hablaríamos de él como si fuera una broma, un test de resistencia. Cada mudanza que efectuábamos —la casa alquilada, nuestra primera casa en propiedad, la segunda, la primera casa en otra ciudad— generaba en nosotros una sensación eufórica de progreso y anudaba nuestros lazos. Hasta la última casa, con mucho, la más imponente, en la que entré con presentimientos de desastre y vagas premoniciones de fuga. Le dimos aviso a Ray sin decirle nada a la señora Gorrie. Eso aumentó su hostilidad. En realidad, se volvió un poco chiflada.

—Ah, se piensa que es muy lista. Ni siquiera es capaz de mantener dos habitaciones limpias. Cuando barre el suelo, lo único que hace es barrer la suciedad hacia un rincón. Cuando compré mi primera escoba, olvidé comprar un recogedor y, en efecto, lo hice así durante un tiempo. Pero ella únicamente podía saberlo si había entrado en nuestras habitaciones con su propia llave mientras yo estaba fuera. Algo que, por lo que parecía, sí había hecho.

—Es una farsante, ¿sabes? Desde el primer momento en que la vi supe lo farsante que era. Y una embustera. No está bien de la cabeza. Se sentaba y decía que escribía cartas cuando lo que hace es escribir lo mismo una y otra vez; pero nada de cartas, lo mismo una y otra vez. No está bien de la cabeza.

Así me enteré de que también había leído las hojas estrujadas de mi papelera. A menudo trataba de comenzar la misma historia con las mismas palabras. Como decía ella, una y otra vez. Comenzaba a hacer calor e iba al trabajo sin chaqueta; me ponía un jersey ajustado, por dentro de la falda, y un cinturón apretado hasta la última muesca. Se asomaba a la puerta principal y me gritaba: «¡Ramera! Mira a la ramera, cómo saca pecho y menea el trasero. ¿Te crees que eres Marilyn Monroe?» o «no te necesitamos en nuestra casa. Cuanto antes te marches, mejor». Telefonó a Ray y le dijo que yo intentaba robar su ropa de cama. Se quejó de que yo iba por todas partes contando historias sobre ella. Había abierto la puerta para asegurarse de que pudiera oírla y estuvo gritando por teléfono, algo que no tenía demasiado sentido puesto que compartíamos la línea telefónica y podíamos escuchar cuanto nos viniera en gana. Nunca lo hice —mi instinto me llevaba a hacer oídos sordos—, pero una noche que Chess estaba en casa, cogió el teléfono y habló.

—No le hagas caso, Ray, no es más que una vieja loca. Sé que es tu madre, pero he de decirte que está loca.

Le pregunté cuál había sido la reacción de Ray, si estaba enfadado.

—Sólo dijo: «Claro, no pasa nada».

La señora Gorrie colgó y se puso a gritar directamente por las escaleras: «Te diré quién está loca. Te diré quién es la loca embustera que se dedica a decir mentiras sobre mí y mi marido».

—No la estamos escuchando. Deje en paz a mi mujer —le dijo Chess. Más tarde me preguntó —: ¿Qué quiere decir con eso de ella y su marido?

—No lo sé —respondí.

—La ha tomado contigo. Porque eres joven y guapa y ella no es más que una vieja bruja.

Olvídalo —dijo, y añadió, medio en broma, para animarme—: De todas formas, ¿qué sentido pueden tener las viejas? Nos mudamos al nuevo apartamento en un taxi y únicamente con nuestras maletas. Esperamos fuera, en la acera, dando la espalda a la casa. Creí que oiría un último chillido, pero no hubo un solo ruido.

—¿Y si tiene una pistola y me dispara por la espalda? —dije.

—No te pongas a su altura —dijo Chess.

—Me gustaría decirle adiós con la mano al señor Gorrie, si es que está allí.

—Mejor no lo hagas.

No eché un último vistazo a la casa y en mi vida volví a caminar por aquella calle, esa manzana de la calle Arbutus con vistas al parque y al mar. No tengo una idea muy clara del aspecto que tenía, aunque recuerdo algunas cosas muy bien: la cortina de la cama, el aparador, el sillón verde reclinable del señor Gorrie. Conocimos a otras parejas jóvenes que, al igual que nosotros, habían empezado viviendo en lugares baratos dentro de las casas de otras personas. Nos hablaron de ratas, cucarachas, retretes queapestaban, caseras chifladas. Y nosotros hablábamos

de nuestra casera chiflada. Paranoia. Excepto en aquellas ocasiones, nunca pensaba en la señora Gorrie.

Pero el señor Gorrie aparecía en mis sueños. En mis sueños me parecía que le conocía antes que ella. Era ágil y fuerte, pero no joven, y su aspecto no era mejor que cuando le leía en voz alta en el salón. Tal vez podía hablar, pero su voz tenía el mismo tono de aquellos ruidos que yo había aprendido a interpretar: brusco y autoritario, una nota a pie de página —esencial, aunque tal vez prescindible— de la acción. Y la acción era explosiva, porque aquellos sueños eran eróticos. Durante todo el tiempo en que fui una joven esposa, y más tarde, aunque no mucho más tarde, mientras fui una joven madre —ocupada, fiel, satisfecha con regularidad—, siempre tuve sueños, de cuando en cuando, en los que el asalto, la reacción, las posibilidades, iban más allá que cualquier cosa que ofreciera la vida. Y en los que el romanticismo quedaba borrado del mapa. También la decencia. Nuestra cama —la del señor Gorrie y mía— era la playa de grava o la tosca cubierta de barco o los ásperos rollos de cabos grasientos. Tenían un cierto regusto a algo que podría definir como rastrero. Su olor agrio, su ojo gelatinoso, sus dientes de perro. Me despertaba de estos sueños profanos consumida por el asombro o la vergüenza, y me dormía de nuevo y despertaba con un recuerdo que me acostumbré a rechazar cada mañana. Durante años y años, y con seguridad mucho tiempo después de haber muerto, el señor Gorrie aparecía de esa manera en mi vida nocturna. Hasta que lo agoté, supongo, del modo como siempre agotamos a los muertos. Pero nunca me pareció que fuese así, que yo dominara la situación, que hubiera sido yo quien le había llevado a aquel lugar. Parecía funcionar en ambos sentidos, como si él también me hubiese llevado allí y lo experimentara en la misma medida que lo experimentaba yo. Y el barco y el muelle y la grava en la orilla, los árboles que apuntaban hacia el cielo o se agazapaban inclinándose sobre el agua, el enrevesado perfil de las islas circundantes y las montañas, sombrías e inconfundibles, todo ello parecía existir dentro de una confusión natural, más extravagante y, aun así, más ordinaria que cualquier otra cosa que pudiera soñar o inventar. Como un lugar que seguirá existiendo, estés o no allí, y que, de hecho, aún está allí. Pero nunca llegué a ver las vigas calcinadas de la casa que se derrumbaron sobre el cuerpo del marido. Aquello había ocurrido mucho antes, y el bosque había crecido a su alrededor.

4. Salvo el segador

El juego era prácticamente el mismo al que había jugado Eve con Sophie en largos y aburridos viajes en coche cuando Sophie era una niña pequeña. Entonces se trataba de espías; ahora eran alienígenas. Los hijos de Sophie, Philip y Daisy, se sentaban en los asientos traseros. Daisy no llegaba a los tres años y no podía entender lo que ocurría. Philip tenía siete años y era él quien dominaba la situación. Era él quien escogía el coche que debían perseguir, el coche en el que extraterrestres recién llegados iban de camino a su cuartel general secreto, la guarida de los invasores. Se guiaban por las señales emitidas desde otros coches por gente de apariencia inofensiva o por personas que se encontraban junto a un buzón de correos o que conducían un tractor por el campo. Muchos alienígenas ya habían llegado a la tierra y habían sido convertidos —ésta era la palabra utilizada por Philip—, de tal modo que cualquiera podía ser uno de ellos. Empleados de una gasolinera, mujeres que paseaban carritos de bebé, incluso los propios bebés. Podían estar emitiendo señales.

Eve y Sophie normalmente jugaban a este juego en autopistas muy transitadas donde había tanto tráfico que no podían detectar las señales. (Aunque una vez se habían dejado llevar y habían terminado paseando por las afueras de la ciudad). Pero en las carreteras comarcales como la que hoy transitaba Eve, el truco no resultaba tan sencillo. Trató de resolver el problema diciendo que quizá tendrían que dejar de seguir a un coche por otro, porque algunos no eran más que señuelos que en absoluto se dirigían hacia el escondite, sino que trataban de desorientarles.

—No, no es así —dijo Philip—. Lo que hacen es que los absorben de un coche y los meten en otro por si alguien les sigue. Pueden, por ejemplo, estar dentro de un cuerpo y luego chuup por el aire para meterse en otro cuerpo de otro coche. Se meten dentro de personas distintas todo el rato y la gente nunca sabe lo que tenían dentro.

—¿De verdad? —dijo Eve—. ¿Y cómo distinguimos el coche?

—El código está en la matrícula —dijo Philip—. Se cambia por el campo eléctrico que producen en el coche, para que los rastreadores del espacio les puedan seguir. Es muy sencillo, pero no te lo puedo explicar.

—¿No me digas? —dijo Eve—. Supongo que lo sabe muy poca gente.

—Sí, en este momento soy el único en Ontario —dijo Philip.

Se sentaba tan inclinado hacia delante como podía, con el cinturón abrochado, en ocasiones rechinaba los dientes muy concentrado y emitía unos suaves sonidos silbantes al avisarla.

—Uh-uh, aquí ándate con ojo —decía—. Creo que vas a tener que dar la vuelta. Sí, sí. Creo

que va a ser ése.

Habían perseguido a un Mazda de color blanco y ahora, por lo que parecía, iban a seguir a una vieja camioneta de reparto de color verde, una Ford.

—¿Estás seguro? —preguntó Eve.

—Seguro.

—¿Has sentido cómo los absorbían por el aire?

—Los convierten simultáneamente —dijo Philip—. He dicho «absorbidos», pero es para que la gente lo entienda.

Lo que Eve había planeado en un principio era hacer que el cuartel general estuviera en la tienda del pueblo que vendía helados, o en el patio de recreo. Descubrirían que los alienígenas estaban allí reunidos bajo la forma de niños, seducidos por los placeres del helado o por los de los toboganes y los columpios, con sus poderes temporalmente desactivados. No había peligro de abducción o de que se metieran en tu interior a menos que eligieras un sabor de helado inapropiado o que te columpiaras el número de veces que no debías columpiarte en un columpio que había sido previamente escogido. (Tenía que persistir algún peligro o, de lo contrario, Philip se sentiría decepcionado, humillado). Pero Philip controlaba tanto el juego que ahora no se sabía cómo iba a desarrollarse. La camioneta de reparto giró desde la carretera comarcal pavimentada hacia una carretera secundaria de gravilla. Era una camioneta decrepita, sin capota y con la carrocería toda oxidada: no iría muy lejos. Lo más probable es que fuera hacia su casa, una granja. Quizá no se encontraran con otro vehículo con el que cambiarse antes de llegar a su destino.

—¿Estás seguro? —dijo Eve—. Es un hombre solo, ya ves. Creí que nunca viajaban sin compañía.

—El perro —dijo Philip.

Y es que había un perro que daba vueltas en la plataforma descubierta de la camioneta, corriendo de un lado a otro como si tuviera que estar al tanto de todo lo que ocurría a su alrededor.

—El perro también es uno de ellos —dijo Philip.

Esa mañana, mientras Sophie se marchaba a buscar a Ian al aeropuerto de Toronto, Philip entretenía a Daisy en el dormitorio de los niños. Daisy se había aclimatado bastante bien a la casa extraña, salvo en lo de mojar la cama cada noche de las vacaciones, pero era la primera vez que su madre se marchaba y no la llevaba consigo. De modo que Sophie le pidió a Philip que la entretuviera y él lo hizo entusiasmado (¿feliz por el nuevo giro que tomaba la situación?). Lanzaba los coches de juguete por el suelo, imitando el sonido enfurecido de los motores, para así disimular el ruido del arranque del automóvil de verdad que había alquilado Sophie. Poco después le gritó a Eve: «¿Se ha ido ya GM?».

Eve estaba en la cocina limpiando los restos del desayuno y tratando de controlarse. Se encaminó hacia el cuarto de estar. Allí, en el estuche, estaba la cinta de una película que ella y Sophie habían visto la noche anterior.

Los Puentes de Madison

—¿GM qué quiere decir? —preguntó Daisy.

El dormitorio de los niños daba al cuarto de estar. Era una casa estrecha y pequeña, arreglada por una miseria para poder alquilarla en verano. Eve había tenido la idea de conseguir una casita junto al lago para las vacaciones: era la primera visita que le hacían Sophie y Philip en casi cinco años y la primera de Daisy. Había escogido esa zona en la ribera del lago Huron porque sus padres solían llevarla allí con su hermano cuando eran niños. Las cosas habían cambiado. Las casitas eran de estructura tan sólida como las casas de las afueras de la ciudad y el precio de los alquileres era desorbitado. Ese lugar, a ochocientos kilómetros tierra adentro del rocoso y desfavorecido extremo norte habitable de la playa, era lo más que se podía permitir. La casa se levantaba en mitad de un maizal. Le contó a los niños lo que una vez su padre le había contado a ella: que por la noche se oía crecer el maíz.

Todos los días, cuando Sophie recogía las sábanas de Daisy lavadas a mano del tendedero, tenía que sacudirlas para quitarles los bichos del maíz.

—Significa «Gran Mierda» —dijo Philip retando a Eve con una mirada maliciosa.

Eve se detuvo en la entrada. La noche anterior ella y Sophie habían visto a Meryl Streep sentada en la camioneta de su marido, bajo la lluvia, aferrada al tirador de la puerta, invadida por la nostalgia al ver cómo su amante se marchaba. Luego giraron la cabeza, se miraron a los ojos llenos de lágrimas, menearon sus cabezas y comenzaron a reír.

—También significa «Gran Mamá» —dijo Philip en un tono más conciliador—. Así es como la llama a veces papá.

—Bueno —dijo Eve—, si ésa es tu pregunta, la respuesta es afirmativa.

Eve se preguntaba si Philip creía que Ian era su verdadero padre. No le había preguntado a Sophie qué le habían contado. Por supuesto, no haría una cosa semejante. Su verdadero padre era un muchacho irlandés que viajaba por Norteamérica sin saber muy bien qué hacer después de haber colgado los hábitos. Eve creía que no era más que un conocido de Sophie y, al parecer, ésta también pensaba lo mismo hasta que lo dedujo. («Era tan tímido que jamás imaginé que arrancaría», le había dicho Sophie). Hasta que Eve vio a Philip, no pudo realmente imaginar el aspecto del muchacho irlandés. Entonces lo vio reproducido con toda fidelidad en el niño: un joven irlandés de ojos brillantes, pedante, sensible, displicente, criticón, vergonzoso, retraído y pertinaz.

Parecido a Samuel Beckett, pensó, hasta en las arrugas. Claro que cuando el bebé se hizo mayor, las arrugas comenzaron a desaparecer.

Sophie, por entonces, se dedicaba a estudiar arqueología. Eve cuidaba de Philip mientras ella iba a clase. Eve era actriz; al menos lo era cuando conseguía trabajo. Ya en aquellos tiempos a veces no encontraba trabajo, y si tenía ensayos diurnos se llevaba a Philip con ella. Vivieron todos juntos durante un par de años —Eve, Sophie y Philip— en el apartamento de Eve en Toronto. Era ella quien paseaba a Philip en su carrito y de bebé —y, más tarde, en su sillita de paseo— por las calles que había entre Queen, Colelge, Spadina y Ossington, y durante aquellos paseos a veces descubría una perfecta, aunque descuidada, casita en venta en una calle sin salida de dos manzanas y sombreada por los árboles, que nunca antes había visto. Solía mandar a Sophie para que le echara un vistazo: iban con el agente de la inmobiliaria a verla y hablaban de la

hipoteca, de las reformas que tendrían que pagar y de las que ellas mismas podrían hacer, titubeaban y fantaseaban hasta que uno de sus periódicos pero intensos ataques de prudencia financiera, o hasta que alguien les persuadía de que estas encantadoras calles secundarias no eran ni la mitad de seguras para las mujeres y los niños que el luminoso, feo, vulgar y ruidoso lugar en el que vivían entonces.

Ian era una persona a la que Eve había prestado aún menos atención que al muchacho irlandés. Era un amigo; nunca venía al apartamento más que acompañado. Luego se fue a trabajar a California —era geógrafo urbano— y Sophie acumuló tal cuenta telefónica que Eve tuvo que llamarle la atención. De pronto el ambiente en el apartamento había cambiado totalmente. (¿Sería porque Eve no debía haber mencionado lo del recibo?). Poco después se planeó una visita y Sophie se llevó a Philip con ella porque Eve hacía una función en un teatro de provincias durante el verano.

No mucho después llegaron noticias desde California. Sophie e Ian se iban a casar.

«¿No sería más inteligente tratar de vivir juntos durante una temporada?», comentó Eve por teléfono desde la pensión, a lo que Sophie respondió: «No, no lo creo. Es raro. No cree en esas cosas».

«Pero es que no puedo faltar a la función para la boda», dijo Eve, «estamos en cartel hasta mediados de septiembre». «No importa», dijo Sophie, «no va a ser una boda, *boda*».

Y Eve no la volvió a ver hasta este verano. Al principio fue la falta de dinero por ambas partes. Cuando Eve trabajaba, se comprometía a fondo, y cuando no trabajaba, no podía permitirse ningún lujo. Poco después Sophie también consiguió un trabajo de recepcionista en la consulta de un médico. En cierta ocasión Eve estaba a punto de reservar un billete de avión justo cuando Sophie llamó para decir que había muerto el padre de Ian y que él iba a volar a Inglaterra para el funeral y traerse a su madre de vuelta.

—Y sólo tenemos una habitación —dijo.

—Ni pensarlo —dijo Eve—. Dos suegras en una misma casa ya es mucho, imagínate en una misma habitación.

—¿Quizá después de que ella se marche? —preguntó Sophie.

Pero aquella madre decidió quedarse hasta que naciera Daisy, hasta que se mudaran a la casa nueva, y en total decidió quedarse allí ocho meses. Por entonces Ian comenzó a escribir su libro y le era difícil e incómodo tener visitas en casa. Ya era bastante complicado en circunstancias normales.

Para entonces ya había pasado el tiempo en el que Eve tenía la suficiente confianza como para invitarse a sí misma. Sophie le enviaba fotos de Daisy, del jardín, de todos los cuartos de la casa.

Luego anunció que ella, Philip y Daisy irían a Ontario ese verano. Pasarían tres semanas con ella mientras Ian trabajaba solo en California. Después de tres semanas, él se les uniría y volarían de Toronto a Inglaterra para pasar un mes con su madre.

—Alquilaré una casita junto al lago —dijo Eve—. Ya veréis, será estupendo.

—Lo será —dijo Sophie—. Es increíble que haya pasado tanto tiempo.

Y así había ocurrido. Razonablemente estupendo, pensó Eve. Sophie no parecía molesta o sorprendida porque Daisy mojara la cama. Durante un par de días Philip se había mostrado

caprichoso y reservado, ponía mala cara cuando Eve contaba que le había conocido cuando era un bebé y se quejaba de los mosquitos que les atacaban mientras iban a toda prisa por el bosque hasta la playa. Quería que le llevaran a Toronto para ver el Centro Científico. Pero luego se calmó, nadaba en el lago sin quejarse del frío y se entretenía con pasatiempos solitarios, tales como hervir y raspar la carne de una tortuga muerta que había arrastrado hasta casa, para conservar el caparazón. En el estómago de la tortuga había un cangrejo sin digerir y su caparazón se desprendía a tiras, pero eso no le desanimó.

Mientras tanto, Eve y Sophie disfrutaban de la agradable rutina de las tareas domésticas mañaneras, tardes en la playa, vino en la cena y películas hasta bien entrada la noche. Se enfrascaban en especulaciones medio en serio sobre la casa. ¿Qué se podía hacer ella? Lo primero, arrancar el papel pintado del cuarto de estar, una imitación de un artesonado de imitación. Quitar el linóleo con sus estúpidas figuras de flores de lis doradas que se habían tornado marrones por el efecto de la arena y del agua sucia de fregar. Sophie estaba tan entusiasmada con la idea de arreglar la casa que levantó un trozo de linóleo podrido frente al fregadero y descubrió unas tablas de pino que seguramente se podrían acuchillar. Hablaron sobre lo que costaría alquilar una lijadora (por supuesto, en caso de que la casa fue suya) y sobre los colores que elegirían para pintar las puertas y los marcos, las contraventanas y los nuevos estantes de la cocina, en lugar de aquéllos de aglomerado tan deslucidos. ¿Y qué tal una chimenea de gas?

¿Y quién viviría allí? Eve. Los esquiadores que utilizaban la casa como centro de reuniones invernal estaban construyendo un lugar propio, y al casero le alegraría poder alquilarla todo el año. O a lo mejor la vendería a un precio muy bajo, tenido en cuenta su estado. Si al invierno siguiente Eve conseguía el trabajo que esperaba conseguir podría utilizarla como lugar de retiro. Y si no era así, ¿por qué no subarrendar el apartamento y vivir allí? Con la diferencia entre los alquileres, más la pensión de vejez que empezaba a recibir en octubre, más el dinero que todavía le llega de un anuncio de un suplemento dietético que hacía tiempo había hecho, podría ir tirando.

—Y además, si venimos en verano, siempre podemos contribuir con el alquiler —dijo Sophie. Philip les escucho. Dijo: «¿Todos los veranos?».

—Bueno, ahora te gusta el lago —dijo Sophie—. Esto te gusta, ¿verdad?

—Y ya sabes que no siempre hay tantos mosquitos —dijo Eve—. Lo peor suele ser a principios del verano. En junio, antes de llegar vosotros. En primavera hay muchos sitios pantanosos llenos de agua y ahí se crían, y luego esos lugares se secan y ya no salen más. Pero este año llovió tanto que esos lugares no se secaron, así que los mosquitos tuvieron una segunda oportunidad y ahora hay toda una nueva generación.

Había descubierto cuánto respetaba él la información y cómo la prefería a sus opiniones y recuerdos.

A Sophie tampoco le entusiasmaban los recuerdos. Siempre que se mencionaba el pasado que habían compartido ella y Eve —incluso aquellos meses posteriores al nacimiento de Philip, que Eve creía los más felices, los más duros, los de mayor sentido y los más armoniosos de su vida—, la cara de Sophie adquiría una expresión solemne, de disimulo, de juicios de valor pacientemente contenidos. Cuando hablaron del colegio de Philip, Eve descubrió que hacer cualquier mención a un periodo aún anterior, el de la infancia de Sophie, era como pisar un campo de minas. Sophie

consideraba el colegio de Philip demasiado riguroso, Ian lo veía bien.

«Menudo cambio respecto Blackbird», dijo Eve, y Sophie añadió de inmediato, casi con malicia: «Blackbird, menuda farsa. Cuando pienso que pagaste por aquello. ¡*Qué pagaste!*».

Blackbird era un colegio alternativo donde no existían los niveles y al que había ido Sophie (el nombre le venía de *Morning Has Broken*). A Eve le costaba más de lo que podía permitirse, pero había pensado que era el mejor sitio para una niña cuya madre era actriz y cuyo padre no daba señales de vida. Cuando Sophie tenía nueve o diez años, el colegio se cerró por desavenencias entre los padres.

—Aprendía mitología griega sin saber dónde estaba Grecia —dijo Sophie—. No sabía ni lo que era. Nos tirábamos las clases de arte haciendo carteles contra las armas nucleares.

—No me digas —dijo Eve.

—Lo hacíamos. Y literalmente nos acosaban a preguntas, nos acosaban para hablar de sexo. Era un acoso verbal. Y tú lo *pagabas*.

—No sabía que llegaba hasta ese punto.

—Bueno —dijo Sophie—. Sobreviví.

—Eso es lo que importa —dijo Eve vacilante—. Sobrevivir.

El padre de Sophie era de Kerala, al sur de la India. Eve le había conocido en un tren y sólo había pasado con él el tiempo del trayecto desde Vancouver hasta Toronto. Era un joven médico que estudiaba con una beca en Canadá. En su casa, en la India, tenía mujer y una hija pequeña.

El viaje en tren duró tres días. En Calgary hicieron una parada de media hora. Eve y el médico fueron de un sitio a otro buscando una farmacia para comprar condones. No encontraron ninguna. Cuando llegaron a Winnipeg, donde el tren paró durante una hora entera, ya era demasiado tarde. De hecho —según decía Eve al contar la historia—, cuando alcanzaron el extrarradio de Calgary, probablemente ya era demasiado tarde.

Él viajaba en un vagón de asientos: no era una beca muy generosa. Pero Eve había tirado la casa por la ventana y había cogido un compartimento privado. Fue esa extravagancia —una decisión de última hora—, la comodidad y la privacidad del compartimento privado habían sido los responsables, decía Eve, de la existencia de Sophie y del gran giro que dio su vida. Eso y no poder conseguir condones en ningún lugar cercano a la estación de Calgary.

En Toronto se despidió de su amante de Kerala de la manera en que uno se despide de una persona cualquiera a la que ha conocido en un tren, ya que había a recogerla a la estación el hombre que por entonces más le interesaba y que era el asunto central de su vida. Los tres días de viaje habían estado constantemente marcados por un continuo mecerse y balancearse del tren: los movimientos de los amantes no habían sido completamente deliberados, y tal vez por esa razón les habían parecido disculpables e ineludibles. El vaivén también debía de haber afectado a sus sentimientos y conversaciones. Eve los recordaba como dulces y generosos, nunca solemnes o desesperados. Hubiera resultado difícil mostrarse solemne cuando había que ingeniárselas con las dimensiones y salientes de un compartimento de tren.

Le había dicho a Sophie cuál era su nombre de pila: Thomas, por el santo. Hasta conocerle, Eve nunca había oído hablar de los antiguos cristianos del sur de la India. Cuando Sophie era una

quinceañera, durante una temporada sintió un cierto interés por Kerala. Se llevaba a casa libros de la biblioteca y le daba por ir a fiestas vestida con un sari. Hablaba de buscar a su padre cuando se hiciese mayor. El hecho de que conociera su nombre de pila y su especialidad —enfermedades de la sangre— le hacía creer que podría encontrarle. Eve insistió en la cantidad de población de la India y en las posibilidades que había de que ni siquiera permaneciera allí. Lo que le costaba imaginar era lo fortuito, lo casi inimaginable que necesariamente sería la existencia de Sophie en la vida de su padre. Por suerte la idea se desvaneció y Sophie dejó de vestirse con saris cuando todas esas prendas, tan espectaculares, tan étnicas, se trivializaron en exceso. A partir de entonces, la única vez que volvió a mencionar a su padre fue cuando estaba embarazada de Philip y bromeó sobre lo de mantener la tradición familiar del padre ausente.

Ya no hacía bromas de este tipo. Sophie se había vuelto impotente, femenina, elegante y reservada. En un momento dado —atravesaban el bosque camino a la playa y Sophie se inclinó y tomó en brazos a Daisy para poder escapar más rápidamente de los mosquitos—, Eve se quedó asombrada por la nueva y tardía revelación de la belleza de su hija. Una belleza intensa, sosegada y clásica, alcanzada no mediante el cuidado y la vanidad, sino como resultado de la dejadez y el deber. Tenía un aspecto más hindú, su piel de café con leche se había oscurecido con el sol californiano y bajo sus ojos aparecían dos medias lunas lila, signo de una suave fatiga permanente.

Todavía era una nadadora de mucho aguante. La natación era el único deporte que le había interesado y nadaba tan bien como siempre, dirigiéndose al parecer hacia la mitad del lago. El primer día que lo hizo, dijo «Ha sido maravilloso. Me sentía completamente libre». No mencionó que había sido así porque Eve estaba a cargo de los niños; pero ella entendió que no hacía falta mencionarlo. «Me alegro», dijo Eve; aunque la verdad es que se había sentido asustada. Varias veces había pensado ahora da la vuelta, pero Sophie seguía adelante, despreciando ese urgente mensaje telepático. Su oscura cabeza se convirtió primero en una mancha, luego en una mota y finalmente en una ilusión óptica que se agitaba entre las firmes olas. Lo que Eve temía, y no quería pensar, no era que a Sophie le fallaran las fuerzas, sino la voluntad de regresar. Como si esa nueva Sophie, esa mujer madura tan atada a la vida, pudiera en la práctica mostrarse más indiferente hacia su propia existencia que la chica que Eve había conocido antes, la joven Sophie con todos sus amores, riegos y dramas.

—Tenemos que devolver esa película a la tienda —le dijo Eve a Philip—. A lo mejor deberíamos devolverla antes de ir a la playa.

—Estoy harto de la playa —dijo Philip.

A Eve no le apetecía discutir. Ahora que Sophie estaba fuera, ahora que se habían alterado los planes y todos iban a marcharse ese mismo día, aquel mismo día, también ella estaba harta de la playa. Y harta de la casa. Ahora todo lo que veía era el aspecto que tendría aquella habitación al día siguiente: las ceras, los coches de juguete, las grandes piezas del sencillo rompecabezas de Daisy, todo ello recogido y trasladado a otro lugar. Los libros de cuentos que se sabía de memoria.

Ninguna sábana secándose en la ventana. Dieciocho días más, ella sola, en aquel lugar.

—¿Qué te parece si hoy vamos a algún otro sitio? —preguntó.

—¿Qué otro sitio? —preguntó Philip.
Que sea una sorpresa.

El día anterior Eve había llegado del pueblo cargada de provisiones: quisquilla fresca para Sophie —en aquellos tiempos la tienda de la aldea era un supermercado con clase y se podía encontrar prácticamente de todo—, café, vino, pan de centeno sin semillas de alcaravea porque Philip las aborrecía, un melón maduro, las cerezas oscuras que a todos les encantaban, aunque había que vigilar a Daisy por los huesos, una tarrina de helado de dulce de lecha y moca, y las cosas habituales que les servían para ir tirando una semana más.

Sophie recogía los restos de la comida de los niños. «Vaya», dijo, «y ahora, ¿qué vamos a hacer con todo esto?».

Dijo que Ian había llamado. Había telefonado diciendo que al día siguiente cogería el avión para Toronto. El trabajo con su libro había avanzado más rápido de lo que esperaba; había cambiado de planes. En lugar de esperar durante tres semanas, iba a llegar al día siguiente para recoger a Sophie y a los chicos y hacer un pequeño viaje con ellos. Quería ir a la ciudad de Quebec.

Nunca había estado allí y pensaba que los niños debían ver la parte de Canadá donde la gente hablaba francés.

—Se sentía solo —dijo Philip. Sophie se rió.

—Sí, nos echa de menos —dijo.

Doce días, pensó Eve. Habían pasado doce días de las tres semanas. Había tenido que alquilar la casa durante un mes. Le estaba prestando el apartamento a su amigo Dev, otro actor sin trabajo que sufría una crisis financiera, real o imaginaria, de tal calibre que contestaba el teléfono utilizando la gama de voces que empleaba en sus actuaciones. Le tenía afecto a Dev, pero no podía volver y compartir el apartamento con él.

Sophie dijo que irían a Quebec en el coche alquilado y regresarían directamente al aeropuerto de Toronto, donde tenían que devolver el vehículo. No mencionó que Eve pudiera ir con ellos. No había espacio en el coche alquilado pero ¿por qué no podía llevar ella su propio coche? Philip podría ir con ella para hacerle compañía. O Sophie. Ian podrían llevarse a los niños, ya que tanto les echaba de menos, y dejar descansar a Sophie. Ambas podrían hacer el viaje juntas, como solían hacer en verano cuando iban a algún pueblo que no conocían en el que a Eve le había salido trabajo.

Era ridículo. El coche de Eve tenía nueve años de antigüedad y no estaba en condiciones de hacer un viaje largo. Y era a Sophie a quien Ian echaba de menos, se notaba por su gesto cálido y evasivo. Además, a Eve no la habían invitado.

—Bueno, es genial —dijo Eve— que le haya ido tan bien con el libro.

—Lo es —dijo Sophie. Siempre tenía un aire de cuidadosa indiferencia cuando hablaba del libro de Ian, y al preguntar Eve de qué trataba, se limitó a decir: «Geografía urbana». Tal vez ése fuera el comportamiento adecuado de las esposas de universitarios, Eve nunca había conocido a ninguna.

—Así tendrás tiempo para tus cosas —dijo Sophie— después de tanto ajetreo. Descubrirás si

realmente quieres tener un lugar en el campo. Un retiro.

Eve tuvo que empezar a hablar sobre otra cosa, cualquier otra cosa, para abstenerse de preguntar con tristeza si Sophie aún pensaba volver al verano siguiente.

—Tengo un amigo que se fue a uno de esos lugares de retiro de verdad —dijo—. Es budista. No quizás hinduista. No un hindú de verdad —al oír mencionar a los hindúes, Sophie sonrió de una forma que venía a decir que ése era otro tema del que no se debía hablar. Eve continuó—: Bueno, lo que fuera, pues en aquel lugar de retiro no se podía hablar durante un periodo de tres meses.

Siempre había gente pululando, pero no se les podía hablar. Y me contó que una de las cosas que ocurría con frecuencia y de la que te prevenían era que te enamorabas de una de esas personas a la que nunca habías visto. Sentías que cuando no podías hablar te comunicabas con ellos de una manera especial. Claro que se trataba de una especie de amor espiritual y no se podía ir más allá. Sobre esas cosas eran muy estrictos. O al menos eso decía mi amigo.

—¿Y luego? —preguntó Sophie—. ¿Qué ocurría cuando por fin te dejaban hablar?

—Era una gran decepción. Normalmente la persona con la que pensabas que te habías comunicado no se había comunicado contigo para nada. Quizá pensaba que se había comunicado con otra persona, y ésta pensara que con otra...

Sophie se rió aliviada. «Así son las cosas», dijo. Contenta de que nadie se mostrara decepcionado, de no que no se hirieran sentimientos.

A lo mejor habían tenido una riña, pensó Eve. Quizá aquella visita no había sido más que parte de una estrategia. Tal vez Sophie se había llevado a los niños para demostrarle algo. Podía ser que lo de pasar una temporada con su madre no fuera más que el modo de demostrarle algo. Planear vacaciones futuras sin él, demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo. Una estratagema.

Y la pregunta del millón era: ¿Quién telefoneó a quién?

—¿Por qué no dejas aquí a los niños? —dijo Eve—. Mientras vas al aeropuerto. Luego vienes de vuelta, los recoges y te vas. Tendrías un poco de tiempo para ti y un rato a solas con Ian. Será una pesadilla tenerlos en el aeropuerto.

—Me tienta la idea —dijo Sophie.

De modo que al final eso fue lo que hizo.

Ahora Eve si preguntaba si ella misma se las había ingeniado para producir ese pequeño cambio y poder hablar con Philip.

(¿No fue una gran sorpresa cuando tu padre llamó desde California?)

Él no llamó. Le llamó mi madre.

¿Ah, sí? Ah, no lo sabía. ¿Qué le dijo?

Dijo: «No aguanto este sitio, estoy harta, a ver qué se nos ocurre para sacarme de aquí»).

Eve bajó la voz hasta un tono realista para indicar la interrupción del juego.

—Philip, Philip, escucha. Creo que debemos parar esto. Esa camioneta pertenece a algún granjero, girará en cualquier sitio y no podremos seguir persiguiéndola.

—Sí que podemos —dijo Philip.

—No podemos. Querrán saber qué estamos haciendo. A lo mejor se enfurecen.

—Llamaremos a nuestros helicópteros para que vengan y les disparen.

—No seas tonto. Sabes que esto es sólo un juego.

—Les dispararán.

—Creo que no tienen armas —dijo Eve, poniendo en práctica otra táctica. No han desarrollado ninguna clase de armas para destruir alienígenas.

—Estás equivocada —dijo Philip, y sin que ella le escuchase comenzó a describir cierto tipo de cohetes.

Cuando ella era niña y pasaba temporadas en el pueblo con su hermano y con sus padres, su madre a veces la llevaba a dar paseos en coche por el campo. No tenían coche propio; eran tiempos de guerra, llegaban hasta el pueblo en tren. La mujer encargada del hotel era amiga de la madre de Eve y, cuando iba en coche al campo para comprar maíz, frambuesas o tomates, las invitaba a acompañarla. A veces paraban para tomar el té y echar un vistazo a los viejos platos y muebles que vendían en el salón de una granja regida por una mujer emprendedora. El padre de Eve prefería quedarse en la plaza y jugar a las damas con otros señores. Había un gran cuadrado de cemento sobre el que habían pintado un tablero, cubierto por un techado pero sin muros, y allí, incluso cuando llovía, los hombres movían pausadamente las enormes fichas con largos palos. El hermano de Eve les observaba o iba a nadar sin que nadie tuviera que vigilarle; ya era mayor. Todo aquello había desaparecido, incluso el cuadrado de cemento había desaparecido, o tal vez habían construido sobre él.

Había desaparecido el hotel cuyas terrazas se extendían sobre la arena, al igual que la estación de ferrocarril con sus parterres de flores, dispuestos a modo de letras que formaban el nombre del pueblo. También los raíles del tren habían desaparecido. Ahora había un centro comercial construido a imitación de los antiguos, con un nuevo supermercado y una bodega y boutiques de ropa deportiva y tiendas de artesanía rural.

Cuando aún era pequeña y llevaba un lazo en el pelo, atado en lo alto de su cabeza, a Eve le encantaban aquellas expediciones campestres. Comía tartaletas de mermelada y pasteles recubiertos por un glaseado endurecido en su parte superior y reblandecido por dentro, y coronados con una jugosa cereza al marrasquino. Tenía prohibido tocar las porcelanas, el alfilerero de encaje y satén o las viejas muñecas de color cetrino, y las conversaciones entre las mujeres le producían de forma pasajera un efecto suavemente deprimente en su cabeza, al igual que las inevitables nubes. Pero disfrutaba al ir en el asiento trasero e imaginarse a sí misma sobre un caballo o en un carruaje real. Con el tiempo, se negó a ir. Comenzó a detestar ir siempre con su madre y que se la reconociera como la hija de su madre. Mi hija, Eve. Qué excesiva condescendencia, qué equivocadamente posesiva sonaba la voz de su madre en sus oídos. (Durante años utilizaría el mismo tono, o al menos una versión del mismo, como materia prima de algunas de sus más bastas y menos logradas actuaciones). También odiaba que su madre se vistiera con tanta elegancia en el campo, sus grandes sombreros, guantes y finos vestidos con flores bordadas, como verrugas. Por otro lado, los zapatos estilo Oxford —su madre los llevaba para aliviar sus calles— le proporcionaban un aspecto embarazosamente rotundo y raído.

«¿Qué es lo que más odiabas de tu madre?» era un juego que Eve solía practicar con sus amigas en los primeros tiempos, cuando acababa de emanciparse.

«Sus corsés», decía alguna chica, y otra añadía: «Los delantales mojados».

Cintas para el pelo. Brazos gordos. Citas bíblicas. Vaya por Dios.

«Sus callos», decía siempre Eve.

Hasta hacía poco se había olvidado por completo de ese juego. Recordarlo era como hurgar en el nervio de una muela picada.

Frente a ellos, la camioneta redujo la velocidad y sin previo aviso giró hace un largo sendero con árboles en fila a ambos lados. «No puedo seguirles más, Philip», dijo Eve, y pasó de largo. Pero al dejar atrás el sendero vio los postes de la valla. Tenían un aspecto inusual, con una forma como la de unos minaretes de estructura rudimentaria, decorados con guijarros encalados y unos pocos cristales de colores. Ninguno de ellos se mantenía erguido; estaban medio escondidos por varas de oro silvestre, de tal forma que habían perdido su aspecto de postes y parecían parte del decorado abandonado de un chillón escenario de opereta. En el momento en que los vio, Eve recordó otra cosa: un muro encalado, al aire libre, repleto de dibujos pintados. Los dibujos representaban escenas forzadas, fantásticas, infantil. Iglesias con pináculos, castillos con torres, casas rectangulares con ventanas cuadradas, amarillas y desproporcionadas. Árboles de Navidad triangulares y pájaros tropicales de colores, casi tan grandes como los árboles, un caballo gordo con patas pequeñas y ojos inyectados en sangre, ondulados ríos azules, como largas cintas, una luna, estrellas borrachas y gruesos girasoles que daban cabezadas sobre los techos de las casas. Y todo ello hecho a base de trozos de cristal de colores fijados en cemento o yeso. Lo había visto, y no en ningún lugar público; había sido en el campo, junto a su madre. El contorno de su madre se dibujaba frente al muro; hablaba con un viejo granjero, que tal vez tenía la misma edad de su madre, pero que a Eve le parecía viejo.

Su madre y la mujer del hotel se dedicaban a ver cosas curiosas durante aquellas excursiones, no sólo se fijaban en las antigüedades. Habían ido a ver un arbusto cortado en forma de oso y un huerto de manzanos enanos.

Eve no se acordaba de los postes para nada, pero le pareció que no podían ser de ningún otro lugar. Retrocedió con el coche y lo hizo virar hacia un camino estrecho bajo los árboles. Eran viejos y pesados pinos albares, probablemente peligrosos; se veían ramas medio muertas colgando y otras que ya habían caído y que yacían en la hierba o en la maleza a ambos lados del camino. El coche se bamboleaba a un lado y a otro por los baches y Daisy parecía disfrutar con aquel movimiento. Comenzó a hacer un ruido como acompañamiento. Ale, ale, ale.

Tal vez más adelante Daisy recordara esto —tal vez fuera lo único que recordase— de aquel día. Los árboles arqueados, la repentina sombra, el interesante movimiento del coche. Quizá las caras blancas de las zanahorias silvestres que rozaban las ventanillas. La sensación de tener a Philip junto a ella, su incomprensible y grave excitación, el estremecimiento de su voz infantil que dominaba de forma artificial. Un sensación mucho más imprecisa de Eve: brazos curtidos, desnudos y pecosos, rizados encrespados, rubio ceniza, recogidos con una cinta negra. Quizá un olor. Ya no a tabaco o a las cremas promocionales y a los cosméticos en los que Eve una vez gastó gran parte de su dinero. ¿A piel envejecida? ¿A ajo, a vino, a enjuague bucal?

Quizás Eve ya habría muerto cuando Daisy recordara todo aquello. Puede que Daisy y Philip se hubieran distanciado con el tiempo. Eve no se hablaba con su propio hermano desde hacía tres años. Desde que él le dijo por teléfono: «No deberías haberte hecho actriz si no estabas dotada para ello».

Nada indicaba que hubiese una casa enfrente, pero a través de una abertura entre los árboles se atisbaba el esqueleto de un granero, sin muros, las vigas intactas y el tejado íntegro pero volteado hacia un lado, como un gracioso sombrero. Parecía haber piezas de maquinaria, viejos coches o camiones, diseminados en un mar de hierbajos con flores. Eve no podía perder el tiempo mirando, trataba de controlar el coche en aquel camino tan agreste. La camioneta verde había desaparecido de la vista. ¿Dónde se había metido? Entonces se fijó en que el camino formaba una curva. Tomaron la curva; dejaron atrás la sombra de los pinos y salieron de nuevo a la luz. La misma espuma marina de zanahoria silvestre, la misma impresión de que había trastos viejos oxidados y esparcidos. Un seto alto y silvestre a un lado, y detrás, por fin, la casa. Una casa grande de dos pisos, de ladrillos de color gris amarillento, el desván de madera, las buhardillas rellenas de gomaespuma sucia. Una de las ventanas del piso inferior brillaba por el papel de aluminio que la recubría por dentro.

Había llegado al sitio que no era. No recordaba esa casa. Aquí no había un muro alrededor del césped cortado. Los árboles jóvenes crecían al azar entre la maleza.

La camioneta estaba aparcada frente a su coche. Y un poco más adelante se veía un trozo de terreno despejado y cubierto de grava, donde podría dar la vuelta con el coche. Pero no podía porque se lo impedía la camioneta. Tuvo que detenerse. Se preguntó si el hombre de la camioneta habría parado allí a propósito para que ella tuviese que darle alguna explicación. El hombre salió del coche con aire despreocupado. Sin mirar hacia atrás, soltó al perro que había estado saltando de aquí para allá y ladrando con espíritu belicoso. Una vez en el suelo, continuó ladrando, pero se mantuvo al lado de su dueño. El hombre llevaba una gorra que ensombrecía su cara, de modo que Eve no conseguía ver su expresión. Permaneció cerca de la camioneta mirándoles, pero si decidirse aún a acercarse.

Eve se desabrochó el cinturón de seguridad.

—No salgas —dijo Philip. Quédate en el coche. Da la vuelta. Sal de aquí.

—No puedo —dijo Eve—. No te preocupes. Perro ladrador, poco mordedor. No me hará daño.

—No salgas.

El juego se le había ido de las manos. Un niño de la edad de Philip podía dejarse llevar por un entusiasmo excesivo.

—Esto no es parte del juego —dijo ella. Sólo se trata de un hombre.

—Lo sé —dijo Philip. Pero no salgas.

—Déjalo ya, anda —dijo Eve, y salió y cerró la puerta—. Qué tal. Lo siento. He metido la pata. Creí que éste era otro lugar.

El hombre dijo algo así como «qué hay».

—La verdad es que buscaba otro sitio —dijo Eve—. Un lugar donde vino una vez cuando era una niña pequeña. Había un muro con dibujos, hechos con cristales rotos. Creo que era un

muro de cemento encalado. Cuando vi aquellos postes junto a la carretera, creí reconocerlos. Usted debió de pensar que lo seguíamos. Sé que esto suena un poco absurdo.

Oyó la puerta del coche abrirse. Salió Philip llevando a Daisy a rastras tras él. Eve creyó que Philip se había acercado a ella lo suficiente y estiró el brazo para alcanzarlo. Pero él se aportó de Daisy, rodeó a Eve y le habló al hombre. Se había repuesto del susto momentáneo y parecía encontrarse más seguro que Eve.

—¿Su perro es manso? —dijo con cierto aire retador.

—Perra. No te hará daño —dijo el hombre—. Siempre que yo esté aquí, no hay problema. Se pone tonta porque no es más que una cachorra. Es una cachorrita.

Era aún hombre pequeño, no más alto que Eve. Llevaba vaqueros y uno de esos chalecos abiertos de tela de colores, tejidos en Perú o en Guatemala. Cadenas de oro y medallones que brillaban sobre su pecho musculoso, bronceado y sin vello. Cuando hablaba echaba atrás la cabeza y Eve se dio cuenta de que su cara estaba más envejecida que su cuerpo. Le faltaban algunos dientes.

—No le molestaremos más —dijo ella—. Philip, estaba contándole a este hombre que llegamos a este camino buscando un lugar al que yo vine cuando era niña y donde había dibujos hechos con cristales de colores incrustados en un muro. Pero me equivoqué, porque no es aquí.

—¿Cómo se llama? —dijo Philip.

—Trixie —dijo el hombre, y al oír su nombre la perra saltó y golpeó su brazo. Le dio un golpecito con la mano—. Ni idea de los dibujos. Yo no vivo aquí. Harold puede que lo sepa.

—No se preocupe —dijo Eve mientras alzaba a Daisy hasta su cadera—. Si no le importase mover la camioneta hacia delante, yo podría dar la vuelta.

—Ni idea de los dibujos. Mira, si están en la parte de delante de la casa no los habría visto porque Harold tiene cerrada toda la parte de delante.

—No, estaban fuera —dijo Eve—. No importa. Esto fue hace años y años.

—Sí, sí, sí —dijo el hombre a medida que se entusiasmaba con la conversación—. Vete dentro y que Harold te lo cuente. ¿Conoces a Harold? Es el dueño. En realidad es de Mary, pero Harold la metió en la residencia, así que ahora es suya. No fue por su culpa, hubo que llevarla.

—Se dirigió hacia la camioneta y sacó dos cajas de cerveza.

—Tuve que ir al pueblo, Harold me mandó —continuó—. Vamos, hombre. Ve para allí. Harold se alegrará de veros.

—Vamos, Trixie —dijo Philip con severidad.

La perra se acercó ladrando y dando saltos a su alrededor, Daisy chillaba aterrorizada y encantada y con aquel barullo todos iban hacia la casa, Eve cargada con Daisy, y Philip y Trixie corriendo a su lado mientras subían unos montículos de tierra que en otro tiempo habían sido escalones. El hombre marchaba cerca, detrás de ellos, y olía a la cerveza que debía de haberse bebido en la camioneta.

—Abridla, adelante —dijo el hombre—. Pasad por ahí. ¿No os importa que esté un poco desordenado, verdad? Mary está en la residencia y no hay nadie para limpiar este sitio.

Tuvieron que abrirse camino entre un desorden total, un desorden de ésos que tarda años en

acumularse. La capa inferior esta compuesta por sillas, mesas, sofás, quizá una o dos estufas, ropa de cama vieja, periódicos, persianas, macetas con plantas muertas, tarugos, botellas vacías, lámparas rotas y varas para cortinas acumuladas encima de todo lo demás, y que en ciertos tramos llegaban hasta el techo y bloqueaban casi toda la luz exterior. Y para compensarlo había una luz encendida junto a la puerta interior.

El hombre descargó las cervezas, abrió la puerta y llamó a gritos a Harold. Era difícil saber en qué clase de habitación se encontraban. Había armarios de cocina con las puertas sin bisagras, unas cuantas latas sobre los estantes, pero también un par de catres con los colchones sin sábanas y mantas arrugadas. Las ventanas estaban tan cubiertas de muebles o de edredones colgantes que no había forma de averiguar dónde estaban. El olor era el propio de una tienda de trastos viejos, de un fregadero taponado o quizá de un retrete con el agua estancada, olor a comida y a grasa y a cigarrillos, a sudor humano, a heces de perro y a basura sin recoger.

Nadie respondía a la llamada. Eve se dijo la vuelta —aquí sí que había espacio para darse la vuelta, no como en la entrada— y dijo «no creo que debiéramos...» pero Trixie se cruzó en su camino y el hombre la esquivó para poder aporrear otra puerta.

—Aquí está —dijo, hablando aún a gritos a pesar de que la puerta estuviera abierta—. Aquí está Harold, aquí está.

Mientras tanto, Trixie avanzó como un rayo hacia adelante y se oyó la voz de otro hombre que decía: «Joder. Saca a la perra de aquí».

—Esta señora quiere ver unos dibujos —dijo el hombre bajito.

Trixie gimoteó de dolor; alguien le había dado una patada. Eve no tuvo más remedio que entrar en el cuarto.

Era un comedor. Había una vieja y pesada mesa de comedor y sillas macizas. Tres hombres se sentaban a la mesa y jugaban a las cartas. El cuarto hombre se levantó para darle una patada a la perra. En aquel cuarto la temperatura era de alrededor de treinta y cinco grados.

—Cierra la puerta, hay corriente —dijo uno de los hombres de la mesa.

El hombre bajito arrastró a Trixie de debajo de la mesa, la echó al cuarto exterior y cerró la puerta situada detrás de Eve y los niños.

—Joder —dijo el hombre que se había levantado. Su pecho y sus brazos tenían tal cantidad de tatuajes que su piel parecía púrpura o azulada. Agitaba uno de sus pies, como si se hubiera hecho daño. Quizá también había golpeado la pata de la mesa al darle la patada a Trixie.

Sentado y de espaldas a la puerta, había un hombre joven de hombros estrechos, angulosos y de cuello delicado. Eve supuso que era joven porque llevaba el pelo de punta teñido de color dorado y le colgaban aros de oro de las orejas. No se dio la vuelta. El hombre frente a él era tan mayor como la misma Eve y tenía la cabeza afeitada, una ordenada barba gris y unos ojos azules inyectados en sangre. Miró a Eve sin simpatía alguna, aunque con cierta comprensión e inteligencia, y en eso se diferenciaba del hombre tatuado, que la observaba como si fuera una alucinación que había decidido ignorar.

En el otro extremo de la mesa, en la silla del anfitrión o del padre, estaba el hombre que había dado la orden de cerrar la puerta, pero que no había levantado la mirada o prestado

atención alguna a la interrupción. Era una persona de complexión fuerte, gordo, y pálido, de sudorosos rizos castaños y, por lo que Eve pudo observar, estaba completamente desnudo. El hombre tatuado y el rubio llevaban vaqueros, mientras que el de la barba canosa vestía unos vaqueros, una camisa a cuadros abotonada hasta el cuello y corbata. Sobre la mesa había vasos y botellas. El hombre que se sentaba en la silla del anfitrión —debía de ser Harold— y el de la barba canosa estaban bebiendo whisky. Los otros dos bebían cerveza.

—Le dije que a lo mejor había dibujos en la fachada delantera de la casa pero no puede entrar porque la tienes cerrada —dijo el hombre bajito.

—Que te calles —dijo Harold.

—Lo siento mucho —dijo Eve. No parecía que hubiera otro remedio que seguir con su discurso, alargándolo para añadir que había visitado el hotel del pueblo de niña, lo de los paseos en coche con su madre, los dibujos en el muro, el recuerdo que guardaba de ellos, los postes de la valla, su indudable equivocación, sus disculpas. Habló directamente con el hombre de barba canosa, ya que parecía el único dispuesto a escuchar o capaz de entenderla. El brazo y el hombro de ella se resentían del peso de Daisy y de la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Aun así, mientras hablaba pensaba en cómo podría describir aquello; diría que era como encontrarse en mitad de una obra de Pinter. O igual que sus pesadillas frente a un público impávido, silencioso y hostil.

El de la barba canosa habló cuando a ella se le agotó todo lo agradable o exculpatorio que podía decir.

—No lo sé —dijo—. Tendrá que preguntárselo a Harold. Oye. Oye, Harold. ¿Sabes algo de unos dibujos hechos con cristales rotos?

—Dile que cuando ella andaba por ahí mirando dibujos, yo aún no había nacido —dijo Harold sin levantar la mirada.

—Señora, no ha tenido usted suerte —dijo el hombre de la barba canosa.

El tatuado silbó.

—Oye, tú —le dijo a Philip. Oye chaval, ¿sabes tocar el piano?

Había un piano en el cuarto, detrás de la silla de Harold. No había espacio entre el piano y la mesa, y estaba cubierto de toda clase de cosas inadecuadas, como platos y abrigos, al igual que el resto de la superficie de la casa.

—No —contestó Eve con rapidez—. No, no sabe.

—Se lo pregunto a él —dijo el tatuado—. ¿Sabes tocar alguna melodía?

—Déjale en paz.

—Saben, no me puedo marchar hasta que alguien mueva la camioneta —dijo Eve.

En este cuarto huele a semen, pensó.

Philip permanecía mudo, agarrado a Eve.

—Si pudiesen mover la camioneta... —dijo, dándose la vuelta y esperando encontrar detrás al hombre bajito. Se interrumpió cuando vio que no estaba allí, que había desaparecido del cuarto y que se había marchado sin que ella se diera cuenta. ¿Y qué pasaría si había echado el pestillo de la puerta?

Agarró el pomo de la puerta y lo hizo girar. La puerta se abrió con cierta dificultad y un

pequeño barullo al otro lado. El hombrecillo estaba allí agazapado, escuchando.

Eve salió sin dirigirle la palabra y cruzó la cocina con Philip trotando a su lado como si fuese el niño pequeño más dócil del mundo. Recorrió el estrecho camino de la entrada, entre la basura, y al llegar al aire libre inspiró ansiosa. No había respirado una bocanada de aire fresco en mucho rato.

—Sigue por la carretera y pregunta en la casa del primo de Harold —dijo el hombre bajito—. Es un sitio bonito. Una casa nueva y ella la tiene preciosa. Te enseñarán dibujos o cualquier cosa que quieras ver, te recibirán bien. Te pedirán que te sientes y os darán de comer. No dejan que la gente se vaya con el estómago vacío.

No había podido estar con el oído pegado a la puerta durante todo el rato porque había movido la camioneta. O alguien lo había hecho. No había rastro de ella, se la habían llevado a algún cobertizo o a algún otro lugar fuera de la vista.

Eve le ignoró. Abrochó el cinturón de seguridad de Daisy. Philip se abrochó el suyo sin que nadie tuviera que recordárselo. Trixie salió de algún lado y comenzó a dar vueltas al coche con aire desconsolado, olfateando los neumáticos.

Eve se metió dentro, cerró la puerta y puso su sudorosa mano sobre la llave. Arrancó el coche y lo lanzó hacia la grava, un espacio que estaba rodeado por gruesos arbustos —bayas, supuso— viejos lilos y malas hierbas. En algunas zonas esos arbustos estaban aplastados por montones de viejos neumáticos, botellas y latas. Resultaba difícil pensar que hubieran tirado cosas de la casa, teniendo en cuenta todo lo que quedaba en ella, pero al parecer así era. Y mientras Eve daba la vuelta con el coche vio, algo más allá, gracias a lo aplanados que estaban los arbustos, el fragmento de un muro en el que aún quedaban adheridos algunos pedazos blancuzcos.

Pensó que todavía quedaban trozos de cristal incrustados, que brillaban.

No aminoró la velocidad para poder observarlos. Esperaba que Philip no se hubiese dado cuenta, no fuera que quisiese parar. Dirigió el coche hacia el camino y dejó atrás los escalones terrosos que llevaban hacia la casa. El hombre bajito permanecía de pie, despidiéndose con ambos brazos, mientras Trixie meneaba la cola y se recuperaba de su asustada docilidad hasta el punto de despedirse ladrando y perseguir el coche a lo largo del camino. La persecución no era más que pura formalidad; la perra habría podido alcanzarles si hubiera querido. Eve había tenido que aminorar repentinamente la marcha al llegar a los baches.

Conducía con tal lentitud que era posible, hubiera sido sencillo para cualquiera, salir de entre la maleza alta por el lado del copiloto, abrir la puerta —Eve no había pensado en cerrar el pestillo— y saltar dentro.

Era el hombre rubio que estaba sentado ante la mesa, aquél cuyo rostro no había visto.

—No se asuste. Que nadie se asuste. Oiga, ¿podría llevarme en su coche?

No era ni un hombre ni un niño; era una muchacha. Una muchacha que llevaba puesta una especie de camiseta interior sucia.

—Está bien —dijo Eve. Apenas había conseguido mantener el coche en el camino.

—Antes, en la casa, no se lo podía pedir —dijo la muchacha—. Fui al baño, salí por la ventana y vino corriendo hasta aquí. A lo mejor todavía no saben que me he marchado. Están

cocidos —agarró un trozo de la camiseta, que le iba demasiado grande, y la olió—. Apesta. Acabo de cogerla, estaba en el baño, es de Harold. Apesta.

Eve dejó atrás los baches, la oscuridad del camino, y salió a la carretera comarcal.

—Dios, menos mal que he salido de ahí —dijo la muchacha—. No tenía ni idea de dónde me metía. Ni siquiera sé cómo llegué hasta allí, era de noche. No era lugar para mí, ¿sabe a lo que me refiero?

—La verdad es que sí que parecían totalmente borrachos —dijo Eve.

—Sí. Bueno, lo siento si la he asustado.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Pensaba que si no me colaba de un salto no se iba a parar. ¿Habría parado?

—No lo sé —dijo Eve—. Supongo que lo habría hecho si me hubiera dado cuenta de que eres una chica. La verdad es que antes ni te había visto.

—Sí. La verdad es que ahora no parezco gran cosa. Estoy hecha una mierda. No voy a decir que no me gustan las juergas. Claro que me gustan. Pero hay juergas y juergas. ¿Sabe a lo que me refiero?

Se giró y observó a Eve tan fijamente que durante un instante ésta tuvo que apartar la vista de la carretera y devolverle la mirada. Y lo que pudo ver era que esta muchacha estaba mucho más borracha de lo que por su voz parecía. Sus grandes ojos castaños estaban vidriosos aunque los mantuviera muy abiertos, redondeados sólo gracias a su esfuerzo, y poseían la suplicante aunque distante expresión de los ojos de los borrachos, una especie de desesperada insistencia en tratar de engañarte. En algunas partes, su piel estaba cubierta de manchas y en otras revelaba un color ceniciento, el rostro consumido por los efectos de una noche en vela. Era morena natural —sus dorados pelos de punta eran intencionada y provocativamente oscuros en las raíces— y lo bastante bonita, si se pasaba por alto su aspecto desastrado, como para preguntarse cómo había acabado liándose con Harold y su pandilla. Su forma de vida y la moda del momento debían de haberle hecho perder siete u ocho kilos de su peso normal, pero no era alta y la verdad es que tampoco tenía aspecto de chico. Su tendencia naturaleza la de ser una adorable niña mofletuda, una encantadora regordeta.

Herb tiene que estar loco para haberla dejado entrar —dijo la chica—. Le falta un tornillo, a Herb.

—Eso me ha parecido.

—No sé lo que hace por ahí, supongo que trabaja para Harold. Tampoco creo que Harold lo trate muy bien.

Eve nunca había pensado que pudieran atraerle sexualmente otras mujeres. Y parecía poco probable que esa muchacha, sucia y desastrada como estaba, pudiera atraer a nadie. Pero quizá la chica no lo creía así, debía de estar muy acostumbrada a resultar atractiva. En too caso, deslizó su mano a lo largo del muslo desnudo de Eve hasta quedarse a poco del dobladillo de sus pantalones cortos. Era un movimiento en el que debía de tener práctica, para hacerlo tan borracha como estaba. Extender los dedos y pellizcar la carne habría sido excesivo para un primer intento. Un movimiento ya practicado, pretendidamente alentador pero mecánico, tan carente de una lujuria sincera, apasionada, vergonzante e íntima que Eve sintió que la mano

podía no haber ido tan lejos, que podía haberse limitado a acariciar la tapicería del coche.

—Estoy bien —dijo la muchacha, y su voz, al igual que su mano, luchaba por situarlas, a Eve y a ella misma, en un nivel de mayor intimidad—. ¿Sabe a lo que me refiero? Me entiende, ¿verdad?

—Claro —dijo Eve con energía, y la mano se alejó lentamente, dando fin a la gentileza de la prostituta extenuada. Pero la mano no había fracasado; no del todo. Pese al descaro y el poco entusiasmo, había bastado para poner en funcionamiento algunas de las viejas emociones.

Y el hecho de que ese gesto le hubiera afectado mínimamente sumió a Eve en la inquietud, extendió una sombra sobre su pasado hasta ese momento, una sombra que cubría todas las relaciones sexuales que había experimentado en su vida, las que habían sido turbadoras e impulsivas al igual que las esperanzadas y más serias, aquéllas de las que se arrepentía y aquéllas otras de las que no. No se trataba de un arrebato de sonrojo o de la sensación de haber pecado; era simplemente una sombra de vergüenza. Qué ironía, comenzar a anhelar en aquel instante un pasado más puro, un borrón y cuenta nueva.

Aunque quizás era así; tal vez todavía, y desde siempre, anhelaba el amor.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó.

La chica se giró bruscamente, de cara a la carretera. «¿Hacia dónde vas?», preguntó. «¿Vives por aquí?». El tono desfigurado de su seducción había cambiado, como sin duda cambiaría después del sexo, para pasar a un tono de miserable petulancia.

—Hay un autobús que pasa por el pueblo —dijo Eve—. Para en la gasolinera. He visto el letrero.

—Sí, pero pasa una cosa —dijo la muchacha—. No tengo dinero. Mire, me marché de ahí con tanta prisa que no llegué a recoger mi dinero. Así es que, ¿qué sentido tendría coger el autobús si no tengo un centavo?

Lo que había que hacer era no reconocer la posibilidad de una amenaza. Decirle que si no tenía dinero podía hacer autostop. No era probable que llevase una pistola en los vaqueros. Lo único que pretendía era hacerle creer que sí la llevaba.

Pero ¿y un cuchillo?

La chica giró por primera vez la cabeza hacia atrás para mirar el asiento trasero.

—¿Estáis bien ahí atrás? —preguntó.

No hubo respuesta.

—Son monos —dijo—. ¿Son tímidos con los desconocidos?

Eve se sentía estúpida por haberse puesto a pensar en sexo cuando la realidad, el peligro, se encontraba en otro lugar.

El bolso de Eve estaba en el suelo del coche, frente a los pies de la muchacha. No sabía cuánto dinero había dentro. Sesenta, setenta dólares. Poco más podía haber. Si le ofrecía dinero para comprar una billete, la muchacha elegiría un destino caro. Montreal. O por lo menos Toronto. Si le decía «coge lo que hay ahí dentro», la muchacha se daría cuenta de que se había rendido. Intuiría el miedo de Eve y trataría de ir más lejos. ¿Qué era lo más que podía hacer? ¿Robar el coche? Si dejaba a Eve y a los niños junto a la carretera, la policía no tardaría ni un minuto en pisarle los pasos. Si los mataba y los dejaba en la cuneta, podría llegar algo más

lejos. O si se los llevaba con ella mientras los necesitase, presionando con un cuchillo el costado de Eve o la garganta de uno de los críos.

Esas cosas pasan. Pero no con tanta frecuencia como en televisión o en las películas. Esas cosas no suelen ocurrir.

Eve cogió la carretera comarcal, que estaba bastante más transitada. ¿Por qué esta carretera le hacía sentirse mejor? Allí la seguridad no era más que una ilusión. Podía estar conduciendo por la autopista, en mitad del tráfico y dirigiéndose con los niños hacia la muerte.

—¿Adónde lleva esta carretera? —dijo la chica.

—Va hacia la autopista principal —respondió Eve.

—Pues vamos allá.

—Allí es adonde me dirijo —dijo Eve.

—¿Adónde lleva la autopista?

—Hacia el norte, a Owen Sound, o más arriba, a Tobermory, donde se coge el barco. Hacia el sur... no lo sé. Pero se junta con otra autopista por la que se va a Sarnia. O a Londres. O a Detroit o a Toronto, si sigues.

No intercambiaron más palabras hasta que llegaron a la autopista. Eve la tomó y dijo: «Ya estamos».

—¿Hacia dónde va ahora?

—Voy hacia el norte —respondió Eve.

—¿Entonces es por ahí por donde vive?

—Voy al pueblo. Voy a parar para poner gasolina.

—Tiene gasolina —dijo la chica—. Tiene lleno más de medio depósito.

Había sido una estupidez. Debía haber dicho comida.

De la chica salió un gran gemido de decisión, quizá de resignación.

—¿Sabe? —dijo—. ¿Sabe? Quizá lo mejor sea bajarme aquí si lo que quiero es que alguien me lleve. Aquí pueden cogermelo igual que en cualquier otro sitio.

Eve se detuvo en el arcén. El alivio comenzaba a tornarse en vergüenza. Probablemente fuera cierto que la chica había escapado sin coger el dinero y que no tenía nada. ¿Cómo se debía sentir una persona borracha, deshecha, sin dinero y abandonada en medio de una carretera?

—¿Hacia dónde dijo que va? —preguntó la chica.

—Hacia el norte —repitió Eve.

—¿Por dónde dice que se llega a Sarnia?

—Hacia el sur. No tienes más que cruzar la carretera, los coches van hacia el sur. Cuidado al cruzar.

—Claro —dijo la muchacha. Su voz sonaba distante; ya estaba pensando en nuevas posibilidades. Tenía medio cuerpo fuera del coche cuando dijo «hasta luego». Y dirigiéndose al asiento trasero, añadió: «Chavales, nos vemos. Sed buenos».

—Espera —dijo Eve. Se inclinó hacia delante, buscó su cartera dentro del bolso y sacó un billete de veinte dólares. Salió del coche y fue hacia donde esperaba la muchacha—. Aquí tienes. Esto te ayudará.

—Si, gracias —dijo la muchacha mientras metía el billete en su bolsillo, los ojos clavados en la carretera.

—Escucha, por si te quedas tirada, te diré dónde está mi casa. Está a unas dos millas de aquí.

Hacia el norte. Por aquí. Ahora está allí mi familia, pero van a marcharse esta noche, si eso te molesta. En el buzón está escrito el apellido Ford. No me llamo así, no sé por qué está ahí. Es una casa solitaria en medio del campo. Tiene una ventana normal y corriente a un lado de la puerta de entrada y una ventanita de aspecto extraño al otro lado. Ahí es donde pusieron el baño.

—Muy bien —dijo la muchacha.

—Lo digo por si no te recoge nadie...

—Vale —dijo la muchacha—. Muy bien.

Cuando reemprendieron la marcha, Philip dijo:

—¡Qué asco! Olía a vómito —y un poco más adelante, añadió—: Ni siquiera sabía que había que mirar al sol para orientarse. Qué tonta, ¿no?

—Supongo —dijo Eve.

—Bah. Nunca he visto a nadie tan estúpido.

Mientras cruzaban el pueblo, Philip preguntó si podían parar a comprar helados, Eve respondió que no.

—Hay tanta gente para comprar helados que es difícil encontrar un lugar para aparcar —dijo—. En casa tenemos helado de sobra.

—No deberías decir «en casa» —dijo Philip—. No es más que donde estamos pasando una temporada. Deberías decir «la casa».

Los extremos de las grandes haces de heno situados en un campo al este de la autopista miraban hacia el sol, y estaban tan comprimidos que parecían escudos, gongs o máscaras aztecas de metal. Más allá había un campo de plumas de un dorado suave y pálido.

—Eso se llama cebada, esas cosas doradas que tienen plumas encima —le dijo Eve a Philip.

—Lo sé —respondió.

—A veces a las plumas las llaman barbas —y comenzó a recitar—: «Pero los segadores, segando temprano, entre la cebada barbada...».

—¿Qué significa febada? —le preguntó Daisy.

—Ce-ba-da —dijo Philip.

—«Únicamente los segadores, segando temprano» —dijo Eve. Trataba de recordar—. «Salvo los segadores, segando temprano...».

«Salvo», era lo que sonaba mejor. Salvo los segadores.

Sophie e Ian habían comprado maíz en un puesto al borde de la carretera. Para la cena. Habían cambiado de planes; no se marcharían hasta la mañana siguiente. Habían comprado también una botella de ginebra, un poco de tónica y unas limas. Ian preparó las bebidas mientras Eve y Sophie se sentaban a pelar las mazorcas.

—Dos docenas. Es una locura —dijo Eve.

—Espera y verás —dijo Sophie—. A Ian le encanta el maíz.

Ian hizo una reverencia cuando se presentó ante Eve con su copa y ésta tras probarla, dijo: «Está divino».

Ian no guardaba gran parecido con aquél a quien ella recordaba o había imaginado. No era un hombre alto, teutón y sin sentido del humor. Era esbelto, de pelo liso, de mediana estatura, rápido de reflejos y sociales. Sophie estaba menos segura, más prudente en todo lo que hacía o decía, que antes de que él llegara. Pero también parecía más feliz.

Eve contó lo ocurrido. Comenzó con el tablero de damas de la playa, el hotel que había desaparecido, los paseos por el campo en coche. Incluyó en el relato las ropas de ciudad que llevaba su madre, sus vestidos de tela muy fina y las combinaciones que no hacían juego, pero no los sentimientos de repugnancia de la joven Eve. Luego vinieron las cosas que iban a ver, como el huerto enano, el estante con las viejas muñecas, los maravillosos dibujos elaborados con cristales de colores.

—Un poco al estilo de Chagall —dijo Eve—. ¿Chagall?

—Claro —dijo Ian—. Hasta nosotros, los geógrafos urbanos, conocemos a Chagall.

—Lo siento —canturreó Eve. Ambos se echaron a reír.

Ahora le tocó el turno a los postes de la valla, el repentino recuerdo, el camino oscuro, el granero en ruinas, la maquinaria oxidada, la casa que estaba hecha un desastre.

—El dueño estaba allí jugando a las cartas con sus amigos —dijo Eve—. No sabía nada sobre el asunto. No lo sabía o no le importaba. Y Dios mío, pensad que puede que haga casi sesenta años que no he estado allí.

—Qué pena, mamá —dijo Sophie. Estaba encantada de ver lo bien que iban las cosas entre Eve e Ian—. ¿Estás segura de que se trataba del mismo lugar?

—Quizá no —dijo Eve—. Quizá no.

No mencionó el trozo de muro que había visto más allá de los arbustos. ¿Para qué molestarse cuando había un montón de cosas que era mejor no mencionar? Primero, el juego al que había jugado con Philip y que a él le había sobreexcitado. Luego, casi todo sobre Harold y sus compañeros. Y todo, absolutamente todo, sobre la muchacha que se había colado en el coche.

Hay personas que emanan decencia y optimismo hacia quienes les rodean, que parecen purificar los ambientes en los que se asientan, y a esa gente no se les puede contar determinadas cosas, resultaría demasiado perturbador. Eve se sorprendió al comprobar que Ian era una de esas personas, a pesar de su gentileza actual, y que Sophie agradecía a su buena estrella haberse topado con un hombre como él. Solía ser la gente mayor quienes reclamaban esa clase de protección, pero ahora parecía que cada vez había más gente joven que la necesitaba, y Eve debía intentar no revelar que ella estaba entre dos aguas. Se exponía a que su vida entera pudiera interpretarse como un indecoroso ir y venir, un error absoluto.

Podía contar que la casa olía a infamia y que el dueño y sus amigos tenían un aspecto ruin e inequívocamente etílico, pero no que Harold estuviera desnudo, y nunca, jamás, contar que ella hubiera tenido miedo. Y nunca jamás mencionar aquello que le había provocado miedo.

Philip se encargó de recoger los cascabillos del maíz y de llevarlos fuera para tirarlos por

el campo. De vez en cuando Daisy recogía unos cuantos y se los llevaba para repartirlos por la casa.

Philip no había añadido nada al relato de Eve y no parecía haberse interesado siquiera por el mismo hecho del relato. Pero una vez acabado éste, Ian, interesado en establecer una relación entre esta anécdota local y sus estudios profesionales, le preguntó a Eve que sabía sobre la ruptura de los viejos patrones por los que se regía la vida rural y en los pueblos, sobre cómo se había extendido lo que se había dado en llamar el agricomercio, y en ese instante Philip interrumpió su trabajo de inclinarse y recoger cascabillos de entre los pies de los adultos, alzó la vista y miró a Eve. Fue una mirada tajante, un instante de indiferencia conspiradora, una sonrisa soterrada que se desvaneció antes de que pudiera existir necesidad alguna de identificarla.

¿Qué significaba aquella mirada? Únicamente que él había comenzado la labor privada de almacenar y mantener en secreto, de decidir por su cuenta qué merecía conservarse y de qué forma, decidir lo que estas cosas significarían para él en su desconocido futuro.

Si la muchacha venía a buscarla, aún estarían todos allí. La discreción de Eve no le habría servido de nada.

Pero la chica no vendría. Conseguiría ofertas mucho mejores antes de que pasara diez minutos junto a la carretera. Ofertas más peligrosas, tal vez, pero también más interesantes y sin duda más beneficiosas.

La muchacha no vendría. A no ser que se topara con un gandul de su edad, sin casa ni corazón. (Sé donde hay un sitio en el que nos podemos quedar, si nos quitamos de encima a la vieja).

Esta noche no, pero a la noche siguiente Eve se acostaría en su casa vacía, con sus paredes de cartón que la envolverían como un armazón de papel, deseando olvidarse de las preocupaciones, liberada de cualquier consecuencia, sin nada en la cabeza salvo el susurro del maíz, alto y profundo, que quizá ya hubiera dejado de crecer, pero que todavía, en la oscuridad, emitía un ruido lleno de vida.

5. Las niñas se quedan

Hace treinta años, una familia pasaba las vacaciones en la costa este de la isla de Vancouver. Un padre y una madre jóvenes, sus dos hijas pequeñas y un matrimonio mayor, los padres del marido.

Qué tiempo tan maravilloso. Cada mañana, todas las mañanas son como ésta, el primer rayo de luz solar atraviesa las ramas altas y quema la bruma que reposa sobre el agua en calma del estrecho de Georgia. La marea baja, una gran extensión vacía de arena todavía húmeda pero por la que se puede caminar fácilmente, como el cemento en su última fase de secado. La verdad es que la marea está menos baja; cada mañana se reduce más la vereda de arena, pero aún parece lo bastante amplia. Los cambios de la marea son de gran interés para el abuelo, pero no tanto para los demás.

A Pauline, la joven madre, en realidad no le gusta tanto la playa como el camino que recorre la parte trasera de las casitas, aproximadamente a lo largo de una milla, en dirección al norte, hasta interrumpirse en la orilla de un riachuelo que corre hacia el mar.

Si no fuera por la marea, sería difícil recordar que esto es el mar. En el horizonte, más allá del agua, se ven las montañas de la península, la cordillera que forma el muro oriental del continente norteamericano. Esos montículos y picos montañosos que se perfilan a través de la bruma y que asoman aquí y allá por entre los árboles, que Pauline contempla mientras empuja la sillita de paseo de su hija por el camino, también son de interés para el abuelo. Y para su hijo Brian, el marido de Pauline. Los dos hombres tratan constantemente de dilucidar qué es cada cosa. ¿Cuáles de esas formas son en realidad montañas continentales y cuáles son improbables cerros de las islas que asoman frente a la orilla? Es difícil llegar a una conclusión cuando la formación es muy compleja y hay partes que alteran el sentido de la distancia dependiendo de la distancia luz que a lo largo del día las ilumine.

Pero hay un mapa, alojado bajo un cristal, entre las casitas y la playa. Uno se puede quedar mirando el mapa y después observar lo que tiene delante y consultar de nuevo el mapa hasta aclararse. El abuelo y Brian lo hacen todos los días y normalmente no se ponen de acuerdo, aunque con el mapa delante uno pensaría que no hay mucho lugar para el desacuerdo. A Brian el mapa le parece impreciso. Pero su padre no quiere oír ni una sola crítica sobre aspecto alguno del lugar, que él mismo eligió para las vacaciones. El mapa, como el alojamiento y el tiempo, es perfecto.

La madre de Brian ni siquiera quiere mirar el mapa. Dice que le desconcierta. Los hombres se ríen, están de acuerdo en que está sumida en la confusión mental. Su marido opina que le ocurre

porque es mujer. Brian opina que le ocurre porque es su madre. Su preocupación es que alguien tenga hambre o tenga sed, que las niñas lleven sus gorras para protegerse del sol y que las hayan bañado en crema de protección solar. ¿Y qué es esa extraña picadura que Caitlin tiene en su brazo y que no parece la picadura de un mosquito? Obliga a su marido a llevar una gorra de algodón y dice que también Brian debería llevarla, le recuerda lo malo que se puso por culpa del sol aquel verano que fueron a Okanagan, cuando era niño. Brian a veces le dice: «Anda, mamá, cierra la boca». Su tono es de lo más afectuoso, pero su padre es capaz de llamarle la atención, a estas alturas, diciéndole que ésa no es forma de hablarle a su madre.

—A ella le da igual —afirma Brian.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta su padre.

—Por el amor de Dios —dice su madre.

Cada mañana, Pauline se desliza de la cama en cuanto se despierta; se desliza fuera del alcance de los largos brazos y piernas de Brian, que adormilados la buscan. Se despierta con los primeros chillidos y balbuceos del bebé, Mara, en la habitación de las niñas, y luego con el chirriar de su cuna, donde la pequeña —tiene dieciséis meses y está llegando al final de la primera infancia— se levanta para agarrarse a los barrotes. Continúa con su suave y afable parloteo mientras Pauline la coge —Caitlin, de casi cinco años, se mueve de un lado a otro en la cama sin despertarse— y carga con ella hasta la cocina, donde la pone en el suelo para cambiarla. Después la coloca en su sillita y le da una galleta y un biberón de manzana, mientras Pauline se pone el vestido de tirantes y las sandalias, se dirige al baño y se peina, lo más rápida y silenciosamente que puede. Salen de la casa y dejan atrás otras casas al recorrer el camino lleno de baches, sin pavimentar, casi cubierto por la profunda sombra de la mañana, el suelo de un túnel que discurre entre los abetos y los cedros.

El abuelo, que también se levanta temprano, las ve desde el porche de su casa y Pauline lo ve a él. Se limitan a saludarse con la mano. Él y Pauline no tienen mucho que decirse (aunque las continuas bufonadas de Brian o algún que otro insistente alboroto de la abuela, acompañado de disculpas, les hacen sentir cierta afinidad: no quieren mirarse el uno al otro por miedo a que su mirada revele un matiz de desprecio hacia los demás).

Durante estas vacaciones, Pauline roba tiempo de donde puede para poder estar sola; estar con Mara es casi lo mismo que estar sola. Los paseos a primera hora de la mañana o a última hora de la mañana, cuando lava y cuelga los pañales. Podría sacar otra hora por la tarde, mientras Mara duerme la siesta, pero Brian ha montado un refugio en la playa y siempre baja el moisés para que Mara pueda dormir allí y Pauline no tenga que ausentarse. Le dice que sus padres se ofenderían si ella necesita tiempo para estudiar cuidadosamente su diálogo en una obra de teatro en la que va a participar este septiembre, de vuelta a Victoria.

Pauline no es actriz. Se trata de una producción de aficionados, pero ella ni siquiera es una actriz aficionada. No es que ella se presentara para el papel, lo que ocurrió es que había leído la obra: *Eurídice*, de Jean Anouilh. Pero claro, es que Pauline lee de todo.

En junio, un hombre al que conoció en una barbacoa le preguntó si le gustaría tener un papel en la obra. La gente que había asistido a la barbacoa eran, en su mayoría, profesoras y profesores con

sus maridos o esposas; la cena se celebraba en casa del director del instituto donde enseña Brian. La profesora de francés, una viuda, trajo a su hijo, ya mayorcito, que estaba viviendo con ella durante el verano y trabajaba como recepcionista nocturno en un hotel del centro. Ella le contó a todo el mundo que el chico había conseguido un trabajo de profesor en una escuela universitaria al oeste del estado de Washington y que comenzaba en otoño.

Se llamaba Jeffrey Toom. «Toom, no *Tumba*», decía como si le hiriese lo trivial de la broma.

Tenía un apellido diferente al de su madre porque ésta había enviudado dos veces y era el hijo de su primer marido. «No tengo garantías de que dure. Es un contrato de un año», decía sobre el trabajo.

¿Qué iba a enseñar?

—Arte dra-má-ti-co —decía arrastrando las sílabas en tono burlón.

Hablaba con menosprecio de su trabajo de entonces.

—Es un lugar bastante sórdido —dijo—. Tal vez hayan oído hablar del hotel, es donde mataron a una puta el invierno pasado. Y luego también tenemos a los perdedores que se meten una sobredosis y a otros que deciden quitarse de en medio.

La gente no sabía muy bien cómo reaccionar ante esta forma de hablar y todos le rehuían.

Excepto Pauline.

—Estoy pensando en montar una obra —dijo él—. ¿Te gustaría participar?

Le preguntó si había oído hablar de una obra llamada *Eurídice*.

—¿Te refieres a la de Anouilh? —preguntó Pauline ante la poco halagadora sorpresa de él.

Añadió de inmediato que no sabía si el proyecto llegaría a salir adelante.

—Pensé que sería interesante comprobar si aquí se puede hacer algo interesante, en la tierra de Noël Coward —dijo.

Pauline no recordaba cuándo se había estrenado una obra de Noël Coward en Victoria, aunque supuso que se habrían representado varias.

—El invierno pasado vimos *La duquesa de Malfi* en la universidad. Y en el teatro pequeño dieron *Un sonoro retintín*, pero no la vimos —dijo Pauline.

—Sí. Bueno —dijo él ruborizándose. Le había parecido que era mayor que ella, por lo menos de la edad de Brian (que tenía treinta años, aunque la gente decía que por su manera de comportarse no lo parecía), pero tan pronto como empezó a hablar de esa forma improvisada y ligeramente desdeñosa, sin acabar de mirarla a los ojos, sospechó que era más joven de lo que quería aparentar. Ahora sí que tenía la certeza: ese rubor le había delatado.

Al final resultó que era un año más joven que ella. Veinticinco años.

Pauline dijo que no podía ser *Eurídice*; no sabía actuar. Pero Brian se acercó para enterarse de qué hablaban y de inmediato le dijo que debía intentarlo.

—Lo que necesita es una patada en el culo —le dijo Brian a Jeffrey—. Es como una pequeña mula, le cuesta arrancar. No, en serio, le gusta pasar demasiado inadvertida. Siempre se lo digo. Es muy lista. La verdad es que es mucho más lista que yo.

Jeffrey fijó su mirada en los ojos de Pauline con un aire inquisitivo y descarado y ahora fue ella quien se ruborizó.

Inmediatamente la eligió como *Eurídice* por su aspecto. Pero no porque fuese hermosa.

—Nunca le daría ese papel a una mujer guapa —dijo—. Me parece que nunca pondría una belleza en el escenario. Es excesivo. Distrae.

¿Qué quería decir con respecto a su aspecto físico? Dijo que era por su pelo, largo, oscuro, bastante abundante (lo cual no estaba de moda en aquellos tiempos) y por su tez pálida («este verano que no te dé el sol») y, por encima de todo, por sus cejas.

—Nunca me han gustado —dijo Pauline, no muy sinceramente. Sus cejas eran uniformes, oscuras, exuberantes. Dominaban su cara. Igual que su pelo, que no estaba de moda. Pero si realmente le hubieran disgustado, ¿no se las habría depilado?

Jeffrey pareció no oírla.

—Te dan un aire malhumorado y eso es inquietante —dijo—. Tu mandíbula también es un tanto pesada y eso tiene algo de griego. Daría mejor en una película, en un primer plano. Lo típico con la figura de Eurídice sería una chica de aspecto etéreo. Yo no la quiero etérea.

Mientras paseaba a Mara por el camino, Pauline estudiaba el diálogo. Hacia el final había un parlamento que le resultaba difícil. Los baches sacudían la sillita mientras se repetía para sí: «Eres terrible, ¿sabes?, terrible como los ángeles. Crees que todo el mundo avanza fuerte y claro como tú... Oh, por favor, no me mires, querido, no me mires todavía... Tal vez no soy la que tú quisieras que fuese, pero estoy aquí, soy cálida, soy suave y te quiero. Te daré todas las felicidades que pueda. No me mires. Déjame vivir».

Se había comido algo. «Tal vez no soy la que tú quisieras que fuese... pero me sientes junto a ti, ¿verdad? Estoy aquí, soy cálida, soy suave...».

Le había comentado a Jeffrey que le parecía una obra hermosa.

—¿Tu crees? —contestó él.

Cuanto ella decía ni le satisfacía ni le sorprendía, parecía considerarlo predecible, superfluo. Él nunca diría eso de una obra de teatro. La consideraba un obstáculo que había que superar. También un reto lanzado a sus enemigos. A los «pedantéelos» académicos —como solía llamarlos— que habían representado *La Duquesa de Malfi*. Y a los bobos sociales —como los llamaba— del teatro pequeño. Él, al dar su obra —la llamaba su obra—, se veía a sí mismo como un intruso que les ponía los puntos sobre las íes a aquella gente, enfrentándose a su desprecio y a su oposición. En un principio Pauline pensó que aquello era fruto de la imaginación de él y que lo más probable era que la gente a la que se refería ni siquiera le conociera. Después comenzaron a ocurrir cosas que podían ser, o no ser, meras coincidencias. Había que hacer reparaciones en el salón de actos de la iglesia donde pretendían representar la obra, con lo cual no estaba disponible. Se produjo un inesperado aumento en el coste de la impresión de los carteles promocionales. Pauline se sorprendió viendo las cosas como las veía él. Si uno iba a pasar mucho tiempo a su lado, más valía ver las cosas como él las veía; discutir resultaba peligroso y agotador.

—Hijos de puta —decía Jeffrey entre dientes, pero con cierta satisfacción—. No me sorprende.

Los ensayos se celebraban en uno de los pisos superiores de un viejo edificio de la calle Figgard. Los únicos días en que todos podían ensayar eran los domingos por la tarde, aunque había ensayos parciales durante la semana. El práctico de puerto jubilado que hacía el papel de *monsieur* Henri asistía a todos los ensayos y había acabado haciéndose con una irritante

familiaridad con los diálogos del resto de los personajes. Pero la peluquera —que aunque únicamente tenía experiencia con Gilber y Sullivan, ahora interpretaba el papel de la madre de Eurídice— no podía abandonar su negocio demasiado tiempo. El conductor del autobús que encarnaba a su amante, también tenía su trabajo diario, al igual que el camarero que hacía de Orfeo (era el único que aspiraba a convertirse en actor profesional). A veces Pauline tenía que depender de canguros poco fiables que estudiaban en el instituto, ya que durante las primeras seis semanas de verano Brian tenía que dar clases. El propio Jeffrey entraba a trabajar en el hotel a las ocho en punto. Pero los domingos por la tarde se reunían todos allí. Mientras otras personas nadaban en el lago Thetis o se encontraban en el parque de Beacon Hill para pasear bajo los árboles y darles de comer a los patos, o se marchaban con el coche, lejos del pueblo y hacia las playas del Pacífico, Jeffrey y su grupo trabajan en un local de techo alto y lleno de polvo de la calle Fisgard. Las ventanas, rematadas en arco como la de ciertas iglesias de estilo sencillo y decoroso, se mantenían abiertas, para mitigar el calor, con cualquier objeto que estuviera a mano: libros de contabilidad de los años veinte, pertenecientes a la sombrerería que antaño hubiera en el edificio, o tacos de madera sobrantes de los marcos de los cuadros de un artista cuyos lienzos se amontonaban contra la pared y que al parecer había sido abandonados. Había mugre en los cristales, pero fuera la luz solar rebotaba contra la acera, contra las plazas de aparcamiento vacías y cubiertas de grava, contra los edificios bajos y de estuco, con ese brillo especial de los domingos. Apenas se movía un alma en aquellas calles del centro. No había nada abierto excepto una cafetería que era un cuchitril y una diminuta tienda de comestibles que vendía de todo.

Durante el descanso era Pauline quien salía en busca de refrescos y café. Era la que menos tenía que decir sobre la obra y cómo iba —a pesar de ser la única que la había leído antes— porque era la única que no había actuado nunca. De modo que parecía razonable que se ofreciese voluntaria. Disfrutaba de su corto paseo por las calles vacías, sentía como si se hubiera convertido en una mujer de ciudad, independiente y solitaria, que viviera el resplandor de un sueño importante. A veces pensaba en Brian en casa, trabajando en el jardín y vigilando a las niñas. O quizá se las hubiera llevado a Dallas Road —recordaba su promesa— para que echaran sus barquitos al estanque. Una vida que le parecía trivial y tediosa en comparación a la de la sala de ensayos: las horas dedicadas al esfuerzo, la concentración, los mordaces intercambios de diálogos, el sudor y la tensión. Incluso el sabor amargo del café hirviente y que casi todo el mundo lo prefiriera a una bebida fresca y quizá más sana, recién sacada del refrigerador, parecía complacerla. Y le gustaba el aspecto de los escaparates. Aquélla no era una de esas calles emperifolladas cercanas al puerto, era una calle de tiendas de reparación de calzado y bicicletas, de saldos de telas y ropa blanca, de vestidos y muebles que llevaban tanto tiempo expuestos que parecían de segunda mano aunque no lo fuesen. Sobre algunos escaparates había trozos de un plástico amarillento tan quebradizo y arrugado como el celofán viejo, extendidos tras el cristal para proteger la mercancía del sol. Eran negocios abandonados por un solo día, pero tenían el aspecto de estar fijados en el tiempo como las pinturas de las cavernas o las reliquias que se encuentran bajo la arena.

Cuando Pauline dijo que tenía que marcharse de vacaciones durante dos semanas, Jeffrey se quedó estupefacto, como si nunca hubiera imaginado que las vacaciones pudieran formar parte de

su vida. Luego se mostró adusto y ligeramente satírico, como si éste fuera un golpe más que ya hubiera previsto. Pauline explicó que únicamente perdería un domingo —el que se encontraba a la mitad de las dos semanas— porque ella y Brian irían en su coche hasta la isla un lunes y estarían de vuelta un domingo por la mañana. Prometió volver a tiempo para el ensayo del segundo domingo. Para sí misma se preguntaba cómo se las arreglaría, siempre lleva mucho más tiempo del que se piensa hacer el equipaje y marcharse. Se preguntaba si sería capaz de volver por su cuenta en el autocar de la mañana. Probablemente eso era pedir demasiado. No lo mencionó.

No se atrevió a preguntarle si pensaba sólo en la obra, si era únicamente su ausencia de un ensayo lo que había provocado la tormenta. En aquel momento, parecía lo más probable. Cuando él hablaba con ella en los ensayos, nada indicaba que podía hablar con ella de otra forma. La única diferencia en su trato era que quizás esperaba menos de ella, de su interpretación, que de los otros. Cualquiera lo hubiera entendido. Era la única que había sido elegida, sin más, por su aspecto físico; el resto se había presentado a la audición anunciada en letreros que colgaban de cafeterías y librerías del centro. De ella parecía esperar una inmovilidad o una torpeza que no pretendía de los demás. Quizá fuese porque, en la parte final de la obra, se suponía que era una persona ya muerta.

Pero ella pensaba que todos lo sabían, que el reparto estaba al tanto, a pesar de las formas bruscas, cortantes y no demasiado educadas de Jeffrey. Sabían que después de que cada cual se marchara, exhausto, a su casa, él cruzaba la sala y echaba el cerrojo a la puerta de la escalera. (En un principio Pauline fingía marcharse junto a los demás, e incluso subía al coche para dar la vuelta a la manzana, pero más adelante este ardid se convirtió en insultante, no sólo para ella y para Jeffrey, sino también para los demás, que —estaba segura— no la traicionarían, ligados como estaban al fugaz pero poderoso hechizo de la obra).

Jeffrey recorría la sala y echaba el pestillo de la puerta. Cada vez que lo hacía era como una nueva decisión que él hubiera de tomar. Hasta que no lo hacía, ella no le miraba. El ruido del pestillo deslizándose, el ominoso o fatídico ruido de metal contra metal, le producía una sacudida de capitulación. Pero no se movía, esperaba a que él regresara junto a ella con la historia entera de una tarde de duro trabajo reflejada en su fatigado rostro, liberado de su expresión realista y desilusionada, que se mudaba en una energía vital que ella siempre encontraba sorprendente.

—Bueno. Cuéntanos de qué trata la obra que estás haciendo —dijo el padre de Brian—. ¿Es una de ésas en que la gente se quita la ropa en escena?

—Venta, anda, no te burles de ella —dijo la madre de Brian.

Brian y Pauline habían acostado a las niñas y caminado hasta la casa de los padres de él para tomar una copa. Tras ellos quedaba la puesta de sol, tras los bosques de la isla de Vancouver, pero las montañas de enfrente, despejadas y perfiladas contra el cielo, brillaban con su luz rosácea.

Algunas de las montañas altas de la península estaban cubiertas por la nieve rosada del verano.

—Papá, nadie se quita la ropa —dijo Brian con la voz resonante que utilizaba en las clases del colegio—. ¿Sabes por qué? Porque para empezar no llevan ropa. Es el último grito. Lo que harán después será un Hamlet en pelota picada. Y luego montarán un *Romeo y Julieta* también en

pelotas.

Bueno, esa escena en el balcón en la que Romeo escala el enrejado y se queda atrapado en los rosales...

—Por favor, Brian —dijo su madre.

—La historia de Orfeo y Eurídice es que Eurídice muere —dijo Pauline. Orfeo baja al infierno para tratar de que vuelva. Y se le concede ese deseo con la única condición de que prometa no mirarla. No mirar atrás. Ella camina tras él...

—Doce pasos por detrás —dijo Brian—. Como Dios manda.

—Es una tragedia griega pero está escenificada en tiempos modernos —dijo Pauline—. Al menos esta versión, que es más o menos moderna. Orfeo es un músico que viaja por el mundo con su padre, ambos son músicos, y Eurídice es una actriz. Se desarrolla en Francia.

—¿Está traducida? —dijo el padre de Brian.

—No —dijo Brian—. Pero no te preocupes, no está en francés. Se escribió en transilvano...

—Qué difícil es entender las cosas —dijo la madre de Brian con una risa inquieta— con Brian que no dice más que tonterías.

—Está en inglés —dijo Pauline.

—¿Y consigues llevarte de vuelta?

—No —dijo ella—. Me mira, y entonces tengo que quedarme muerta.

—Ay, un final triste —dijo la madre de Brian.

—¿Es que tú eres tan guapa o qué? —dijo el padre de Brian con escepticismo—. ¿Es que él no puede dejar de mirarte?

—No es eso —dijo Pauline. Pero en aquel instante ella se dio cuenta de que su suegro había conseguido lo que pretendía, algo que casi siempre pretendía en cualquier conversación que mantuviera con ella. Y ese algo era irrumpir en la estructura de cierta explicación que él mismo había solicitado y que ella daba con desgana pero con paciencia y, de un manotazo aparentemente descuidado, conseguir hacerla pedazos. Eso le hacía peligroso para ella desde hacía tiempo, aunque no precisamente esa noche.

Pero Brian no lo sabía. Brian todavía pensaba en cómo ayudarla a salir del apuro.

—Pauline es hermosa —dijo Brian.

—Ya lo creo —dijo su madre.

—A lo mejor, si fuese a la peluquería... —dijo el padre de Brian. Pero como llevaba mucho tiempo criticando los largos cabellos de Pauline, se había convertido en una broma familiar. Incluso Pauline se reía.

—No puedo permitírmelo hasta que arreglemos el tejado de la terraza —dijo, y Brian se rió muy alto y aliviado de que ella fuera capaz de tomárselo en broma. Era lo que siempre le decía que hiciera. «Devuélvesela», le decía. «Es la única forma de tratarle».

—Sí, bueno, si al menos tuvierais una casa en condiciones —dijo el padre de Brian. Pero esto, al igual que lo del pelo de Pauline, resultaba tan familiar que no levantó ampollas. Brian y Pauline habían comprado una bonita casa en mal estado en una calle de Victoria en la que convertían viejas mansiones en mediocres edificios de apartamentos. La casa, la calle, los viejos robles que precisaban cuidados, el que no se hubiese construido un sótano en la casa, todo eso

suponía una pesadilla para el padre de Brian. Brian solía mostrarse de acuerdo con él y exageraba cuanto podía. Si su padre señalaba la casa de al lado, entrecruzada por escaleras de incendios de color negro, y preguntaba qué clase de gente la habitaba, Brian decía: «Gente muy pobre, papá. Drogadictos». Y cuando su padre quería saber cómo se calentaba la casa, decía: «Con un horno de carbón. Hoy en día ya casi no quedan. Se encuentra carbón muy barato. Claro que el sistema es sucio y apesta».

Así que lo que dijo su padre de tener una casa en condiciones parecía una especie de señal de paz. O así se podía interpretar.

Brian era hijo único. Era profesor de matemáticas. Su padre era ingeniero de caminos y dueño, junto a otro socio, de una compañía de contratas. Si había deseado que su hijo fuese ingeniero y hubiera entrado en la compañía, nunca lo había mencionado. Pauline le había preguntado a Brian si pensaba que las críticas a la casa, a su pelo y a los libros que leía, podían esconder una decepción mucho mayor, a lo que Brian respondió: «No. En nuestra casa nos quejamos de todo lo que queremos quejarnos. No somos nada sutiles, querida».

Pauline aún se preguntaba lo mismo cuando escuchaba a su suegra decir que los profesores deberían ser las personas más veneradas del mundo, que no recibían el reconocimiento que se merecían y que no sabía cómo Brian podía aguantarlo todos los días, a lo que su suegro solía añadir: «Es cierto» o «te aseguro que no me gustaría hacerlo, ni en sueños. Ni por todo el oro del mundo».

«Ni lo pienses, papá», solía decir Brian. «Tampoco te iban a pagar mucho».

En su vida cotidiana, Brian era una persona mucho más teatral que Jeffrey. Se hacía con sus clases a base de mantener en marcha el carrusel de chistes y tonterías, desarrollando el mismo papel, pensaba Pauline, que interpretaba ante sus padres. Se hacía el tonto, salía airoso de las supuestas humillaciones de las que era objeto e intercambiaba insultos. Era un fanfarrón en pro de una causa justa; un fanfarrón indestructible, alegre y arlequinesco.

«Desde luego su chico nos ha impresionado» le había dicho el director del instituto a Pauline. «No sólo ha sobrevivido, lo cual ya es todo un triunfo, sino que también ha dejado huella». Su chico.

Brian llamaba cabezas huecas a sus alumnos. El tono que utilizaba era afectuoso y fatalista.

Solía decir que su padre era el rey de los filisteos, lisa y llanamente un bárbaro. Y que su madre era un trapo de cocina, cordial y desgastado. Pero por mucho que los desdeñara, no podía pasar mucho tiempo sin ellos. Se llevaba a sus alumnos de excursión. Y no podía imaginarse un verano sin esas vacaciones compartidas. Todos los años tenía un miedo terrible a que Pauline se negara a ir. O a que, después de haber aceptado, lo pasara mal, se ofendiera por alguna cosa que dijera su padre, se quejara de que tenía que pasar mucho tiempo con su madre o se disgustara porque no había forma de que ellos dos estuviesen solos. También podía ocurrir que decidiera pasar todo el día en casa leyendo, con la excusa de que se había quemado al tomar el sol.

Así había ocurrido en vacaciones anteriores. Pero este año ella empezaba a amoldarse. Él le dijo que se daba cuenta y que se lo agradecía.

«Sé que supone un esfuerzo para ti», le dijo. «Para mí es diferente». Son mis padres y estoy acostumbrado a no tomármelos en serio.

Pauline provenía de una familia en la que todo se tomaba tan en serio que sus padres se habían divorciado. Su madre ya había muerto. Tenía una relación distante aunque cordial con su padre y sus dos hermanas, mucho mayores que ella. Decía que no tenían nada en común. Sabía que Brian no podía entender que eso fuera razón suficiente. Pauline se daba cuenta de cómo se alegraba él de ver lo bien que iban las cosas este año. Siempre había pensado que era la vagancia y la cobardía lo que a Brian le impedía romper con aquella situación, pero ahora veía que se trataba de algo mucho más positivo. Brian necesitaba tener a su mujer, a sus padres y a sus hijas ligados de esa manera, necesitaba involucrar a Pauline en su vida con sus padres y hacer que sus padres la tomaran en consideración, aunque la consideración de su padre fuera disimulada y a la contra, y la de su madre demasiado profusa, demasiado fácil de conseguir, para que realmente significara algo. También quería que Pauline se ligara, y que sus hijas se ligaran, a su propia infancia; quería que existiera un vínculo entre estas vacaciones y las vacaciones de su niñez, con su mal y su buen tiempo, problemas con el coche y logros al volante, sustos en la barca, picaduras de avispa, maratones de Monopoly y todas aquellas cosas que, le decía a su madre, tanto le aburría escuchar. Quería que se hicieran fotos de estas vacaciones para poder ponerlas en el álbum de su madre. Una prolongación de todas las otras fotos cuya mera mención provocaba sus protestas.

El único tiempo libre de que disponían para hablar era de noche, tarde y en la cama. Y entonces sí hablaban, más de lo que solían hacer en casa, donde Brian llegaba tan cansado que a menudo se quedaba inmediatamente dormido. Y a la luz del día era difícil hablar con él por su afición a las bromas. Ella veía cómo las bromas le hacían brillar los ojos (de un color muy parecido al suyo; pelo oscuro, piel blanquecina y ojos grises, aunque los de ella eran turbios y los de él claros como el agua cristalina sobre las piedras). Veía cómo las bromas tiraban de las comisuras de sus labios mientras buscaba las palabras para cazar un juego de palabras o un pareado, cualquier cosa que pudiera desviar la conversación hacia el absurdo. Todo su cuerpo — alto, vagamente engarzado y, aun así, casi tan escuálido como el de un adolescente— temblaba por su propensión a lo cómico. Antes de casarse con él, Pauline tenía una amiga, Gracie, de aspecto malhumorado y subversiva con los hombres. Brian la consideraba una chica cuyo sentido del humor necesitaba un empujón, por lo que con ella se esforzaba más de lo normal. Y Gracie le dijo a Pauline: «¿Cómo eres capaz de aguantar ese interminable espectáculo?».

«Ése no es el verdadero Brian. Es diferente cuando estamos a solas», le contestó Pauline. Pero, pensando en aquello, se preguntaba si su respuesta había sido sincera. ¿Lo había dicho sólo para defender su elección, como suele ocurrir cuando una ha decidido casarse?

De modo que hablar en la oscuridad tenía algo que ver con el hecho de que no podía ver su cara. Y con que él sabía que ella no podía ver su cara.

Pero incluso en medio de la oscuridad, tan poco familiar, y de la quietud de la noche, él mantenía un ligero tono burlón. Tenía que hablar de Jeffrey como *monsieur le directeur*, lo que hacía que la obra en sí, o el hecho de que fuera francesa, se convirtiera en algo un tanto ridículo. O quizá era el mismo Jeffrey, la seriedad con que Jeffrey se tomaba la obra, lo que se ponía en cuestión.

A Pauline le daba igual. A ella le producía una gran satisfacción y desahogo mencionar el nombre de Jeffrey.

Casi nunca lo mencionaba, sino que daba vueltas a su alrededor. En lugar de hacerlo, describía a los otros. Al peluquero, al práctico, al camarero y al viejo que aseguraba hacer actuado en la radio en cierta ocasión, que encarnaba al padre de Orfeo y que a Jeffrey le traía loco porque era muy terco en lo concerniente a sus ideas sobre la interpretación.

Al maduro empresario *Monsieur Dulac* lo encarnaba un agente de viajes de veinticuatro años e edad. Y a Matías, el primer novio de Eurídice, lo encarnaba el gerente de una zapatería, casado y con hijos.

Brian quería saber por qué *monsieur le directeur* no les había dado los papeles al revés.

—Es su forma de hacer las cosas —dijo Pauline—. Lo que ve en nosotros sólo lo puede ver él.

Por ejemplo, le dijo, el camarero era un Orfeo torpe.

—No tiene más que diecinueve años y es tan tímido que Jeffrey tiene que estar constantemente sobre él. Le dice que no actúe como si estuviese haciéndole el amor a su abuela. Siempre le está diciendo lo que tiene que hacer. *Rodéala con los brazos más tiempo, acaríciala un poquito por aquí*. No sé cómo va a salir, lo único que puedo hacer es confiar en Jeffrey, confiar en que sabe lo que hace.

—«¿Acaríciala un poquito por aquí?» —dijo Brian—. A lo mejor debería darme una vuelta por ahí y vigilar esos ensayos.

Al citar a Jeffrey, Pauline había sentido que algo cedía en su útero o en la parte baja de su estómago, una sacudida que se había desplazado de una manera singular hacia arriba, golpeando sus cuerdas vocales. Había tenido que camuflar este temblor gruñendo, en lo que se suponía era una imitación (aunque Jeffrey nunca gruñía ni vociferaba ni se mostraba teatral).

—Pero tiene un algo de inocente —dijo ella apresuradamente—. No es algo físico. Es la torpeza —y comenzó a hablar de Orfeo en la obra, no del camarero. Orfeo tiene un problema con el amor o con la realidad Orfeo no tolera nada que no sea la perfección. Quiere un amor que se salga de la vida corriente. Quiere a una Eurídice perfecta.

—Eurídice es más realista —prosiguió—. Ha tenido líos con Matías y con *Monsieur Dulac*. Ha pasado tiempo junto a su madre y el amante de su madre. Sabe cómo es la gente. Pero ama a Orfeo. En cierto modo lo ama más de lo que él la ama a ella. Ella le ama con más fuerza porque no es tan ingenua como él. Le ama como se puede amar a un ser humano.

—Bueno, tuvo que hacerlo con el señor Dulac porque no se pudo escabullir. No quería, pero probablemente, pasado un rato, disfrutó, porque a partir de cierto momento era incapaz de no pasarlo bien.

Así es que Orfeo tiene la culpa, dijo Pauline con decisión. Mira a Eurídice a propósito, para matarla y deshacerse de ella porque no es perfecta. Por su culpa, ella muere por segunda vez.

Brian, tumbado de espaldas y con los ojos bien abiertos (ella lo sabía por su tono de voz) dijo:

—¿Pero no muere él también?

—Sí, él lo decide.

—¿Así que vuelven a estar juntos?

—Sí. Como *Romeo y Julieta*. Orfeo al fin se reúne con Eurídice. Eso es lo que dice

Monsieur Henri. Ésa es la última frase de la obra. Es el final —Pauline se colocó sobre su costado y apoyó su mejilla en el hombro de Brian; no se trataba de empezar nada, sino de recalcar lo que iba a decir—. Por un lado es una obra preciosa, pero por otro es muy tonta. Y realmente no es como *Romeo y Julieta*, porque no es una cuestión de mala suerte o de las circunstancias. Es adrede. Para no tener que llevar una vida normal, casarse, tener hijos, comprar una vieja casa y arreglarla...

—Y tener algún lío —dijo Brian—. Después de todo son franceses —y añadió—: Como mis padres.

Pauline se rió.

—¿Tienen líos? Me lo imagino.

—Ah, claro que sí —dijo Brian—. Me refería a su vida.

—Lógicamente, puedo imaginar a alguien suicidándose para no ser como sus padres —dijo Brian—. Pero no creo que nadie lo haga.

—Todo el mundo tiene sus opciones —dijo Pauline, distraída—. En cierto modo, la madre de ella y el padre de él son despreciables, pero Orfeo y Eurídice no tienen que ser como ellos. No están corrompidos. El mero hecho de haberse acostado con otros hombres no significa que sea una degenerada. No estaba enamorada. No conocía a Orfeo. Hay un discurso en el que él le dice que todo lo que ha hecho forma parte de ella, y eso le repugna. Las mentiras que le ha contado. Los otros hombres. Con todo eso tendrá que cargar. Y luego, claro, *Monsieur* Henri le sigue el juego. Le dice a Orfeo que él será igual de malvado y que algún día caminará con Eurídice por la calle y será como un hombre con un perro del que quiere deshacerse.

Para sorpresa de Pauline, Brian se rió.

—No —dijo ella—. Eso es lo que es una tontería. No es inevitable. No es inevitable, para nada lo es.

Continuaron haciendo conjeturas y charlando, muy tranquilos, de un modo poco habitual pero no totalmente desconocido para ellos. Lo habían hecho antes, en largos periodos de su vida marital; hablaban hasta altas horas de la madrugada de Dios, del miedo a la muerte, de cómo había que educar a los hijos y de hasta qué punto era importante el dinero. Al fin reconocieron que se encontraban demasiado cansados como para que lo que decían tuviera sentido, se acomodaron en una posición de camaradería y se durmieron.

Por fin un día lluvioso. Brian y sus padres fueron con el coche a Campbell River para comprar comida y ginebra, y para llevar el coche del padre de Brian al taller y reparar cierta avería producida durante el viaje desde Nanaimo. Era un problema menor, pero como la nueva garantía del coche estaba vigente, el padre de Brian quería que le echasen un vistazo lo antes posible. Brian no podía decir que no, así que se llevó su coche por si acaso el de su padre debía quedarse en el taller. Pauline dijo que se quedaría en casa por la siesta de Mara.

Convenció a Caitlin para que también se echase, permitiéndole llevarse su caja de música a la cama, siempre y cuando pusiera el volumen muy bajo. Luego Pauline extendió el guión sobre la mesa de la cocina, se bebió un café y repasó la escena en la que Orfeo, al fin, dice que es intolerable que permanezcan en la piel de dos personas distintas, en dos envolturas diferentes,

cada una con su propio oxígeno y su propia sangre selladas en soledad, y en la que Eurídice le pide que se calle.

«No hables. No pienses. Deja que vague tu mano, deja que ella por sí sola sea feliz».

Tu mano es mi felicidad, dice Eurídice. Acéptalo. Acepta tu felicidad.

Por supuesto, él responde que no puede.

Caitlin gritaba con frecuencia para preguntar la hora. Subía el volumen de la caja de música. Pauline se apresuró a ir hasta la puerta del dormitorio y le siseó para que bajase el volumen y no despertase a Mara.

—Si lo vuelves a poner tan alto, te la quito. ¿Entendido?

Pero Mara empezaba a moverse dentro de su cuna y durante unos minutos escuchó la suave y estimulante conversación que le daba Caitlin, sin más fin que despertar a su hermana. También escuchó como bajaba y subía rápidamente la música, y luego a Mara sacudir la barandilla de la cuna, tirar de ella para levantarse, arrojar el biberón al suelo y lloriquear como un pajarito de forma cada vez más desoladora hasta atraer a su madre.

—No la he despertado yo —dijo Caitlin—. Se despertó ella solita, por su cuenta. Ya no llueve. ¿Podemos bajar a la playa?

Tenía razón. No llovía. Pauline cambió a Mara, le dijo a Caitlin que cogiese su bañador y que buscara su cubo. Ella se puso su bañador y se puso por encima unos pantalones cortos, por si acaso llegaba el resto de la familia mientras se encontraba en la playa. («A papá no le gusta la forma en que algunas mujeres salen de casa llevando puesto sólo el traje de baño», le había dicho la madre de Brian. «Supongo que tanto él como yo somos de otra época»). Tomó el guión para llevárselo y luego lo devolvió a su sitio. Temía quedarse distraída demasiado tiempo sin prestar suficiente atención a las niñas.

Los pensamientos que la asaltaban sobre Jeffrey no eran verdaderas reflexiones, sino más bien alteraciones que se producían en su cuerpo. Solía ocurrirle cuando se encontraba sentada en la playa (tratando de quedar en parte a la sombra de un arbusto y conservar así su palidez, tal y como había ordenando Jeffrey), cuando escurría los pañales o cuando Brian y ella iban de visita a casa de los padres de él. En mitad de una partida de Monopoly, de Scrabble o de cartas. Ella seguía hablando, escuchando, trabajando, vigilando a las niñas mientras la memoria de su vida secreta aparecía y la asaltaba en una explosión radiante. Luego un cálido peso la inundaba, la seguridad rellenaba todos los huecos. Pero no perduraba, en la seguridad había filtraciones y ella se sentía como un avaro cuya buena suerte se ha esfumado y está convencido de que no volverá a disfrutar de nada semejante. La nostalgia la envolvía y la impulsaba a la disciplina de contar los días. En ocasiones llegaba a dividir los días en partes para poder saber con mayor exactitud cuánto tiempo había pasado.

Pensó en dirigirse a Campbell River, con algún pretexto, para así buscar una cabina telefónica y poder llamarle. Las casas no tenían teléfono y el único teléfono público se encontraba en el edificio comunal. Pero ella no tenía el número del hotel donde trabaja Jeffrey. Y además, no había manera de ir a Campbell River por la tarde. Le daba miedo llamarle a casa de día y que contestara su madre, la profesora de francés. Jeffrey le había contado que en verano su madre rara vez se ausentaba de la casa. Sólo en una ocasión se había ido en ferry a Vancouver a pasar el día. Jeffrey

telefoneó a Pauline para pedirle que fuera a verle. Brian estaba dando clases y Caitlin jugaba con su grupo de niños.

«No puedo, tengo a Mara», dijo Pauline.

Jeffrey preguntó: «¿Quién? Ah, perdona». Y luego: «¿No la puedes traer aquí?».

Ella dijo que no.

«¿Por qué no? ¿Es que no puedes traerte algunas cosas con las que pueda jugar?».

No, dijo Pauline. «No podría», dijo. «No sería capaz». Le parecía demasiado peligroso arrastrar consigo a su bebé a una expedición tan vergonzosa. A una casa en la que los productos de limpieza no estarían en los estantes altos y en la que las pastillas y los jarabes contra la tos, los cigarrillos y los botones no estarían fuera el alcance del bebé. Y aunque Mara se salvara del atragantamiento o el envenenamiento, podía almacenar bombas de relojería, recuerdos de una casa extraña en la que ella habría sido extrañamente ignorada, de una puerta cerrada y de ruidos procedentes del otro lado.

«Es que te deseo», dijo Jeffrey. «Deseo tenerte en mi cama».

Ella repitió, débilmente: «No».

Aquellas palabras de él volvían una y otra vez a su mente. Deseo tenerte en mi cama. Un tono de voz urgente, medio en broma pero también con determinación, lo factible, como si «en mi cama» significara algo más, como si la cama de la que hablaba adquiriera una dimensión mayor, menos material.

¿Había cometido un gran error con aquella negativa? ¿Con aquel recordatorio de cuán prisionera era de aquello que cualquiera llamaría su vida real?

La playa estaba casi vacía; la gente se había acostumbrado a que fuese un día de lluvia. La arena estaba demasiado apelmazada para que Caitlin pudiese hacer un castillo o cavar un sistema de irrigación, proyectos que, de todas formas, sólo emprendería junto a su padre puesto que intuía que él se volcaba de todo corazón, y Pauline no. Paseaba por la orilla sin rumbo fijo y con cierto aire de tristeza. Probablemente echaba de menos la presencia de otros niños, esos instantáneos amigos anónimos y ocasionales enemigos que tiraban piedras y te mojaban, chillando, chapoteando y haciendo el tonto. Un niño un poco mayor que ella y, por lo que parecía, solo, se encontraba algo más lejos, metido en el agua hasta las rodillas. Si hubiera posibilidad de juntarles, quizá saldría bien: Caitlin podría recuperar toda la experiencia de la plaza. Ahora Pauline no estaba segura de si Caitlin estaba haciendo pequeñas incursiones en el agua para atraer la atención de él o si éste la observaba con interés o con desdén.

Mara no necesitaba compañía, al menos de momento. Fue dando traspies hacia el agua, sintió cómo tocaba sus pies, cambió de parecer, se detuvo, miró a su alrededor y divisó a Pauline. «Pau, Pau», dijo, feliz al reconocerla. «Pau» era como llamaba a Pauline, en lugar de «madre» o «mamá». El mirar a su alrededor la hizo perder el equilibrio; se sentó entre la arena y el agua, lanzó un graznido de sorpresa que se convirtió en una declaración y luego, con unas maniobras poco elegantes pero llenas de determinación, que implicaban depositar todo su peso sobre las manos, se levantó vacilante y triunfante. Llevaba medio año caminando, pero avanzar sobre la arena era aún todo un reto. Esta vez volvió hacia Pauline profiriendo unos comentarios razonables

y despreocupados en su propio idioma.

—Arena —dijo Pauline, mientras le mostraba su mano llena—. Mira, Mara. Arena.

Mara la corrigió, dándole otro nombre; algo parecido a «adea». Sus gruesos pañales bajo los pantalones de plástico y el traje de felpa que llevaba al jugar, le hacían el trasero muy gordo, y eso, junto con sus mofletes y hombros regordetes y una expresión de darse importancia, la asemejaba a una matrona con un cierto toque de pillería.

Pauline se dio cuenta de que la llamaban. La habían llamado dos o tres veces pero, al no resultarle familiar la voz, no se había dado cuenta. Se levantó e hizo un gesto con la mano. Era la mujer que trabajaba en la tienda del edificio comunal. Estaba apoyada sobre el balcón y gritaba: «Señora Keating. ¿Señora Keating? Teléfono».

Pauline alzó a Mara hasta su cadera e hizo venir a Caitlin. Ahora ésta y el niño pequeño ya se habían visto; ambos cogían piedras de la arena y las lanzaban al agua. En un primer momento no oyó a Pauline o simuló no hacerlo.

—Tienda —gritó Pauline—. Caitlin. Tienda.

Cuando se aseguró de que Caitlin la seguiría —era la palabra «tienda» la que lo había conseguido, el recordatorio del pequeño comercio del edificio comunal, donde se podía comprar helado, caramelos, cigarrillos y refrescos— comenzó a recorrer la playa hasta llegar a los escalones de madera que se alzaban sobre la arena y los arbustos. A mitad de los escalones se detuvo y dijo: «Mara, pesas una tonelada», y pasó al bebé a su otra cadera. Caitlin golpeaba el pasamanos con un palo.

—¿Me compras un polo de chocolate, mamá? ¿Puedo?

—Ya veremos.

—¿Me compras por favor un polo de chocolate?

—Espera.

El teléfono público estaba junto a un tablón de anuncios al otro lado del vestíbulo principal y frente a la puerta del comedor, donde habían organizado un bingo a causa de la lluvia.

—Espero que no haya colgado —gritó la mujer que trabajaba en la tienda. Había desaparecido tras el mostrador.

Pauline, todavía con Mara en brazos, levantó el auricular que oscilaba de un lado a otro y, sin aliento, dijo: «¿Diga?». Esperaba oír a Brian, que le diría que por una razón y otra se retrasaba en Campbell River, o que le preguntaría qué es lo que le había pedido de la farmacia. Como era sólo una cosa —loción de calamina—, él ni lo había apuntado.

—Pauline —dijo Jeffrey—. Soy yo.

Mara se agitaba y se estiraba contra el costado de Pauline, ansiosa por bajar al suelo. Caitlin entró al vestíbulo y se metió en la tienda, dejando tras de sí huellas de arena húmeda. «Un momento, un momento», dijo Pauline. Tras dejar que Mara se deslizase hasta el suelo, se fue corriendo a cerrar la puerta que llevaba a los escalones. No recordaba haberle mencionado a Jeffrey el nombre de este lugar, aunque de forma vaga le había dicho donde estaba. Oyó a la mujer de la tienda hablar con Caitlin en un tono de voz más severo que el que utilizaría con un niño acompañado por sus padres.

—¿Es que se te ha olvidado limpiarte los pies?

—Estoy aquí —dijo Jeffrey—. No me sentía bien sin ti. Me sentía fatal.

Mara se dirigió hacia el comedor, como si la voz masculina que anunciaba «bajo la N...» fuera una invitación dirigida a ella.

—Aquí, ¿dónde? —preguntó Pauline.

Leyó los carteles que estaban clavados junto al teléfono, en el tablón de anuncios.

NO ESTÁ PERMITIDO EL ACCESO A LAS BARCAS A PERSONAS MENORES
DE CATORCE AÑOS SI NO VAN ACOMPAÑADAS DE UN ADULTO.
CONCURSO DE PESCA.
VENTA DE DULCES Y ARTESANÍA, IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ
TU VIDA ESTÁ EN TUS MANOS. SE LEEN LAS PALMAS DE LAS MANOS Y
SE ECHAN LAS CARTAS. BARATO Y ACERTADO. LLAMA A CLAIRE.

—En un motel. En Campbell River.

Pauline supo dónde estaba antes de abrir los ojos. Nada le sorprendió. Había dormido, pero no tan profundamente como para haber dejado escapar algo.

Había esperado a Brian en el aparcamiento del edificio comunal, con las niñas, y le había pedido las llaves. Delante de los padres de él, ella le había dicho que necesitaba algo más de Campbell River. Él le había preguntado qué necesitaba y si llevaba dinero.

—Una cosa —le dijo, para que él pensara que se trataba de tampones o preservativos, algo que ella prefiriera no mencionar—. Algo suelto.

—Bien, pero tendrás que echarle gasolina —dijo él.

Más tarde Pauline tuvo que hablar con él por teléfono. Jeffrey insistió en que lo hiciese.

—Porque a mí no me hará caso. Pensará que te he secuestrado o algo por el estilo. No lo creará.

Pero lo más extraño de todo lo ocurrido aquel día fue que Brian sí pareció creerlo enseguida. De pie en el lugar donde ella había estado no hacía mucho tiempo, en el vestíbulo del edificio comunal —ya finalizado el juego de bingo, pero con gente que pasaba por allí, Pauline les oía salir del comedor tras la cena—, él dijo: «Ah. Ah. De acuerdo», con una voz que hubiera tenido que controlar apresuradamente, pero que parecía apelar a una dosis de fatalismo o de conocimiento previo que iba bastante más lejos de lo necesario.

Como si él hubiera sabido desde el principio, desde siempre, lo que podía ocurrir con ella.

—Bien —dijo él—. ¿Y que pasa con el coche?

Luego añadió algo, algo imposible, y colgó, y ella salió de la cabina situada junto a unos surtidores de gasolina en Campbell River.

—Qué rápido —dijo Jeffrey—. Más fácil de lo que esperabas.

—No lo sé —respondió Pauline.

—Puede que lo supiese subconscientemente. La gente sabe estas cosas.

Ella sacudió la cabeza para pedirle que no dijera una palabra más, tras lo que él dijo: «Lo siento». Caminaron a lo largo de la calle sin tocarse ni hablarse.

Habían tenido que salir para buscar una cabina puesto que no había teléfono en la habitación

del motel. Ahora, temprano por la mañana, al observar con calma a su alrededor —la primera sensación de calma y libertad que había tenido desde que entrara en esa habitación—, Pauline se fijó en que no había prácticamente nada en ella. Únicamente una birria de tocador, una cama sin cabecera, una silla tapizada y sin brazos, una persiana con la tablilla rota en la venta y una cortina de plástico naranja que supuestamente debía parecerse a una red y que no necesitaba dobladillo porque estaba toscamente cortada por la parte inferior. Había un ruidoso aparato de aire acondicionado; Jeffrey lo había apagado por la noche y había dejado la puerta abierta con la cadena puesta, ya que la ventana estaba sellada. Ahora la puerta estaba cerrada. Debía de haberse levantado por la noche para cerrarla.

Esto era todo lo que ella tenía. Sus lazos con la casa donde Brian dormía o no dormía se habían roto, al igual que sus lazos con la casa que había sido la expresión de su vida con Brian, de la forma de vida que ellos habían elegido. Ya no tenía muebles. Ya no contaba con sus grandes y sólidas adquisiciones, como la lavadora y la secadora, la mesa de roble, el armario ropero barnizado de nuevo y la lámpara de araña, imitación de una de un cuadro de Vermeer. Ni siquiera con las cosas que eran específicamente suyas: los vasos de cristal prensado que había coleccionado y la alfombra de oración, que por supuesto no era auténtica, pero sí preciosa. Especialmente éstos eran los objetos que había perdido. Incluso sus libros los había perdido. Incluso su ropa. La falda, la blusa y las sandalias que había llevado en su viaje a Campbell River, muy bien podrían ser todo lo que quedaba a su nombre. Nunca volvería para reclamar. Si Brian se comunicaba con ella para preguntar lo que debía hacer con las cosas, ella le respondería que hiciera lo que quisiese; meterlas en bolsas de basura y llevarlas al vertedero, si era eso lo que quería. (En realidad, ella sabía que probablemente las metería en un baúl, cosa que hizo, y le enviaría escrupulosamente no sólo su abrigo de invierno y sus botas, sino también objetos como la faja que había llevado en su boda y que no había vuelto a ponerse, y la alfombra de oración cubriéndolo todo, como una declaración final de su generosidad, espontánea o calculada).

Ella creía que nunca volvería a dar importancia al tipo de habitaciones que en las que tendría que vivir o al tipo de ropa que se pondría. No recurriría a esa clase de ayuda para dar pistas sobre quién era, o sobre cómo era. Ni siquiera para darse una idea a sí misma. Lo que había hecho sería suficiente, lo sería todo.

Lo que estaba haciendo era de lo que había oído hablar y de lo que había leído. Se trataba de lo que había hecho Ana Karenina y de lo que había deseado hacer *Madame Bovary*. Era lo que había hecho un profesor del instituto de Brian, escaparse con la secretaria. Se había fugado con ella. Era el nombre que esto recibía. Fugarse juntos. Escaparse juntos. Se hablaba de ello en todo despectivo, jocoso y con envidia. Era llevar un poco más allá el adulterio. La gente que lo hacía con certeza llevaba tiempo metida en el asunto, había cometido adulterio durante una larga temporada antes de desesperar o echarle el valor suficiente para dar ese paso. De vez en cuando una pareja podía afirmar que el amor que se habían profesado no se había consumado y era técnicamente puro, pero no sólo se les tomaría —si es que alguien los creyera— por muy serios y nobles, sino también por completamente insensatos, los meterían en el mismo saco que aquellos que se arriesgan a dejarlo todo para marcharse a trabajar a un país pequeño y peligroso.

A los otros, a los adúlteros, se les consideraba irresponsables, inmaduros, egoístas o incluso

cruels. También afortunados. Afortunados porque las relaciones sexuales se habían mantenido en coches apartados, entre las altas hierbas, en sus respectivas y mancilladas camas matrimoniales o, más probablemente, en moteles como aquél, debían de estar el uno con el otro a toda costa, ni habrían tenido tanta confianza en que su futuro compartido sería, en su conjunto, diferente y mejor que aquel otro que habían experimentado en el pasado.

De diferente clase. Eso era lo que Pauline debía de creer ahora; que existía esa gran diferencia en la vidas, en los matrimonios o en las uniones entre las personas. Que algunos de ellos tenían una necesidad, una predestinación que otros no tenían. Claro que un año antes hubiera dicho lo mismo. La gente decía esas cosas, parecía creerlas y creer que su caso era único, de una clase especial, aunque todos los demás opinaran lo contrario y les dijeran que no sabían de qué hablaban. Pauline no hubiera sabido de qué hablaba.

Hacía demasiado calor en la habitación. El cuerpo de Jeffrey era demasiado cálido. Parecía irradiar convicción y agresividad incluso durmiendo. Su torso era más grueso que el de Brian; estaba más rechoncho alrededor de la cintura. Los huesos estaban cubiertos por más carne, pero al tacto no era tan flácido. A rasgos generales no era tan escrupuloso. Brian en la cama no olía a nada. Siempre que ella estaba con Jeffrey percibía que su piel tenía un olor a tostado, suavemente aceitoso, como a nuez. La noche anterior no se había lavado; pero, a decir verdad, tampoco ella. No hubo tiempo. ¿Por lo menos tendría un cepillo de dientes? Ella no. Pero no sabía que se iba a quedar allí.

Cuando se reunió con Jeffrey en este lugar, aún tenía metido en la cabeza que tendría que urdir una mentira como un templo de la que poder servirse cuando regresara a casa. Y que ella, ellos, debían darse prisa. Cuando Jeffrey le dijo que había decidido que debían quedarse junto, que ella iría con él al estado de Washington, que tendrían que dejar la obra porque las cosas les resultarían demasiado difíciles en Victoria, lo observó con esa mirada vacía con la que uno se queda en el instante en que empieza un terremoto. Estaba preparada para darle las razones por las que no era posible, aún pensaba que iba a decírselo, pero en ese momento su vida iba a la deriva. Volver hacia atrás sería como anudarse una soga al cuello.

Todo lo que dijo fue: «¿Estás seguro?».

Y él respondió: «Seguro». Lo dijo con sinceridad. «Nunca te abandonaré».

Eso no era propio de él. Luego ella se dio cuenta de que había citado —quizá irónicamente— una frase de la obra. Era lo que Orfeo le dice a Eurídice al cabo de unos minutos de su primer encuentro en la estación.

Así es que su vida se estaba convirtiendo en una huida hacia delante; ella se estaba convirtiendo en una de esas personas que huyen. Una mujer que escandalosa e incomprensiblemente lo abandonaba todo. Por amor, dirían con sarcasmo los observadores. Queriendo decir: por sexo. Nada de eso habría ocurrido si no fuera por el sexo.

Y, sin embargo, ¿qué diferencia puede haber? A pesar de lo que se diga, no es una práctica tan variable. Piel, movimientos, contacto, resultados. Pauline no es una mujer de la cual sea difícil obtener resultados. Brian los obtenía. Probablemente cualquiera los obtendría, cualquiera que no fuera un completo inútil o un ser moralmente repugnante.

Pero, en verdad, nada es igual. Con Brian —en particular con Brian, a quien ella ha dedicado

una especie de benevolencia egoísta, con quien ha vivido una complicidad marital— nunca puede existir ese despojarse, la inevitable huida, los sentimientos por los que ella no tiene que esforzarse sino sólo ceder, como respirar o morir. Eso, piensa Pauline, sólo puede ocurrir cuando la piel es la de Jeffrey, cuando los movimientos los realiza Jeffrey y el peso que ella siente sobre su cuerpo contiene el corazón de Jeffrey, al igual que sus costumbres, pensamientos, peculiaridades, su ambición y su soledad (todo lo cual, por lo que ella sabe, debe de estar en gran medida relacionado con su juventud).

Por lo que sabe. Hay mucho que ella desconoce. Apenas sabe nada sobre lo que le gusta comer, la música que le gusta escuchar o el papel que juega su madre en su vida (sin duda misterioso pero importante, al igual que el de los padres de Brian). Hay una cosa de la que está bastante segura. Sean cuales sean sus preferencias o prohibiciones, serán definitivas.

Se desliza de debajo de la mano de Jeffrey y de debajo de la sábana superior, que despide un fuerte olor a lejía, baja al suelo, donde está tirada la cocha, y rápidamente se envuelve en ese viejo trapo de felpilla amarillo verdoso. No quiere que él abra los ojos, la vea por detrás y se fije en lo caídas que tiene las nalgas. La ha visto desnuda en anteriores ocasiones, pero generalmente en momentos más indulgentes.

Se enjuaga la boca y se lava con la pastilla de jabón, que tiene el tamaño de dos onzas pequeñas de chocolate y está más duro que una piedra. Tiene la entrepierna irritada; está irritada y apesta. Le cuesta orinar y parece que está estreñida. La noche anterior, cuando salieron a comprar hamburguesas, descubrió que no podía comer. Presumiblemente volverá a aprender a hacer esas cosas, que volverán a ocupar su justa importancia en su vida. Por ahora es como si fuera incapaz de prestarles atención.

Tiene algún dinero en el bolso. Debe salir y comprar un cepillo de dientes, pasta dentífrica, desodorante y champú. También una pomada vaginal. La noche anterior utilizaron condones las dos primeras dos veces, pero nada la tercera.

No trajo su reloj y Jeffrey no tiene. En la habitación no hay reloj, por supuesto. Le parece que es temprano; por la luz, aún tiene pinta de ser temprano, a pesar del calor. Probablemente las tiendas no estén abiertas, pero habrá algún sitio donde pueda tomarse un café.

Jeffrey se ha cambiado de lado. Ha debido de despertarlo por un instante.

Tendrán un dormitorio. Una cocina, una dirección. Él irá a trabajar. Ella irá a la lavandería automática. Quizá también vaya a trabajar. Venderá cosas, trabajará de camarera, dará clases particulares a estudiantes. Sabe francés y latín. ¿Enseñan latín y francés en los institutos estadounidenses? ¿Puede conseguir un trabajo si no eres estadounidense? Jeffrey no lo es.

Le deja la llave. Tendrá que despertarlo para volver a entrar. No hay nada con lo que pueda o en lo que pueda escribir una nota.

Es temprano. El motel está en la autopista, en el extremo norte del pueblo, junto al puente. Todavía no hay tráfico. Arrastra los pies bajo los álamos durante bastante tiempo antes de que cualquier vehículo cruce el puente, a pesar de que los coches han hecho temblar la cama hasta altas horas de la madrugada.

Algo se acerca. Es un camión. Pero no sólo es un camión, sino una enorme y sombría realidad que viene hacia ella. Y no ha salido de la nada; ha estado a la espera, rondando cruelmente desde

que se despertó o incluso durante toda la noche.

Caitlin y Mara.

Anoche, cuando estaba al teléfono, tras hablar de una manera tan calmada, controlada y con una voz casi agradable —como si se sintiese orgulloso de no escandalizarse ni poner pegos ni rogar—, Brian estalló. Con desprecio y con rabia y sin preocuparse de quién le oyera, dijo:

—Bueno, ¿y que pasa con las crías?

El auricular empezó a vibrar contra el oído de Pauline.

—Ya hablaremos... —dijo ella. Pero él no pareció oírla.

—Las niñas —dijo Brian, con la misma voz estremecida y rencorosa. Pasar de la palabra «crías» a «niñas» era como golpearla con una piedra; una amenaza grave, formal y severa—. Las niñas se quedan —dijo—. ¿Me has oído, Pauline?

—No —respondió ella—. Sí, te he oído pero...

—Muy bien. Me has oído. Recuérdalo. Las niñas se quedan.

Era su único recurso. Que viera lo que estaba haciendo, a lo que estaba poniendo fin, y castigarla si seguía adelante. Nadie lo culparía. Ella podría arreglárselas para conseguir algo, podría haber regateos, por supuesto tendría que humillarse, pero ahí estaban los hechos, como una piedra redonda y helada en su garganta, como una bala de cañón. Y permanecería ahí a no ser que ella cambiase de actitud de forma radical. Las niñas se quedan.

Su coche —suyo y de Brian— todavía estaba en el aparcamiento del motel. Brian tendría que pedirle hoy a su padre o a su madre que le llevaran hasta ahí para recogerlo. Pauline tenía las llaves en el bolso. Había un juego de sobra, seguro que él lo traería. Abrió la puerta y lanzó sus llaves sobre el asiento delantero, echó el pestillo por dentro y cerró.

Ahora no podía volver. No podía coger el coche y volver y decir que había cometido una locura. Si hacía eso, él la perdonaría pero nunca lo superaría, y ella tampoco. Aunque saldrían adelante, como hace la gente.

Salió del aparcamiento y caminó a lo largo de la calzada hacia el pueblo.

Ayer, el peso de Mara sobre su cadera. El atisbo de las pisadas de Caitlin en el suelo. *Pau.*

No necesita las llaves para volver a ellas, no necesita el coche. Podría pedir que la llevaran por la autopista. Ceder, ceder, volver a ellas como sea, ¿cómo no va a hacerlo?

Una soga anudada al cuello.

Una elección que fluye, la elección de la fantasía se vierte sobre el suelo y se endurece al instante; ha tomado su forma innegable.

Este dolor agudo. Se hará crónico. Crónico significa que perdurará aunque tal vez no sea constante. También puede significar que no morirás de ello. No te librarás pero no te matará. No lo sentirás a cada minuto pero no permanecerás mucho tiempo sin que te haga una visita. Y aprenderás algunos trucos para mitigarlo o ahuyentarlo, tratando de no destruir aquello que tanto dolor te ha costado. No es culpa de él. Él es aún un ingenuo o un salvaje que no sabe que en el mundo existe un dolor tan perdurable. Debes decirte: de todas formas las perderás. Crecen. A una madre siempre le espera esa desolación privada y ligeramente ridícula. Olvidarán estos tiempos y

de una forma o de otra renegarán de ti. O seguirán pegadas a tus faldas hasta que no sepas qué hacer con ellas, como le pasó a Brian.

Y, aún así, qué dolor. Seguir viviendo y acostumbrarse hasta que sólo sea el pasado lo que duela, y no cualquier presente posible.

Sus hijas han crecido. No la odian. Por haberse marchado o no haber vuelto. Tampoco la perdona. De cualquier manera, probablemente nunca la habrían perdonado, pero sería por alguna otra cosa.

Caitlin tiene pocos recuerdos del verano en la playa, Mara no recuerda nada. Un día, Caitlin se lo menciona a Pauline, refiriéndose a ello como «ese sitio al iban la abuela y el abuelo».

—El lugar en el que estábamos cuando te marchaste —dice—. Lo único es que no supimos hasta más tarde que habías huido con Orfeo.

—No era Orfeo —dice Pauline.

—¿No era Orfeo? Papá solía decir que era Orfeo. Decía: «Y entonces tu madre se fugó con Orfeo».

—Bromearía —dijo Pauline.

—Siempre creí que se trataba de Orfeo. Entonces era otra persona.

—Se trataba de otra persona relacionada con la obra. Alguien con quien viví durante una temporada.

—Pero no Orfeo.

—No. Nada que ver con él.

6. Asquerosamente rica

Mientras el avión se detenía frente a la puerta de embarque una noche de verano de 1974, la mano de Karin se deslizaba hacia su mochila para extraer algunos objetos. Una boina negra que se puso de tal manera que le cayera sobre un ojo, un lápiz de labios rojo con el que pudo pintarse la boca sirviéndose de la ventana como espejo —había oscurecido en Toronto— y una larga boquilla negra preparada para apretarla entre los dientes cuando llegara el momento. La boina y la boquilla las había birlado del disfraz de Irma la Dulce que su madrastra había llevado en una fiesta de disfraces, y el lápiz de labios lo había comprado.

Sabía que difícilmente podía imitar la pinta de una fulana mayor. Pero tampoco iba a parecer la niña de diez años que se subió en el avión al final del verano pasado.

En la muchedumbre nadie la miró dos veces, ni siquiera cuando se metió la boquilla en la boca y adoptó una tétrica expresión de lascivia. La gente estaba demasiado inquieta, distraída, encantada o desconcertada. Había muchas personas que parecían disfrazadas. Varios hombres negros agitaban el aire con sus túnicas y sus sombreritos bordados, y unas ancianas sentadas se inclinaban sobre sus maletas, las cabezas cubiertas con pañuelos. Los *hippies*, cubiertos de abalorios, lucían sus harapos, y durante unos instantes se vio rodeada por un grupo de hombres de aspecto sombrío, tocados con sombreros negros y peinados con pequeños bucles que colgaban sobre sus mejillas.

Los que esperaban a los pasajeros no debían entrar hasta allí, pero lo hacían, colándose por las puertas automáticas. Entre la muchedumbre, al otro lado de la cinta transportadora del equipaje, Karin localizó a su madre, Rosemary, que aún no la había visto. Llevaba un vestido largo de color azul marino estampado de lunas anaranjadas y se había recogido el pelo, recién teñido de un negro muy oscuro, en un moño alto, un nido de pájaros ligeramente inclinado que empezara a derrumbarse. Parecía más vieja que en el recuerdo de Karin, y un poco triste. La mirada de Karin se desplazó alrededor de Rosemary, buscando a Derek. Era fácil encontrarle entre la gente por su estatura, su frente resplandeciente y sus cabellos pálidos y ondulados, que le caían hasta los hombros. También por sus ojos firmes y brillantes, su boca satírica y su capacidad para permanecer quieto. Todo lo contrario de Rosemary, que se movía convulsivamente, se estiraba y miraba fijamente a un lado y a otro, aturdida y desanimada.

No se veía a Derek detrás de Rosemary ni tampoco junto a ella. A no ser que hubiese ido al servicio, allí no estaba.

Karin apartó la boquilla y se enderezó la boina. Si Derek no estaba allí, la broma no tenía

sentido. Gastarle una broma semejante a Rosemary derivaría en pura confusión; y la mirada de ella era ya bastante confusa y desconsolada.

—Llevas *lápiz de labios* —dijo Rosemary, con los ojos lacrimosos y deslumbrados. Envolvió a Karin con sus mangas holgadas y su olor a manteca de cacao—. No me digas que tu padre te deja pintarle los labios.

—Quería haceros una broma —dijo Karin—. ¿Dónde está Derek?

—No está aquí —dijo Rosemary.

Karin buscó su maleta en la cinta transportadora de equipajes; se zambulló como una anguila entre la multitud y la recogió. Rosemary trató de ayudarla, pero Karin dijo: «Puedo, puedo». Llegaron a empujones hasta las puertas de salida, dejando atrás a toda la gente que esperaba y que no había tenido suficiente paciencia o fuerzas para colarse. No se hablaron hasta salir al aire caliente de la noche y caminar hacia el aparcamiento. Entonces Karin preguntó: «¿Qué pasa? ¿Otra de vuestras riñas?».

«Riña» era el nombre que los propios Derek y Rosemary utilizaban para describir sus peleas, que atribuían a que los dos trabajaban conjuntamente en el libro de él.

Con una espantosa serenidad, Rosemary dijo: «Ya no nos vemos. Hemos dejado de trabajar juntos».

—¿De verdad? —preguntó Karin—. ¿Quieres decir que habéis roto?

—Si es que las personas como nosotros pueden romper —dijo Rosemary.

Las luces de los coches recorrían las carreteras de entrada a la ciudad y a la vez las de salida, por encima de los enormes pasos elevados en forma de curva y también por debajo, como una riada. En el coche de Rosemary no había aire acondicionado —y no por falta de dinero, sino porque no le gustaba—, de modo que las ventanas permanecían abiertas, por lo que el ruido del tráfico se precipitaba, como un río que fluye por el aire gaseoso, dentro del vehículo. A Rosemary no le gustaba conducir por Toronto. Cuando venía a la ciudad, una vez a la semana, a entrevistarse con el editor para el que trabajaba, hacía el viaje en autobús o, más habitualmente, le pedía a Derek que la llevara. Karin permaneció en silencio mientras salían de la autopista del aeropuerto y se dirigían hasta el este por la 401, para luego girar, tras al menos ciento treinta y tantos kilómetros de nerviosa concentración de su madre, hacia una carretera secundaria que las llevaría cerca de donde vivía Rosemary.

—¿Así que se ha marchado Derek? —preguntó Karin—. ¿Se ha ido de viaje?

—Que yo sepa, no —dijo Rosemary—. De todas formas, tampoco me habría enterado.

—¿Y qué es de Ann? ¿Todavía está allí?

—Probablemente —dijo Rosemary—. Nunca va a ningún sitio.

—¿Se ha llevado sus cosas?

Derek se había llevado a la caravana de Rosemary más cosas de las necesarias para trabajar en sus pilas de manuscritos. Libros, por supuesto; pero no sólo los libros de referencia, sino también libros y revistas para leer durante los ratos de descanso en el trabajo, cuando se echaba en la cama de Rosemary. Discos. Ropa, botas por si le apetecía darse un paseo por el monte, pastillas para los problemas de estómago y para los dolores de cabeza, e incluso herramientas y tabloncillos con los que había levantado un cenador. Sus utensilios para el afeitado estaban en el

baño, al igual que su cepillo de dientes y en dentífrico especial para encías sensibles. Su molinillo de café estaba sobre el mostrador de la cocina. (Ann había comprado uno más moderno y más mono, que descansaba sobre la encimera de la cocina de la que aún era su casa).

—Se lo ha llevado todo —replicó Rosemary. Detuvo el coche en el aparcamiento de una tienda de donuts que aún estaba abierta, nada más entrar en el primer pueblo que encontraron por la carretera.

—Necesito un café para seguir viva —dijo.

Lo normal era que cuando paraban en esa tienda, Karin se quedara con Derek dentro del coche. Él no era capaz de beber semejante café. «A tu madre le atraen estos lugares por la terrible infancia que padeció», decía. Con eso no quería decir que a Rosemary la hubieran llevado a sitios como ése, sino que le permitían entrar en ellos, de la misma forma que le prohibían la comida dulce y la frita y la mantenían a base de una dieta vegetariana y unas papillas viscosas. Y no porque sus padres fueran pobres —eran ricos—, sino porque eran unos maniáticos de la alimentación, adelantados a su tiempo. Derek conocía a Rosemary desde hacía poco tiempo —en comparación, por ejemplo, con los años que hacía desde que la conociera Ted, el padre de Karin—, pero hablaba sobre su juventud con más desenvoltura de la que Ted era capaz, y divulgaba detalles como el de los rituales de los enemas semanales, cosa que ni la propia Rosemary hacía.

Karin nunca, jamás, se habría encontrado en su vida escolar, en su vida con Ted y Grace, en un lugar que oliera tan repulsivamente a azúcar quemado, grasa, tabaco y café rancio. Pero los ojos de Rosemary recorrían con placer la oferta de donuts con crema (que se deletreaba «crème») con relleno de mermelada, caramelo y glaseado de chocolate, buñuelos y bambas de nata, *croissants* rellenos y galletas monstruo.

No encontraba razones para negarse a comer esos dulces, con la excepción tal vez del miedo a engordar, y creía que ésa era la comida que deseaba todo el mundo.

En la barra —donde, según advertía un cartel, no podías quedarte sentado más de veinte minutos— estaban sentadas dos mujeres muy gordas con enormes peinados de rizos, y entre ellas había un hombre delgado y, pese a su aspecto aniñado, de rostro arrugado, que hablaba a toda velocidad y parecía contarles chistes. Mientras las mujeres agitaban las cabezas y se reían y Rosemary escogía su *croissant* de almendras, el hombre guiñó un ojo a Karin con aire cómplice y lujurioso. Le hizo darse cuenta de que todavía llevaba los labios pintados.

—No eres capaz de resistirlo, ¿eh? —le dijo el hombre a Rosemary y ella sonrió, tomándolo como una cortesía rural.

—Nunca puedo —respondió—. ¿Estás segura? —le preguntó a Karin—. ¿Nada de nada?

—Una niña que cuida su línea, ¿eh? —dijo aquel hombre todo arrugado.

Apenas había tráfico al norte de aquel pueblo. El aire se había vuelto más frío y olía a cieno. En algunos tramos las ranas montaban tal escándalo que se oían pese al ruido del coche. La carretera de dos carriles serpenteaba entre matas negras de árboles de hoja perenne y la suave oscuridad de campos salpicados de pequeños enebros y granjas que retrocedían hacia los montes. Al tomar una curva, los faros delanteros alumbraron el primer montón de rocas, algunas de color rosa brillante y gris y otras del color de la sangre seca. Muy pronto las rocas comenzaron a aparecer cada vez con más frecuencia, y en algunos sitios, en lugar de amontonarse y apiñarse,

parecían colocadas a mano en finas y gruesas capas de color grisáceo o blanco verdoso. Caliza, recordó Karin. Lechos de roca caliza mezclados con rocas de la era precámbrica. Derek se lo había enseñado. Decía que le hubiera gustado ser geólogo porque sentía pasión por las piedras. Pero no le habría gustado amasar dinero para las compañías mineras. La historia también le atraía, era una curiosa combinación. La historia para el hombre de intramuros, la geología para el de extramuros, decía, con tal solemnidad que ella comprendía que se burlaba de sí mismo.

De lo que Karin quería deshacerse ahora —deseaba que se desvaneciera por las ventanillas del coche con la velocidad del aire de la medianoche— era de su sensación de repugnancia y de superioridad. Hacia el *croissant* con almendras, el mal café que Rosemary sorbía casi a escondidas y el hombre de la barra, e incluso hacia el vestido juvenil de estilo *hippie* y la mata de pelo revuelto de su madre. También le hubiera gustado deshacerse de la sensación de echar de menos a Derek, la sensación de que había que llenar un vacío, una posibilidad que disminuía cada vez más.

—Me alegro, me alegro que se haya marchado —dijo en voz alta.

—¿De verdad? —dijo Rosemary.

—Serás más feliz —dijo Karin.

—Sí —dijo Rosemary—. Estoy recuperando mi autoestima. La verdad es que una no se da cuenta de hasta qué punto ha perdido la autoestima y de cuánto se la echa de menos hasta que la recupera. Quiero que tú y yo pasemos un verano fantástico. Hasta podríamos hacer unas cuantas excursiones. No me importa conducir por donde no hay peligro. Podríamos hacer excursiones a pie por el monte al que te llevaba de Derek. Me gustaría de verdad.

Karin respondió que sí, aunque no estaba muy segura de que sin Derek no se fueran a perder. Sus pensamientos no se dirigían precisamente a las excursiones, sino hacia ciertos sucesos del verano anterior. Recordaba a Rosemary en la cama, envuelta en un edredón, llorando, metiéndose puñados del edredón y de la almohada en la boca, mordiendo con un dolor rabioso, mientras Derek, sentado en la mesa de trabajo, leía una página del manuscrito.

—¿No puedes hacer algo para que se calle tu madre? —le preguntó.

—Quiere que vayas tú —respondió Karin.

—No la aguanto cuando se pone así —dijo Derek. Posó la página que acababa de leer y cogió otra. Entre hoja y hoja miró hacia Karin con expresión de sufrimiento. Parecía totalmente agotado, como si estuviera viejo y consumido—. No lo soporto. Lo siento.

Karin entró en el dormitorio y acarició la espalda de Rosemary, y ella también dijo que lo sentía.

—¿Qué hace Derek? —preguntó.

—Está sentado en la cocina —respondió Karin. No quiso añadir «leyendo».

—¿Qué ha dicho?

—Que debía entrar y hablar contigo.

—Ah, Karin. Me siento tan avergonzada.

¿Por qué había empezado aquella discusión? Una vez apaciguada y aseada, Rosemary siempre decía que era el trabajo, que lo que provocaba esas situaciones eran desacuerdos por el libro. «¿Entonces por qué no dejas de trabajar en su libro?», preguntaba Karin, «puedes seguir con tus

cosas». Rosemary corregía manuscritos, así había conocido a Derek. No porque él hubiese enviado su libro a la editorial para la que ella trabajaba —todavía no lo había hecho—, sino porque ella conocía a un amigo suyo, que le había comentado a él: «Conozco a una mujer que podría ayudarte». Y poco más tarde Rosemary se mudó al campo y a una caravana, no lejos de la casa de él, para poder trabajar más. Al principio conservó su apartamento de Toronto, pero luego lo dejó porque cada vez pasaba más tiempo en la caravana. Aún hacía otras cosas, pero pocas, y se las ingeniaba para trabajar en Toronto un día a la semana marchándose a las seis de la mañana y regresando pasadas las once de la noche.

—¿De qué trata el libro? —le había preguntado Ted a Karin.

—Es más o menos sobre el explorador La Salle y los indios —respondió Karin.

—¿Ese tipo es historiador? ¿Enseña en la universidad?

Karin no lo sabía. Derek había hecho muchas cosas: había trabajado como fotógrafo, como minero y como topógrafo; pero en cuanto a la enseñanza, ella creía que había trabajado en un colegio de enseñanza secundaria. Ann se refería a su trabajo como algo «al margen del sistema».

Ted enseñaba en la universidad. Era economista.

Ella, claro, no le contó a Ted o a Grace nada sobre el dolor que en apariencia provocaban las discusiones en torno al libro. Rosemary se culpaba a sí misma. Lo atribuía a la tensión. A veces decía que era la menopausia. Una vez Karin la escuchó decirle a Derek «perdóname», y la respuesta de él, con una voz de fría satisfacción, fue: «No hay nada que perdonar». Acto seguido, Rosemary abandonó la habitación. No la oyeron llorar de nuevo, pero estuvieron esperándolo. Derek miró fijamente a Karin e hizo un gesto cómico de perplejidad y sufrimiento.

¿Y qué es lo he hecho esta vez?

—Es muy sensible —dijo Karin, la voz llena de vergüenza. ¿Por el comportamiento de Rosemary? O porque Derek parecía incluirla dentro de un sentimiento de satisfacción, de desprecio, que iba mucho más allá de ese instante. Y porque no podía evitar sentirse halagada.

En ocasiones, Karin se marchaba. Se iba por la carretera a ver a Ann y ésta siempre parecía muy contenta de verla. Nunca le preguntaba a Karin la razón de su visita, pero si ésta le decía «tienen otra de sus estúpidas peleas» o —más adelante, cuando habían dado con la palabra mágica— «están en plena riña», no parecía sorprenderse o disgustarse. Tal vez decía «Derek es muy exigente» o «bueno, supongo que se les pasará». Pero si Karin trataba de ir más lejos y decía «Rosemary están llorando», Ann contestaba: «Hay cosas de las que creo que es mejor no hablar, ¿no crees?».

Pero había otras cosas que le gustaba oír, aunque a veces mostrara una sonrisa de reserva. Ann era una mujer de aspecto dulce, rellenita, de pelo gris claro cortado en mechones que le caían sobre los hombros. Parpadeaba mucho al hablar y no solía mirarte a los ojos (Rosemary decía que eran los nervios). Sus labios eran tan finos que casi desaparecían cuando sonreía, siempre con la boca cerrada, como si quisiera reprimir algo.

—¿Sabes cómo conoció Rosemary a Ted? —contó Karin—. Fue en una parada de autobús, llovía y ella se pintaba los labios —entonces tuvo que rebobinar y explicar que Rosemary tenía que pintarse en la parada de autobús porque sus padres no sabía que lo hacía; se lo prohibía su religión, al igual que las películas, los tacones altos, el baile, el azúcar, el café, el alcohol y los

cigarrillos. Rosemary hacía su primer año de universidad y no quería parecer una beata chiflada. Ted era ayudante de un profesor.

—Pero ya se conocían de vista —dijo Karin, y explicó que habían vivido en la misma calle. Ted en la caseta del guarda de la más grande de las casas de los ricos, ya que su padre era chófer y jardinero, y su madre, ama de llaves, y Rosemary en una de las casas de ricos más corrientes del otro lado de la calle (aunque la vida que llevaban sus padres no era para nada de gente rica ordinaria, ya que no jugaban a nada, nunca iban a fiestas, no hacían viajes y, por alguna extraña razón, hasta que la compañía del hielo se fue a pique, usaban una heladera en lugar de una nevera).

Ted tenía un coche que había comprado por cien dólares y sintió lástima por Rosemary y la recogió para que no se empapara.

Mientras Karin relataba esa historia, recordaba cómo la contaban sus padres, riendo e interrumpiéndose mutuamente de aquella manera que tan propia les era. Ted siempre mencionaba el precio del coche, la marca y el año de fabricación (Studebaker, 1947) y Rosemary decía que la puerta del acompañante no abría y contaba que Ted tenía que salir y dejarla entrar por la puerta del conductor. Y él contaba lo pronto que la llevó a ver su primera película —aquella misma tarde — y que la película era *Con faldas y a lo loco*, y como él salió a la luz del día con manchas de carmín por toda la cara, porque lo que quiera que fuese que las chicas hacían con sus pintalabios para que no se notara, empolvase o lo que fuera, Rosemary no sabía hacerlo. «Era muy entusiasta», decía él.

Luego se casaron. Fueron a la casa de un pastor cuyo hijo era amigo de Ted. Sus padres no sabían que lo iban a hacer. Y nada más terminar la ceremonia, a Rosemary le vino el periodo y lo primero que tuvo que hacer Ted como hombre casado fue salir y comprar una caja de compresas.

—Karin, ¿sabes tu madre que me cuentas estas cosas?

—A ella no le importaría. Y luego a la madre de ella le sentó tan mal enterarse de que se habían casado, que se metió en cama. Si sus padres hubieran sabido que se iba a casar con aquel infiel, la habrían encerrado en un colegio religioso de Toronto.

—¿Infiel? —preguntó Ann—. ¿De veras? Qué lástima.

Quizá al decir qué lástima se refería a que era una pena, después de tantas dificultades, que el matrimonio no hubiera durado.

Karin se encogió en su asiento. Su cabeza golpeó contra el hombro de Rosemary.

—¿Te molesta? —preguntó.

—No —respondió Rosemary.

—La verdad es que no me voy a dormir. Quiero estar despierta cuando lleguemos al valle —dijo Karin.

Rosemary empezó a cantar.

—*Despierta, despierta, querida Cory...*

Cantaba con una voz lenta y profunda, imitando a Pete Seeger en el disco, y lo primero de lo que Karin se enteró después de eso fue que el coche se había detenido; habían subido por el trecho corto y lleno de surcos del camino hasta la caravana y se habían detenido bajo los árboles que la rodeaban. La luz de la puerta estaba encendida. Aunque Derek no estaba dentro. Allí ya no quedaba ninguna de las cosas de Derek. Karin no quería moverse. Remoloneaba y protestaba,

deliciosamente quisquillosa, de una manera que no hubiera mostrado más que ante Rosemary.

—Ven, ven —dijo Rosemary—. Dentro de un minuto estarás en la cama, vamos —dijo mientras reía y tiraba de ella—. ¿Crees que puedo llevarte en brazos? —cuando empujó a Karin y le hizo andar a tumbos hasta la puerta, dijo—: Mira las estrellas. Mira las estrellas. Están preciosas —Karin siguió mirando al suelo, refunfuñando.

—A la cama, a la cama —dijo Rosemary. Ya estaban dentro. Un olor tenue a Derek, marihuana, granos de café, madera. Y el olor de la caravana cerrada, de sus alfombras y de la cocina. Karin cayó pesadamente sobre la estrecha cama sin quitarse la ropa y Rosemary le tiró su pijama del año anterior—. Quítate la ropa o mañana cuando te levantes te sentirás fatal —dijo—. Traeremos tu maleta por la mañana.

Karin hizo lo que le parecía el mayor esfuerzo de su vida, se incorporó a duras penas hasta sentarse, se quitó la ropa y se puso el pijama.

Rosemary se movía de un lado a otro abriendo ventanas. Lo último que Karin le oyó decir fue: «Ese lápiz de labios, ¿para qué ese lápiz de labios?» y lo último que sintió fue el ataque maternal y no muy dulce de una toallita que le frotaba la cara. Escupió ese sabor, deleitándose en la puerilidad y el frío territorio de la cama bajo su cuerpo, y en su codicia de sueño.

Eso fue un sábado por la noche. Sábado noche y domingo de madrugada. En la mañana del lunes, Karin dijo «¿te molesta si subo hasta casa de Ann?», y Rosemary respondió «claro que no, ve si te apetece».

El domingo habían dormido hasta tarde y no habían abandonado la caravana en todo el día. La lluvia afligía a Rosemary. «Había estrellas anoche, al llegar nosotras a casa había estrellas», dijo.

«Que tenga que llover tu primer día de verano...». Karin tuvo que decirle que no importaba, que se sentía tan perezosa que no quería salir. Rosemary le hizo una taza de café con leche y troceó un melón que no estaba del todo maduro (algo de lo que Ann se hubiera dado cuenta, pero no Rosemary). Luego, a las cuatro de la tarde, prepararon una gran comida a base de beicon, gofres, fresas y un sucedáneo de nata montada. El sol salió sobre las seis, pero todavía estaban en pijama; el día se había echado a perder. «Por los menos no hemos visto la tele», dijo Rosemary. «Al menos podemos felicitarnos por eso».

«Hasta ahora», dijo Karin, y la encendió.

Estaban sentadas entre montones de viejas revistas que Rosemary había sacado del armario. Ya estaban en la caravana cuando ella se instaló allí y dijo que por fin había decidido tirarlas, después de echarles un vistazo por si había algo que mereciese la pena guardar. No le dio mucho tiempo a escoger porque continuamente encontraba cosas que leer en voz alta. En un principio Karin se aburría, pero después se dejó llevar por aquel viaje al pasado, con aquellos anuncios tan curiosos y peinados tan poco favorecedores.

Vio la manta doblada y colocada sobre el teléfono.

—¿Es que no sabes desconectar el teléfono? —preguntó.

—La verdad es que no lo quiero desconectar. Quiero oírlo sonar y no responder. Poder ignorarlo. No quiero que suene muy alto, eso es todo —respondió Rosemary.

Pero no sonó en todo el día.

El lunes por la mañana la manta todavía estaba sobre el teléfono y las revistas habían vuelto al

armario porque Rosemary no se acaba de decidir a tirarlas. El cielo estaba nublado pero no llovía. Una vez más se levantaron muy tarde porque se habían quedado viviendo una película hasta las dos de la mañana.

Rosemary extendió unas hojas mecanografiadas sobre la mesa de la cocina. No era el manuscrito de Derek; aquella enorme pila había desaparecido.

—¿Era el libro de Derek de verdad interesante? —preguntó Karin.

Nunca había pensado antes en hablar con Rosemary sobre el tema. El manuscrito había sido siempre como un enorme rollo de alambre de espino colocado sobre la mesa de Derek y Rosemary tratasen de desenmarañar.

—Bueno, él no dejaba de hacer cambios —dijo Rosemary—. Era interesante, pero confuso. Primero lo único que le interesaba era La Salle, luego Pontiac... quería abarcar demasiado y nunca estaba satisfecho.

—Así que estás contenta de haberte deshecho de eso —dijo Karin.

—Contentísima. No daba más que un sinfín de problemas.

—¿Pero no echas de menos a Derek?

—La amistad se ha acabado —dijo Rosemary con un tono de preocupación, inclinándose sobre una hoja de papel y anotando una corrección.

—¿Y qué pasa con Ann?

—Supongo que esa amistad también se acabó. En realidad he pensado —dejó el bolígrafo—, he pensado en marcharme de aquí. Pero pensé que debía esperar por ti. No quería que volvieres y lo encontraras todo desbaratado. La razón de vivir aquí era el libro de Derek. Bueno, era Derek. Ya lo sabes.

—Derek y Ann —dijo Karin.

—Sí. Derek y Ann. Y ahora esa razón se ha esfumado.

Fue entonces cuando Karin dijo: «¿Te molesta si subo hasta casa de Ann?»; y cuando Rosemary respondió: «Claro que no, ve si te apetece. No tenemos por qué decidírnos a toda prisa. No es más que una idea que se me ha ocurrido».

Karin caminaba por la carretera cubierta de gravilla y se preguntaba qué era lo que había cambiado. Además de las nubes, que no formaban parte de su recuerdo del valle. Luego se dio cuenta. No había ganado que pastara por los campos y por eso la hierba había crecido, los arbustos de enebro se habían extendido y ya no se podía ver el agua del riachuelo.

El valle era largo y estrecho, con la casa de color blanco de Ann y Derek justo al fondo. El suelo del valle lo formaba un prado que el año anterior presentaba un aspecto llano y ordenado, recorrido por un riachuelo. (Ann había alquilado el terreno a un hombre que había criado ganado Black Angus). La cresta del bosque se elevaba en una pronunciada pendiente a ambos lados y se cerraba justo al final, detrás de la casa. La caravana que Rosemary tenía alquilada la habían puesto allí en un principio para los padres de Ann, que se trasladaban a ella en invierno cuando el valle se cubría de nieve. Querían estar más cerca de la tienda, que entonces se encontraba en la esquina del camino del ayuntamiento. Ahora no había más que una plataforma de cemento con dos agujeros donde antaño estuvieran los depósitos de gasolina y un viejo autobús con banderas que

tapaban las ventanas, en el que vivían unos cuantos *hippies*. A veces se sentaban en la plataforma y saludaban de forma exagerada y solemne a Rosemary cuando pasaba en su coche.

Derek decía que cultivaban marihuana entre los arbustos. Pero no les compraba porque no se fiaba de que fuera seguro.

Rosemary se negaba a fumar con Derek.

—Cuando estoy contigo me alboroto demasiado —dijo—. No creo que sea bueno.

—Como quieras —dijo Derek—. A lo mejor te ayuda.

Tampoco fumaba Ann. Decía que se sentía ridícula. Ella nunca había fumado; ni siquiera sabía inhalar.

Ellas no sabían que una vez Derek se lo había dejado probar a Karin. Ella tampoco sabía inhalar y él tuvo que enseñarle. Se pasó de la raya; se tragó el humo con demasiada fuerza y tuvo que hacer esfuerzos para no vomitar. Estaba fuera, en el granero, donde Derek guardaba las muestras de roca que recogía en la cresta del bosque. Derek trató de calmarla diciéndole que mirase a las rocas.

—Míralas —decía—. Mira dentro de ellas. Fíjate en los colores. No te esfuerces. Limitate a mirar y esperar.

Pero lo que finalmente consiguió calmarla fueron las inscripciones que tenía una caja de cartón. Había un montón de cajas de cartón en las que Ann había empaquetado cuando ella y Derek de Toronto, un par de años antes. Una de ellas tenía en uno de los lados la silueta de un barco de guerra de juguete y la palabra ACORAZADO. La palabra estaba impresa en letras rojas. Las letras brillaban como si estuviesen escritas en tubos de neón, y le transmitían una orden a Karin que tenía que ver con algo más que el significado de la palabra. Tenía que desmembrarla y encontrar las palabras que había dentro.

—¿De qué te ríes? —preguntó Derek, y ella le contó lo que hacía. Las palabras salían a la luz milagrosamente.

—Acorazado. Coraza. Corza. Raza. Roza. Zar. Azada. Dar. Arco. Roca. Cara.

—Increíble —dijo Derek—. Increíble, Karin. Al Zar la Coraza le Roza la Cara al Dar con la Azada a la Corza en la Roca.

No tuvo que pedirle que no le dijera nada a su madre o a Ann. Esa noche, cuando Rosemary la besó, olfateó su pelo, se rió y dijo: «Dios, ese olor está en todos lados, Derek es un devoto fumador de marihuana».

Fue uno de esos momentos en los que Rosemary se sentía feliz. Habían estado en casa de Derek y de Ann para cenar en la galería acristalada. Y Ann había dicho: «Ven conmigo, Karin, a ver si me puedes ayudar a sacar la mousse del molde». Karin la siguió, pero volvió, con el pretexto de buscar la salsa de menta.

Rosemary y Derek estaban inclinados sobre la mesa burlándose el uno del otro y haciéndose carantoñas. No la vieron.

Quizá fuese aquella misma noche, al marcharse, cuando Rosemary se rió de las dos sillas colocadas junto a la puerta trasera. Dos viejas sillas metálicas de color rojo oscuro, con cojines.

Estaban de cara a los últimos resquicios de la puesta del sol.

—Esas viejas sillas —dijo Ann—. Sé lo espantosas que son. Eran de mis padres.

—Ni siquiera son muy cómodas —dijo Derek.

—No, no —dijo Rosemary—. Son preciosas, sois vosotros dos. Me encantan. Dicen Derek y Ann. Derek y Ann observan la puesta de sol tras una jornada de trabajo.

—Si pueden verla a través de la enredadera —dijo Derek.

La siguiente vez que Karin pasó por allí para recoger verduras para Ann, se dio cuenta de que las sillas habían desaparecido. No le preguntó a Ann que había sido de ellas.

La cocina de Ann estaba en el sótano de la casa y era parcialmente subterránea. Había que bajar cuatro escalones. Karin bajó y presionó su cara contra la puerta mosquitera. La cocina era un cuarto oscuro, afuera los arbustos crecían rozando las altas ventanas; Karin nunca había estado allí con la luz apagada. Pero ahora la luz no estaba encendida y en un principio creyó que el cuarto se encontraba vacío. Después vio a una persona sentada sobre la mesa. Era Ann, pero su cabeza tenía una forma diferente. Estaba de espaldas a la puerta.

Se había cortado el pelo. Lo llevaba corto y ahuecado como cualquier matrona de cabellos canosos. Y estaba haciendo alguna cosa: Karin veía cómo se movían sus codos. Trabajaba bajo una luz pálida, pero Karin no podía ver de qué se trataba.

Intentó que Ann se diera la vuelta con el truco de mirarla fijamente al cogote. Nada. Lo intentó corriendo sus dedos suavemente por la mosquitera. Al final, hizo un ruido.

«Woo-oo-ooo-woo».

Se levantó y se dio la vuelta con tal desgana que Karin tuvo la repentina y poco razonable sospecha de que Ann había sabido de sobra que estaba allí desde el principio; podía haberla visto y haberse preparado adoptando una posición cautelosa.

—Soy yo, soy yo. Tu niña perdida —dijo Karin.

—¡Vaya si lo es! —dijo Ann desenganchando la puerta. No abrazó a Karin, pero la verdad es que ni ella ni Derek lo hacía nunca.

Estaba más gorda —o quizá fuera por el aspecto que tenía con el pelo corto— y en su cara había manchas rojas como si la hubiese picado algún bicho. Tenía los ojos irritados.

—¿Te duelen los ojos? —preguntó Karin—. ¿Por eso trabajas a oscuras?

—Ah, no me había dado cuenta —dijo Ann—. No me había dado cuenta de que no estaba encendida la luz. Limpiaba un poco de plata y pensé que vería bien —entonces pareció hacer un esfuerzo por espabilarse y habló como si Karin fuera una chiquilla mucho más joven—. Limpiar la plata es un trabajo tan soporífero que debí de entrar en trance. Qué bien que hayas venido a ayudarme.

Como táctica temporal, Karin se convirtió en esa niña pequeña. Se repantingó en una silla junto a la mesa y con cierto alboroto dijo: «Bueno, ¿y dónde anda el viejo Derek?». Pensaba que ese extraño comportamiento de Ann podía significar que Derek se hubiera marchado en una de sus expediciones a los riscos y no hubiera vuelto, abandonando tanto a Ann como a Rosemary. O que estuviera enfermo. O deprimido. En cierta ocasión, Ann dijo: «Derek no se deprime ni la mitad desde que nos marchamos de la ciudad». Karin se preguntaba si «deprimidito» era la palabra indicada. A ella Derek le parecía crítico unas veces y fastidiado otras. ¿Eso era estar deprimido?

—Estoy segura de que está por algún lado —dijo Ann.

—Él y Rosemary se separaron por todo lo alto, ¿lo sabías?

—Claro que sí, Karin. Ya lo sabía.

—¿Te da pena?

—Es una nueva forma que tengo de limpiar la plata —dijo Ann—. Te lo mostraré. Coges un tenedor, una cuchara o lo que sea, y lo bañas en esta solución que está aquí en el cuenco, lo dejas un segundo y luego lo sacas, lo aclaras y lo secas con un paño. ¿Ves? Brilla como siempre, igual que cuando lo fricciones y la abrillantas. Me parece. Creo que el brillo que consigues es igual de bueno. Voy a coger un poco de agua fresca.

Karin bañó el tenedor.

—Ayer Rosemary y yo hicimos lo que quisimos durante todo el día —dijo—. Ni siquiera nos vestimos. Nos hicimos unos gofres y leímos cosas de unas revistas viejas. Antiguos ejemplares de *Ladies' Home Journals*.

—Esas revisas eran de mi madre —dijo Ann con cierta rigidez.

—Ella es encantadora —dijo Karin—. Está comprometida. Una Pond's.

Ann sonrió —lo que un alivio— y dijo «Lo recuerdo».

—¿Se puede salvar este matrimonio? —dijo Karin, asumiendo un tono de profundidad que no presagiaba nada bueno. Tono que luego cambió a adulator y quejumbroso—: El problema es que mi marido es malvado y la verdad es que no sé qué hacer. Por ejemplo se dedica a devorar a nuestros hijos. No es porque yo no le dé bien de comer, sí que le doy. Trabajo todo el día como una esclava en la cocina, le preparo una cena deliciosa y luego él viene y lo primero que hace es arrancar una pierna del bebé...

—No sigas —dijo Ann, dejando de sonreír—. Basta ya, Karin.

—Pero la verdad es que quiero saberlo —dijo Karin, con voz contenida pero insistente—. ¿Puede *salvarse* este matrimonio?

Durante todo el año pasado, al pensar en el lugar en el que más le gustaría estar, Karin pensaba en esa cocina. Una gran habitación cuyas esquinas conservaban un color mortecino incluso con la luz encendida. Las formas de las hojas verdes cepillando las ventanas. Las muchas cosas que en ella había, que en un sentido estricto no pertenecían a una cocina. La máquina de coser que funcionaba a pedales y la gran silla con su abultada tapicería de color castaño malamente gastada, de un color verde grisáceo en los brazos. El cuadro grande con el motivo de la cascada, pintado hacía tiempo por la madre de Ann, de recién casada, cuando aún tenía tiempo; algo que nunca volvió a ocurrir en su vida.

(Derek dijo: «Por fortuna para nosotros»).

Se oyó el ruido de un coche en el patio y Karin pensó: ¿sería Rosemary? ¿No habría sido Rosemary quien se habría deprimido al quedarse sol? ¿Habría ido a por ella en busca de compañía?

Cuando oyó las botas en la cocina, supo que se trataba de Derek.

—Sorpresa, sorpresa. ¡Mira quien está aquí! —gritó Karin.

Derek entró en la habitación y dijo «hola, Karin», sin el menor signo de bienvenida. Colocó un par de bolsas sobre la mesa. Ann preguntó amablemente: «¿Conseguiste el carrito apropiado?».

—Sí —dijo Derek—. ¿Qué es esa porquería?

—Es para limpiar la plata —dijo Ann. Como para disculparse, le dijo a Karin—: Ha ido al pueblo a comprar un rollo de película. Para hacer fotos de sus rocas.

Karin se inclinó sobre el cuchillo que estaba secando. Sería la peor cosa del mundo si se echaba a llorar (el año anterior habría sido imposible). Ann preguntó sobre otras cosas —comida — que había comprado Derek, y Karin levantó la vista intencionadamente y la fijó en el fogón. Era un tipo de cocina que ya no se hacía, por lo que Ann le había contado. Una cocina mixta de leña y electricidad, con un barco de vela estampado en la puerta del horno. Encima del barco se leía: «COCINAS CLIPPER».

Eso también lo había recordado.

—Pienso que Karin podría serte de ayuda —dijo Ann—. Podía ayudarte a ordenar las rocas.

Hubo una ligera pausa durante la que tal vez se miraron el uno al otro. Luego Derek dijo: «Está bien, Karin. Vente y ayúdame a hacer fotografías».

Muchas de las rocas estaban colocadas en el suelo del granero sin clasificar y sin etiquetar. Había otras en los estantes, desplegadas por separado y con tarjetas impresas para la correcta identificación. Durante unos instantes Derek permaneció en silencio moviéndolas, luego se entretuvo jugando con la cámara e intentó buscar el mejor ángulo y la luz apropiada. Cuando empezó a tomar las fotografías, le dio unas cuantas órdenes breves a Karin para que moviera las rocas, las inclinara y recogiera las restantes del suelo para poder fotografiarlas incluso sin etiqueta. Le daba la impresión de que él no necesitaba —ni quería— su ayuda para nada. Derek aguantó el aliento varias veces como si fuera a decirle esto —o alguna otra cosa importante y desagradable—, pero lo cierto es que todo lo que decía era: «Muévelo un poco hacia la derecha» o «dale la vuelta para que vea la otra cara».

Todo el verano pasado Karin había insistido —bien como una niña mimada, bien en serio— para que Derek la llevara consigo en una de sus caminatas, hasta que al final él cedió. Derek trató de hacer la expedición tan dura como le fue posible: una prueba. Se rociaron con repelente, pero eso no evitó por completo que los bichos se ensañaran con ellos, se escondiesen en su pelo y se abrieran camino bajo los cuellos y los puños de la camisa. Tuvieron que andar chapoteando sobre el fango por lugares pantanosos, donde las huellas de sus botas se cubrían de agua al instante. Escalaron pendientes empinadas, cubiertas de cañas de moras, rosales salvajes y plantas enredaderas. También treparon sobre los crestones ladeados de las rocas desnudas. Llevaban campanillas colgadas al cuello para localizarse si se separaban y para que los osos les oyesen llegar y se largasen.

Llegaron hasta un montículo de excrementos de oso, de un fresco brillante, y el corazón de una manzana medio digerida.

Derek le había dicho que había minas por toda esa zona. Casi todos los minerales conocidos se encontraban allí, pero no en cantidades suficientes como para que fueran rentables, dijo. Había visitado todas aquellas minas abandonadas, casi olvidadas, y de allí había sacado sus muestras, cuando no las había recogido simplemente del suelo. «La primera vez que le traje a casa, Derek desapareció en la cresta y encontró una mina», le había contado Ann. «Entonces supe que probablemente se casaría conmigo».

Las minas fueron una decepción, aunque a Karin no se le ocurrió decirlo. Ella esperaba una especie de cueva a lo Alí Babá, con el destello de las rocas resplandecientes en la oscuridad. En lugar de ello, Derek le mostró una entrada estrecha, casi una grieta natural en la roca y bloqueada ahora por un álamo que había enraizado en aquel absurdo lugar y crecía torcido. La otra entrada, que según Derek era la más accesible de todas no era más que un agujero en la ladera de una colina, con vigas caídas por el suelo o que todavía sustentaban parte del techo y ladrillos que contenían parte de la tierra y de las piedras. Derek le señaló el débil rastro que habían dejado los raíles para las vagonetas que recogían el metal precioso. Había trozos de mica y Karin recogió algunos, que al menos eran bellísimos, un auténtico tesoro. Eran como láminas de un cristal suave y oscuro que se volvía plateado al ponerlo a contraluz.

Derek dijo que solo debía coger un trozo como recuerdo privado y que no debía mostrárselo a nadie. «Guárdalo bajo el sombrero», le dijo, «no quiero que nadie hable de este lugar». «¿Quieres que lo jure por Dios?», preguntó Karin. «Recuérdalo, nada más», contestó él. Luego le preguntó si quería ver el castillo.

Otra decepción, una broma. La llevó hasta un muro de cemento en ruinas que, le dijo, probablemente había sido un almacén de minerales. Le enseñó el espacio que quedaba entre los árboles altos, lleno ahora de arbolillos, por donde habían pasado los raíles. La broma provenía de una anécdota: algunos de los *hippies* se habían perdido por allí un par de años atrás y habían salido con la historia de un castillo. Derek detestaba que las personas cometieran errores de ese tipo, que fueran incapaces de ver lo que tenían delante de sus narices o lo que podían averiguar con la información adecuada.

Karin paseó por la cima del muro que se derrumbaba y en ningún momento Derek le dijo que tuviese cuidado al pisar no fuera a romperse la crisma.

De camino a casa hubo una tormenta y tuvieron que protegerse en un espeso soto de cedros. Karin no podía permanecer quieta; no sabía si estaba asustada o eufórica. Decidió que eufórica y saltó hacia arriba y corrió en círculos, levantando sus brazos y chillando en el brillo de la luz que penetraba en el refugio. Derek le pidió que se calmase, que se sentara y contase hasta quince tras el destello y se fijase si eso no traía el trueno.

Pero Karin pensó que estaba contento con ella. Derek no pensaba que estuviera asustada.

Era verdad, había personas por las que uno se esforzaba por que estuvieran contentas. Derek era una de ellas. Si uno fracasaba con este tipo de gente, te clasificaban mentalmente en una categoría donde te mantendrían y te despreciarían para siempre. Miedo a los relámpagos, miedo al ver el excremento del oso o deseo de creer que las ruinas eran de un castillo —incluso la imposibilidad de reconocer las diferentes propiedades de la mica, la pirita, el cuarzo, la plata y el feldespato—, cualquiera de esas cosas podría hacer que Derek tirase la toalla con ella. Como había tirado la toalla en distintos aspectos con Rosemary y con Ann. Aquí fuera, con Karin, era él mismo de forma más genuina, le concedía el honor de prestarle su más seria atención. Cuando estaba con ella; con ella, y no con ninguna de ellas dos.

—¿No notas un presagio de catástrofe en el aire? —preguntó Derek.

Karin deslizó sus manos sobre una pieza de cuarzo que parecía un trozo de hielo con una vela dentro.

—¿Lo dices por Rosemary? —preguntó.

—No —dijo Derek—. Esto va en serio. Ann ha recibido una oferta de compra por este lugar. Uno de esos especuladores de Stoco apareció y le dijo que una compañía japonesa quiere comprarlo. Quieren la mica. Para construir bloques de cilindros de motor de cerámica, para los coches. Ella se lo está pensando. Lo puede vender si quiere. Es suyo.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Venderlo, para qué? —preguntó Karin.

—Dinero —respondió Derek—. ¿Conoces la palabra dinero?

—¿No le paga Rosemary suficiente alquiler?

—¿Cuánto va a durar eso? Este año no se han alquilado los pastos, la tierra está demasiado trabajada. O se invierte dinero en la casa o se vendrá abajo. Llevo cuatro años trabajando en un libro que ni siquiera está cerca del final. Andamos mal. ¿Sabes lo que dijo el tipo de la inmobiliaria? Dijo: «Esto podría ser obro Sudbury». No bromeaba.

Karin no venía por qué lo iba a hacer. Ella no sabía nada de Sudbury.

—Si fuese rica podría comprarlo —dijo—. Podríais seguir como ahora.

—Algún día serás rica —dijo Derek con naturalidad—. Pero no tan pronto —metió la cámara en su maletín—. Llévate bien con tu madre. Es asquerosamente rica.

Karin notó cómo le ardía la cara, sintió esas palabras como una conmoción. Nunca lo había oído antes. Asquerosamente rica. Sonaba odioso.

—Bueno, me voy al pueblo a ver cuándo revelan el carrete —dijo Derek. No le preguntó si quería acompañarle, aunque apenas podría haberle contestado; sus ojos se habían llenado de lágrimas a punto de derramarse. Se sentía anonadada y cegada por lo que él había dicho.

Tenía que ir al baño, de modo que se dirigió a la casa.

Desde la colina le llegaba un olor apetitoso, el olor de una carne que se cocinaba lentamente.

El único baño estaba en el piso de arriba. Al subir, Karin oyó a Ann moviéndose en su cuarto. No le dijo nada ni la miró. Pero cuando empezó a bajar, Ann la llamó.

Se había maquillado para disimular las manchas de su cara. Había montones de ropa sobre la cama y en el suelo.

—Estoy tratando de ordenar las cosas —dijo Ann—. Por aquí hay ropa que había olvidado que existía. Tengo que deshacerme de parte de ella de una vez por todas.

Eso significaba que pensaba en serio en lo de marcharse. Deshacerse de cosas antes de irse. Cuando Rosemary se preparó para marcharse, llenó un baúl mientras Karin estaba en el colegio. No la vio elegir las cosas que metió allí dentro. Únicamente vio cómo aparecieron más tarde en el apartamento de Toronto y después en la caravana. Un cojín, un par de candelabros, una fuente grande; objetos familiares pero como siempre, fuera de lugar. Por lo que concernía a Karin, habría sido mejor que no hubiese traído nada.

—¿Ves esa maleta? —dijo Ann—. La de ahí arriba, en lo alto del guardarropa. ¿Crees que podrías subirte a una silla e inclinarla para que yo pueda cogerla? Lo intenté pero me mareé. Inclínala y yo la coger.

Karin se subió y empujó la maleta de modo que pudiera balancearse al filo del guardarropa, y Ann la cogió. Se lo agradeció a Karin con voz entrecortada y dejó caer la maleta sobre la cama con un ruido sordo.

—Tengo la llave, aquí tengo la llave —dijo.

La cerradura estaba agarrotada, y los cierres, duros. Karin le ayudó. Cuando la cerradura cedió, se percibió el olor de las bolitas de naftalina, proveniente de un montón de telas flácidas. Karin conocía bien el olor, idéntico al de las tiendas de ropa de segunda mano a las que a Rosemary le gustaba ir de compras.

—¿Son las ropas viejas de tu madre? —preguntó.

—Pero, Karin, si es mi vestido de boda —dijo Ann, medio riéndose—. Ésta no es más que la vieja sábana en la que está envuelto —apartó el trapo gris y sacó un lío de encaje y tafetán. Karin le hizo sitio en la cama. Luego Ann comenzó a darle la vuelta muy cuidadosamente. El tafetán crujía como las hojas.

—También está mi velo —dijo Ann, levantando una película transparente que había quedado pegada al tafetán—. Vaya, debería haberlo cuidado mejor.

Había una larga y delgada rasgadura en la falda que parecía hecha como con una cuchilla.

—Debí colgarlo —dijo Ann—. Tenerlo en una de esas bolsas como las de las tintorerías. El tafetán es muy delicado. Ese corte es por haberlo doblado. Ya lo sabía. Nunca, nunca dobles el tafetán.

Empezó a separar una capa de tela tras otra, levantando pieza por pieza y dándose ánimos, hasta que pudo agitarlo para que tomara la forma de un vestido. El velo se había soltado y estaba en el suelo. Karin lo recogió.

—Malla —dijo. Hablaba para alejar el sonido de la voz de Derek de sus pensamientos.

—Tul —dijo Ann—. Encaje y tul. Tonta de mí por no haberlo cuidado mejor. Es un milagro que se encuentre en el estado en el que está. Es un milagro que se haya conservado.

—Tul —dijo Karin—. Nunca oí hablar del tul. Creo que tampoco del tafetán.

—Hace tiempo —dijo Ann— se usaba mucho.

—¿Tienes una foto tuya con este traje? ¿Tienes una foto de tu boda?

—Mis padres tenían una foto, pero no sé qué fue de ella. A Derek no le va lo de las fotos en las bodas. Ni siquiera le iban las bodas. No sé cómo me salí con la mía. Nos casamos en la iglesia de Stoco, fijate. Y estuvieron mis tres amigas, Dorothy Smith, Muriel Lifton y Dawn Challeray. Dorothy tocó el órgano, Dawn fue la dama de honor y Muriel cantó.

—¿De qué color iba vestida la dama de honor? —preguntó Karin.

—Color verde manzana. Un vestido de encaje con perifollos. No, al contrario. Perifollos con encaje.

Ann lo dijo con una voz ligeramente escéptica, examinando las costuras del vestido.

—¿Qué canto la que cantaba?

—Muriel. «Oh, amor perfecto». *Oh, amor perfecto, oh, amor humano que trasciende...* pero realmente es un himno. Sobre el amor divino. No sé quién lo decidió.

Karin tocó el tafetán. Lo sintió seco y frío.

—Pruébatelo —dijo.

—¿Yo? —dijo Ann—. Está hecho para alguien con una talla veinticuatro de cintura. ¿Derek se ha ido al pueblo? ¿Con el carrete?

No oyó a Karin decir que sí. Debió, claro, oír el coche.

—Piensa que debe tener un documento gráfico —dijo ella—. No entiendo por qué tanta prisa. Luego va a empaquetarlo y etiquetarlo. Parece pensar que nunca volverá a verlo. ¿Te dio la impresión de que ya está vendido?

—Aún no —dijo Karin.

—No. Todavía no. Y yo no lo haría si no tuviese que hacerlo. No lo haré a menos que me vea obligada. Aunque pienso que sí lo tendré que hacer. A veces las cosas son necesarias. La gente no tiene por qué convertirlo todo en tragedia o pensar que es un castigo personal.

—¿Me lo puedo probar? —preguntó Karin.

Ann la miró de arriba abajo.

—Debemos tener mucho cuidado —dijo.

Karin se quitó los zapatos y los pantalones y tiró de su camisa. Ann le pasó el vestido por la cabeza, envolviéndola por un momento en una nube blanca. Había que arreglar con delicadeza las mangas de encaje, hasta que las puntas cayeran sobre el reverso de las manos de Karin. El contraste daba a sus manos un toco oscuro, aunque aún no estuviera bronceada. Había que abotonar todos los broches en las presillas hasta la altura de la cintura, luego había más broches y presillas en la nuca. Tuvieron que sujetar una banda de encaje bien ajustada alrededor de la garganta de Karin. Al no llevar nada bajo el vestido salvo las bragas, al roce del encaje la piel le escocía. El encaje tenía más intención, en su contacto aquí y allá, que ninguna otra cosa que ella conociera. Se encogió al sentirlo contra los pezones, pero por fortuna allí estaba más suelo, ahuecada la franja en la que descansaran los pechos de Ann. El pecho de Karin aún era casi plano, pero a veces sentía los pezones hinchados, tiernos como si fueran a estallar.

Hubo que tirar del tafetán de entre sus piernas y arreglarlo al estilo de una falda de campana. Luego el encaje cayó en curvas cerradas sobre su falda.

—Eres más alta de lo que pensaba —dijo Ann—. Podrías caminar en él si lo levantases un poco.

Cogió un cepillo del tocador y comenzó a peinar a Karin, haciendo caer el cabello sobre sus hombros cubiertos de encaje.

—Castaño, color nuez —dijo Ann—. Recuerdo que en los libros se describía a las muchachas con el pelo castaño, color nuez. Y ya sabes que usaban nueces para darle color. Mi madre recordaba a chicas que hervían nueces para hacer el tinte y luego echárselo en el pelo. Claro que si tus manos se manchaban, te delatabas. Era casi imposible limpiarlas del todo.

—Estate quieta —continuó, y agitó el velo para que cubriera sus suaves cabellos. Se colocó frente a Karin para prender el cabello con alfileres—. El tocado que hacía juego había desaparecido. Quizá lo usé para alguna otra cosa o se lo di a alguien para que lo llevase en su boda. No lo recuerdo. De todas formas hoy tendría un aspecto ridículo. Era como del siglo XVI.

Miró a su alrededor y cogió unas cuantas flores de seda —una rama de manzano en flor— de un jarrón que había sobre el tocador. Esa nueva idea significaba que tenía que quitar los alfileres y comenzar de nuevo, doblando el tallo del fruto del manzano para formar un tocado. El tallo estaba rígido, pero por fin consiguió doblarlo y con los alfileres lo colocó a su gusto. Se puso a un lado y empujó a Karin con suavidad frente al espejo.

—Vaya. ¿Me lo prestarás cuando me case?

En realidad, no era sincera. Nunca había pensado en casarse. Lo dijo para contentar a Ann tras todo su esfuerzo y para disimular la vergüenza que sintió al verse en el espejo.

—Para entonces el estilo será distinto —dijo Ann—. Si ya está pasado de moda.

Karin apartó la vista del espejo y luego volvió a mirarlo, mejor preparada. Vio a una santa. Cabellos resplandecientes y flores pálidas, las débiles sombras del encaje que caían sobre sus mejillas, casi de cuento de hadas; ese tipo de belleza tan pagada de sí misma que termina por tener algo de predestinada, y también de necia. Hizo una mueca para tratar de hacer desaparecer aquel rostro, pero no funcionó; parecía como si la novia, la muchacha en el espejo, fuera la que mandase.

—Me pregunto qué diría Derek si te viera ahora —dijo Ann—. Me pregunto si se daría cuenta de que es mi vestido de novia —sus párpados, como siempre, se agitaban, entre tímida y preocupada. Se acercó para quitar las flores y los alfileres. Karin olía el jabón de sus axilas y el ajo en sus dedos.

—Diría: ¿qué clase de estúpido traje es ése? —dijo Karin, imitando la voz de Derek, mientras Ann le quitaba el velo.

Oyeron un coche que recorría el valle.

—Hablando del rey de Roma —dijo Ann. Ahora tenía tanta prisa por desabotonar los broches que sus dedos se volvieron torpes y temblorosos. Cuando intentó sacar el vestido por encima de la cabeza de Karin, se enganchó.

—Maldición —dijo Ann.

—Vete tú —dijo Karin con voz embozada—. Déjame a mí. Ya lo tengo.

Cuando asomó la cabeza vio que en el rostro de Ann había una mueca de tristeza.

—Lo de Derek era broma —dijo.

Aunque quizá la mirada de Ann sólo era de inquietud y preocupación por el vestido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ann—. Ah, nada, olvídale.

Karin se quedó inmóvil en la escalera para escuchar las voces en la cocina; Ann había bajado antes que ella.

—¿Estará bueno, eso que estás haciendo? —preguntó Derek.

—Eso espero —respondió Ann—. Es osobuco.

La voz de Derek había cambiado. Ya no estaba enfadado. Deseaba mostrarse amable. La voz de Ann sonaba aliviada, sin aliento, tratando de ponerse a la altura del nuevo humor de Derek.

—¿Habrá suficiente para la visita? —preguntó.

—¿Quién viene?

—Sólo Rosemary. Espero que haya bastante porque la he invitado.

—Rosemary y Kary —dijo Ann tranquilamente—. Hay comida suficiente, pero no hay vino.

—Sí que hay —dijo Derek—. He traído.

Hubo murmullos o susurros entre Derek y Ann. Debía de estar hablándole muy de cerca, contra sus cabellos o en sus oídos. Parecía estar bromeando, rogando, consolando y prometiendo una recompensa, todo a la vez. Karin tenía tanto miedo de que se oyeran esas palabras —palabras que entendiera y nunca pudiera olvidar— que bajó ruidosamente la escalera y entró en la cocina a

gritos:

—¿Quién es esa Rosemary? ¿Es eso lo que he oído, «Rosemary»?

—No te acerques con tanto sigilo, *enfant* —dijo Derek—. Haz algún ruido para que te oigamos.

—¿Es eso lo que he oído, «Rosemary»?

—El nombre de tu madre —dijo Derek—. Te lo juro, el nombre de tu madre.

La desagradable tensión se esfumó. Él estaba rebosante de ganas y animoso, como a veces lo había estado el verano pasado.

Ann miró el vino y dijo:

—Es un vino estupendo, Derek, irá muy bien. Vamos a ver, Karin, puedes ayudar. Vamos a poner la mesa larga en la galería. Pondremos la vajilla azul y los cubiertos buenos, menos mal que acabamos de limpiar la plata. Pondremos dos pares de velas. Las dos amarillas grandes en medio, Karin, y alrededor las blancas.

—Como una margarita —dijo Karin.

—Eso es —dijo—. Una cena para celebrarlo. Porque has vuelto para pasar el verano.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Derek.

—Vamos a ver. Ah, sal y coge algo para la ensalada. Lechuga y acedera, y ¿habrá berros en el arroyo?

—Sí hay —dijo Derek—. Los he visto.

—Pues trae también.

Derek deslizó una mano por los hombros de ella. Dijo:

—Todo irá bien.

Cuando ya estaba todo casi a punto, Derek puso un disco. Era uno de los discos que se había llevado a casa de Rosemary y había traído de vuelta. Se llamaba *Antiguas arias y danzas para laúd* y la portada era de un grupo de mujeres a la antigua, exquisitamente delgadas, con vestidos al estilo emperador y bucles que les caían sobre las orejas, que danzaban formando un círculo. A veces la música hacía que Derek se pusiera a bailar de manera solemne y ridícula, acompañado de Kary y Rosemary. Karin podía seguirle en el baile, pero Rosemary no podía. Se esforzaba demasiado, se movía siempre con un poco de retraso, intentaba imitar lo que únicamente podía ser espontáneo.

Karin comenzó a bailar alrededor de la mesa de la cocina donde Ann preparaba la ensalada y Derek abría el vino.

—*Antiguas arias y danzas para laúd* —cantó en éxtasis—. Mi *mamá* viene a cenar, mi *mana* viene a cenar.

—Me parece que la madre de Karin viene a cenar —dijo Derek. Levantó la mano—. Silencio, silencio. ¿Es su coche lo que oigo?

—Vaya, ya está aquí. Por lo menos voy a lavarme la cara —dijo Ann.

Dejó la ensalada y corriendo cruzó el pasillo y subió la escalera.

Derek detuvo el disco. Puso la aguja al principio. Cuando la música comenzó a sonar de nuevo, salió a recibir a Rosemary, cosa que normalmente no hacía. Karin había pensado salir a recibirla, pero al hacerlo Derek, decidió esperar. En su lugar, subió las escaleras siguiendo a Ann.

Pero no hasta el final. En el rellano había un ventanuco en el que nunca nadie se detenía ni miraba hacia afuera. Lo cubría una cortina de red, así que lo más probable es que no la vieran desde fuera.

Fue lo bastante rápida como para ver a Derek recorrer el césped a través de la abertura del seto. Zancadas largas, ansiosas, sigilosas. Llegaría a tiempo para inclinarse y abrir la portezuela del automóvil, con un ademán galante invitaría a Rosemary a apearse. Karin nunca le había visto hacer algo parecido, pero sabía que esta vez lo haría.

Ann seguía en el cuarto de baño, Karin oía la ducha. Le quedaban unos minutos para observar tranquilamente.

Y ahora oyó cerrarse la portezuela del automóvil. Pero no oyó sus voces. No podía, porque la casa estaba llena de música. Y no habían aparecido aún en la abertura del seto. Aún no. Aún no. Aún no.

En una ocasión, después de que Rosemary dejara a Ted, ella volvió. No a la casa; no debía volver a la casa. Ted llevó a Karin a un restaurante y allí estaba Rosemary. Las dos almorzaron en un restaurante. Karin tomó un Shirley Temple con patatas fritas. Rosemary le dijo que se iba a vivir a Toronto, que iba a trabajar en una editorial. Karin no sabía lo que era una editorial.

Aquí vienen. Muy juntos para pasar por la abertura del seto, donde debían haber pasado el uno detrás del otro. Rosemary lleva sus pantalones de harén, de un algodón fino de color frambuesa. Se le transparenta el contorno de las piernas. Su blusa es de un algodón más grueso, con bordados y lentejuelas. Parece pendiente de sus cabellos recogidos en un moño: sus manos se alzan rápidamente, en un gesto de encantador nerviosismo, para soltar unos cuantos mechones y rizos más, que oscilan y se agitan en su rostro. (Algo parecido a los bucles que oscilan de las orejas de las damas de la portada de *Antiguas arias y danzas*). Su laca de uñas hace juego con sus pantalones.

Derek no ha puesto sus manos sobre Rosemary, pero parece como si estuviera a punto de hacerlo.

—Sí, pero ¿vas a vivir allí? —preguntó Karin en el restaurante.

Derek inclina toda su altura sobre los preciosos cabellos revueltos de Rosemary, como si fuera un nido en el que va a deslizarse. Muy concentrado. Si la toca o no la toca, si le habla o no le habla. La acerca hacia sí de manera estudiada. Pero acercándose también él, la delicia de la tentación. Karin reconoce esa misma deliciosa sensación de flirteo que al decir no, no tengo sueño, todavía estoy despierta...

Rosemary en ese momento no sabe qué hacer, pero piensa que aún no debe hacer nada.

Mírala dando vueltas en su jaula de alegres colores. Su jaula de algodón de azúcar. Mira a Rosemary agitada, seductora.

Asquerosamente rica, dijo.

Ann sale del cuarto de baño, sus cabellos grises húmedos y oscuros aplastados contra la cabeza, su rostro brillante por la ducha.

—Karin, ¿qué haces ahí?

—Estoy mirando.

—¿Mirando qué?

—A un par de tórtolos.

—Venga, Karin —dice, bajando la escalera.

Y pronto se oyen gritos de alegría que proceden de la puerta principal (ocasión especial) y del pasillo. «¿Qué es ese olor tan maravilloso?» (Rosemary). «Unos huesos que está cocinando Ann» (Derek).

«¿Y eso? Es maravilloso», dice Rosemary mientras el revuelo social se desplaza hacia la sala de estar. Se refiere a los ramos de hojas verdes, hierbas y lirios tempranos que Ann ha colocado en una jarra al lado de la puerta de la sala de estar.

«Unos cuantos hierbajos que ha metido ahí Ann», dice Derek, y Ann dice «bueno, creí que quedarían bonitos», y Rosemary repite «maravilloso».

Rosemary dijo, después del almuerzo, que quería comprarle un regalo a Karin. No para su cumpleaños ni para Navidades, sólo un magnífico regalo.

Fueron a unos grandes almacenes. Cada vez que Karin se detenía a mirar alguna cosa, Rosemary se mostraba inmediatamente entusiasmada y dispuesta a comprarlo. Hubiera comprado un gabán de terciopelo con cuello y puños de piel, un caballo de balancín pintado al estilo antiguo, un sonrosado elefante de peluche, que tenía una cuarta parte del tamaño natural. Para terminar con aquel miserable vagar de un lado a otro, Karin escogió un adorno barato, la figura de una bailarina posada sobre un espejo. La bailarina no daba vueltas, no había música para ella, nada que pudiera justificar aquella elección. Rosemary podría entenderlo. Debía haber comprendido lo que significaba esa elección, que no haría feliz a Karin, que no era posible reparar los daños, que no había perdón. Pero no lo entendió. O no quiso entenderlo. Dijo: «Sí, me gusta. Es muy graciosa. Quedará muy bonita sobre tu tocador. Sí que es bonita».

Karin guardó la bailarina en un cajón. Cuando Grace la encontró, ella le explicó que se la había regalado una amiga del colegio y que no podía herir sus sentimientos diciéndole que no le gustaba.

Grace no estaba tan acostumbrada entonces a tratar con niñas, de lo contrario no se lo hubiera creído.

«Lo comprendo», dijo. «Lo voy a donar para las ventas benéficas del hospital. No es muy probable que tu amiga vaya a verlo allí. De todas maneras, deben de haber cientos iguales». Se oía el ruido de los cubitos de hielo cuando Derek los metía en las copas.

—Karin está en algún sitio, seguro que aparecerá en cualquier momento —dijo Ann.

Karin subió muy sigilosamente lo que quedaba de la escalera y se metió en la habitación de Ann. Había un revoltijo de ropas sobre la cama y el traje de novia, envuelto de nuevo en la sábana, encima del montó. Se quitó los pantalones cortos, la blusa y los zapatos y comenzó el desesperado y complicado proceso de volver a enfundarse en aquel traje. En lugar de ponérselo por la cabeza, se contorsionó para hacerlo desde abajo, la falda crujiente y el corpiño de encaje. Consiguió meter los brazos por las mangas, con mucho cuidado para no enredar el encaje con las

ñas. Sus uñas eran casi demasiado cortas para engancharse, pero de todas maneras tuvo mucho cuidado. Deslizó las puntas del encaje sobre sus manos. Luego abotonó los broches de la cintura. Lo más difícil fue abrochar las presillas de la nuca. Dobló la cabeza y encogió los hombros para abrochar mejor los enganches. Pero, a pesar de todo el esfuerzo, provocó un desastre: el encaje se desgarró un poco bajo la axila. Eso la asustó, e incluso se detuvo por un momento. Pero parecía haber llegado demasiado lejos para detenerse y abrochó el resto de los enganches sin contratiempos. Cosería la rasgadura al quitarse el vestido. O podía mentir y decir que había visto la rasgadura antes de ponerse el vestido. Y tal vez Ann ni siquiera se diera cuenta.

El velo. Tenía que tener muchísimo cuidado con el velo. Se notaría cualquier rasgadura. Lo sacudió e intentó asegurarlo con la rama de flores del manzano, como había hecho Ann. Pero no pudo doblar bien la rama o hacer que los resbaladizos alfileres la sujetaran. Pensó que sería mejor atar todo con una cinta. Fue hasta el armario de Ann a ver si encontraba algo que le valiera. Vio colgadas muchas corbatas, corbatas de hombre. Las corbatas de Derek, aunque nunca le había visto una puesta.

Sacó una corbata de rayas, se la pasó alrededor de la frente y la anudó por detrás de la cabeza, sujetando firmemente el velo. Lo hizo ante un espejo y cuando terminó se dio cuenta de que había conseguido un efecto gitano, un efecto ostentosamente cómico. Se le ocurrió una idea que la obligó a desabotonar con agotador esfuerzo todos los broches y presillas, y rellenar después la parte delantera del traje con una bola formada por las ropas que estaban sobre la cama de Ann. Llenó hasta rebosar el encaje que caía muy suelto, porque estaba hecho a la medida de los pechos de Ann. Mejor así, para que se rieran. Ya no podía abrochar todos los corchetes, pero sí los suficientes como para mantener sujeta la cómica pechera. Abotonó también los broches de la nuca. Al terminar sudaba abundantemente.

Ann nunca llevaba carmín ni sombra de ojos, pero sobre el tocador había, sorprendentemente, un bote de colorete endurecido, Karin escupió en él y se pintó unas manchas redondas en las mejillas.

La puerta principal daba a una entrada en la que nacían las escaleras, y en esa misma entrada una puerta lateral conducía a la galería acristalada y otra puerta, en el mismo lado, daba a la sala de estar. También se podía ir directamente desde la galería hasta la sala de estar a través de una puerta situada en un extremo. La casa estaba mal diseñada o, más bien, no tenía diseño alguno, como decía Ann. Las cosas se habían ido alterando o añadiendo según se les iba ocurriendo a sus habitantes. La larga y estrecha galería no valía para tomar el sol, ya que estaba orientada al este, sombreada por un grupo de álamos jóvenes que habían crecido sin control y tan rápido como suelen crecer los álamos. Cuando Ann era niña, la galería solía utilizarse para almacenar manzanas, aunque a ella y a su hermana les encantaba corretear por la glorieta formada por las tres puertas. Y ahora le gustaba utilizarla para cenar en verano. Cuando colocaban allí la mesa apenas quedaba sitio para moverse entre las sillas y la pared interior. Pero si la gente se sentaba a un lado, frente a las ventanas, y en cada extremo de la mesa —y así era como habían puesto la mesa esa noche—, quedaba bastante sitio para que una persona delgada, y desde luego Karin, pudiera pasar.

Karin bajó la escalera descalza. Nadie podía verla desde la sala de estar. Y decidió no entrar en la sala por la puerta habitual, desde la entrada, sino dando un rodeo por la galería, atravesándola por el hueco entre la pared y la mesa, e irrumpir en la sala desde allí, desde la galería, donde no se imaginarían que estuviera.

La galería ya no estaba en sombras. Ann ya había encendido las dos altas velas amarillas, aunque no las blancas pequeñas que se arracimaban en torno. Las amarillas despedían un aroma a limones, con lo que ella probablemente espera disipar el olor a cerrado de la habitación. También había abierto la ventana de un extremo de la mesa. Hasta en las tardes más quietas se podía sentir la brisa de los álamos.

Karin sujetó la falda con las dos manos mientras pasaba al lado de la mesa. Tenía que subirla un poco para poder caminar. Y no quería que el tafetán hiciera ruido. Quería comenzar a cantar «Ya se han casado» en el momento de aparecer en el umbral.

*Ya se han casado,
Vaya embolado,
No se imaginan
Adónde se encamina.*

La brisa se le acercó con un poco de fuerza y tiró de su velo. Pero estaba tan bien sujeto a su cabeza que pensó que no se soltaría.

Cuando giró para entrar en la sala de estar, el velo se alzó y pasó flotando sobre las llamas de las velas. Los que estaban en la habitación tan pronto la vieron advirtieron que la seguía el fuego. Ella misma tuvo tiempo de percibir el olor del encaje al desmoronarse; un extraño matiz venenoso que se sumaba al olor del tuétano de los huesos que se cocinaban para la cena. Luego un disparatado torbellino de calor y gritos, una brutal irrupción en la oscuridad.

Rosemary fue la primera en alcanzarla, dándole en la cabeza con un cojín. Ann corrió hacia la jarra con flores del pasillo y le echó agua, lirios y hojas, todo sobre el velo y los cabellos en llamas. Derek arrancó del sueño la alfombra, haciendo caer taburetes, mesas y copas, y la envolvió con fuerza para sofocar las últimas llamas. Algunos trozos de encaje seguían ardiendo en su pelo mojado y Rosemary se quemó los dedos al quitarlos.

La piel de sus hombros, de la parte superior de la espalda y de un lado de su cuello quedó desfigurada por las llamas. La corbata de Derek mantuvo el velo un poco alejado de su rostro y eso la salvó de huellas más llamativas. Pero incluso cuando sus cabellos crecieron de nuevo, y aunque ella los cepillara hacia delante, no podía ocultar completamente los estragos en el cuello.

Le hicieron una serie de injertos de piel y su aspecto mejoró. Par cuando fue a la universidad, ya podía ponerse un traje de baño.

Cuando abrió por primera vez los ojos en el hospital Belleville, vio toda clase de margaritas. Margaritas blancas, amarillas, rosas y purpúreas. Las había hasta en el alféizar de la ventana.

—¿No son hermosas? —preguntó Ann—. Siguen enviándolas. Siguen enviando cada vez más y las primeras aún están fresca, o al menos no están todavía para tirar. Las envían cada vez que se

detienen en su viaje. Ahora deben de estar en Cape Bretón.

—¿Vendiste la granja? —preguntó Karin.

—Karin —dijo Rosemary.

Karin cerró los ojos y lo intentó de nuevo.

—¿Creías que era Ann? —preguntó Rosemary—. Ann y Derek están de viaje. Acabo de decírtelo. Ann vendió la granja o, si no, va a hacerlo. Qué curioso que pienses ahora en eso.

—Están en su luna de miel —dijo Karin. Era un truco para que Ann, si realmente era ella, regresara; para hacerle decir, con aire de reprobación: «Oh, Karin».

—Es el traje de novia lo que te hace pensar en eso —dijo Rosemary—. Están de viaje, buscando un lugar donde vivir.

Así que de verdad era Rosemary. Y Ann estaba de viaje. De viaje con Derek.

—Será su segunda luna de miel —dijo Rosemary—. ¿Nunca has oído hablar de nadie que haya tenido una tercera luna de miel? ¿O su decimoctava luna de miel?

Todo estaba bien, cada cual en su lugar. Karin creía que había sido ella quien lo había conseguido mediante un agotador esfuerzo. Sabía que tenía que sentirse satisfecha. Se sentía satisfecha. Pero, de algún modo, aquello parecía carecer de importancia. Como si Ann y Derek y tal vez incluso Rosemary estuvieran detrás de un seto demasiado espeso y complicado de trepar.

—Pero aquí estoy yo —dijo Rosemary—. He estado aquí todo el tiempo. Aunque no me dejan tocarte.

Dijo esto último como si se le partiera el corazón.

Sigue diciéndolo de vez en cuando.

—Lo que mejor recuerdo es que no podía tocarte, y me preguntaba si tú lo comprendías.

Karin dice que sí. Que lo comprendía. Lo que no se molesta en decir es que entonces la tristeza de Rosemary era absurda. Era como si se quejara de no poder alcanzar otro continente. Porque era en lo que Karin creía haberse convertido: algo inmenso, reluciente y asaz, con picos de dolor en algunos lugares y por lo demás llano durante distancias largas y soporíferas. Lejos de las fronteras de aquello se encontraba Rosemary; y Karin, siempre que quisiera, podía reducirla a una configuración de manchas negras y ruidosas. Y la misma Karin podía extenderse de este modo y a la vez encogerse en medio de su territorio, tan imperceptible como un átomo o una mariquita.

Salio de aquello, por supuesto, volvió de nuevo a ser Karin. Todo el mundo pensaba que era la de siempre, salvo por su piel. Nadie sabía cuánto había cambiado y lo natural que le parecía estar aislada, mantener las formas y valerse por sí misma con total desenvoltura. Nadie conocía la sensación sobria, victoriosa, que en ocasiones tenía al darse cuenta de hasta qué punto sólo podía contar consigo misma.

7. Antes del cambio

Querido R. Mi padre y yo estuvimos viendo el debate Kennedy-Nixon. Después de que te marcharas, compró un televisor. Una pantalla pequeña y dos antenas. Está en el comedor, frente al aparador, así que ahora resultaría difícil sacar la plata y los manteles finos si es que alguien quisiera sacarlos. ¿Por qué en el comedor, donde no hay siquiera una silla que sea cómoda? Porque desde hace tiempo no recuerdan que tienen una sala de estar. O será porque la señora Barrie quiere ver la tele a la hora de cenar.

¿Te acuerdas de esa habitación? Lo único que ha cambiado es el televisor. Pesadas cortinas con hojas granate sobre un fondo beige, y visillos. El cuadro de *Sir Galahad* sobre su caballo y el cuadro de Glencoe, ciervos en lugar de la matanza. El viejo archivo que trajeron hace años del despacho de mi padre, pero no han encontrado todavía un lugar para colocarlo, así que allí está, ni siquiera lo han arrimado a la pared. Y la máquina de coser de mi madre, cerrada (la única vez que habla de mi madre es cuando dice «la máquina de coser de tu madre»), y la misma colección de plantas, o al menos eso parece, en tiestos de barro o en latas, ni florecen ni se mueren.

Así que ya estoy en casa. Nadie se ha atrevido a sacar a relucir la cuestión de cuánto tiempo voy a quedarme. Lo único que hice fue meter libros, papeles y ropas en el mini y me vine desde Ottawa en un día. Le dije a mi padre por teléfono que había terminado mi tesis (la verdad es que la he abandonado, pero no me molesté en decírselo) y que necesitaba un descanso.

—¿Un descanso? —dijo, como si nunca hubiera oído esa palabra—. Bueno, con tal de no sea por cuestión de nervios...

¿Cómo?, pregunté.

—Una cuestión de nervios —dijo con una risa socarrona. Ésa es la manera en que se refiere a los ataques de pánico, a la ansiedad aguda, a la depresión y al derrumbe emocional. Probablemente les dice a sus pacientes que levanten el ánimo.

Injusto. Probablemente los manda a casa con unas cuantas píldoras entumecedoras y unas cuantas palabras secas y amables. Tolera los defectos de otras personas más fácilmente que los míos.

No me hizo un gran recibimiento cuando llegué, pero tampoco lo vi consternado. Dio una vuelta alrededor del mini, gruñó a la vista del coche y comprobó los neumáticos.

—Lo raro es que hayas llegado hasta aquí —dijo.

Pensé en darle un beso; más por desafío que por afecto, más que nada por un así es como ahora hago las cosas. Pero en el momento en que mis zapatos tocaron la gravilla, supe que no

podría. Allí estaba la señora B., a medio camino entre el coche y la puerta de la cocina. En lugar de darle un beso a él, me acerqué a ella y le di un abrazo y acaricié el curioso corte de sus cabellos negros a lo paje chino que rodeaba su pequeña cara marchita. Al abrazarla, noté el olor cargado de su jersey, el deje a lejía de su delantal y sus huesos como palitos. Apenas me llega a la clavícula.

—Es un día precioso, ha sido un viaje estupendo —dije nerviosa. Así era. Así había sido. Las hojas conservaban su color, sólo tenían oxidados los bordes, y los rastros lucían como el oro. ¿Por qué ha de palidecer la belleza del paisaje en presencia de mi padre y en su territorio (y no olvidemos la presencia de la señora Barrie y de su territorio)? ¿Por qué el que lo mencione (o el hecho de que lo mencione de manera franca, no mecánica) parecer ser la misma cosa que mi abrazo a la señora B.? Lo primero parece insolencia, y lo segundo, pretendida efusión.

Cuando terminó el debate, mi padre se levantó y apagó la televisión. Nunca ve los anuncios, a no ser que la señora B. diga que quiere ver al niño mono mostrando su dentadura o al pollito persiguiendo a la cosa ésa (no le da la gana decir «avestruz», o es que no se acuerda de la palabra). Él le consiente lo que ella quiera, cereales danzarines incluidos, y a lo mejor dice «bueno, a su manera está bien hecho». Creo que es una manera de hacerme una advertencia.

¿Qué pensaba de Kennedy y Nixon?

—Sólo son un par de estadounidenses.

Intenté que hablara un poco más:

—¿Qué quieres decir?

Cuando le pides que hable de temas que cree que no necesitan aclaración, o que argumente una opinión que no cree que requiera ser demostrada, hace ese gesto de levantar su labio superior por un lado, mostrando un par de dientes manchados de tabaco.

—Pues un par de estadounidenses —dijo, como si las palabras me hubieran pasado de largo la primera vez.

—Nos sentamos sin hablar pero tampoco en silencio, porque, como quizá recuerdes, su respiración es ruidosa. Su respiración se arrastra por caminos pedregosos y atraviesa puertas chirriantes. Luego gorjea y gorgotea un poco, como si tuviera un aparato de respiración artificial encerrado en el pecho. Tuberías de plástico y burbujas de colores. Hay que comportarse como si no pasara nada, y pronto me acostumbraré. Pero ocupa mucho espacio en la habitación, al igual que su considerable y duro estómago, sus largas piernas y su expresión. ¿Cómo es esa expresión? Es como si tuviera una lista de ofensas, tanto recordadas como previstas, y dejara claro que puedes agotar su paciencia tanto por lo que haces mal y a sabiendas como por otras cosas que ni siquiera sospechas. Creo que muchos padres y abuelos hacen todo lo posible por conseguir esa expresión —incluso aquellos que, al contrario de él, no tienen autoridad alguna fuera de su casa —, pero la suya es la única que se mantiene perfectamente perfecta.

R., hay muchas cosas que hacer y poco tiempo —como se suele decir— para deprimirse. Las paredes de la sala de espera están desgastadas por generaciones de pacientes que han apoyado en ella sus sillas. Los ejemplares que hay sobre la mesa de *Reader's Digest* están deshechos. Los archivos de los pacientes se encuentran en cajas de cartón bajo la camilla, y las papeleras —que

son de mimbre— están destrozadas por los bordes superiores, como si las hubieran roído las ratas. Y la casa no se encuentra en mejor estado. En el lavabo de abajo hay resquebrajaduras que parecen cabellos castaños y una desconcertante mancha rojiza en el inodoro. Bueno, ya te habrás fijado. Es una tontería, pero lo más molesto creo que son los cupones y folletos de anuncios. Están por los cajones y metidos bajo los platillos o sueltos por ahí, y las rebajas y descuentos que anuncian han caducado hace semanas, meses o años.

No es que se abandonen o no se esfuercen. Pero todo es complicado. Envían la ropa para que la laven fuera en lugar de que lo haga la señora B., lo cual es una decisión sensata, pero mi padre no recuerda nunca el día en que la van a traer de vuelta, con lo que se montan increíbles follones sobre si habrá suficientes batas, etc. Y la señora B. está convencida de que la engañan en la lavandería, que se toman la molestia de arrancar de la ropa las etiquetas con los nombres y coserlas a prendas de menor calidad. Así que discute con el que hace las entregas y le dice que siempre viene aquí en último lugar, y probablemente tenga razón.

Luego hay que limpiar los aleros y el sobrino de la señora B. debe venir a limpiarlos, pero se ha hecho daño en la espalda y viene su hijo, pero tiene tanto trabajo que no aparece nunca, etc, etc.

Mi padre llama al hijo del sobrino de la señora B. por el nombre del sobrino. Es lo que hace con todo el mundo. Se refiere a las tiendas y a los negocios del pueblo con el nombre de los dueños anteriores o incluso con el de los que precedieron a aquéllos. Es más que un simple lapso de memoria, es pura arrogancia. Se sitúa más allá de la necesidad de conocer esos detalles. La necesidad de fijarse en los cambios. O en los individuos.

Le pregunté de qué color quería pintar las paredes de la sala de espera. Verde pálido, le pregunté, o amarillo pálido. Preguntó: ¿Quién lo va a pintar?

—Yo.

—No sabía que fueras pintora.

—He pintado los sitios donde he vivido.

—Puede ser. Pero yo no los he visto. ¿Qué vas a hacer con mis pacientes mientras pintas?

—Lo haré un domingo.

—A algunos no les iba a hacer ninguna gracia cuando se enterasen.

—¿Estás bromeando? ¿En estos tiempos?

—A lo mejor no son los tiempos que tú crees, al menos por aquí.

Luego dije que podía hacerlo por la noche, pero objetó que el olor al día siguiente revolvería muchos estómagos. Al final lo único que me dejó hacer fue tirar los *Reader's Digest* y colocar algunos ejemplares de *Maclean's*, *Chatelaine*, *Time* y *Saturday Night*. Luego comentó que hubo quejas. La gente echaba de menos buscar los chistes que recordaba en los *Reader's Digest*. Y a algunos no les gustaban los escritores modernos. Como Pierre Berton.

—Lástima —dije, y me resultó increíble que me temblara la voz al decirlo.

Luego la emprendí con el archivo del comedor. Pensé que probablemente estaba lleno de carpetas de pacientes muertos desde hacía años y que podía eliminarlas y llenarlas con las que había en las cajas de cartón, y llevarlo todo de nuevo a la consulta, que es donde debería estar.

La señora B. vio lo que hacía y fue a buscar a mi padre. A mí, ni una palabra.

Me preguntó:

—¿Quién te manda meter aquí las narices? Desde luego, no he sido yo.

R., los días en que tu estuviste aquí, la señora B. estaba de vacaciones de Navidad con su familia. (Su marido parece que lleva media vida enfermo con un enfisema y no tiene hijos, pero sí toda una horda de sobrinos y sobrinas y demás parientes). No creo que tú la hayas visto, pero ella a ti sí te ha visto. Ayer me preguntó: «¿Dónde está el señor Fulano de Tal, con el que se suponía que estabas comprometida?». Se había fijado, por supuesto, en que no llevaba mi amigo.

—Me imagino que en Toronto —dije.

—Yo estaba en casa de mi sobrina las Navidades pasadas y os vimos a ti y a él paseando por la calle y mi sobrina dijo: «¿Adónde irán esos dos?».

Así es como habla y me suena bastante normal salvo cuando tengo que escribirlo. Me imagino que lo que insinuaba es que iríamos a un sitio a hacer nuestras cosas, pero si te acuerdas, tú y yo estábamos bajo mínimos y simplemente caminábamos para no quedarnos en casa. No. Salimos para seguir nuestra pelea, que no podíamos contener.

La señora B. comenzó a trabajar para mi padre más o menos en la época en que yo me fui a un internado. Antes habíamos tenido algunas chicas jóvenes que me caían bien, pero se marchaban para casarse o trabajar en las fábricas de guerra. Cuando yo tenía nueve o diez años y ya había estado en la casa de algunas amigas del colegio, le dije a mi padre: «¿Por qué tiene que comer con nosotros la criada? Las criadas de otras personas no comen con ellas».

Mi padre contestó: «A la señora Barrie, las llamas señora Barrie. Y si no te gusta comer con ella, puedes ir a comer a la leñera».

Luego empecé a acercarme a ella para sonsacarle. No solía hablar. Pero cuando lo hacía, valía la pena. Me lo pasaba en grande imitándola en el colegio.

(Yo) Tiene usted un pelo muy negro, señora Barrie.

(Señora B.) En mi familia es normal el pelo negro. Todos tienen el pelo negro y nunca les salen canas. Eso por el lado de mi madre. Los tenía negros hasta en el ataúd. Cuando se murió mi abuelo lo tuvieron en ese sitio en el cementerio durante el invierno mientras la tierra estaba helada y al llegar la primavera, cuando iban a enterrarlo, una de nosotras dijo: «Vamos a ver cómo ha pasado el invierno». Así que hicimos que el hombre levantara la tapa y allí estaba con un aspecto buenísimo y su cara ni estaba oscura ni chupada ni nada por el estilo y su pelo negro. Negro.

Podía imitar incluso sus risitas, risitas o ladridos, que emite no para indicar que algo es gracioso, sino como una especie de puntuación.

Cuando te conocí, ya me avergonzaba de hacerlo.

Después de que la señora B. me contara aquello sobre su pelo la vi salir un día del cuarto de baño del piso de arriba. Corría para contestar al teléfono, que no me dejaban contestar. Tenía el pelo cubierto por una toalla y por su cara corría una gota oscura. Una gota oscura, púrpura, y pensé que sangraba.

Como si su sangre fuera excéntrica y oscura de maldad, como a veces parecía serlo su naturaleza.

«Le sangra la cabeza», dije, y respondió «apártate de mi camino» y siguió corriendo para contestar el teléfono. Entré en el cuarto de baño y vi chorretones púrpura en el lavabo y el tinte de

pelo sobre el estante. Nunca hablamos de aquello y ella siguió diciendo que todo el mundo por el lado de su madre tenía el pelo negro en el ataúd y que ella también lo tendría.

Mi padre tenía una extraña manera de fijarse en mí en aquellos tiempos. Podía pasar por una habitación donde yo estuviera y decir, como si no me hubiera visto:

*El principal defecto del rey Enrique
era que mascaba trozos de cordel...*

Y a veces me hablaba con una voz teatralmente gruñona.

—Hola niña. ¿Te gustaría tomar un caramelo?

—Yo había aprendido a contestar con una voz de niña adúladora.

—Oh, sí, señor.

—Bueeeeno —alargando la e—. Bueeeeno. Pues no te lo voy a dar.

Y:

—«Solomon Grundy nació el lunes» —y me tocaba con el dedo para que yo siguiera.

—«Se bautizó el martes...»

—«Se casó el miércoles...»

—«Enfermó el jueves...»

—«Empeoró el viernes...»

—«Murió el sábado...»

—«Fue enterrado el domingo...»

Luego los dos juntos, como un trueno: «¡Y ése fue el final de Solomon Grundy!».

Nunca había introducción alguna, ni comentarios al acabar aquellos versos. En broma intenté llamarle Solomon Grundy. A la cuarta o quinta vez, dijo. «Ya basta. No es mi nombre. Soy tu padre».

Después de aquello no volvimos a recitar esos versos.

Cuando te vi por primera vez en el campus, y estabas solo y yo también, parecías recordarme, pero no estabas seguro de si debías decirlo. Sólo habías dado una clase, sustituyendo a nuestro profesor habitual, y nos explicaste qué era el positivismo lógico. Hiciste una broma sobre lo curioso que resulta traer a uno de la Facultad de Teología para eso.

Parecías dudar de si debías saludarme o no, así que yo dije: «El anterior rey de Francia es calvo».

Ése era el ejemplo que nos habías puesto de una afirmación sin sentido porque el sujeto no existe. Pero me lanzaste una mirada verdaderamente atónica y acorralada, que disfrazaste con una sonrisa profesional. ¿Qué pensaste de mí?

Una sabihonda.

R., aún tengo el estómago un poco hinchado. No quedan señales, pero cuando lo agarro con las manos está flácido. Por lo demás estoy bien, mi peso vuelve a ser normal o un poco más bajo. Aunque he envejecido un poco, me parece. Creo que parezco tener más de veinticuatro años. Sigo

llevando el pelo largo y pasado de moda, la verdad es que está hecho un asco. ¿Es en honor a ti, que nunca querías que me lo cortara? No sabría decir.

De todas formas, he empezado a dar largos paseos por el pueblo para hacer ejercicio. Antes, en verano, andaba por donde me daba la gana. No tenía ningún sentido de las reglas, ni de las diferentes clases de gente. Tal vez se debía a que nunca había asistido a la escuela del pueblo o a que nuestra casa estaba en las afueras, al final del camino largo. No pertenecía a este sitio. Iba a las caballerizas que había junto al hipódromo, donde los hombres eran propietarios o entrenadores de caballos y el resto de la gente joven eran chicos. Yo no sabía el nombre de ninguno, pero ellos conocían el mío. No les quedaba más remedio que aguantarme por ser yo la hija de quien era. Nos permitían servir el pienso y limpiar detrás de los caballos. Era como una aventura. Llevaba una vieja gorra de golf de mi padre y unos pantalones cortos y holgados. Subíamos al tejado y los chicos forcejeaban e intentaban echarse unos a otros, pero a mí me dejaban en paz. De vez en cuando los hombres nos decían que nos largáramos de allí. Me preguntaban: «¿Sabe tu padre que está usted aquí?». Los chicos se hacían bromas y al que le hacían más burlas fingía que vomitaba, y yo sabía que aquello iba dirigido a mí. Dejé de ir. Renuncié a ser la Chica del Dorado Oeste. Bajaba al muelle y contemplaba los barcos del lago, aunque creo que nunca llegué ni a soñar que pudieran tomarme por una marinera. Tampoco trataba de engañarles haciéndome pasar por cualquier cosa que no fuera una chica que simplemente pasea. En una ocasión, un hombre se inclinó sobre la borda y me gritó: «Oye, tú, ¿ya te han salido los pelos ahí abajo?».

A punto estuve de contestar: «¿Disculpe?».

No me sentía tan asustada ni humillada como desconcertada. Que un hombre mayo, a cargo de un trabajo de responsabilidad, pudiera interesarse por la porción de pelo que brotaba entre mis piernas. Que se molestara en sentirse asqueado por aquello, como sin dejar lugar a dudas indicaba su voz.

Han derribado las caballerizas. La carretera que lleva al puerto ya no es tan empinada. Hay un silo nuevo. Y nuevas urbanizaciones que podrían ser las de cualquier otro lugar, que es lo que a todos les gusta. Nadie pasea ya; todos cogen el coche. Las urbanizaciones no tienen aceras y las que existían en las viejas calles laterales ya no se utilizan y están agrietadas y arqueadas por la escarcha y desaparecen bajo la tierra y la hierba. El largo sendero de tierra debajo de los pinos de nuestro camino ya se ha perdido bajo montones de agujas de pino, arbolillos y frambuesos silvestres. Durante decenios, la gente ha recorrido este camino para visitar al médico. Salían de la ciudad por una corta prolongación especial de la acera que bordeaba la carretera (la otra extensión que había llevaba al cementerio) y luego caminaban entre una doble fila de pinos a ambos lados del camino. Porque en esta casa ha vivido un médico desde finales del siglo pasado.

Todo tipo de pacientes ruidosos y mugrientos, niños, madres y viejos toda la tarde, y pacientes más tranquilos que venían solos al atardecer. Yo solía sentarme tras un peral rodeado de un macizo de lilas y los espiaba, porque a las jovencitas les gusta espiar. Todo ese macizo ha desaparecido, arrancado para facilitar el trabajo con el cortacésped al hijo del sobrino de la señora B. Solía espiar a aquellas señoras, que, en aquel entonces, llevaban sus mejores vestidos cuando iban a visitar al médico. Recuerdo la ropa que llevaban tras terminar la guerra. Faltas largas muy anchas, cinturones muy ceñidos, blusas de mangas abombadas y a veces cortos guantes

blancos, que entonces se llevaban también en verano, no sólo para ir a la iglesia. Y los sombreros tampoco eran sólo para la iglesia. De paja y color pastel, que enmarcaban los rostros. Vestidos con ligeros volantes veraniegos, chorreras en los hombros como pequeñas capas, una faja como una cinta en torno a la cintura. Con la brisa las chorreras se levantaban y las damas alzaban su mano con guante de ganchillo para apartárselas de la cara. Ese gesto era para mí como un símbolo de la inalcanzable hermosura femenina. La tenue sensación de una telaraña contra la perfecta boca aterciopelada. Tal vez no tener madre tuviera algo que ver con mis sensaciones de entonces. Pero tampoco conocía a nadie que tuviera una madre que se pareciera a aquellas señoras. Me escondía bajo los arbustos comiendo peras y en estado de adoración.

Uno de nuestros profesores nos hacía leer antiguas baladas como «Patrick Spens» y «The Twa Corbies», y en el colegio se puso de moda hacer baladas.

*Recorro el pasillo
a ver a mi buen amigo.
Voy al servicio,
¿a qué? A mear...
Una mujer recorre un camino,
ha dejado la ciudad atrás.
Casa y padre abandonará
para buscar su destino.*

Cuando las avispas comenzaban a molestarme demasiado, entraba en casa. La señora Barrie fumaba un cigarrillo y escuchaba la radio en la cocina hasta que mi padre la llamaba. Se quedaba hasta que se hubiera marchado el último paciente y ordenaba aquel sitio. Si se oía un alarido en la consulta, a veces lanzaba una risita, que tenía algo de alarido, y decía: «Sigue, sigue gritando». Nunca me molesté en describirle las ropas o el aspecto de las mujeres que veía, porque sabía que ella nunca admiraría a nadie por ser hermosa o ir bien vestida. Como tampoco las admiraría por saber cosas que nadie necesitaba saber, como un idioma extranjero. Admiraba a los buenos jugadores de cartas y alas mujeres que hacían punto con rapidez, a nadie más. Consideraba inútil a la mayor parte de la gente. Mi padre pensaba lo mismo. No le parecían útiles. Lo cual me hacía preguntarme: si les resultaran útiles, ¿cuál sería su utilidad? Pero yo sabía que ninguno de los dos me respondería. En lugar de eso, me dirían que no me pasara de lista.

*Su tío con Frederick Hyde se encontró
divirtiéndose en la Inmundicia.
Con fuerza de un lado a otro le sacudió
y le pegó donde más le dolía.*

Si me decidiera a enviarte todo esto, ¿adónde lo enviaría? Cuando pienso en escribir la dirección entera en un sobre me quedo paralizada. Es demasiado doloroso pensar en ti, en el

mismo lugar, siguiendo la vida de siempre, pero sin mí. Y pensar que no estás allí, que estás en otro lugar que no conozco, es todavía peor.

Querido R., querido Robin. ¿Cómo es posible que yo no lo supiera? Todo este tiempo lo he tenido enfrente de mis narices. Si hubiera ido al colegio de aquí, seguramente lo habría sabido. Si hubiera tenido amigas. No habría habido forma de que una de las chicas de secundaria, una de las mayores, no hubiera hecho todo lo posible por que yo me enterara.

Y aunque no fuera en el colegio, hubo tiempo de sobra durante las vacaciones. Si no me hubiera dedicado tanto a mí misma, dando vueltas por la ciudad e inventando baladas, yo misma me lo habría figurado. Ahora que lo pienso, sabía que algunas de las pacientes que llegaban al atardecer, aquellas señoras, venían en tren. Las relacionaba a ellas y a sus hermosos vestidos con el tren de la tarde. Y había un tren nocturno que, suponía, tomaban para marcharse. Por supuesto también podría haber sido en un coche que las dejara al final del camino.

Y me dijeron —la señora B., creo, no él— que acudían para recibir inyecciones de vitaminas. Lo sé porque recuerdo que pensaba ahora le están poniendo la inyección cuando escuchábamos a una mujer hacer ruido, y me sorprendía que mujeres tan sofisticadas y con tanto dominio de sí mismas se mostraran tan poco estoicas ante las agujas.

Incluso a estas alturas, me ha llevado semanas. Durante todo este tiempo en que me he ido haciendo a las costumbres de la casa, hasta el punto de que jamás se me ocurriría coger una brocha para pintar y vacilaría antes de ponerme a ordenar un cajón o tirar una vieja factura de comestibles sin consultar a la señora B. (que, de todas formas, nunca acaba por decidirse ni por una cosa ni por otra). Hasta el punto de que he renunciado a intentar que tomen café de cafetera (prefieren el instantáneo porque tiene siempre el mismo sabor).

Mi padre ha dejado un talón junto a mi plato. A la hora del almuerzo de hoy, domingo. La señora Barrie nunca está aquí los domingos. Tomamos un almuerzo frío que preparo yo, de rodajas de carne, pan, tomate, pepinillos y queso, cuando mi padre vuelve de la iglesia. Nunca me pide que le acompañe a la iglesia, probablemente piensa que me daría una oportunidad de manifestar ciertas opiniones que no desea escuchar.

El cheque era de cinco mil dólares.

—Es para ti —me ha dicho—. Para que tengas algo. Puedes meterlo en el banco o invertirlo como quieras. Mira cómo están los tipos de interés. Yo no estoy al tanto. Por supuesto heredarás también la casa. Con el tiempo, como suele decirse.

¿Un soborno?, he pensado. ¿Dinero para montar un pequeño negocio o para hacer un viaje? Dinero para dar la entrada de una casita propia, o para volver a la universidad y conseguir lo que él llama los títulos innegociables.

Cinco mil dólares para deshacerse de mí.

Se lo he agradecido y más o menos, por seguir la conversación, le he preguntado qué hacía con su dinero. Me ha contestado que eso no me incumbe.

—Si quieres un consejo, pregunta a Billy Snyder —luego ha recordado que Billy Snyder ya no se dedica a la contabilidad, que está jubilado—. Hay un tipo nuevo, que tiene un nombre extraño. Es como Ypsilanti, pero no es Ypsilanti.

—Ypsilanti es una ciudad de Michigan —le he dicho.

—Será una ciudad de Michigan, pero antes fue el nombre de un hombre —ha dicho. Al parecer es el nombre de un líder griego que luchó contra los turcos a principios del siglo XIX.

—Ah, en la guerra de Byron —he dicho.

—¿La guerra de Byron? —ha contestado mi padre—. ¿Por qué la llamas así? Byron no luchó en ninguna guerra. Murió de tifus. Después de muerto era un gran héroe, había muerto por los griegos y todo lo demás —ha dicho en tono de desafío, como si yo fuera una de las responsables de semejante error, de ese gran lío en torno a Byron. Pero luego se ha tranquilizado y ha vuelto a contármelo o a contárselo a sí mismo, lo de la evolución de la guerra contra el Imperio Otomano. Cuando ha hablado de la Puerta he querido decirle que no estaba muy segura de mi era una puerta de verdad, o si se refería a Constantinopla o a la corte del sultán. Pero más vale no interrumpir. Cuando comienza a hablar así, hay entre nosotros una sensación de tregua, o de periodo de respiro, en una guerra subterránea, no declarada. Yo estaba sentada frente a la ventana y a través de los visillos miraba los montones de hojas de color amarillo marrón sobre la tierra, a la rica y generosa luz del sol (tal tiempo, a juzgar por el ruido del viento por la noche), y recordaba el alivio que sentía de niña, mi secreto placer cuando mediante preguntas o por accidente conseguía hacerle hablar y él largaba su rollo.

Terremotos, por ejemplo. Ocurren en las crestas volcánicas pero uno de los mayores se produjo en mita del continente, en Nuevo Madrid (que se pronuncia «Nuevo Madrid», no «Madriz», por si no lo sabías), en Missouri, en 1811. Me lo contó él. Valles de fallas. Una inestabilidad que no se nota en la superficie. Cavernas formadas por piedra caliza, agua bajo tierra, montañas que pasado el tiempo suficiente se deshacen hasta convertirse en escombros.

También los números. Una vez le pregunté por los números y contestó, bueno, los llaman números arábigos, ¿no es cierto? Lo sabe cualquier idiota. Pero los griegos podrían haber inventado un buen sistema, proseguía, los griegos podrían haberlo conseguido, pero les faltaba el concepto de cero.

El concepto de cero. Lo guardé en mi mente como un paquete en una estantería para, algún día, abrirlo.

Cuando la señora B. estaba presente, no había forma de conseguir que hablara así.

No te preocupes por eso, decía, come.

Como si cualquier pregunta que hiciera tuviera una segunda intención, y supongo que era cierto. Yo maniobraba para dirigir la conversación. Y no era cortés excluir a la señora B. Así que la actitud de ella con respecto a lo que causaba los terremotos o a la historia de los números (una actitud que no era de indiferencia, sino de desprecio) tenía que ser respetada, era lo que regía.

Así que llegamos a la señora B. de nuevo. En presente, señora B.

Anoche llegué alrededor de la diez. Había estado en una reunión de la Sociedad de Historia, o más bien en una reunión para tratar de organizarla. Aparecieron cinco personas y, de ellas, dos se apoyaban en bastones. Cuando abrí la puerta de la cocina vi a la señora Barrie en el umbral de la entrada trasera: la entrada trasera, que desde la consulta da paso hacia los servicios y la parte delantera de la casa. Llevaba una palangana cubierta en la mano. Iba hacia el servicio y podía

haber seguido su camino, haber cruzado la puerta de la cocina al entrar yo. Apenas la hubiera visto. Pero se detuvo en seco y se quedó allí, medio de frente, medio de perfil; compuso una expresión de consternación.

Oh, oh. Me ha pillado.

Luego se fue corriendo hacia el servicio.

Aquello era teatro. La sorpresa, la consternación, las prisas. Incluso la manera en que sostenía la palangana para que yo pudiera fijarme en lo que había en ella. Todo fue deliberado.

Oía la voz de mi padre en la consulta, hablando con un apaciente. De todas formas había visto las luces de la consulta y el automóvil de la paciente, que estaba aparcado fuera. Ya no hay que andar.

Me quité el abrigo y subí por la escalera. Lo único que me preocupaba era no permitir que la señora B. hiciera lo que le diera la gana. Nada de preguntas, nada de escandalosas comprobaciones. No. *¿Qué es lo que lleva usted en la palangana, señora B.? ¿Oh, qué han estado haciendo usted y mi papi?* (No es que le llame papi, nunca lo he hecho). Enseguida me dediqué a investigar en una de las cajas de libros que había traído y que aún no había abierto. Buscaba los diarios de Anna Jameson. Se los había prometido a la otra persona de menos de setenta años que estaba en la reunión, un fotógrafo que sabe un poco de historia del Canadá Superior. Le hubiera gustado ser profesor de historia, pero se lo impidió su tartamudez. Me lo contó en la media hora que estuvimos hablando en la acera en lugar de tomar la decisión de ir a tomar un café. Cuando nos despedimos me dijo que le hubiera gustado invitarme a tomar un café, pero tenía que volver a casa y ayudar a su mujer porque el bebé tenía un cólico.

Para cuando los encontré, ya había acabado de desempaquetar la caja entera. Era como mirar reliquias de una era desaparecida. Seguí mirándolos hasta que se hubo marchado la paciente, mi padre se llevó a la señora B., regresó, subió las escaleras, fue al baño y luego a la cama. Leí un poco de esto y de aquello hasta que tuve tanto sueño que casi me quedo dormida en el suelo.

Hoy, a la hora del almuerzo, finalmente mi padre ha dicho: «¿A quién le importan los turcos? Sólo es Historia antigua».

Y he tenido que decir: «Creo que sé lo que pasa aquí».

Ha levantado la cabeza y ha resoplado. De verdad que lo ha hecho, como un caballo viejo.

—¿De verdad? ¿Crees que sabes qué?

—No te acuso. No me parece mal —le he dicho.

—Así que no te parece mal.

—Creo en el aborto —le he dicho—. Creo que debería ser legal.

—No quiero que vuelvas a repetir esa palabra en mi casa.

—¿Por qué no?

—Porque soy yo quien decide qué palabras se pueden utilizar en esta casa —ha contestado.

—No comprendes lo que estoy diciendo.

—Comprendo que tienes una lengua muy larga. Una lengua demasiado larga y muy poco sentido común. Demasiada formación y muy poca sesera.

Y aún he seguido sin callarme:

—La gente debe de saberlo.

—¿Lo saben? Hay una diferencia entre saber y cotorrear. Métete eso en la cabeza de una vez por todas.

No hemos hablado en el resto del día. He hecho el asado de siempre para la cena y lo hemos comido sin hablarnos. No creo que a él le resulte difícil estar callado. Y hasta ahora tampoco a mí, porque todo parece estúpido e indignante, y estoy enfadada; pero no pienso seguir de este humor para siempre y a lo mejor acabo pidiéndole disculpas. (No creo que te sorprenda escuchar esto). Obviamente, ya es hora de que me marche de aquí.

El joven de anoche me dijo que cuando se sentía tranquilo casi no tartamudeaba. Como cuando hablo contigo, me dijo. Probablemente podría hacer que se enamorara de mí, hasta cierto punto. Lo podría hacer por pura diversión. Ésa es la clase de vida a la que podría dedicarme aquí. Querido R., no me he marchado, el mini no estaba en condiciones. Lo llevé a que lo revisaran. También ha cambiado el tiempo, el viento ha comenzado los destrozos otoñales, levantando las aguas del lago y golpeando la playa. Cogió a la señora Barrie en los escalones de entrada de su casa —el viento, me refiero— y la zarandó hacia un lado y le destrozó el codo. Es el codo izquierdo y dijo que podía trabajar con el brazo derecho, pero mi padre le contestó que era una fractura complicada y que quería que descansara durante un mes. Me preguntó si me molestaría posponer mi partida. Esas fueron sus palabras: «posponer la partida». No me preguntó adónde pienso marcharme; sólo sabe lo del coche.

Yo tampoco sé adónde quiero ir.

Le dije que bien, que me quedaría mientras pudiera ser útil. Así que al menos nos hablamos; en realidad, es bastante cómodo. Intento hacer más o menos lo que la señora B. haría en la casa. Nada de intentos de reorganización, nada de discusiones ni reparaciones. (Han limpiado los aleros, cuando llegó el pariente de la señora B. me sentí sorprendida y agradecida). Mantengo la puerta del horno cerrada como lo hacía la señora B., con un par de pesados manuales médicos colocados sobre un taburete y arrimados a la puerta. Cocino la carne y la verdura como ella y no se me pasa por la cabeza llevar a casa un aguacate, un frasco de alcachofas o una cabeza de ajo, aunque sé que todas esas cosas se pueden comprar en el supermercado. El café lo haga instantáneo. He intentado tomarlo a ver si podía acostumbrarme, y por supuesto he podido. Limpio la consulta al final de cada jornada y me encargo de la colada. Al repartidor de la lavandería le gusto porque no le acuso de nada.

Me deja contestar al teléfono, pero si es una mujer que pregunta por mi padre pero no entra en detalles debo apuntar el número y decirle que el médico volverá a llamarla. Lo hago y a veces la mujer cuelga el teléfono. Cuando se lo cuento a mi padre dice: «Volverá a llamar».

No hay muchas pacientes de esa clase —las que él llama «especiales»—; no estoy segura, quizá una al mes. La mayoría de sus pacientes tienen dolor de garganta, oclusión de colon, malestar en los oídos y demás. Corazones palpitantes, piedras en el riñón, malas digestiones.

R., esta noche ha llamado a mi puerta. Ha llamado aunque no estaba cerrada del todo. Yo estaba leyendo.

Me ha pedido —no en tono suplicante, por supuesto, sino con un razonable respeto— si podía

echarle una mano en la consulta.

La primera especial desde que la señora B. está de baja.

Le he preguntado qué quería que hiciera.

—Más o menos que se esté quieta —ha dicho—. Es joven y aún no está acostumbrada. Lávate muy bien las manos también, utiliza el jabón de la botella que está en el servicio de abajo.

La paciente estaba tumbada boca arriba sobre la camilla con una sábana que la cubría de cintura para abajo. De cintura para arriba estaba completamente vestida, llevaba un cárdigan abotonado, azul oscuro, y una blusa blanca con cuello de encaje. La ropa le caía suelta sobre la huesuda clavícula y el pecho casi plano. Sus cabellos eran negros, peinados tirantes hacia atrás y formando una trenza sujeta a la parte superior de su cabeza. Este estilo gazmoño y severo hacía que su cuello pareciera largo y resaltaba la regia estructura ósea de su pálido rostro, así que desde cierta distancia se diría que era una mujer de cuarenta y cinco años. De cerca te dabas cuenta de que era bastante joven, probablemente de unos veinte años. Su falda de pliegues estaba colgada tras la puerta. Se veía el borde de sus blancas bragas, que había colgado cuidadosamente bajo la falda.

Estaba tiritando, aunque no hacía frío.

—Ahora, Madeleine —le ha dicho mi padre—, lo primero que vamos a hacer es que subas las rodillas.

Me preguntaba si la conocería. ¿O era que preguntaba un nombre y repetía el que le dijera la mujer?

—Cuidado —ha dicho—. Cuidado. Cuidado —ha colocado los estribos en su sitio y ha asentado en ellos pies de la mujer. Sus piernas estaban desnudas y parecía que el sol nunca las hubiera tocado. Aún llevaba los mocasines puestos.

Sus rodillas temblaban de tal manera que chocaban entre sí.

—Vas a tener que tranquilizarte —le ha dicho mi padre—. Ya sabes que no podré hacer mi trabajo a menos que tú hagas el tuyo. ¿Quieres una manta?

—Trae una manta —me ha dicho—. Ahí, en el estante de abajo.

He cubierto la parte superior del cuerpo de Madeleine con la manta. Ella no me miraba. Sus dientes castañeaban. Apretaba los labios.

—Ahora deslízate un poco —ha dicho mi padre. Y a mí—: Sujeta sus rodillas. Mantenlas separadas. Sujétala con cuidado.

He puesto mis manos sobre el nudo de las rodillas de la muchacha y las he separado con tanta delicadeza como he podido. La respiración de mi padre llenaba la habitación con sus comentarios rápidos e ininteligibles. Tenía que mantener separadas las rodillas de Madeleine con bastante fuerza para que no se juntaran.

—¿Dónde está aquella señora mayor? —ha preguntado la chica.

—Está en su casa. Se cayó. Por eso estoy aquí —he contestado.

Así que había estado allí antes.

—Es muy seca —ha dicho.

Su voz sonaba natural, casi como si fuera un gruñido, no tan nerviosa como yo esperaba por la agitación de su cuerpo.

—Espero no ser tan seca —le he contestado.

No respondió. Mi padre cogió una varilla delgada como una aguja de tejer.

—Ésta es la parte difícil —ha dicho. Hablaba en un tono coloquial, el más suave que le he oído nunca—. Y cuanto más rígida estés, peor será. Así que tranquila. Tranquila. Buena chica. Buena chica.

Intentaba pensar en algo que decir que pudiera tranquilizarla o distraerla. Ahora veía lo que hacía mi padre. Expuestas sobre una tela blanca en una mesa a su lado tenía una serie de varillas, todas iguales de largas pero de diferente espesor. Eran las que utilizaría, una tras otra, para abrir y estirar el cuello del útero. Desde donde yo estaba, detrás de la barrera de sábanas que pasaba sobre las rodillas de la chica, no podía ver el avance real, íntimo, de los instrumentos. Pero lo podía sentir por las oleadas de dolor en el cuerpo de la chica, que aplastaban los espasmos de temor y que realmente la tranquilizaban.

¿De dónde eres? ¿Dónde estudiaste? ¿En qué trabajas? (Me había fijado en su alianza, pero posiblemente todas la llevaban). ¿Te gusta tu trabajo? ¿Tienes hermanos o hermanas?

¿Por qué iba a contestar a aquellas preguntas, aunque no tuviera dolor?

Absorbía el aliento por entre sus dientes apretados y se le abrían los ojos mirando al techo.

—Lo sé —le decía—. Lo sé.

—Ya casi está —ha dicho mi padre—. Eres una buena chica. Una buena chica. Ya no queda mucho.

—Debería pintar esta habitación, pero nunca termino de hacerlo. ¿Si tuviera que intentarla, de qué color lo harías? —le he preguntado.

—Uf —salía de la boca de Madeleine—. Uf —una súbita expulsión del aire, sobresaltada—. Uf. Uf.

—Amarillo —le he dicho—. He pensado en un amarillo pálido. ¿O un verde pálido?

Al llegar a la varilla más gruesa, Madeleine ha levantado la cabeza apoyándola en el cojín plano, estirando su largo cuello y su boca, con los labios anchos y apretados contra los dientes.

—Piensa en tu película preferida. ¿Cuál es tu película preferida?

Una enfermera me lo había preguntado en el momento en que llegué a la increíble e interminable meseta del dolor y estaba convencida de que jamás llegaría el alivio. ¿Cómo podían existir las películas en ese mundo? Le estaba preguntando lo mismo a Madeleine y sus ojos me miraban parpadeantes, con la fría y distraída expresión de quien ve en un ser humano tanta utilidad como en un reloj parado.

He corrido el riesgo de apartar una mano de su rodilla y tocar su mano. Me ha sorprendido la rapidez y la ferocidad con que la ha agarrado y me ha apretado los dedos. Después de todo, sí tenía alguna utilidad.

—Di algo... —ha siseado entre dientes—. Recita.

—Ahora ya —ha dicho mi padre—. Ya está casi terminado.

Recita.

¿Qué iba a recitar? ¿Tres tristes tigres?

Lo que me vino a la mente fue «The Song of Wandering Aengus».

«Entré en un bosque de avellanos, / la cabeza me ardía...».

No recordaba cómo seguía. No era capaz de pensar. Lo único que recordaba era toda la última estrofa.

*Aunque envejecí en mi vida errante
por tierras huecas y ondulantes,
encontraré dónde has marchado
besaré tu rostro y tomaré tus manos...*

Imagínate, recitando un poema ante mi padre.

No tengo idea de lo que ella pensaba del poema. Había cerrado los ojos.

Pensé que iba a tener miedo de morir por la manera como murió mi madre, al dar a luz. Pero una vez que estuve en aquella meseta de dolor, descubrí que tanto morir como vivir eran nociones irrelevantes, igual que las películas preferidas. No podía ir más allá y estaba convencida de que no podía hacer nada para mover lo que sentía como un huevo gigantesco o un planeta en llamas, en absoluto como un bebé. Aquello estaba atrapado y también yo estaba atrapada en un tiempo y un espacio que podían eternizarse, no había razón alguna por la que yo debería librarme, y todas mis protestas se convirtieron en nada.

—Ahora te necesito —me ha dicho mi padre—. Necesito que vengas por este lado. Coge la palangana.

He sostenido la misma palangana que había visto sostener a la señora Barrie. La he sostenido mientras él raspaba la matriz de la muchacha con una especie de curioso instrumento de cocina. (No quiero decir que lo sea, pero tenía aspecto de ser de uso doméstico).

Las partes bajas de una chica, aunque sea delgada, pueden parecer grandes y carnosas en ese estado tan crudo. En los días posteriores a los dolores del parto, en la sala de maternidad, las mujeres yacen despreocupadamente, incluso con aire desafiante, con sus cortes y rasgaduras en carne viva y sus heridas cosidas en negro, sus tristes labios vaginales y las grandes caderas desamparadas.

De la vagina han salido unos trocitos de gelatina de color vino, y sangre, y entre esa masa en alguna parte estaba el feto. Como la chuchería que viene en una caja de cereales o el premio en una caja de palomitas. Una pequeña muñeca de plástico tan insignificante como una uña. No lo he buscado. He mantenido la cabeza erguida, lejos del olor a sangre caliente.

—Al cuarto de baño —ha dicho mi padre—. Hay una tapa —se refería a la tela doblada que estaba junto a las barras manchadas. No he querido preguntar «¿por el retrete?», y he dado por sentado que era lo que él quería decir. He llevado la palangana por el pasillo hasta el servicio de la planta baja, he vertido el contenido, he tirado dos veces de la cadena, he limpiado la palangana y la he llevado de vuelta. Mi padre vendaba a la muchacha y le daba instrucciones. Lo hace muy bien. Pero había una expresión de fatiga en su rostro, tanta fatiga que parecía que quería que yo estuviera allí durante todo el procedimiento por si se venía abajo. Al parecer, la señora B., al menos en los viejos tiempos, esperaba en la cocina hasta el último momento. A lo mejor ahora se queda con él hasta el final.

Si se hubiera venido abajo, no sé qué habría hecho yo.

Le ha dado unas palmaditas a Madeleine en las piernas y le ha dicho que debía permanecer tumbada.

—No intentes levantarte en unos minutos —le ha dicho—. ¿Te está esperando alguien?

—Tiene que haber estado ahí fuera todo el rato, el chico —ha contestado con voz débil, pero maliciosa—. Supongo que no se habrá largado.

Mi padre se ha quitado la bata y se ha acercado a la ventana de la sala de espera.

—Tienes razón —ha dicho—. Ahí está —ha lanzado un complicado gruñido y ha dicho—: ¿Dónde está la cesta de la ropa? —y ha recordado que estaba en la habitación luminosa, donde había estado trabajando, ha vuelto, ha dejado la bata y me ha dicho—: Te agradecería mucho que ordenaras todo esto. —Ordenar significa esterilizar y limpiar en general.

Le he dicho que lo haría.

—Bueno —ha dicho—. Voy a despedirme. Mi hija la acompañará cuando esté preparada para marcharse. —Me ha sorprendido un poco que dijera «mi hija» en lugar de decir mi nombre. Por supuesto, se lo había oído decir antes. Por ejemplo, al presentarme. Sin embargo, me ha sorprendido.

Madeleine ha apartado las piernas de la camilla de exploración en cuanto él ha salido de la habitación. Se ha tambaleado y yo me he acercado para ayudarla.

—Está bien, está bien, no te preocupes, es sólo que me he levantado demasiado rápido. ¿Dónde he dejado mi falda? No quiero estar de pie así, con esta pinta.

He cogido su falda y sus bragas de detrás de la puerta y ella se las ha puesto sin ayuda, aunque temblorosa.

—Por qué no descansas un minuto. Tu marido esperará —le he dicho.

—Mi marido está trabajando en el monte, cerca de Kenora —ha contestado—. Voy allí la semana que viene. Ha buscado un sitio donde puedo quedarme.

—A ver dónde he dejado mi abrigo, tiene que estar por aquí —ha dicho.

Mi película favorita —como tú sabes, y de la que me habría acordado cuando me preguntó la enfermera, si hubiera podido— es *Fresas salvajes*. Me acuerdo de aquel cine tan cutre donde veíamos aquellas películas suecas, japonesas, indias e italianas, y recuerdo que había dejado de poner las viejas comedias británicas y las de Martin y Lewis, pero no me acuerdo de qué nombre tenía. Ya que dabas clases de filosofía a futuros pastores, tu película favorita debería ser *El séptimo sello*, pero ¿lo era? Creo que era japonesa y ya no me acuerdo de qué trataba. Bueno, lo que sea. Solíamos ir andando a casa desde el cine, que estaba a un par de millas, y manteníamos fervorosas conversaciones acerca del amor humano, el egoísmo, la fe y la desesperación. Cuando llegábamos a mi pensión teníamos que callarnos. Teníamos que subir en silencio hasta mi habitación.

Ahhh, decías agradecido y maravillado al entrar.

Me habría puesto muy nerviosa traerte aquí las Navidades pasadas si no hubiera sido porque ya estábamos en medio de la gran pelea. Me habría sentido demasiado protectora y no te hubiera dejado a solas con padre.

—¿Robin? ¿Eso es un nombre de varón?

Tú contestaste: Pues sí, es mi nombre.

Fingió que era la primera vez que lo oía.

Pero en realidad os llevasteis bastante bien. Mantuvisteis una conversación sobre un gran conflicto entre diversas órdenes de monjes en el siglo VII, ¿no era eso? Una disputa de los monjes acerca de la manera en que debían afeitarse la cabeza.

Un larguirucho con rizos, así te llamó. Considerando de quién venía, era casi un cumplido.

Cuando le dije por teléfono que, después de todo, tú y yo no nos íbamos a casar, comentó: «Vaya. Vaya. ¿Crees que serás capaz de atrapar a otro?». Si me hubiera enfadado, me habría dicho que era una broma. Y era una broma. No he sido capaz de atrapar a otro, pero quizás es que no he estado en las mejores condiciones para intentarlo.

La señora Barrie ha vuelto. Ha vuelto en menos de tres semanas aunque debía reposar durante un mes. Pero tiene que trabajar menos horas por día que antes. Le cuesta más tiempo vestirse y hacer la limpieza de su casa, así que pocas veces llega aquí antes de las diez de la mañana (la trae su sobrino o la mujer de su sobrino).

—Tu padre no tiene buen aspecto —fue la primera cosa que me dijo. Creo que tiene razón.

—Quizá debería descansar —dije.

—Le importuna demasiada gente —dijo.

El mini está en el garaje, y el dinero, en mi cuenta. Lo que debo hacer es marcharme. Pero pienso en cosas tontas. Pienso, ¿y si tenemos otro especial? ¿Cómo le va a ayudar la señora B.? Aún no puede sostener pesos con la mano izquierda y nunca podría sujetar la palangana con una sola mano.

R. Este día. Este día fue después de la primera gran nevada. Ocurrió de la noche a la mañana, y por la mañana el cielo estaba claro, azul, no había viento y la luminosidad era absurda. Di un paseo a primera hora bajo los pinos. La nieve se espolvoreaba entre las ramas, caía recta, tan brillante como adornos de árboles de Navidad o diamantes. Ya habían limpiado de nieve la carretera y nuestro camino, así que mi padre podía ir al hospital. O yo podía sacar el automóvil e ir a donde quisiera.

Pasaron algunos coches, entrando y saliendo en el pueblo, como cualquier otra mañana.

Antes de volver a casa quise comprobar si el mini arrancaba, y lo hizo. En el asiento del pasajero había un paquete. Era una caja de bombones, de ésas que venden en cualquier tienda. No tenía ni idea de cómo había llegado allí; me preguntaba si quizá sería un regalo del joven de la Sociedad de Historia. Era una tontería, pero ¿quién si no?

Pataleé para quitar la nieve de mis botas frente a la puerta trasera y recordé que debía sacar una escoba. La cocina rebosaba del fulgor de la luz de la mañana.

Pensé que sabía lo que mi padre me diría.

—¿Contemplando la naturaleza?

Estaba sentado ante la mesa, con el abrigo y el sombrero puestos. Lo normal era que a esa hora se hubiera ido ya a visitar a sus enfermos en el hospital.

—¿Han limpiado ya la carretera? ¿Y el camino? —preguntó.

Dije que los dos estaban limpios y despejados. Podía haber comprobado lo del camino mirando él mismo por la ventana. Puse la pava al fuego y le pregunté si quería otro café antes de irse.

—De acuerdo —dijo—. Con tal de que esté limpio para que yo pueda salir.

—Vaya día —dije.

—Está bien, con tal de que no tengas que quitar nieve con la pala.

Preparé dos tazas de café instantáneo y las puse sobre la mesa. Me senté frente a la ventana y la luz que entraba. Él estaba sentado al otro extremo de la mesa y había cambiado de sitio la silla para que la luz le diera en la espalda. No podía ver su expresión, pero su respiración me hacía compañía, como siempre.

Empecé a hablarle a mi padre sobre mí. No tenía intención de hacerlo. Había pensado en decirle que me iba. Abrí la boca y las cosas comenzaron a salir de tal manera que las escuchaba con una mezcla de asombro y satisfacción, de la misma manera que escuchas las cosas cuando estás borracha.

—No llegaste a saber que tuve un bebé —le dije—. Nació el diecisiete de julio. En Ottawa. He estado pensando que es toda una ironía.

Le conté que el bebé fue adoptado enseguida y que ni siquiera supe si era niño o niña. Que pedí que no me lo dijeran. Y que había pedido que no me lo enseñaran.

—Me quedé con Josie —dije—. Recordarás que te he hablado de mi amiga Josie. Ahora está en Inglaterra, pero entonces estaba sola en casa de sus padres. A sus padres les habían destinado a Sudáfrica. Aquello fue una bendición.

Le dije quién era el padre del bebé. Le dije que eras tú, por si quería saberlo. Y que como tú y yo estábamos comprometidos, incluso oficialmente comprometidos, pensé que simplemente nos casaríamos.

Pero tú no estabas de acuerdo. Dijiste que teníamos que buscar un médico. Un médico que me hiciera un aborto.

No me recordó que no debía pronunciar esa palabra en su casa.

Le conté que tú habías dicho que no podíamos casarnos por las buenas porque cualquiera que supiera contar se daría cuenta de que me había quedado embarazada antes de la boda. No podíamos casarnos hasta que yo dejara de estar embarazada.

De lo contrario, podías perder tu trabajo en la Facultad de Teología.

Podían llevarte ante un comité que te considerara moralmente indigno. Moralmente indigno para impartir enseñanzas a los jóvenes eclesiásticos. Podían decidir que tenías un carácter inmoral. E, incluso en el caso de que fuera así, aunque no perdieras tu trabajo sino que únicamente recibieras una reprimenda, o ni siquiera eso, nunca ascenderías; tendrías siempre una mancha en tu historial. Aunque nadie te dijera nada, habría algo que se podría utilizar contra ti y no serías capaz de soportarlo. Los nuevos estudiantes conocerían tu historia de boca de los más antiguos; habría bromas que pasarían de unos a otros acerca de ti. Tus colegas tendrían la oportunidad de menospreciarte. O mostrarse comprensivos, lo que sería igual de malo. Serías un hombre silenciosamente despreciado, o no tan silenciosamente, y un fracaso.

Seguro que no, dije.

Pues sí. Nunca subestimes la maldad que hay en el alma de la gente. Y para mí también sería devastador. Las esposas lo dominaban todo, las esposas de los profesores veteranos. Nunca me permitirían olvidarlo. Ni siquiera cuando se mostraran amables; en especial cuando se mostraran amables.

Pero podríamos marcharnos a otro sitio, dije. A un sitio donde nadie supiera nada.

Lo sabrían. Siempre hay alguien que se encarga de que la gente se entere.

Además, eso significaría que tendrías que comenzar otra vez desde cero. Tendrías que empezar con un sueldo más bajo, de miseria, y ¿cómo nos arreglaríamos en ese caso con un bebé?

Me sentí asombrada con aquellos argumentos, que no parecían coherentes con las ideas de la persona que yo amaba. Te pregunté si aquello no significaba nada para ti: los libros que habíamos leído, las películas que habíamos visto, las cosas de las que habíamos hablado. Tú contestaste que sí, pero esto era la vida real. Te pregunté si tú eras de esos que no soportan que se rían de ellos, que se derrumbarían ante un grupo de esposas de profesores.

Tú respondiste que no es así en absoluto.

Arrojé mi anillo de compromiso, el diamante, y rodó bajo un automóvil aparcado.

Discutíamos mientras caminábamos por una calle cercana a la de mi pensión. Era invierno, como ahora. Enero o febrero. Pero la batalla se prolongaba y se prolongaba. Querías que me enterara de cómo era un aborto preguntando a una amiga que tenía una amiga a la que supuestamente le habían hecho uno. Cedí, dije que lo haría. Tú ni siquiera te arriesgabas a preguntar. Pero después mentí, dije que el médico se había ido a vivir a otro sitio. Luego confesé la mentira. No puedo hacerlo, dije.

¿Era por el bebé? Ni hablar, era porque creía que yo tenía razón en la discusión.

Sentía desprecio. Sentí desprecio cuando te vi correr para rebuscar bajo el coche aparcado, y los faldones de tu abrigo se agitaban alrededor de tu trasero. Arañabas en la nieve para encontrar el anillo, y cuando al fin lo encontraste sentiste tanto alivio. Querías abrazarme y reírte de mí, pensando que yo también me sentiría aliviada y haríamos allí mismo las paces. Te dije que jamás harías nada admirable en tu vida.

Hipócrita, dije. Llorón. Profesor de filosofía.

Y tampoco terminaron las cosas allí. Porque hicimos las paces. Pero no nos perdonamos. Y no tomamos ninguna media. Y llegó un momento en que era demasiado tarde y nos dimos cuenta de que los dos nos habíamos limitado a tratar de demostrar que teníamos razón y nos despedimos y fue un alivio. Sí, estoy segura de que por aquella época los dos nos sentimos aliviados y como si hubiéramos conseguido una especie de victoria.

—¿No es irónico? —le dije a mi padre—. ¿Teniendo en cuenta...?

Oí a la señora Barrie pataleando con las botas, así que dije esto último a toda prisa. Mi padre había pasado todo ese rato allí sentado, muy rígido, avergonzado, me parecía, o colmado por un profundo disgusto.

La señora Barrie abrió la puerta diciendo «hace falta una escoba ahí fuera...». Luego exclamó: «¿Qué haces ahí sentada? ¿Qué te pasa? ¿No ves que el hombre está muerto?».

No estaba muerto. En realidad hacía tanto ruido como siempre al respirar, o quizá más. Lo que

ella había visto y lo que yo habría visto, incluso contra la luz, si no hubiera evitado mirarle mientras contaba mi historia, es que había sufrido un ataque que le había dejado ciego y paralizado. Estaba ligeramente inclinado hacia delante, la mesa presionaba la firme curva de su estómago. Cuando intentamos levantarlo de su silla, sólo conseguimos sacudirlo un poco, de manera que su cabeza se desplomó sobre la mesa, con majestuosa reticencia. Su sombrero no se cayó. Y su taza de café continuó en su sitio, a unos centímetros de sus ojos ciegos. Aún estaba medio llena.

Dije que nosotras no podíamos hacer nada con él; era demasiado pesado. Fui hasta el teléfono y llamé al hospital para que viniera un médico. Aún no hay ambulancias en esta ciudad. La señora B. no hizo ningún caso de lo que yo había dicho y siguió tirando de la ropa de mi padre, desabotonándola y agarrando el gabán, gruñendo y gimoteando con el esfuerzo. Salí corriendo al camino, dejando abierta la puerta. Luego volví corriendo y cogí la escoba y la coloqué junto a la puerta. Puse una mano sobre el brazo de la señora B. y dije «usted no puede...», o algo por el estilo, y me miró como un gato a punto de escupir.

Llegó el médico. Entre los dos pudimos arrastrar a mi padre hasta el coche y meterlo en el asiento de atrás. Yo me coloqué a su lado para sostenerle y para que no se cayera. El ruido de su respiración era más perentorio que nunca, y parecía desaprobarnos todo lo que hacíamos. Pero la verdad es que ahora podía sostenerlo, moverlo de un lado a otro, manejar su cuerpo como debía, y eso me resultaba muy extraño.

La señora B. se tranquilizó al ver al otro médico. Ni siquiera nos siguió fuera de la casa para ver cómo metíamos a mi padre en el automóvil.

Ha muerto esta misma tarde. Alrededor de las cinco. Me han dicho que es mejor así.

Estaba a punto de decirle muchas cosas cuando entró la señora Barrie. Iba a decirle a mi padre, ¿qué pasa si cambia la ley? La ley puede cambiar pronto, iba a decir. A lo mejor no. Pero puede pasar. Entonces se acabaría el negocio. O al menos una parte del negocio. ¿Le afectaría eso mucho?

¿Qué esperaba yo que contestara?

Hablando de negocios, no metas la nariz en mis asuntos.

O: pues seguiría ganándome la vida.

No, diría yo. No me refería al dinero. Hablo del riesgo. El secreto. El poder.

Cambiar la ley, cambiar lo que hace una persona, ¿cambia lo que es esa persona?

¿O encontraría algún otro riesgo, otro enredo en su vida, algún acto clandestino problemático de misericordia?

Y si esa ley puede cambiar, también pueden cambiar otras cosas. Estoy pensando en ti ahora, en como podría ocurrir que en ese caso no te avergonzara casarte con una mujer embarazada. Entonces no existiría la vergüenza. La novia embarazada, engalanada y conducida al altar, incluso en la capilla de la Facultad de Teología.

Aunque si eso ocurriera, probablemente habría otra cosa ante la que sentir vergüenza o miedo, habría otros errores que evitar.

¿Y en cuanto a ti? ¿Seré siempre juez y parte? Regodearse en lo moral, estar por encima, tener

siempre razón... todo lo que me lleva a alardear de mis pérdidas.

Cambiar a la persona. Todos decimos que esperamos que se pueda hacer.

Cambiar la ley, cambiar a la persona. Sin embargo, no queremos que todo —toda la historia— nos sea impuesto desde fuera. No queremos que lo que somos, todo lo que somos, nos venga dado de esa manera.

¿Quién es ese «nosotros» del que estoy hablando?

R. El abogado de mi padre dice: «Es algo inusitado». Me doy cuenta de que para él esa palabra es fuerte y suficiente.

Hay dinero bastante en la cuenta de mi padre para cubrir los gastos del funeral. Lo bastante para enterrarle, como suele decirse. (No el abogado, él no habla así). Pero no hay mucho más. No hay certificados de acciones en su depósito de seguridad; no hay documentos de inversiones. Nada. No hay legado al hospital o a su iglesia o para que la escuela secundaria dé una beca. Lo más chocante es que no le ha dejado ningún dinero a la señora Barrie. La casa y lo que hay dentro son para mí. Y no hay más. Tengo mis cinco mil dólares.

El abogado parece incómodo, dolorosamente incómodo, y preocupado por el estado de las cosas. Quizá cree que puedo sospechar de negligencia por su parte. Que voy a darle mala fama, quiere saber si hay una caja fuerte en mi casa (en casa de mi padre), algún escondite donde se pueda meter una buena cantidad de dinero. Le digo que no. Intenta insinuar —de forma tan discreta y con tantos rodeos que al principio no le entiendo— que podrían existir razones por las que mi padre quisiera mantener en secreto sus ingresos. Hay una posibilidad, por tanto, de que haya una importante cantidad de dinero escondido en cualquier sitio.

Le digo que el dinero no me preocupa mucho.

Bonita cosa he dicho. Apenas puede mirarme a los ojos.

—Tal vez debería ir a casa y buscar a fondo —dice—. No se olvide de los sitios más obvios. Podría estar metido en una lata de galletas. O en una caja bajo la cama. Le sorprenderían los lugares que a veces elige la gente. Incluso las personas más sensatas e inteligentes.

«O en la funda de una almohada», dice mientras yo salgo por la puerta.

Una mujer llama por teléfono y pregunta por el médico.

—Lo siento. Ha muerto.

—El doctor Stracha. ¿No es ahí?

—Sí pero, lo siento, ha muerto.

—¿Hay alguien, tiene por casualidad algún socio con quien pueda hablar? ¿No hay otra persona ahí?

—No. No hay ningún socio.

—¿Puede darme otro número para llamar? ¿No hay otro médico que pueda...?

—No, no tengo ningún número. No hay nadie que yo conozca.

—Usted debe saber de lo que se trata. Es muy importante. Hay circunstancias muy especiales...

—Lo lamento.

—El dinero no es ningún problema.

—No.

—Podría intentar pensar en alguien, por favor. Si se le ocurre alguien más tarde, ¿podría llamarme? Le dejaré mi número de teléfono.

—No debería hacer eso.

—No me importa. Me fío de usted. Además, no es para mí. Sé que todo el mundo dirá lo mismo, pero de verdad que no es para mí. Es para mi hija, que está muy mal. Está muy mal mentalmente.

—Lo lamento.

—Si supera usted lo que he tenido que pasar para conseguir este número, me ayudaría.

—Lo lamento.

—Por favor...

—Lo lamento...

Madeleine fue la última de sus especiales. La vi en el funeral. No había ido a Kenora. O, si no, había vuelto. Al principio no la reconocí porque llevaba un sombrero negro de ala ancha, con una pluma horizontal. Debía de ser prestado, no estaba acostumbrada a la pluma, que le caía sobre el ojo. Me habló en la cola de la recepción que celebramos en el salón parroquial. Le dije lo mismo que a todo el mundo.

—Le agradezco su presencia.

Luego me di cuenta de qué cosa tan extraña me había dicho:

—Me imaginé que serías golosa.

—Tal vez no cobraba siempre —le digo al abogado—. Quizás a veces trabajaba gratis. Algunas personas hacen cosas por caridad.

El abogado comienza a acostumbrarse a mí. Dice: «Tal vez».

—O quizá lo donaba a una asociación benéfica —dije—. Una asociación benéfica a la que ayudaba sin dejar constancia de ello.

El abogado sostiene mi mirada un instante.

—Una asociación benéfica —dice.

—Bueno, aún no he levantado el suelo del sótano —digo, y él sonríe con una mueca retorcida ante semejante frivolidad.

La señora Barrie no ha presentado su dimisión. Simplemente no ha aparecido. No había nada en particular que tuviera que hacer, ya que el funeral fue en la iglesia y la recepción en el salón parroquial. No apareció en el funeral. Tampoco nadie de su familia. Había tanta gente allí que no me habría dado cuenta si no hubiera sido porque alguien me dijo: «No he visto a ninguno de los Barrie, ¿y tú?».

La llamé unos días después y me dijo: «No fui a la iglesia porque tenía un catarro muy fuerte».

Le dije que no la llamaba por eso. Le dije que yo me arreglaba muy bien pero que quería saber qué pensaba hacer ella.

—Ah, no veo necesidad de volver.

Le dije que volviera si quería coger alguna cosa de la casa, algún recuerdo. En ese momento

ya sabía lo del dinero y quería expresarle lo mal que me sentía por ello. Pero no supe cómo decirlo.

—Hay algunas cosas mías que me dejé. Iré cuando pueda —dijo.

Vino a la mañana siguiente. Lo que tenía que recoger eran fregonas, cubos, cepillos de fregar y una cesta para la ropa. Me costó creer que quisiera recuperar cosas como aquéllas. Resultaba difícil creer que las quisiera por razones sentimentales, pero quizá fuera así. Eran cosas que había usado durante años, durante todos esos años en la casa, en la que había amanecido más días que incluso en su propia casa.

—¿No quiere alguna otra cosa? —dije—. Como recuerdo.

Echó un vistazo por la cocina, mordiéndose el labio inferior. Posiblemente estaba conteniendo una sonrisa.

—No creo que haya nada aquí que me sirva —dijo.

Tenía un talón preparado para ella. Sólo tenía que anotar la cantidad. Me costaba decidir qué parte de los cinco mil dólares debía darle. ¿Mil?, había pensado. Ahora mil me parecía una vergüenza. Pensé que debía ser el doble.

Saqué el talonario del cajón. Encontré una pluma. Escribí: cuatro mil dólares.

—Es para usted —dije—, y muchas gracias por todo.

Cogió el talón, le echó un vistazo y se lo metió en el bolsillo. Pensé que quizá no había podido leer la cantidad. Luego vi el creciente rubor, la marea de incomodidad, la dificultad para expresar agradecimiento.

Consiguió recoger todo lo que se iba a llevar utilizando sólo su brazo sano. Le abrí la puerta. Tenía tantas ganas de que ella dijera algo más, que a punto estuve de espetarle lamento que no haya más.

En vez de eso, dije: «¿No ha mejorado su codo?».

—No mejorará nunca —contestó. Bajó la cabeza como si temiera otro de mis besos—. Bueno muchas gracias, adiós.

La vi mientras caminaba hacia el coche. Supuse que la mujer de su sobrino la había traído.

Pero no era el coche que solía conducir la mujer de su sobrino. Se me pasó por la cabeza que podía tener un nuevo jefe. A pesar del brazo dañado. Un jefe nuevo y rico. Eso explicaría su prisa, su chocante incomodidad.

Después de todo, fue la mujer de su sobrino, quien salió a ayudarlo a cargar con sus cosas. La saludé con la mano, pero estaba demasiado ocupada metiendo cubos y fregonas en el coche.

—Qué coche tan bonito —dije, pensando que sería un cumplido que ambas agradecerían. No sabía la marca del coche, pero era brillante, nuevo, grande y elegante. Color lila plateado.

La mujer del sobrino dijo «¡a que sí!», y la señora Barrie bajó la cabeza como toda respuesta.

Tiritando por haber salido sin abrigo, pero obligada por mis sentimientos de disculpa y desconcierto, me quedé allí, saludando hasta que el coche desapareció.

Después no fui capaz de concentrarme en nada. Me hice un café y me senté en la cocina. Saqué del cajón los bombones de Madeleine y me comí un par, aunque en realidad no soy tan golosa como para soportar sus rellenos anaranjados y amarillos, coloreados químicamente. Ojalá pudiera agradecerle el detalle. Pero no sé cómo hacerlo, ni siquiera sé su apellido.

Decidí salir a esquiar. En la parte trasera de nuestra propiedad hay unas graveras de las que creo que ya te he hablado. Me puse los viejos esquís de madera que mi padre usaba en los días de invierno, cuando todavía no limpiaban las carreteras secundarias y a veces tenía que cruzar los campos para asistir un parto u operar una apendicitis. Únicamente tienen unas cintas cruzadas para sujetarlos a los pies.

Esquíé hasta las graveras en cuyas laderas ha crecido la hierba a lo largo de los años y que ahora están cubiertas de nieve. Había huellas de perros y de pájaros, los borrosos círculos que forman al correr los ratones de campo, pero ninguna señal humana. Fui arriba y abajo, primero escogí una precavida diagonal y luego unas bajadas más empinadas. Me caía de vez en cuando, pero en blando, sobre la nieve abundante y fresca, y entre un momento de caída y otro de levantarme, descubrí que sabía algo.

Sabía dónde había ido a parar el dinero.

Quizá a una asociación benéfica.

Qué coche tan bonito.

Y, de cinco mil dólares, cuatro mil.

Desde ese momento, me siento feliz.

He tenido la sensación de ver el dinero lanzado por un puente o volando por el aire. El dinero, las esperanzas, las cartas de amor: todas esas cosas que se pueden tirar al aire y caen cambiadas, caen ligeras y libres de contexto.

Lo que no me imagino es a mi padre cediendo ante el chantaje. Sobre todo ante personas poco creíbles y poco astutas. No cuando toda la ciudad estaba de parte de él, o, al menos, de parte del silencio.

Lo que si puedo imaginar es un gesto triunfal y perverso. Tal vez para anticiparse a unas exigencias o quizá para demostrar que le importaba un bledo. Anticipando el escándalo del abogado y mis esfuerzos por entenderle, ahora que ha muerto.

No. No creo que pensara en eso. No creo que pensara tanto en mí. No tanto como me habría gustado creer.

Lo que he intentado desechar es que pudiera haberlo hecho por amor.

Por amor, entonces. Nunca se puede descartar.

Subí la gravera y tan pronto como salí a los campos me golpeó el viento, que cubría de nieve las huellas de los perros, los finos trazos encadenados de los ratones de campo y el rastro de lo que probablemente será la última estela que abran los esquís de mi padre.

Querido R., Robin, ¿cuáles deberían ser mis últimas palabras a ti dirigidas?

Adiós y buena suerte.

Te envío todo mi amor.

(¿Y qué pasará si la gente lo hiciera de verdad, enviar su amor por correo para deshacerse de él? ¿Qué enviaría? Una caja de bombones con rellenos como yemas de los huevos de pavo. Una muñeca de barro con las cuencas de los ojos vacíos. Un montón de rosas, algo más fragantes que podridas. Un paquete envuelto en periódicos ensangrentados que nadie querría abrir).

Cuídate.

No olvides que el actual rey de Francia es calvo.

8. El sueño de mi madre

Durante la noche —o durante el tiempo en que había estado dormida— había caído una fuerte nevada.

Mi madre miraba hacia el exterior por una ventana grande en forma de arco, de esas que uno ve en una mansión o en un edificio público a la antigua. Miraba el césped y las matas, los setos, los parterres y los árboles cubiertos de nieve, que yacía en parvas y montones que el viento ni allanaba ni removía. Su blancura no hacía daño a los ojos como lo haría a la luz del sol. Este blanco era el blanco de la nieve bajo un cielo despejado justo antes del amanecer. Todo estaba en silencio; era como *O Little Town of Bethel*, salvo que las estrellas se habían apagado.

Sin embargo, algo estaba mal. En aquella escena había algún error. Todos los árboles, todas las matas y las plantas conservaban su follaje veraniego. El césped que se veía bajo ellos, en los lugares protegidos de la nieve, estaba fresco y verde. La nieve había aparecido por la noche en medio de la exuberancia del verano. Un cambio de estación inexplicable, inesperado. Además, todo el mundo se había marchado —aunque ella no pudiera recordar quién era «todo el mundo»—, y mi madre estaba sola en aquella casa alta y espaciosa, entre árboles y jardines simétricos.

Pensó que pronto sabría lo que quiera que fuese que había ocurrido. Sin embargo, nadie llegó. El teléfono no sonó la cancela de la puerta del jardín no se levantó. No oía nada de tráfico, ni sabía donde estaba la calle; ni tampoco la carretera, si es que estaba en el campo. Tenía que salir de aquella casa en la que el aire estaba tan cargado y quieto.

Al salir, recordó. Recordó que había dejado un bebé allí afuera, antes de que cayera la nevada. Este recuerdo, esta certeza se le vino encima con horror. Fue como si se despertara de un sueño. Dentro de su sueño se despertó de un sueño para comprender su error y su responsabilidad. Había dejado a su bebé afuera por la noche, se había olvidado de él. Abandonado a la intemperie como si fuera una muñeca de la que se hubiera cansado. Y tal vez no hubiera sido anoche, sino una semana o un mes antes. Quizás habría dejado afuera a su bebé durante una estación o varias estaciones. Había tenido otros quehaceres. Quizá incluso hubiera hecho algún viaje y acabara de volver, habiendo olvidado el porqué de su regreso.

Comenzó a caminar, buscando bajo los setos y las plantas. Preveía que el bebé estaría consumido. Estaría muerto, consumido y pardusco, su cabeza como una nuez, y en su diminuto y silencioso rostro habría una expresión no de angustia, sino de pesar, una tristeza vieja y paciente. No habría ninguna acusación contra ella, contra su madre, tan sólo la mirada de paciencia y

desamparo con la que esperaba la llegada de su salvación o de su destino.

El dolor que se apoderó de mi madre fue el dolor de la espera del bebé sin saber que la aguardaba a ella, su única esperanza, cuando ella lo había olvidado por completo. Un bebé tan pequeño y joven que ni siquiera podía resguardarse de la nieve. Mi madre apenas podía respirar con aquel dolor. Nunca habría espacio en ella para ninguna otra cosa, no cabría en ella más que la conciencia de lo que había hecho.

Qué alivio, entonces, encontrar a su bebé en la cuna. Boca abajo, su cabeza descansando sobre un lado, su piel pálida y dulce como campanillas de invierno y la pelusa de la cabeza rojiza como el amanecer. Cabellos rojos como los de ella, los de su bebé perfectamente inconfundible y a salvo. La dicha de saberse perdonada.

La nieve y los frondosos jardines y la extraña casa, todo había desaparecido. El único resto de blancura era la manta de la cuna. Una manta de bebé blanca y ligera, arrugada hasta la mitad de la espalda del bebé. Con el calor, el verdadero calor del verano, el bebé llevaba únicamente un pañal y un calzón de plástico para no mojar las sábanas. Un calzón estampado de mariposas.

Mi madre, que sin duda pensaba aún en la nieve y en el frío que normalmente acompaña a la nieve, arropó con la manta la espalda y los hombros desnudos del bebé, su cabeza de pelusa rojiza.

Es temprano por la mañana cuando esto ocurre en el mundo real. El mundo de julio de 1945. A una hora en la que cualquier otra mañana exigiría su primera toma, el bebé continúa dormido. La madre, aunque de pie y con los ojos abiertos, tiene la mente demasiado inmersa en el sueño como para hacerse preguntas. El bebé y la madre están exhaustos por una larga batalla, y ella incluso lo ha olvidado en ese momento. Algunos circuitos de la mente todavía están cerrados; el más implacablemente sereno se ha aposentado sobre su cerebro y el de su bebé. La madre —mi madre— no entiende la luz del día que aumenta por momentos. No comprende que el sol asciende mientras ella permanece allí de pie. No la sobresalta ningún recuerdo del día anterior o de lo que ocurrió alrededor de la medianoche. Ella arroja la cabeza de su bebé, cubre su perfil suave, satisfecho y dormido. Vuelve con paso leve a su habitación, cae sobre la cama y retorna, enseguida, a la inconsciencia.

La casa en la que eso ocurre en nada tiene que ver con la casa del sueño. Es una casa de madera blanca de una planta y media, pequeña pero respetable, con un porche que llega hasta pocos pies de la acera y una ventana en saliente en el comedor que da a un pequeño patio cerrado por un seto. Se encuentra en una calle modesta de un pequeño pueblo que no se distingue —al menos para un forastero— de muchos otros pueblos distancias unos de otros por sólo quince o veinte kilómetros, en las antaño populosas tierras de labor cercanas al lago Huron. Mi padre y sus hermanas crecieron en esta casa, y las hermas y su madre aún vivían aquí cuando mi madre vino a vivir con ellas —al igual que yo, grande y llena de vida dentro de ella— después de que mi padre muriera en las últimas semanas de la guerra en Europa.

Mi madre, Jill, está de pie junto a la mesa del comedor en la tarde luminosa. La casa está llena de gente invitada tras la ceremonia conmemorativa que se ha celebrado en la iglesia. Beben té o café e intentan sostener entre sus dedos los pequeños sándwiches, las rebanadas de pan de plátano

o de nuez, el bizcocho. Las tartaletas de creó o de pasas, que tienen una masa quebradiza, deberían comerse con cubiertos en unos pequeños platos de porcelana con violetas que la suegra de Jill pintó de recién casada. Jill lo coge todo con los dedos. Las migas de la masa y una pasa se le han caído sobre el terciopelo verde de su vestido y se lo ha manchado. Es un vestido demasiado grueso para un día tan caluroso, y no es un vestido de maternidad sino una especie de bata suelta confeccionada para los recitales, para las ocasiones en que toca el violín en público. El dobladillo se le sube por delante, por mi culpa. Pero es la única prenda lo bastante grande y buena que tiene para llevar durante la ceremonia conmemorativa de su marido.

¿Por qué come tanto? La gente no puede sino reparar en ello. «Como por dos» le dice Ailsa a un grupo de invitados, porque no quiere que ninguno de ellos diga una inconveniencia sobre su cuñada.

Jill se ha sentido rara durante todo el día, hasta que de pronto en la iglesia, al pensar en lo mal que tocaban el órgano, se ha dado cuenta de que tenía un hambre de lobo. Mientras cantaban *O Valiant Hearts*, pensaba en una gruesa hamburguesa chorreando jugo de carne y mayonesa derretida, y ahora intenta descubrir qué mescolanza de nueces, pasas y azúcar moreno, qué dulce bocado de glaseado de coco, suave cucharada de pan de plátano o pedazo de tartaleta puede sustituir ese deseo. Nada puede sustituirlo, por supuesto, pero sigue comiendo. Cuando el hambre de verdad se satisface, su hambre imaginaria sigue en marcha, y aún más una irritabilidad cercana al pánico que le obliga a meterse en la boca cosas que apenas puede saborear. No podía describir esa irritabilidad salvo tal vez afirmando que guarda cierta relación con la pastosidad y lo tenso. El seto que se ve desde la ventana, grueso y erizado bajo la luz del sol, la sensación del vestido de terciopelo que se pega a sus húmedos sobacos, el ramillete de rizos —del mismo color que las pasas de las tartaletas— que se amontonan en la cabeza de su cuñada Ailsa, incluso las violetas pintadas en la porcelana, que parecen costras que pudieran arrancarse del plato, todas esas cosas le resultan especialmente horribles y opresivas, aunque sabe que son bastante corrientes. Como si en ellas se revelara cierta clave de lo que habrá de ser su nueva e insospechada vida.

¿Por qué insospechada? Hace tiempo que sabe que yo existo y también sabía que George Kirkham podía morir. Al fin y al cabo, estaba en las fuerzas aéreas. (Y a su alrededor, en casa de los Kirkham, esta tarde la gente dice —aunque no a ella, su viuda, ni a las hermanas de él— que George era de esa clase de personas que todo el mundo sabía que acabarían muriendo. Lo dicen porque era guapo y estaba lleno de vida y era el orgullo de su familia, aquel en quien habían depositado todas sus esperanzas). Ella lo sabía, pero había continuado con su vida normal, arrastrando consigo su violín en el tranvía en las oscuras mañanas de invierno, yendo al conservatorio donde ensayaba hora tras hora dentro del sonido de los otros pero sola en un cuchitril, con un calentador por toda compañía, al principio con la piel de las manos llena de manchas, luego agostada por culpa del calor seco del cuarto. Seguía viviendo en una habitación alquilada, con una ventana mal ajustada que dejaba que las moscas penetraran en verano, y que en invierno una ligera capa de nieve se adueñara del alféizar, y soñaba —cuando no tenía náuseas— en salchichas, empanadas de carne y oscuras onzas de chocolate. En el conservatorio la gente trataba con discreción su embarazo como si fuera un tumor. En cualquier caso, durante bastante tiempo no se le notó; al principio los embarazos no se notan en muchachas grandes con la pelvis

ancha. Incluso conmigo dentro haciendo volteretas, continuó tocando en público. Majestuosamente ensanchada, con sus largos cabellos rojizos que formaban un arbusto en torno a sus hombros, su rostro ancho y resplandeciente, su expresión llena de sombría concentración, tocó como solista en el que era su más importante recital hasta entonces. *El concierto para violín* de Mendelssohn.

Prestaba cierta atención al mundo, sabía que se terminaba la guerra. Pensaba que George volvería poco después de mi nacimiento. Sabía que entonces no podría continuar viviendo en su habitación, que tendría que ir a vivir con él en algún sitio. Y sabía que yo estaría allí, pero pensaba en mi nacimiento con la manifestación última de un final, en lugar de la de un comienzo. Sería el final de los pataleos en el permanentemente maltratado lateral de su barriga, el final del dolor en sus genitales al levantarse y del fluir de la sangre avanzando hacia ellos (como si tuviera allí puesta una cataplasma ardiente). Sus pezones ya no serían tan grandes, oscuros y abultados, no tendría que vendarse las piernas llenas de varices cada mañana antes de levantarse de la cama. No tendría que orinar más o menos cada media hora y sus pies encogerían de nuevo y podría volver a calzar sus zapatos de siempre. Pensaba que una vez que yo saliera no le daría tantos problemas.

Después de que supo que George no volvería, pensó que podríamos vivir durante un tiempo en aquella misma habitación. Compró un libro sobre bebés. Adquirió las cosas básicas que yo necesitaría. Había una señora mayor en el edificio que podría cuidarme mientras ella ensayaba. Recibiría una pensión por ser viuda de guerra y en seis meses se graduaría en el conservatorio.

Luego Ailsa vino en el tren y la recogió. «No podemos dejarte aquí sola», dijo Ailsa. «Todo el mundo se pregunta por qué no viniste con nosotras cuando George tuvo que marcharse. Ya es hora de que vengas».

«Mi familia está como una regadera», le había dicho George a Jill. «Iona es un manojo de nervios y Ailsa debería haber sido sargento mayor de brigada. Y mi madre está senil. Ailsa heredó el cerebro, pero tuvo que dejar los estudios y ponerse a trabajar en correos al morir mi padre. Yo heredé la buena pinta. Pero no quedó nada para la pobre Iona, sólo un cutis desastroso y unos nervios destrozados».

Jill conoció a las hermanas de él cuando fueron a Toronto a despedirse de él. No habían asistido a la boda, que se celebró dos semanas antes de la partida de George. Nadie había asistido, salvo George, Jill, el sacerdote, su mujer y un vecino al que llamaron para que oficiara de segundo testigo. Yo también estaba allí, ya instalada dentro de Jill, aunque yo no fui la razón de la boda, puesto que en aquel momento nadie sabía de mi existencia. Después George insistió en que él y Jill se sacaran unas fotos de boda con cara de póker en un fotomatón. Estaba de un implacable buen humor. «Que se las arreglen con esto», dijo al ver las fotos. Jill se preguntó si se referiría a alguien en particular. ¿A Ailsa? ¿O a las bonitas muchachas, las preciosas y alegres muchachas que habían andado detrás de él, escribiéndole cartas sentimentales y tejiendo calcetines con rombos? Llevaba los calcetines cuando podía, se quedaba con los regalos y leía las cartas en voz alta, bromeando, en los bares.

Jill no había desayunado antes de la boda, y en medio de la ceremonia se puso a pensar en tortitas y en tocino frito.

Las dos hermanas tenían un aspecto más normal de lo que ella esperaba. Pero era verdad que

George había heredado la buena pinta. Sus cabellos ondulados y sedosos eran rubio oscuro, tenía un persistente destello alegre en los ojos y unos rasgos bien dibujados y envidiables. Su único defecto estibaba en que no era muy alto. Lo bastante alto como para mirar a Jill a los ojos. Y para ser un piloto de las fuerzas aéreas.

«No quieren hombres altos de pilotos», dijo. «En este aspecto he salido ganando. Los hijos de puta de los larguiruchos. Muchos de los tipos que aparecen en las películas son bajitos. Tienen que subirse a un cajón para besar».

(En el cine George se mostraba muy ruidoso. Siseaba cuando se veía un beso. Tampoco en la vida real le gustaba demasiado. Pasemos a la acción, decía).

Las hermanas también eran bajas. Sus nombres procedían de lugares de Escocia, donde sus padres habían pasado su luna de miel antes de que la familia se quedara sin dinero. Ailsa tenía doce años más que George, e Iona nueve. En la multitud de la estación se las venía regordetas y desconcertadas. Las dos llevaban sombreros y trajes nuevos, como si fueran ellas las que acabaran de casarse. Y las dos estaban disgustadas porque Iona se había dejado los guantes buenos en el tren. Era cierto que Iona tenía mal cutis, aunque en ese momento no estaba llena de ronchas y tal vez la época del acné hubiera pasado a la historia. Tenía bultitos de viejas cicatrices y mal color bajo los polvos rosados. Sus cabellos caían como blandos zarcillos bajo su sombrero y tenía los ojos húmedos, ya fuera porque su hermana le había reñido o porque su hermano se marchaba a la guerra. Los cabellos de Ailsa estaban repartidos en manojos de bucles apretados en una permanente, con el sombrero encima. Tenía unos ojos pálidos y astutos tras unas gafas de montura resplandeciente, mejillas redondas y rosadas y un hoyuelo en el mentón. Tanto ella como Iona tenían cuerpos bien proporcionados —pechos altos, cinturas estrechas y caderas anchas—, pero en el caso de Iona parecía como si lo hubiera recogido por equivocación e intentara ocultarlo encorvando los hombros y cruzando los brazos. Ailsa mostraba sus curvas de manera enérgica pero no provocativa, como si estuviera hecha de cerámica dura. Y las dos tenían el pelo rubio oscuro de George, pero sin su destello. Tampoco parecían compartir el sentido del humor de su hermano.

—Bueno, me voy —dijo George—. Me marchó para morir como un héroe en el campo de Passchendaele.

—No digas eso. No hables así —dijo Iona. Ailsa torció su boca de fresa.

—Veo el cartel de objetos perdidos desde aquí —dijo—. Pero no sé si es para lo que se pierde en la estación o si será para lo que se pierde en los trenes. Passchendaele ocurrió durante la Primera Guerra Mundial.

—¿No me digas? ¿Seguro? ¿Voy a llegar tarde? —dijo George golpeándose el pecho.

Y unos meses más tarde murió abrasado en un vuelo de entrenamiento sobre el mar de Irlanda.

Ailsa sonríe siempre. Dice: «Claro que estoy orgullosa. Lo estoy. Pero no soy la única que ha perdido a alguien. Él hizo lo que tenía que hacer». Alguna gente encuentra su eficiencia un tanto chocante. Pero otros dicen: «Pobre Ailsa». Todo ese concentrarse en George, enviarle a la Facultad de Derecho, para que después la desobedezca. Se alistó y se hizo matar. No podía esperar.

Sus hermanas sacrificaron sus propios estudios. Incluso que les corrigieran los dientes, incluso eso sacrificaron. Iona hizo estudios de enfermera, pero por lo que se vio, mejor hubiera sido que se arreglara la boca. Ahora ella y Ailsa ya tienen un héroe. Todo el mundo lo dice, un héroe. Los jóvenes que están allí piensan que tener un héroe en la familia es algo especial. Piensan que la importancia de ese instante perdurará, que se quedará con Ailsa e Iona para siempre. *O Valiants Hearts* revoloteará a su alrededor para siempre. La gente mayor, los que recuerdan la guerra anterior, saben que lo único que les quedará es un nombre en el cenotafio. Porque será la viuda, la muchacha que se está atiborrando, quien recibirá la pensión.

Ailsa está muy agitada, en parte porque no ha dormido en dos noches, dedicándose a limpiar. No es que la casa no estuviera limpia. Sin embargo, sentía la necesidad de fregar cada plato, cazo y adorno, pulir el cristal de los cuadros, separar la nevera y fregar detrás, lavar los escalones del sótano y echar lejía en el cubo de la basura. La mismísima lámpara que cuelga sobre la mesa del comedor, Ailsa decidió desmantelarla y meter las piezas en agua enjabonada, aclararlas y frotarlas hasta que estuvieran secas, y luego montarlas de nuevo. Y debido a su trabajo en correos, Ailsa no pudo empezar hasta después de la cena. Ahora es jefa de la oficina de correos y podía haber cogido un día libre, pero Ailsa jamás haría una cosa semejante.

Ahora siente calor bajo el colorete, agitada bajo su vestido de crepé con su cuello de encaje azul oscuro. No es capaz de quedarse quieta. Vuelve a llenar las fuentes de comida y las pasea por toda la sala, lamenta que el té se haya podido enfriar y se apresura a hacer más. Está pendiente de sus invitados, les pregunta por su reuma o por otros achaques, sonríe en plena tragedia, repitiendo una y otra vez que su desgracia es una entre muchas, que no debe quejarse cuando hay tantas personas en una situación parecida y que a George no le hubiera gustado que sus amigos le lloraran, sino que querría que todos se mostraran contentos porque entre todos hemos ganado la guerra. Todo esto en una voz aguda y enfática, de alegre reprimenda, que la gente está acostumbrada a escuchar en correos. Así que se quedan con el inseguro sentimiento de haber dicho tal vez algo inoportuno, al igual que en correos les hace comprender que su letra es un desastre o que han hecho de mala manera sus paquetes.

Ailsa es consciente de que su voz es demasiado aguada, de que sonríe demasiado y de que ha servido té a personas que han dicho que no quieren más. En la cocina, mientras calienta la tetera, dice:

—No sé qué me pasa. Estoy hecha un manojo de nervios.

La persona a la que se lo dice es el doctor Shantz, su tecno de enfrente del patio.

—Pronto terminará —dice él—. ¿Quiere un sedante?

Su voz sufre un cambio en el momento en que se abre la puerta del comedor. La palabra «sedante» suena firme y profesional.

La voz de Ailsa también cambia, de afligida a animosa.

—Ah, no, gracias. Voy a intentar seguir por mí misma.

Se supone que Iona se encarga de vigilar a su madre, de cuidar que no tire su taza de té —lo que podría ocurrir no por torpeza sino porque es olvidadiza— y de sacarla de allí si empieza a moquear o a llorar. Pero lo cierto es que casi todo el tiempo los modales de la señora Krikham

son elegantes y la gente se siente más cómoda con ella que con Ailsa. A ratos, durante un cuarto de hora seguido, se hace cargo de la situación —o eso parece— y habla con valor y convicción de cuánto echará de menos a su hijo, pero menos mal que al menos le quedan sus hijas: Ailsa es muy eficaz y responsable, una maravilla como siempre, e Iona es el alma de la bondad. Incluso recuerda hablar de su nuera, aunque tal vez hay un indicio de que no está del todo en su sitio cuando menciona lo que la mayor parte de las mujeres de su edad no mencionan en una reunión social y con hombres presentes. Mirándonos a Jill y a mí, dice: «Pronto nos llegará un consuelo».

Luego, al pasar de una habitación a otra, o de un invitado a otro, se olvida por completo, mira a su alrededor y pregunta. «¿Por qué estamos aquí? ¡Cuánta gente! ¿Qué celebramos?». Y al captar que todo esto tiene que ver con George pregunta: «¿Se ha casado George?». Junto con la información del pasado más inmediato ha perdido algo de su diplomática discreción. «¿No es tu boda, verdad?», le pregunta a Iona. «No, ya sabía yo que no. Tú nunca has tenido novio, ¿no?». Hay en su voz un tono de vamos a los hechos, al diablo con la discreción. Cuando ve a Jill se echa a reír.

«No será ésta la novia, ¿eh? Vaya, vaya. Ahora lo entendemos».

Pero la verdad regresa tan repentinamente como se fue. «¿Hay noticias de George?». Y es entonces cuando empieza el lloriqueo que Ailsa temía.

«Sácala de aquí si empieza a dar un espectáculo», había dicho Ailsa.

Iona no es capaz de llevarse a su madre —en su vida ha sido capaz de ejercer autoridad alguna sobre nadie—, pero la mujer del doctor Shantz toma el brazo de la vieja.

«¿Ha muerto George?», pregunta con miedo la señora Kirkham, y la señora Shantz responde: «Sí. Pero su mujer va a tener un bebé». La señora Kirkham se apoya en ella, se encoge y dice suavemente: «¿Puedo acabar mi té?».

En cualquier lugar a donde vaya mi madre en esa casa, parece encontrarse con una foto de mi padre.

La última, la oficial, aquella en la que lleva su uniforme, se encuentra sobre un tapete bordado encima de una máquina de coser cerrada en el alféizar de la ventana del comedor. Iona pone flores a su alrededor, pero Ailsa las quita. Dice que así parecería un santo católico. Colgada sobre las escaleras hay otra de él, de cuando tenía seis años, en la acera, con la rodilla en su carrito, y también en la habitación donde duerme Jill hay otra en la que esta junto a su bicicleta de reparto con su bolsa de diario *Free Press*. En la habitación de la señora Kirkham hay una foto de él vestido para una opereta escolar, con una corona dorada de cartón en la cabeza. Incapaz de cantar ni una nota, no le podían confiar un papel importante, pero por supuesto le escogieron para el mejor papel secundario, el del rey.

Una foto de estudio coloreada que descansa sobre el aparador le muestra a la edad de tres años, un chiquillo rubio desenfocado que arrastra de una pierna un muñeco de trapo. Ailsa pensó en sacarla de allí, porque podía provocar lágrimas, pero optó por dejarla porque cubría una parte manchada de la pared. Y nadie dijo nada a excepción de la señora Shantz, que se detuvo y repitió lo que varias veces había dicho ya antes, pero no con lágrimas sino con un aire ligeramente divertido:

—Ah, Christopher Robin.

La gente no solía hacer mucho caso de lo que decía la señora Shantz.

En todas sus fotos George aparece repleto de vida. Siempre hay un alegre mechón de pelo que le cae sobre la frente, a menos que lleve puesta su gorra de oficial o su corona. E incluso cuando era poco más que un bebé ya parecía saberse un muchacho travieso, calculador y encantador. De esos que nunca dejan a los demás en paz, que no les dan tregua hasta hacerlos reír. De vez en cuando a sus propias expensas, pero la mayor parte de las veces a expensas de otros. Al mirarlo, Jill recuerda cómo bebía pero sin parecer nunca borracho, y cómo se las arreglaba para que otros que estuvieran borrachos le confesaran sus temores, prevaricaciones, virginidades o cuernos, que después convertiría en chistes o en apodosos humillantes ante los que sus víctimas fingían divertirse. Y es que tenía una legión de seguidores y amigos que quizá se le pegaban por puro miedo o tal vez, como todos decían, simplemente porque siempre era capaz de animar el cotarro. Estuviera donde estuviera se convertía en el centro de atención, y el aire que lo rodeaba bullía de riesgo y risas.

¿Cómo iba a tener Jill un amante semejante? Tenía diecinueve años cuando le conoció y nadie la había cortejado antes. No comprendía lo que había visto en ella, y sabía que tampoco lo entendía nadie más. Ella era un enigma para la mayor parte de la gente de su misma edad, pero un enigma aburrido. Una muchacha cuya vida estaba entregada al estudio del violín y a la nada más le interesaba.

Eso no era del todo verdad. Se acurrucaba bajo los desgastados edredones e imaginaba a un amante. Aunque nunca imaginó a un tipo animado como George. Pensaba en un tipo cariñoso y grande como un oso o en un músico que le llevara diez años y ya fuera legendario, de una potencia feroz. Sus nociones del amor eran operísticas, aunque no fuera ésa la clase de música que más admiraba. Y George contaba chistes mientras hacía el amor, brincaba por la habitación al terminar, hacía ruidos vulgares e infantiles. Los rápidos actos de él le proporcionaban apenas algo de aquel placer que ella sí podía darse a sí misma en sus arrebatos a solas; y, sin embargo, no estaba del todo decepcionada.

Más bien, la aturdí la rapidez de las cosas. Y pensaba que sería feliz —agradecida y feliz— cuando su mente se integrara en la realidad física y social. Las atenciones de George, y su matrimonio, eran como un nuevo espacio brillante en su vida. Habitaciones iluminadas que aparecían llenas de una especie de desconcertante esplendor. Luego llegó la bomba, el huracán, el no improbable desastre, y todo aquel nuevo espacio desapareció. Voló, se desvaneció dejándole el mismo espacio y las mismas opciones con que antes había contado. Desde luego que había perdido algo. Pero no era algo que realmente hubiera podido asimilar o comprender más allá que como un hipotético esbozo del futuro.

Ahora ya se ha hartado de comer. Le duelen las piernas de llevar tanto tiempo de pie. La señora Shantz está a su lado, le dice: «¿Has podido conocer a alguno de los amigos de George de por aquí?».

Se refiere a los jóvenes que se mantienen aparte, junto a la puerta del pasillo. Un par de muchachas atractivas, un joven que todavía viste el uniforme de la Marina, otros. Mirándoles, Jill se convence de que nadie lamenta de verdad su muerte. Quizás Ailsa, pero Ailsa tiene sus propias

razones. Nadie lamenta realmente que George haya muerto. Ni siquiera la muchacha que lloraba en la iglesia y que ahora parece que va a volver a llorar. Ahora esa muchacha puede recordar que estaba enamorada de George y pensar que él —a pesar de todo— estaba enamorado de ella y nunca volver a temer lo que él pueda decir o hacer para demostrar que ella está equivocada. Y ninguno de ellos tendrá que preguntarse, cuando un grupo de personas alrededor de George empiece a reír, de quién están riéndose o qué es lo que George les cuenta. Nadie tendrá que esforzarse por estar a la altura o por llevarse bien con él.

No se le ocurre que, de haber vivido, George podría haberse convertido en otra persona, porque no piensa en que ella misma pueda convertirse en otra persona.

Dice «no» con tal falta de entusiasmo que hace que la señora Shantz responda: «Lo sé. Es difícil conocer a gente nueva. En particular si... Si yo fuera tú, preferiría irme a acostar».

Jill estaba casi segura de que la señora Shantz iba a decir «ir a tomar una copa». Pero aquí no se ofrece nada que no sea té y café. De todas formas, Jill apenas bebe. Pero sí reconoce el olor del alcohol en el aliento de otra persona y cree haberlo percibido en el de la señora Shantz.

«¿Por qué no lo haces?», dice la señora Shantz. «Estas cosas provocan mucha tensión. Se lo diré a Ailsa. Vete a acostar».

La señora Shantz es una mujer pequeña, de finos cabellos grises, ojos brillantes y un rostro arrugado y alargado. Cada invierno pasa un mes sola en Florida. Tiene dinero. La casa que ella y su marido construyeron, detrás de la de los Kirkham, es larga, baja y deslumbrantemente blanca, con esquinas curvadas y revestidas de azulejos. El doctor Shantz tiene veinte o veinticinco años menos que ella, es un hombre macizo, fresco y de aspecto amable, con una frente alta y lisa y cabellos claros y rizados. No tienen hijos. Se dice que ella tiene algunos de un primer matrimonio, pero nunca vienen a visitarla. Incluso se cuenta que el doctor Shantz era amigo de uno de sus hijos, compañero suyo en la universidad, y le invitaron a la casa y se enamoró de la madre de su amigo y ella del amigo de su hijo, hubo un divorcio y luego se casaron, para vivir aquí en un exilio lujoso y discreto.

Lo que Jill huele es *whisky*. La señora Shantz siempre lleva una petaca cuando va a una reunión de la que —según ella misma dice— no cabe esperar nada razonable. La bebida no le hace dar trompicones, arrastrar las palabras, buscar peleas o dedicarse a abrazar a la gente. Lo cierto es que siempre está algo borracha, pero nunca del todo. Está acostumbrada a dejar entrar el alcohol en su cuerpo de forma razonable, tranquilizadora, de modo que las células cerebrales nunca llegan a estar ni completamente empapadas ni secas. Lo único revelador es el olor (que mucha gente en este pueblo seco atribuye a algún medicamento que ella tiene que tomar o incluso a una pomada con la que se frota el pecho); esto, y tal vez también su deliberado modo de hablar, la manera en que parece abrir un espacio entre palabra y palabra. Dice cosas que por supuesto una mujer criada aquí nunca diría. Cuenta cosas de si misma. Cuenta que de vez en cuando la toman equivocadamente por la madre de su marido. Dice que la mayor arte de las personas se ponen muy nerviosas cuando descubren su error, se quedan avergonzadísimas. Pero algunas mujeres —una camarera, por ejemplo— lanzan una mirada sucia a la señora Shantz, como diciendo qué hace ése malgastando su tiempo contigo.

Y la señora Shantz les dice: «Ya lo sé, no es justo. Pero es que la vida no es justa, y lo mejor es que te acostumbres a la idea».

No hay forma de que esa tarde pueda echar sus tragos. La cocina y la despensa trasera son lugares donde las mujeres pueden entrar y salir en cualquier momento. Tiene que subir al cuarto de baño y eso no lo puede hacer a menudo. Cuando lo hace a última hora de la tarde, un poco después de que Jill haya desaparecido, se encuentra con que la puerta del cuarto de baño está cerrada con llave. Piensa en entrar en uno de los dormitorios y se pregunta cuál estará vacío y cuál ocupado por Jill. Luego oye la voz de Jill que desde el cuarto de baño dice «un momento», o algo por el estilo. Algo normal, pero el tono de voz es tenso y asustado.

La señora Shantz echa un rápido trago en el pasillo, utilizando la disculpa de una urgencia.

«¿Jill? ¿Estás bien? ¿Me dejas entrar?».

Jill está a gatas, intentando limpiar el charco del suelo del cuarto de baño. Ha leído acerca de la rotura de aguas —al igual que lo ha hecho sobre contracciones, manchas, etapa de transición, placenta—, pero de todas formas la salida de ese fluido templado la ha sorprendido. Tiene que usar papel higiénico, porque Ailsa ha quitado todas las toallas y ha puesto unas telas de lino bordado que se llaman toallas de invitados.

Se agarra al borde de la bañera para incorporarse. Corre el cerrojo y es entonces cuando le sorprende el primer dolor. No va a tener un dolor continuo y soportable, ni tampoco presagios o una primera etapa orquestada de contracciones; va a ser una arremetida implacable y un parto desgarrador y precipitado.

«Tranquila», dice la señora Shantz, sosteniéndola como puede. «Dime cuál es tu habitación, te ayudaré a echarte».

Antes de llegar a la cama de Jill, sus dedos se clavan en el delgado brazo de la señora Shantz, dejándole una marca morada.

«Ah, viene rápido», dice la señora Shantz. «Es todo un agitador para ser un primer bebé. Voy a buscar a mi marido».

De esta forma nació en la casa, con unos diez días de antelación, si es que los cálculos de Jill eran fiables. Ailsa apenas tuvo tiempo de despedir a los invitados antes de que la casa se llenara con los ruidos de Jill, sus incrédulos gritos y los desvergonzados gruñidos que los sustituyeron.

Incluso cuando a una madre le pillaba por sorpresa y daba a luz en casa, lo normal entonces era llevarles después, a ella y al bebé a un hospital. Pero había una gripe veraniega en el pueblo y el hospital estaba lleno con los peores casos, de modo que el doctor Shantz dijo que estaríamos mejor en casa. Después de todo, Iona había terminado una parte de sus estudios de enfermera y podía tomar dos semanas de vacaciones para cuidarnos.

En verdad Jill no sabía nada de vivir en familia. Había crecido en un orfanato. Desde los seis hasta los dieciséis años había dormido en un dormitorio común. Las luces se encendían y se apagaban en un momento específico, la calefacción nunca funcionaba antes o después de una fecha concreta. Un largo hule cubría la mesa donde comían y hacían sus deberes, había una fábrica al otro lado de la calle. A George le había gustado aquello. Endurecería a una chica. La haría dueña de sí misma, dura y solitaria. La convertiría en un tipo de persona que no esperaría tonterías

románticas. Pero el orfanato no era gobernado de una manera tan despiadada como tal vez él creía, y las personas que allí estaban no eran tan mezquinas. Llevaron a Jill junto con otras chicas a un concierto cuando tenía doce años y fue entonces cuando decidió que tenía que aprender a tocar el violín. Ya había tenido un primer contacto con el piano en el orfanato. Alguien se interesó por que le dieran un violín de segunda mano y muy de segunda categoría, además de unas cuantas lecciones, y esto, finalmente, la llevó a conseguir una beca en el conservatorio. Hubo un recital para los patronos y para los directores, una fiesta en la que las chicas llevaban sus mejores vestidos, y hubo ponche de frutas, discursos y tartas. Jill tuvo también que dar un pequeño discurso, expresando su gratitud, pero lo cierto es que tomaba todo esto casi como algo natural. Estaba segura de que ella y el violín estaban relacionados de manera natural, por el destino, y de que habrían acabado reuniéndose incluso sin ayuda humana.

En el dormitorio tenía amigas, pero pronto se fueron a trabajar a fábricas y oficinas y Jill las olvidó. En la escuela secundaria a la que iban las huérfanas, una profesora habló con ella. Las palabras «normal» y «educación integral» surgieron durante la charla. Al parecer, la profesora creía que la música era un escape o un sustituto de algo. De hermanas, hermanos, amigos y citas. Le sugirió que Jill empleara sus energías en varias cosas en lugar de concentrarse en sólo una. Que se soltara el pelo, que jugara al voleibol y, si lo que quería era música, que tocara en la orquesta de la escuela.

Jill comenzó a evitar a esa profesora en particular, subía las escaleras o daba vuelta a la esquina para no tener que hablar con ella. De igual forma, dejó de leer cualquier página donde las palabras «educación integral» o «popular» le saltaran a la vista.

Las cosas fueron más sencillas en el conservatorio. Allí conoció a gente tan carente de una educación integral, tan voluntariosa como ella. Hizo unas cuantas amistades epidérmicas y competitivas. Una de sus amigas tenía un hermano mayor que estaba en las fuerzas aéreas y resultó que ese hermano era a la vez víctima y adúlador de George Kirkham. Él y George aparecieron en una cena familiar de domingo por la noche a la que Jill había sido invitada. Los dos iban a emborracharse a otro sitio. Y así fue como George conoció a Jill, como mi padre conoció a mi madre.

Era necesario tener a alguien siempre en casa para vigilar a la señora Kirkham, de modo de Iona trabajaba en el turno nocturno de la panadería. Adornaba las tartas —incluso las tartas de boda más intrincadas— y preparaba las primeras hornadas de pan a las cinco. Sus manos, que temblaban con tanta fuerza que ni siquiera podía servir una taza de té, eran fuertes, hábiles y pacientes, incluso inspiradas cuando se trataba de un trabajo en solitario.

Una mañana, después de que Ailsa se hubiera marchado al trabajo —esto ocurrió durante el breve periodo de tiempo en que Jill estuvo en la casa antes de que yo naciera—, Iona siseó desde el dormitorio al pasar Jill por delante. Como si se tratara de algún secreto. Pero ¿había acaso alguien en la casa a quien hubiera que eludir? No podía ser la señora Kirkham.

Iona se estaba esforzando por abrir un cajón atrancado de su cómoda.

—Maldita sea —decía riendo—. Maldita sea. Por fin.

El cajón estaba lleno de ropas de bebé, no las camisas y camisones necesarios y corrientes

como los que Jill había comprado en una tienda de ropa de segunda y restos de fábrica en Toronto, sino gorritos, jerseicos y botitas de punto, vestiditos hechos a mano de todos los colores pastel o combinaciones de colores posibles —sin prejuicios de azules o rosas— con adornos de ganchillo, diminutas flores, pájaros y corderos bordados. Cosas que Jill casi ni sospechaba que existieran. Hubiera sabido que tales cosas existían si hubiera ido a mirar en los departamentos infantiles o si hubiera echado un vistazo en los carritos de bebé, pero no lo había hecho.

—Por supuesto, no sé lo que ya has comprado —decía Iona—. A lo mejor tienes muchas cosas o no te gustan las hechas a mano, no lo sé —sus risitas eran una especie de puntuación de su discurso y a la vez una prolongación de su tono de disculpa. Todo lo que decía, cada mirada y cada gesto, parecía atascado, cubierto por una miel pegajosa o mucosidad sorbida a modo de disculpa, y Jill no sabía como vérselas con aquello.

—Es muy bonito —digo vagamente.

—Bueno, no... no sabía si lo querías o no. No sabía si te gustaría.

—Es muy bonito.

—No lo he hecho yo todo, he comprado algunas cosas. Fui al rastrillo de la iglesia y del hospital Auxiliary, a su rastrillo. Pensé que sería bonito pero si no te gusta o a lo mejor no lo necesitas lo meto en la caja para las misiones.

—Sí que lo necesito —dijo Jill—. No tengo nada de eso.

—¿De verdad? Lo que yo hice no es tan bueno, pero tal vez las cosas hechas por las señoras de la iglesia o del Auxiliary quizá te parezcan bien.

¿Era esto a lo que George se refería cuando llamó a Iona manojito de nervios? (Según Ailsa, su colapso nervioso en la escuela de enfermería se debió a que ella era demasiado susceptible y el supervisor demasiado duro con ella). Se podía pensar que estaba pidiendo a gritos la aprobación de Jill, pero por mucho que ella hiciera por mostrarle su aprobación, nunca era bastante; ni siquiera parecía entenderlo. A Jill le parecía que las palabras, los sorbidos, las risitas y su aspecto húmedo (sin duda sus manos también estaban húmedas) trepaban por ella, por Jill, como mosquitos que intentaban meterse bajo su piel.

Pero con el tiempo, acabó por acostumbrarse a ello. O Iona lo atenuó. Tanto ella como Iona sentían alivio —era como si la profesora se hubiera marchado del aula— cuando por la mañana la puerta se cerraba tras Ailsa. Comenzaban a tomar una segunda taza de café mientras la señora Kirkham lavaba los platos. Lo hacía muy lentamente —buscaba caja cajón o estante donde cada plato o vaso debía colocarse— y con ciertos lapsos, pero también con rituales que nunca olvidaba, tal como esparcir los posos del café junto a un arbusto al lado de la puerta de la cocina.

«Cree que el café lo hace crecer», susurró Iona en una ocasión. «Hasta cuando lo pone sobre las hojas que no están a ras de tierra. Todos los días tenemos que limpiarlo con la manguera».

Jill pensaba que Iona sonaba como una de aquellas chicas con las que más se metían los demás en el orfanato. Estaban siempre deseando encontrar a alguien con quien poder meterse. Pero una vez que conseguías que Iona rompiera su rosario de disculpas o las barricadas de humildes acusaciones («Por supuesto soy la última persona a la que consultarían en la tienda». «Por supuesto que Ailsa no escucha mis opiniones». «Por supuesto George nunca disimuló lo mucho que me despreciaba»), conseguías que hablara de cosas bastante interesantes. Le contó a Jill lo de

la casa que había sido de su abuelo y que ahora formaba el ala central del hospital, lo de los turbios negocios que hicieron perder el trabajo a su padre y lo del idilio que había entre dos personas casadas en la pastelería. Mencionó también la supuesta historia de los Shantz, e incluso que Ailsa era especialmente indulgente con el doctor Shatz. El tratamiento de choque que Iona recibió tras su colapso nervioso parecía haber abierto una grieta en su discreción, y la voz que se escapaba de aquella grieta —una vez despejada la basura que la disfrazaba— era torva y maliciosa.

Y bien podía Jill pasar el rato charlando con ella ahora que sus dedos estaban demasiado hinchados como para intentar tocar el violín.

Y entonces nació yo y todo cambió, sobre todo para Iona.

Jill tuvo que guardar cama durante una semana, e incluso después de levantarse se movía como una anciana artrítica y respiraba con precaución cada vez que se sentaba. Le habían dado unos puntos que resultaban muy dolorosos y le habían vendado el estómago y los pechos, tan ceñidos como los de una momia: era la costumbre de entonces. Tenía mucha leche; le goteaba y se filtraba a través de las vendas y humedecía las sábanas. Iona aflojaba las vendas e intentaba meter el pezón en mi boca, pero me negaba a tomarlo. Me negaba a tomar el pecho de mi madre. Y chillaba como una loca. Aquel pecho enorme y duro bien pudiera haber sido una bestia que aplastara su hocico contra mi cara. Iona me sostenía, me daba un poco de agua hervida templada y así me tranquilizaba. Pero perdía peso. No podía vivir de agua. Iona mezcló un preparado para lactantes y me sacó de los brazos de Jill, entre los que me ponía rígida y aullaba. Iona me mecía, me apaciguaba y me rozaba la mejilla con el chupete, que resultó ser lo que yo quería. Bebí a gusto el preparado y no lo devolví.

Los brazos de Iona y el chupete del que se encargaba se convirtieron en mi hogar elegido. Tuvieron que vendar los pechos de Jill aún más ceñidos que antes, y ella tuvo que evitar los líquidos (recuerden, era la estación calurosa) y tuvo que aguantar el dolor hasta que se le secó la leche.

«Diablillo, diablillo», canturreaba Iona. «Este diablillo no quiere tomar la buena leche de su mamá».

Pronto engordé y me puse fuerte. Podía llorar con fuerza. Gritaba si una persona que no fuese Iona trataba de cogerme. Rechazaba a Ailsa y al doctor Shantz con sus manos cuidadosamente templadas pero, por supuesto, era mi aversión a Jill lo que atraía toda la atención.

Cuando Jill pudo levantarse de la cama, Iona la sentó en la misma silla donde ella se colocaba para darme de comer y puso su blusa alrededor de los hombros de Jill y el biberón en su mano.

No hubo forma, yo no me dejaba engañar. Golpeaba mi mejilla contra el biberón, estiraba las piernas y endurecía mi estómago hasta convertirlo en una bola. Me negaba a aceptar la sustitución. Lloraba. No cedía.

Mis gritos eran todavía los débiles chillidos de un bebé recién nacido, pero molestaban a toda la casa, e Iona era la única con capacidad para detenerlos. Si otra persona que no fuera Iona me tocaba o me hablaba, yo me echaba a llorar. Si me metían en la cuna y no era Iona la que me mecía, gritaba hasta el agotamiento, dormía diez minutos y despertaba dispuesta a empezar de

nuevo. Yo no tenía momentos buenos o quisquillosos. Mis momentos eran con Iona y sin Iona, y estos últimos podían convertirse —cada vez peor— en momentos con otras personas, sobre todo con Jill.

Entonces, ¿cómo iba a volver a trabajar Iona una vez que terminaron sus dos semanas de vacaciones? No podía. Era totalmente imposible. El panadero tendría que buscar otra persona. Iona había pasado de ser la persona más insignificante a ser la persona más importante de la casa; era ella quien estaba entre los que vivían allí, quien se interponía a la discordia constante, a la incontestable queja. Tenía que estar levantada a todas horas para que hubiera cierta tranquilidad en la casa. El doctor Shantz estaba preocupado; incluso Ailsa lo estaba.

«Iona, te vas a agotar».

Y sin embargo se había obrado un maravilloso cambio. Iona seguía siendo pálida pero su piel resplandecía, como si por fin hubiera superado la adolescencia. Podía mirar a cualquiera a los ojos. Y ya no había más temblores, apenas risitas, nada del deje malicioso en su voz, que se había vuelto tan mandona como la de Ailsa y más alegre (jamás tan alegre como cuando me reñía por mi actitud hacia Jill).

«Iona está en el séptimo cielo, adora al bebé», le decía Ailsa a la gente. Pero en realidad el comportamiento de Iona parecía demasiado dinámico como para que fuera adoración. No le importaba el ruido que hacía, sofocando el mío. Subía corriendo las escaleras gritando sin aliento «ya voy, va voy, un momentito». Daba vueltas conmigo pegada descuidadamente a su hombro, sosteniéndome con una mano mientras que con la otra realizaba alguna tarea relacionada con mi mantenimiento. Dominaba en la cocina, apropiándose de los fogones para esterilizar, de la mesa para mezclar el preparado, del fregadero para la colada del bebé. Lanzaba alegres juramentos, incluso en presencia de Ailsa, cuando perdía o dejaba caer alguna cosa.

Sabía que era la única persona que no reulaba, la única que no sentía una distante amenaza de aniquilación cuando yo comenzaba con mis aullidos. Más bien se había convertido en alguien cuyo corazón se aceleraba con un doble ritmo, que tenía ganas de bailar por su nuevo sentido de poder y por gratitud.

Una vez que le quitaron las vendas y vio que su estómago estaba plano, Jill se miró las manos. La hinchazón parecía haber desaparecido. Bajó la escalera, sacó su violín del armario y abrió el estuche. Ya estaba preparada para probar con unas cuantas escalas.

Era un domingo por la tarde. Iona se había echado a dormir una siesta, con un oído atento a mis llantos. La señora Kirkham también estaba echada. Ailsa se pintaba las uñas en la cocina. Jill comenzó a afinar el violín.

Mi padre y la familia de mi padre no tenían ningún interés real en la música. Pero no lo sabían. Pensaban que la intolerancia e incluso la hostilidad que sentían hacia cierto tipo de música (quedaba patente hasta en la manera en que pronunciaban la palabra «clásica») se basaba en una sencilla fuerza de carácter, una cierta integridad, la determinación de no dejarse engañar. Como si la música que surgiera de una sencilla melodía intentara embaucarte, y en el fondo todo el mundo lo supiera, aunque ciertas personas —por presuntuosidad, por falta de sencillez y honestidad— nunca llegarían a admitirlo. Y de esa artificialidad y de esa cobarde tolerancia había surgido todo un mundo de orquestas sinfónicas, ópera y ballet, conciertos que dormían a la gente.

La mayoría de las personas del pueblo pensaban lo mismo. Pero como Jill no había crecido allí, no entendía la profundidad de ese sentimiento, hasta qué punto se daba por sentado. Mi padre nunca hizo ostentación de ello, ni lo convirtió en una virtud, porque las virtudes no le interesaban. Le gustaba la idea de que Jill fuera música no por la música en sí, sino porque eso la convertía en una extraña elección, al igual que ocurría con su ropa, su manera de vivir y sus cabellos revueltos. Al elegirla, mostraba a la gente lo que pensaba de ella. Se lo mostraba a las muchachas que esperaban echarle mano. Se lo mostraba a Ailsa.

Jill había cerrado las puertas de cristal con cortinas de la sala de estar y afinaba muy suavemente. Tal vez ni siquiera escapara un solo sonido. O si Ailsa oyó algo en la cocina, quizá pensó que el sonido venía de fuera, de una radio de algún vecino.

Entonces Jill comenzó a tocar sus escalas. Era cierto que sus dedos ya no estaban hinchados, pero los sentía rígidos. Todo su cuerpo se sentía rígido, su posición no era del todo natural, sentía el instrumento sujeto a ella de forma desconfiada. Pero no había nada que hacer, iba a comenzar sus escalas. Estaba segura de haberse sentido así anteriormente, después de una gripe o cuando estaba muy cansada, agotada de ensayar demasiado, o por cualquier otra razón.

Me desperté sin un solo gimoteo de disgusto. No hubo aviso, ni intensificación. Únicamente un alarido, una cascada de alaridos descendió sobre la casa, un chillido distinto a todos mis chillidos anteriores. La liberación de una nueva inundación de angustia insospechada, un dolor que castigaba al mundo con sus olas llenas de piedras, la descarga de alaridos que salían de las ventanas de las cámaras de tortura.

Iona se levantó de golpe, alarmada por primera vez por un ruido que yo hiciera, gritando «¿qué pasa, qué es lo que pasa?».

Y Ailsa recorrió toda la casa para cerrar las ventanas, gritando «es el violín, es el violín». Abrió con estrépito las puertas de la sala de estar.

—Jill, es horrible. ¿No oyes a tu bebé?

Tuvo que tirar de la mosquitera de la sala de estar para poder bajar la ventana. Había estado sentada envuelta en su quimono mientras se pintaba las uñas, y ahora un muchacho que pasaba en bicicleta miró hacia adentro y vio su combinación bajo el quimono abierto.

—Por Dios —dijo. Dificilmente perdía el dominio de sí misma hasta ese grado—. ¡Quieres guardar esa cosa!

Jill posó su violín.

Ailsa salió corriendo hasta el pasillo y le gritó a Iona:

—Es domingo. ¿No puedes hacer algo para que se calle?

Jill avanzó sin hablar con decisión hacia la cocina. Allí estaba la señora Kirkham descalza, agarrada a la mesa.

—¿Qué le ocurre a Ailsa? —preguntó—. ¿Qué le pasa a Iona?

Jill salió y se sentó en el escalón trasero. Miró hacia el muro de la casa blanca de los Shantz, deslumbrante bajo la luz del sol. Por doquier había sofocantes patios traseros y muros de otras casas, dentro de los que había gente que se conocía de vista, de nombre y de historia. Y si uno caminaba tres manzanas al este desde allí o cinco manzanas al oeste, seis manzanas al sur o diez manzanas al norte, encontraría frente a sí los muros de las cosechas de verano, que brotaban altas

de la tierra, campos cercados de heno, de trigo, de maíz. La plenitud del campo. Ningún lugar para respirar con aquel hedor de las pujantes cosechas, los corrales y los animales masticando y chocando entre sí. Bosques en la distancia que llamaban como estanques de sombra, de paz y de refugio, pero en realidad hirvientes de bichos.

¿Cómo describir lo que es la música para Jill? Hay que olvidarse de paisajes, visiones y diálogos. Es más que un problema, diría yo, que tiene que resolver con rigurosidad y coraje, y que ha asumido como su responsabilidad en la vida. Pongamos por caso que las herramientas que le sirven para trabajar en ese problema desaparecen. El problema sigue allí con su grandeza y otra gente perversa, pero a ella se le arrebató. Y sólo le queda el escalón trasero, el muro deslumbrante y mis llantos. Mis gritos son un cuchillo con el que seccionar de su vida todo lo que en ella no es útil. Para mí.

—Entra —dice Ailsa desde la puerta mosquitera—. Vamos, entra. No debía haberte gritado. Pasa, la gente te va a ver.

Por la tarde el episodio perdió importancia.

—Debéis de haber oído el estruendo de hoy —les dijo Ailsa a los Shantz. La habían invitado a sentarse en su patio mientras Iona me dormía.

—Al parecer el bebé no es precisamente un amante del violín. No ha salido a su madre.

Incluso la señora Shantz se rió:

—Es un gusto que se adquiere.

Jill les oyó. Al menos oyó las risas y se imaginó de qué se trataba. Estaba tumbada en la cama leyendo *El puente de San Luis Rey*, que había tomado de la estantería sin decir nada, sin comprender que debía haber pedido permiso a Ailsa. De vez en cuando la narración se vaciaba y escuchaba las voces jocosas en el patio de los Shantz, y la verborrea de adoración de Iona, y sudaba de irritación. En un cuento de hadas se hubiera levantado de la cama con la fuerza de una joven gigante y hubiera atravesado la casa rompiendo muebles y cuellos.

Cuando yo tenía seis semanas, Ailsa e Iona hubieron de acompañar a su madre a hacer la visita anual a Guelph para visitar a unos primos. Iona quería llevarme, pero Ailsa habló con el doctor Shantz para que la convenciera de que no era una buena idea llevar de viaje a un bebé tan pequeño con el calor que hacía. Entonces Iona quiso quedarse en casa.

—No puedo conducir y cuidar a mamá al mismo tiempo.

Dijo que Iona me dedicaba demasiado tiempo y que tampoco sería demasiado para Jill cuidar a su propio bebé durante sólo un día y medio.

—¿Verdad que no, Jill?

Jill dijo que no.

Iona intentó fingir que no se trataba de que quisiera quedarse conmigo. Dijo que conducir un día de tanto calor la marearía.

—No vas a conducir, irás sentada y nada más —dijo Ailsa—. Y yo qué, no lo hago para divertirme, para pasarlo bien. Lo hago porque nos esperan.

Iona tuvo que sentarse en el asiento trasero, lo que, según ella, la mareaba aún más. Ailsa dijo que no estaría bien que su madre fuera atrás. La señora Kirkham dijo que no le importaba. Ailsa

dijo que no. Iona bajó la ventanilla al arrancar el automóvil. Clavo sus ojos en la ventana de la habitación de arriba, donde me había dejado para dormir después del baño y del biberón matinales. Ailsa saludó a Jill, que estaba en la puerta principal.

—Adiós, madrecita —dijo con una voz alegre y provocadora que a Jill le recordó a George. La perspectiva de alejarse de la casa y de la nueva amenaza de trastornos que esto suponía parecía poner de buen humor a Ailsa. Y a la vez le hacía sentir bien, sentirse segura, el haber puesto a Iona en su sitio.

Era alrededor de la diez de la mañana cuando se marcharon, y el día que le esperaba a Jill iba a ser el más largo y el peor de toda su vida. Ni siquiera el día de mi nacimiento, la pesadilla de sus dolores de parto, se podían comparar. Antes de que el automóvil llegara al pueblo más próximo me desperté angustiada, como si sintiera que me habían arrebatado a Iona. Hacía tan poco tiempo que Iona me había dado de comer que Jill no se podía creer que yo tuviera hambre. Pero descubrió que yo estaba empapada y, aunque había leído que no era necesario cambiar a los bebés cada vez que se mojaban y que habitualmente no era eso lo que les hacía llorar, decidió cambiarme. No era la primera vez que lo hacía, pero nunca le había resultado sencillo y en realidad era Iona quien solía acabar haciéndolo. Se lo puse lo más difícil que pude: agité brazos y piernas, arqueé la espalda, hice lo posible por darme la vuelta y, por supuesto, no dejé de gritar. Las manos de Jill temblaban, le costó traspasar la tela con los imperdibles. Simuló estar tranquila, intentó hablarme, intentó imitar el parloteo de Iona y sus mimos y carantoñas, pero no sirvió de nada, aquella torpe insinceridad me enfureció todavía más. Me tomó en brazos una vez que abrochó los imperdibles, intentó amoldarme a su pecho y hombro, pero me agarroté como si su cuerpo estuviera formado de agujas al rojo vivo. Se sentó, me meció. Se levantó, me hizo brincar. Me cantó una canción de cuna de dulces palabras, trémulas y repletas de exasperación, de ira y de algo parecido al aborrecimiento.

Éramos monstruos la una para la otra, Jill y yo.

Por fin me posó —con más suavidad de la que le hubiera gustado— y yo me quedé más tranquila, se diría que aliviada por librarme de ella. Salió de puntillas de la habitación. Y al poco rato ya estaba de nuevo.

Así continué. No lloraba sin parar. Descansaba durante dos, cinco o veinte minutos. Cuando llego el momento de ofrecerme el biberón, lo acepté; rígida entre sus brazos, lloriqueaba como advertencia mientras sorbía. Una vez hube acabado media botella, comencé de nuevo el asalto. Finalmente terminé el biberón, casi distraídamente, entre chillidos. Me dormí y ella me posó. Bajó las escaleras sin hacer ruido; permaneció en el pasillo como si tuviera que decidir cuál era la ruta más segura. Sudaba debido a su ordalía y al calor del día. Avanzó a través del precioso silencio quebradizo hacia la cocina y se atrevió a poner la cafetera sobre la llama.

Antes de que estuviera hecho el café mis gritos la sacudieron repentinamente.

Se dio cuenta de que había olvidado algo. No me había hecho eructar después de tomar el biberón. Subió la escalera decididamente, me cogió y me dio paseos dando golpecitos y frotando mi espalda iracunda. Al cabo de unos instantes eructé, pero no dejé de llorar y tiró la toalla; me puso en la cuna.

¿Qué hay en el llanto de un bebé que lo vuelve tan poderoso, capaz de desmoronar el orden del que uno depende, tanto dentro como fuera de sí? Es como una tormenta, insistente, teatral, y sin embargo también puro y nada artificioso. Tiene más de reproche que de súplica, surge de una rabia que no se puede aplacar, una rabia que es un derecho de nacimiento, carente de amor y de lástima, dispuesta a triturarte los sesos.

Y Jill no puede hacer otra cosa que andar. Pasea de arriba abajo por la alfombra de la sala de estar, da vuelta tras vuelta a la mesa del comedor, luego a la cocina, donde el reloj le indica cuán lento, lo lento que pasa el tiempo. No es capaz de estar tranquila para tomar más que un sorbo de café. Cuando le entra hambre no puede pararse para tomar un sándwich, sólo coge entre sus manos un puñado de copos de maíz y va dejando un rastro por toda la casa. Comer y beber, hacer cualquier cosa tan cotidiana parece tan arriesgado como hacerlo en un pequeño bote en medio de una tormenta o en una casa cuyas vigas se comban bajo un poderoso viento. No puedes olvidar por un instante la tormenta, de lo contrario quebrantará tus últimas defensas. Para no perder la cordura intentas fijarte en algún detalle apacible de lo que te rodea, pero los gritos del viento —mis gritos— son capaces de penetrar un cojín, un dibujo en la alfombra o un pequeño remolino del cristal de la ventana. No dejo escapatoria.

La casa está cerrada a cal y canto. Una parte del sentido de la vergüenza de Ailsa se le ha contagiado a Jill, o acaso ella se ha sabido crear su propio sentido de la vergüenza. Una madre que no puede apaciguar a su bebé, ¿qué puede ser más vergonzoso? Mantiene las puertas y las ventanas cerradas. Y no enciende el ventilador portátil del suelo porque ha olvidado que existe. Ya no piensa en términos de alivio práctico. No piensa en que este domingo es uno de los más calurosos de este verano y que quizá sea eso lo que me pasa. Una madre instintiva o con experiencia me hubiera aireado en lugar de atribuirme poderes demoníacos. Un brote de fiebre miliar es lo que le habría venido a la cabeza, en lugar de ceder a la desesperación absoluta.

En cierto momento de la tarde, Jill toma una decisión estúpida o sencillamente desesperada. No es que se marcha de la casa y me abandone. Encerrada en una prisión construida por mí, piensa en un espacio propio, una evasión dentro de ella. Saca su violín, que no ha tocado desde el día de las escalas, un intento que Ailsa e Iona han convertido en un chiste familiar. Su música no puede despertarme porque ya estoy despierta, por tanto, ¿cómo puede irritarme más de lo que ya lo estoy?

De alguna forma me honra. Se acabó el pretendido aplacamiento, las falsas canciones de cuna y la preocupación por un dolor de barriga, nada de pequeña, pequeña qué te pasa. En lugar de eso, va a tocar el *Concierto para violín* de Mendelssohn, la pieza que tocó en su recital y que tiene que tocar de nuevo en su examen de graduación.

Ha elegido a Mendelssohn —en lugar del *Concierto para violín* de Beethoven, que admira más apasionadamente— porque cree que con Mendelssohn conseguirá una nota más alta. Piensa que puede dominarlo, ya lo ha dominado; confía en que puede lucirse, impresionar a los examinadores sin ningún temor a la catástrofe. Ha decidido que es una obra que no le va a dar problemas durante su vida; que no tendrá que luchar contra ella ni la pondrá a prueba para siempre.

Tocará la pieza y punto.

Afina, hace unas cuantas escalas e intenta desterrarme del alcance de su oído. Sabe que aún tiene cierta rigidez, pero está preparada para ello. Cree que sus problemas disminuirán a medida que se adentre en la música.

Comienza a tocar, sigue tocando, continúa, la toca hasta el final. Y toca horriblemente. Es un tormento. Se empecina, cree que esto tiene que cambiar, que puede cambiarlo, pero no es capaz.

Todo está desafinado, toca tan mal como Jack Benny en una de sus parodias. El violín está embrujado, la odia. Le devuelve una obstinada distorsión de todo lo que ella pretende hacer. No hay nada peor que esto, es peor que si se hubiera mirado en el espejo y hubiera visto su rostro de siempre, hundido, enfermo y lascivo. Una broma que le han hecho y que no se puede creer, que intentará rebatir mirando para otro lado y luego volviéndose a mirar en el espejo una y otra vez. Así es como sigue tocando, tratando de acabar con esa broma. Pero sin éxito. Toca peor todavía, si acaso; el sudor le corre por el rostro, por los brazos, por ambos costados, y su mano resbala; es imposible tocar peor.

Se acabó. Está totalmente acabada. La pieza que hace meses llegó a dominar y que desde entonces había perfeccionado para que nada en ella resultara peliagudo ni le amenazara, la ha derrotado por completo. La ha dejado vacía, devastada. Asaltada de la noche a la mañana.

No renuncia. Hace algo aún peor. En ese estado de desesperación comienza de nuevo; probará con Beethoven. Y por supuesto sale mal, cada vez peor, parece estar aullando, convulsionándose. Deja el arco y el violín sobre el sofá de la sala de estar, luego los recoge y los guarda debajo para perderlos de vista porque se ve a sí misma destrozándolos contra el respaldo de una silla, se visualiza en una repugnante exhibición dramática.

Durante todo ese tiempo yo no he tirado la toalla. Naturalmente, nunca lo haría ante semejante competencia.

Jill se tumba sobre el duro sofá de brocado azul claro en el que nadie se tumba ni se sienta nunca a menos que haya un invitado, y realmente se duerme. Se despierta al cabo de nadie sabe cuánto tiempo con el rostro caliente aplastado contra el brocado, el dibujo grabado en su mejilla, su boca babeando ligeramente y manchando la tela azul. Mi ruido aún, o de nuevo, sube y baja como un martilleante dolor de cabeza. Y a ella también le duele la cabeza. Se levanta y se dirige a empellones —al menos eso le parece— entre el aire caliente hasta el armario de la cocina donde Ailsa guarda los analgésicos. La pesadez del aire le hace pensar en aguas residuales. ¿Y por qué no? Mientras ella dormía he ensuciado mi pañal y su maduro hedor ha tenido tiempo de anegar la casa entera.

Los analgésicos. Calentar otro biberón. Subir las escaleras. Cambia el pañal sin sacarme de la cuna. La sábana está tan sucia como el pañal. Los analgésicos no han comenzado a hacer efecto y la ferocidad de su dolor de cabeza aumenta al inclinarse. Sacar toda esa porquería, lavar mis partes escaldadas, poner un nuevo pañal, llevar la ropa sucia al cuarto de baño para quitar lo peor en el inodoro. Meterlo en un cubo desinfectante que ya está lleno hasta los bordes porque todavía no se ha hecho la colada de bebé. Luego carne el biberón. Me sosiego lo suficiente como para succionar. Es un milagro que todavía me quede energía, pero aún soy capaz. El biberón llega con un retraso de más de una hora, y ahora tengo el hambre para añadir —aunque quizá también para subvertirla— a mi relación de quejas. Sigo chupando, termino el biberón y luego, agotada,

duermo, esta vez es verdad, me quedo dormida.

El dolor de cabeza de Jill se atenúa. Atontada, lava mis pañales, camisas, camisones y sábanas. Los frota, los aclara e incluso hierva los pañales para luchar contra las escaldaduras que tengo con frecuencia. Los escurre con la mano. Los tiende dentro porque el día siguiente es domingo y Ailsa, cuando vuelva, no querrá ver nada tendido fuera. De todas formas Jill preferiría no tener que salir, sobre todo ahora que empieza a atardecer y la gente estará sentada fuera, disfrutando del fresco. Teme que la vean los vecinos —incluso que los amables Shantz la saluden— después de lo que deben de haber escuchado hoy.

Y cuánto tarde en terminar el día, en que el largo alcance de la luz del sol y las alargadas sombras se agoten y el monumental calor ceda un poco, abriendo resquicios de suave frescura. Luego, de pronto, las estrellas aparecen a puñados y los árboles se estiran como las nubes, se hace la paz. Pero no por mucho tiempo y no para Jill. Bastante antes de la medianoche llega un débil llanto; no se podría decir que vacilante, pero sí al menos débil, de tanteo, como si a pesar de haber practicado todo el día hubiera perdido la costumbre. O como si me preguntara si realmente vale la pena. Luego un pequeño descanso, un falso respiro o renuncia. Pero después una reanudación concienzuda, angustiada, despiadada. Justo en el momento en que Jill comenzaba a hacer más café para suavizar lo que quedaba de su dolor de cabeza, pensando que esta vez podría quizá sentarse a la mesa a beberlo.

Ahora apaga la llama.

Casi ha llegado el momento del último biberón del día. Si no se hubiera retrasado la última toma, yo estaría dispuesta. ¿Tal vez ya lo estoy? Mientras lo calienta, Jill piensa que le vendría bien un par de analgésicos más. Luego piensa que quizá no es suficiente, que necesita algo más fuerte. En el armario del cuarto de baño encuentra Pepto-Bismol, laxantes, polvos de talco, prescripciones que no se atrevería a tocar. Pero sabe que Ailsa toma algo fuerte para sus dolores de la menstruación y entra en su habitación para buscar en los cajones de su tocador hasta que encuentra un frasco de píldoras contra el dolor que descansa, lógicamente, encima de un montón de compresas. También son píldoras de prescripción, pero la etiqueta dice claramente cuál es su uso. Saca dos y vuelve a la cocina, encuentra el agua hirviendo y la leche demasiado caliente.

Pone el biberón bajo el agua del grifo para enfriarlo —mis gritos se le vienen encima como el clamor de una bandada de pájaros de presa sobre un río borboteante—, mira las pastillas que hay sobre la mesa y piensa: Sí. Saca un cuchillo, coge una de las píldoras y corta unos trocitos, quita la tetina del biberón, coge los trocitos de la hoja del cuchillo y los esparce —sólo unos pocos polvos blancos— sobre la leche. Luego se traga una píldora entera y seis octavas partes, o incluso once doceavas partes, o tal vez quince dieciseisavas partes de la otra, y sube con el biberón. Levanta mi cuerpo, que inmediatamente se pone rígido, y consigue meter la tetina en mi boca acusadora. La leche está aún un poco demasiado caliente como para que me guste y al principio la devuelvo con un escupitajo. Luego, al cabo de un rato, decido que está bien y la trago toda.

Iona está gritando. Jill se despierta en una casa llena de una dolorosa luz solar y de los gritos de Iona.

El plan consistía en que Ailsa, Iona y su madre se quedaran con sus parientes en Guelph hasta

última hora de la tarde, evitando así el viaje durante la parte más calurosa del día. Pero después del desayuno Iona comenzó a alborotar. Quería volver a casa con el bebé, dijo que apenas había podido dormir en toda la noche porque estaba preocupada. Como resultaba violento discutir con ella delante de los parientes, Ailsa cedió y a última hora de la mañana estaban frente a la puerta de la casa en silencio.

—Uf, ¿es que siempre huele tan mal aquí, es que estamos tan acostumbradas que no nos damos cuenta? —dijo Ailsa.

Iona se encogió para pasar ante ella y corrió escaleras arriba.

Ahora está gritando.

Muerta. Muerta. Asesina.

No sabe nada de las píldoras, entonces ¿por qué grita «asesina»? Es la manta. Ha visto la manta que cubre mi cabeza. Asfixia. No veneno. No ha tardado nada, ni medio segundo, en pasar de «muerta» a «asesina». Es un impulso inmediato. Me coge de la cuna, enrollada en la manta mortal, y con el bulto envuelto en sus brazos aplastado contra su cuerpo sale corriendo de la habitación y entra gritando en la habitación de Jill.

Jill lucha por levantarse, atontada tras doce o trece horas de sueño.

—Has asesinado a mi bebé —le chilla Iona.

Jill no la corrige, no dice el *mío*. Iona, acusadora, me sostiene para que Jill me vea, pero antes de que pueda mirarme me vuelve a abrazar. Iona gime y se dobla como si alguien la hubiera pegado un tiro en el estómago. Sosteniéndome aún, baja las escaleras dando traspiés, chocando con Ailsa que sube. A punto está de derribarla, se agarra la barandilla e Iona ni siquiera se da cuenta; parece tratar de engastar el bulto que yo formo en un nuevo y aterrador agujero en medio de su cuerpo. De su boca, entre gemidos de aceptación, salen algunas palabras.

Bebé. Quiero mi. Cariño. Aay. Ay. Llama. Asfixiado. Manta. Bebé. Policía.

Jill ha dormido sin mata, sin ponerse el camisón. Aún lleva los mismos pantalones cortos y la misma camiseta de tirantes de ayer, y no está muy segura de haber dormido por la noche o de haber echado una siesta. No está segura ni de dónde está ni de qué día es. ¿Y qué ha dicho Iona? Saliendo a tientas de una espesa neblina, Jill ve, en lugar de oír, los gritos de Iona; son como fognazos rojizos, venas calientes dentro de sus párpados. Se aferra al lujo de no tener que comprender, pero entonces se da cuenta de que ha comprendido. Sabe que se trata de mí.

Pero Jill piensa que Iona se ha equivocado. Iona se ha metido en la parte del sueño que no es. Esa parte ha terminado.

El bebé está bien. Jill cuidó del bebé. Salió, encontró al bebé y lo tapó. Está bien.

En el pasillo de abajo, Iona se esfuerza y grita unas cuantas palabras juntas. «Le puso la manta sobre la cabeza y la asfixió».

Ailsa baja las escaleras agarrada a la barandilla.

—Suéltala —dice—. Suéltala.

Iona me aprieta y gime. Luego me enseña a Ailsa y dice: «Mira, mira».

Ailsa echa la cabeza a un lado. «No quiero», dice. «No quiero mirar». Iona está a punto de aplastarme contra su rostro, aún estoy envuelta en mi manta, pero Ailsa no lo sabe e Iona no se ha dado cuenta o no le importa.

Ahora es Ailsa quien grita. Corre al otro extremo de la mesa del comedor, gritando: «Suéltala, suéltala. No voy a mirar un cadáver».

La señora Kirkham sale de la cocina diciendo: «Chicas, chicas, ¿qué os pasa? No voy a tolerar esto».

—Mira —dice Iona, olvidándose de Ailsa y rodeando la mesa para mostrarme a su madre.

Ailsa va al teléfono del pasillo y le da a la operadora el número del doctor Shantz.

—Ah, un bebé —dice la señora Kirkham, tirando de la manta.

—Ella la ha asfixiado —dice Iona.

—Oh, no —dice la señora Kirkham.

Ailsa habla con el doctor Shantz, diciéndole con voz temblorosa que vaya enseguida. Se vuelve desde el teléfono, mira a Iona, respira profundo para tranquilizarse y dice: «Ahora mismo. Cállate la boca ahora mismo».

Iona emite un aullido agudo y desafiador, se aleja de ella y cruza el pasillo corriendo y entra en la sala de estar. Aún no me ha soltado.

Jill aparece en lo alto de las escaleras. Ailsa la ve.

—Baja aquí —dice.

No tiene la más mínima idea de lo que va a hacer a Jill, o de lo que le va a decir, una vez baje. Parece como si fuera a darle una bofetada. «Ya no vale la pena ponerse histérica», dice.

Uno de los tirantes de la camiseta de Jill ha resbalado, de modo que uno de sus pechos está al aire.

—Arréglate —dice Ailsa—. ¿Te dormiste con la ropa puesta? Parece que estés borracha.

A Jill le parece como si aún anduviera entre el brillo de la nevada de su sueño. Pero el sueño ha sido invadido por esa gente frenética.

Ailsa se para a pensar en las cosas que hay que hacer ahora. Pasara lo que pasara, no se puede siquiera mencionar la posibilidad de un crimen. Los bebés mueren sin razón mientras duermen. Lo ha oído decir. No hay que llamar a la policía. Nada de autopsia, un pequeño funeral triste y discreto. El obstáculo es Iona. El doctor Shantz le puede poner una inyección; la inyección la dormirá. Pero no puede ponerle una inyección todos los días.

Lo que hay que hacer es ingresar a Iona en Morrisville. Es la casa de salud, lo que antes se llamaba manicomio, lo que en el futuro llamarán hospital psiquiátrico y más tarde unidad de salud mental. Pero la mayor parte de la gente lo sigue llamando Morrisville, tomando el nombre del pueblo en el que está situado.

Va a Morrisville, dicen. La llevaron a Morrisville. Sigue comportándote así y terminarás en Morrisville.

Iona ha estado antes allí y puede volver de nuevo. El doctor Shantz puede ingresarla y mantenerla allí hasta que se decida que ya no es un peligro. Nadie hará caso de lo que ella diga. Habrá tenido una crisis nerviosa. En realidad podría ser verdad, tiene aspecto de estar ya a medio camino de una crisis nerviosa con tanto griterío y tantas vueltas. Podría ser permanente. Pero probablemente no lo sea. Hoy hay toda clase de tratamientos. Drogas para tranquilizarla, tratamiento de choque si es mejor borrar algún recuerdo, y una operación que hacen, si es necesario, a la gente que se siente obstinadamente confusa y desdichada. Eso no lo hacen en

Morrisville, tienen que mandarte a la ciudad.

Para hacer esto —todo lo que ha pasado en un instante por su mente—, Ailsa necesitará contar con el doctor Shantz. Cierta servicial falta de curiosidad por su parte y buena disposición para considerar las cosas tal como ella las ha considerado. Pero esto no debe ser difícil para cualquiera que sepa por lo que ella ha tenido que pasar. La inversión que ha hecho en la respetabilidad de la familia y los golpes que ha encajado, desde la carrera venida a menos de su padre hasta la crisis nerviosa de Iona en la escuela de enfermeras y la marcha de George para que le maten, pasando por la ligera chifladura de su madre. ¿Merece Ailsa un escándalo público después de todo esto, merece un caso para los periódicos, un juicio e incluso una cuñada en la cárcel?

El doctor Shantz no va a pensar así. Y no solamente porque pudiera presentar semejantes razones en tanto que es un vecino amistoso. No sólo porque pueda comprender que la gente que carece de respetabilidad ha de sentir, tarde o temprano, el frío a su alrededor.

Las razones que él tiene para ayudar a Ailsa se encuentran en su voz cuando entra corriendo en este momento por la puerta trasera, pasando por la cocina y llamándola por su nombre.

Jill está al pie de la escalera y acaba de decir: «El bebé está bien».

Y Ailsa ha dicho: «Cállate hasta que te diga lo que tienes que decir».

La señora Kirkham se encuentra en la puerta entre la cocina y el pasillo, interponiéndose en el camino del doctor Shantz.

—Ah, cuánto me alegra verle —dice—. Ailsa e Iona andan a la greña. Iona ha encontrado un bebé en la puerta y ahora dice que está muerto.

El doctor Shantz aparta a la señora y la pone a un lado. Dice «¿Ailsa?» y extiende los brazos, pero termina poniendo sus manos sobre los hombros de ella.

Iona sale de la sala de estar con las manos vacías.

—¿Qué has hecho con el bebé? —dice Jill.

—Lo he escondido —responde con descaro, y le hace una mueca, el tipo de mueca que hace una persona definitivamente asustada, que finge maldad.

—El doctor Shantz te va a poner una inyección —le dice Ailsa—. Para que te calles.

Ahora hay una absurda escena en la que Iona comienza a correr por todas partes, lanzándose hacia la puerta principal —Ailsa da un saldo para impedirlo— y luego sube las escaleras donde el doctor Shantz la agarra, echándose sobre ella, sujetándole los brazos y diciendo: «ya, ya, ya, Iona. Tranquilízate. Dentro de un momento estarás bien». E Iona grita, lloriquea y se tranquiliza. Los ruidos que hace y sus carreras de un lado a otro, sus esfuerzos por huir, parecen puro teatro. Como si —a pesar de estar literalmente al borde de la chifladura— se diera cuenta de que el esfuerzo por enfrentarse con Ailsa y con el doctor Shantz no fuera posible más que mediante la parodia. Lo que deja claro —y tal vez ésta sea su intención— que no se enfrenta a ellos, sino que se está viniendo abajo. Viniéndose abajo tan lamentable e inconvenientemente como es posible con Ailsa gritándole: «Debería darte vergüenza».

Al ponerle la inyección, el doctor Shantz dice: «Buena china, Iona. Ya está». Y por encima del hombro, le dice a Ailsa: «Ten cuidado con tu madre. Que se siente».

La señora Kirkham se seca las lágrimas con los dedos. «Estoy bien, cariño», le dice a Ailsa.

«No debéis reñir. Debías haberme dicho que Iona había tenido un bebé. Deberías haber dejado que se lo quedara».

La señora Shantz, que lleva un quimono sobre su pijama de verano, entra en la casa por la puerta de la cocina.

—¿Está todo el mundo bien? —pregunta.

Ve un cuchillo sobre el mostrador de la cocina y piensa que es prudente meterlo en un cajón. Cuando la gente arma un espectáculo, lo último que conviene es que haya cuchillos al alcance de la mano.

En medio de todo esto, Jill piensa que ha oído un débil llanto. Ha pasado con torpeza por encima de la barandilla para rodear a Iona y al doctor Shantz —subió de nuevo una parte de los escalones al ver a Iona correr en esa dirección— y ha bajado hasta el suelo. Cruza la puerta de la sala de estar donde al principio no me ve por ningún lado. Pero vuelve a sonar un débil gemido, sigue el ruido hasta el sofá y mira debajo.

Ahí estoy yo, junto al violín.

Durante el corto paseo desde el pasillo hasta la sala de estar, Jill lo ha recordado todo y parece como si se le hubiera cortado el aliento y el horror le hubiera invadido la boca, luego un vislumbre de alegría pone de nuevo en marcha su vida, cuando al igual que en el sueño encuentra un bebé vino y no un pequeño cadáver disecado con la cabeza como una nuez. Me toma en sus brazos. No me pongo rígida, ni pataleo ni arqueo la espalda. Todavía tengo sueño por el sedante que tomé con la leche, que me atontó durante la noche y la mitad del día y que, en una cantidad mayor —tal vez no mucho mayor, desde luego—, realmente habría acabado conmigo.

No había sido la manta. Cualquiera que la hubiese mirado habría visto que era tan ligera y de un tejido tan fino que no hubiera impedido que penetrara el aire que yo necesitaba. Se podía respirar a través de ella tan fácilmente como a través de una red de pescador.

El agotamiento pudo haber tenido algo que ver. Un día entero chillando, una furiosa hazaña de expresión personal como aquella, me debió de dejar exhausta. Eso y el polvo blanco depositado en mi leche me arrojaron a un sueño profundo y perentorio. Mi respiración era tan ligera que Iona no pudo detectarla. Podría pensarse que ella debía haber notado que yo no estaba fría, podría pensarse que sus gimoteos, gritos y carreras debían haberme despertado súbitamente. No sé por qué no ocurrió. Creo que tal vez ella no lo notó a causa de su pánico y de su estado de ánimo de antes de encontrarme, pero no se por qué no lloré antes. O tal vez lloré y con tanto alboroto nadie me oyó. O quizás Iona sí me oyó, me echó un vistazo y me metió bajo el sofá porque para entonces todo se había echado a perder.

Entonces Jill me oyó. Fue Jill quien lo hizo.

Llevaron a Iona en brazos hasta el mismo sofá. Ailsa le quitó los zapatos para que no estropeará el brocado y la señora Shantz subió a coger un edredón ligero para tapparla.

—Sé que no necesita calor —dijo—. Pero creo que cuando se despierte se sentirá mejor con un edredón encima.

Por supuesto, antes de eso todos se juntaron para tomar nota de que yo estaba viva. Ailsa se culpaba de no haberlo descubierto enseguida. Odiaba admitir que le había asustado la idea de

mirar a un bebé muerto.

—Los nervios de Iona deben de ser contagiosos —dijo—. Debí haberme dado cuenta.

Miró a Jill como si fuera a decirle que se pusiera una blusa sobre la camiseta. Después recordó la rudeza con la que le había hablado, y sin razón, de modo que se calló. Ni siquiera intentó convencer a su madre de que Iona no tenía un bebé, aunque le dijo en voz baja a la señora Shantz: «Esto podía haber sido el comienzo del rumor del siglo».

—Cuánto me alegro de que no haya pasado nada horrible —dijo la señora Kirkham—. Por un minuto pensé que Iona se había deshecho del bebé. Ailsa, no le eches la culpa a tu hermana.

—No, mamá —dijo Ailsa—. Vamos a sentarnos en la cocina.

Allí había un biberón preparado que debía haber pedido y tomado mucho más temprano aquella misma mañana. Jill comenzó a calentarlo sin dejar de sostenerme en su antebrazo.

Lo primero que hizo al entrar en la cocina fue buscar el cuchillo y se quedó desconcertada al no verlo. Pero percibió una huella de polvo en el mostrador o eso creyó. Lo limpió con la mano libre antes de abrir el grifo para calentar la botella.

La señora Shantz se dedicó a hacer café. Mientras lo hacía, puso el esterilizador en el fuego y lavó los biberones del día anterior. Trató de mostrarse discreta y competente, ocultando así que semejante desastre y confusión de sentimientos le divertía.

—Supongo que Iona tenía una obsesión con ese bebé —dijo—. Esto tenía que ocurrir antes o después.

Dándose la vuelta desde el fotón para dirigirse a Ailsa y a su marido, vio las manos del doctor Shantz que, posadas sobre las manos de Ailsa, las apartaba de ambos lados de su cabeza. Con demasiada rapidez y sentido de la culpabilidad, las retiró. De no haber sido así, habría parecido un sencillo confortar, del tipo que un médico puede y debe ofrecer.

—Sabes, Ailsa, creo que tu madre también debería echarse —dijo la señora Shantz con aire reflexivo y sin interrupción—. Creo que voy a ir a convencerla. Si consigue dormirse quizás olvide todo esto. También Iona, si tenemos suerte.

La señora Kirkham había salido de la cocina nada más haber entrado en ella. La señora Shantz la encontró en la sala de estar mirando a Iona y arreglando el edredón para ver si estaba bien arropada. La señora Kirkham no quería acostarse. Quería que le explicaran lo ocurrido; sabía que sus propias explicaciones no encajaban. Y quería que le hablaran como lo hacían antes, y no de aquella forma amable y condescendiente tan peculiar. Pero por su acostumbrada cortesía y porque sabía que el poder que detentaba en la casa era casi nulo, dejó que la señora Shantz la condujera escaleras arriba.

Jill leía las instrucciones para preparar el biberón. Estaban impresas en el bote de harina de maíz. Al oír los pasos que subían las escaleras pensó que había algo que debía hacer mientras aún pudiera. Me llevó a la sala de estar y me posó sobre una silla.

—Ahora —susurró confidencialmente— estate quieta.

Se arrodilló, tanteó con la mano y sacó el violín de su escondite. Encontró cubierta y estuche y lo guardó todo en su sitio. Me quedé quieta —aún no era capaz de darme la vuelta— y permanecí en silencio.

Solos en la cocina, el doctor Shantz y Ailsa probablemente no aprovecharon la oportunidad de

abrazarse y se limitaron a mirarse. Con conocimiento, sin promesas ni desesperación.

Iona confesó que no me había tomado el pulso. Y nunca dijo que yo estuviera fría. Dijo que parecía rígida. Luego dijo que no rígida, sino pesada. Tan pesada que pensó enseguida que no podía estar viva. Un bulto, un peso muerto.

Creo que tenía razón. Yo no creo haber estado muerta ni haber vuelto de entre los muertos, pero sí creo que estaba a una distancia de la que podía o no haber regresado. Creo que la conclusión era incierta y que contaba la voluntad; quiero decir que dependía de mí, creo, marchar hacia un lado o hacia otro.

Y el amor de Iona, que desde luego fue el más entregado que nunca jamás recibiré, no fue lo que me hizo decidir. Sus llantos y su estrujarme contra su cuerpo no funcionaron, no resultaron persuasivos, porque no era Iona a quien debía adaptarme (¿podía yo saber esto, saber que no era Iona quien, en resumidas cuentas, me haría un bien mayor?); era a Jill. Tenía que adaptarme a Jill y a lo que ella pudiera darme, por poco que pudiera parecer.

Tengo la sensación de que sólo entonces me convertí en hembra. Ya sé que eso estaba decidido mucho antes de que naciera y era evidente para todos desde el comienzo de mi vida, pero creo que fue sólo en el instante en que tomé la decisión de regresar, en el momento en que renuncié a la lucha contra mi madre (la cual debió de ser una lucha por conseguir algo así como su rendición total) y elegí la supervivencia frente a la victoria (la muerte hubiera sido la victoria), cuando asumí la naturaleza femenina.

Y, hasta cierto punto, Jill asumió la suya. Serena y agradecida, ni tan siquiera capaz de atreverse a imaginar aquello de lo que acababa de librarse, asumió amarme, porque la alternativa al amor era el desastre.

El doctor Shantz sospechó algo, pero lo pasó por alto. Le preguntó a Jill cómo había estado yo el día anterior. ¿Agitada? Ella dijo que sí, muy agitada. Él contestó que los bebés prematuros, incluso los que no eran más que un poco prematuros, podían sufrir ataques y había que tener cuidado con ellos. Recomendó que me durmiera siempre de espaldas.

A Iona no le hizo falta un tratamiento de choque. El doctor Shantz le dio pastillas. Dijo que se había agotado cuidándome. La mujer que la había sustituido en su trabajo en la panadería quería dejarlo, no le gustaba trabajar por la noche. De modo que Iona regresó allí.

Eso es lo que más recuerdo de mis visitas veraniegas a mis tías, cuando yo tenía seis o siete años. Me llevaban a la panadería a la hora extraña y normalmente prohibida de la medianoche y veía a Iona ponerse su gorro blanco y su delantal, sobando la gran masa blanca que cambiaba y burbujeaba como si estuviera viva. Luego cortaba las galletas y me daba a comer la masa sobrante, y en ocasiones especiales esculpía una tarta de boda. Qué grande y resplandeciente era aquella tahona, con la noche que llenaba cada una de sus ventanas. Metía el dedo en el cuenco del glaseado de la tarta de boda, aquel punzante, irresistible azúcar derretido.

Ailsa pensaba que no debía estar levantada hasta tan tarde ni comer tanto dulce. Pero no hacía nada por evitarlo. Decía que se preguntaba qué diría mi madre, como si fuese Jill quien mandara, y no ella. Ailsa tenía normas que no tenía por qué observar en mi casa —cuelga esa chaqueta,

aclara el vaso antes de secarlo, o quedarán manchas—, pero nunca llegué a ver la persona severa, censuradora que Jill recordaba.

Nunca mostraron señales de menosprecio hacia la música de Jill. Después de todo, con ella se ganaba la vida. Finalmente, Meldelsohn no la derrotó. Consiguió su título; se graduó en el conservatorio. Se cortó el pelo y adelgazó. Pudo alquilar un dúplex cerca de Hyde Park, en Toronto, y pagar a una mujer que me cuidara durante unas horas al día, gracias a su pensión de viudedad. Y más tarde encontró un trabajo en la orquesta de una radio. Su orgullo fue que en su vida laboral trabajó siempre como música, sin tener que recurrir a la enseñanza. Decía que era consciente de que no era una gran violinista, de que no poseía un don o un destino maravilloso, pero sabía que al menos podía ganarse la vida haciendo lo que quería. Incluso después de casarse con mi padrastro, después de que nos fuéramos a vivir con él a Edmonton (era geólogo), siguió tocando en la orquesta sinfónica de allí. Siguió tocando hasta una semana antes de que nacieran mis hermanastras. Tenía suerte, decía, de que su marido nunca hubiera puesto reparos.

Iona tuvo un par de recaídas, la más grave cuando yo tenía unos doce años. La llevaron a Morrisville durante varias semanas. Creo que le dieron insulina; volvió gorda y locuaz. Volví de visita mientras ella estaba allí, y Jill vino conmigo, trayendo consigo a mi primera hermanita, que acababa de nacer. La conversación entre mi madre y Ailsa me hizo comprender que no hubiera sido aconsejable tener un bebé en la casa estando Iona; podría haberla «puesto en marcha». No sé si el episodio que la envió a Morrisville tuvo algo que ver con algún bebé.

En aquella visita sentí que me quedaba aparte. Tanto Jill como Ailsa habían empezado a fumar y se quedaban hasta altas horas de la noche bebiendo café y fumando cigarrillos sentadas a la mesa de la cocina, haciendo tiempo hasta la una para la toma del bebé. (Mi madre amamantaba al bebé; me alegró saber que yo no había tomado aquellas comidas íntimas). Recuerdo que una noche bajé la escalera enfurruñada porque no podía dormir; luego me volví parlanchina, llena de una atolondrada fanfarronería, tratando de interrumpir su conversación. Comprendí que hablaban de cosas que no querían que yo escuchara. Inexplicablemente, se habían hecho buenas amigas.

Intenté coger un cigarrillo y mi madre dijo: «Vamos, déjalos. Estamos hablando». Ailsa me dijo que sacara algo de beber de la nevera, una coca-cola o un ginger-ale. Lo hice, pero en lugar de subir, salí afuera.

Me senté en el escalón trasero, pero inmediatamente bajaron la voz hasta tal punto que no conseguía entender sus suaves lamentos o consuelos. Así que paseé por el patio de atrás, más allá de de la franja de luz que dejaba pasar la puerta mosquitera.

En la larga casa blanca, con sus esquinas de azulejo, vivía ahora gente nueva. Los Shantz se habían marchado a vivir a Florida. Enviaban naranjas a mis tías; Ailsa decía que aquellas naranjas conseguían que las que comprabas en Canadá te repugnarán. Los nuevos vecinos habían construido una piscina, que sobre todo utilizaban sus hijas —dos preciosas jovencitas que ni siquiera me miraban cuando nos cruzábamos por la calle— y los novios de éstas. Los arbustos habían crecido considerablemente entre el patio de mis tías y el de ellos, pero aún así podía verlos correr y empujarse alrededor de la piscina, sus alaridos, los chapuzones. Despreciaba sus payasadas porque me tomaba la vida en serio y tenía una idea mucho más elevada y noble del

amor. Pero, de todas formas, me hubiera gustado atraer su atención. Me hubiera gustado que alguno de ellos viera mi pijama pálido moviéndose en la oscuridad y hubiera gritado de verdad, pensando que yo era un fantasma.



ALICE MUNRO. Nació en Wingham, Ontario, el 10 julio de 1931. Vivió primero en una granja al oeste de esa zona canadiense, en una época de depresión económica; esta vida tan elemental fue decisiva como trasfondo en una parte de sus relatos.

Conoció muy joven a Michael Munro, en la Universidad de Western Ontario. Para pagarse los estudios, trabajó como camarera, recolectora de tabaco y en una biblioteca. Se casó en 1951, y se instalaron en Vancouver. Tuvo su primera hija a los 21 años. Luego, ya con sus tres hijas, en 1963 se trasladó a Victoria, donde llevó con su marido una librería.

Se divorció en 1972, y al regresar a su estado natal se convirtió en una fructífera escritora, residente en su antigua universidad. Volvió a casarse en 1976, con Gerald Fremlin. A partir de entonces, consolidó su carrera de escritora, ya bien orientada.

Munro, que no se ha prodigado en la prensa, ha reconocido el influjo inicial de grandes escritoras —Katherine Anne Porter, Flannery O'Connor, Carson McCullers o Eudora Welty—, así como de dos narradores: James Agee y especialmente William Maxwell. Sus relatos breves se centran en las relaciones humanas analizadas a través de la lente de la vida cotidiana. Por esto, y por su alta calidad, ha sido llamada «la Chéjov canadiense».

Ha ganado tres veces el premio canadiense a la creación literaria, «Premio Literario Governor General's». En 1998, ganó el National Book Critics Circle estadounidense por *El amor de una mujer generosa*. En España fue premiada con el Premio Reino de Redonda en 2005. En 2013 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura.